RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit sense quota

-5%

5 compras
mínimo anual
a les 5 compres una sorpresa

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

Càpsida

60€

4 libros
Virus editorial
sin límite de precio

-5%
En toda la librería online

Pack bienvenida
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

Replicant

100€

8 novedades
Virus editorial
durante un año

Pack benvinguda
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

-5%
En toda la librería online

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

Diego Giachetti (1954) ha participado en diversas investigaciones sobre la historia de la izquierda extraparlamentaria en Italia, a caballo entre los años sesenta y setenta. Redactor de la revista *Per il Sessantotto*, colaborador de varios periódicos, es autor entre otros de los libros: *Il giorno più lungo. La rivolta di Corso Traiano*, *Torino 3 luglio 1969*; *La Fiat in mano agli operai. L'autunno caldo del 1969*; *Anni Sessanta comincia la danza. Giovani, capelloni, studenti ed estremisti negli anni della contestazione*; *Un rosso relativo. Anime, coscienze, generazioni nel movimento dei movimenti* y *Nessuno ci può giudicare. Gli anni della rivolta al femminile*.

DIEGO GIACHETTI

MÁS ALLÁ DEL 68

Antes, durante y después del movimiento

VIRUS
editorial

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS
autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:
Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y el del traductor/a.
No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
- Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto.
- Estas condiciones se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar http://creative commons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EUA.
© 2006 Virus editorial
Copyright © el autor

Título original:
Oltre il Sessantotto. Prima, durante e dopo il movimento
(BFS edizioni, 1998)

Maquetación: Virus editorial

Traducción del italiano: Virus editorial, Paco Madrid

Cubierta: Xavi Sellés

Primera edición en castellano: septiembre de 2006

Copyright © Diego Giachetti
Copyright © de la presente edición:
Lallevir, S.L./VIRUS editorial
C/Aurora, 23, baixos
08001 Barcelona
T./fax: 93 441 38 14
C/e.: virus@pangea.org
http: www.viruseditorial.net

Impreso en:
Imprenta Luna
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbo
T.: 94 416 75 18
Fax: 94 415 32 98
C/e: luna-im@teleline.es

ISBN: 84-96044-76-9
Depósito legal:

Índice

Prefacio a la edición en castellano 7

Introducción 13
¿68 bueno, organizaciones malas? 13
Censuras y represiones psicológicas 17
El 68 y la nueva izquierda 23
Una propuesta cronológica 27

El pre-68: la incubación política y cultural 33
Fragmentos y fermentos 33
1956: la reapertura de la discusión 38
Los años sesenta 41
El «maoísmo» 53

El movimiento del 68 y sus problemas 61
Ventajas y límites de la democracia asamblearia 63
Se discute (¡y cómo!) de organización 71
La relación con la clase obrera 77

¿Y después del 68? El 69 91
El encuentro obreros-estudiantes relanza
el problema de la organización 99

Del movimiento a los grupos 103
Las razones que llevaron al nacimiento
de los grupos de nueva izquierda 105

Sociología de los grupos de nueva izquierda 113
El cruce de tres generaciones políticas 117
La composición social 122
El nacimiento de una clase política militante 124
Tipología del militante de la nueva izquierda 128
El fraccionamiento 130
Anarquistas y trotskistas 133
El fenómeno marxista-leninista 149
Poder Obrero 159
Lucha Continua 164
La Liga de los Comunistas 173
El Manifiesto 175

Vanguardia Obrera 178
El Movimiento Estudiantil de la escuela pública 182
La disidencia católica: el caso del Movimiento Político de los Trabajadores 184
El Partido de Unidad Proletaria 185

El 68, los radicales y la nueva izquierda 193
El Partido radical y los movimientos por los derechos civiles 197

Del 68 al 77 201
Solidaridad nacional, austeridad y sacrificios 205
Crisis económica, reestructuración y descentralización productiva 215
Después del 20 de junio de 1976: la crisis de la «tríada» 219
El desarrollo del área de la autonomía 224
El movimiento como liberación de la forma partido . . 229
Los Círculos del Proletariado Juvenil y el cuerpo como sujeto político 232
Los jóvenes como categoría social de la acción colectiva 236
Sobre el movimiento del 77 239
Una confrontación entre dos movimientos 248

Cronología 265

Prefacio a la edición en castellano

La reflexión histórica e historiográfica sobre el 68 y sobre los tiempos revolucionarios no puede dejar de medirse con la posibilidad de incorporar el acontecimiento en un marco interpretativo que se va consolidando cada vez más sobre el siglo XX. Es en esta perspectiva que hay que situar el problema que plantea el papel desarrollado por los movimientos contestatarios y revolucionarios de los años sesenta y setenta. Para llegar a este resultado es necesario abandonar la idea del 68 como acontecimiento de duración breve, como llamarada que se consume en pocos meses, a favor de la idea de un 68 largo.

Considerar el 68 como un acontecimiento breve tiene como primera consecuencia la separación del movimiento del 68 de las luchas obreras del 69 y su reducción a un conflicto de tipo meramente generacional, despojándolo así de sus contenidos subversivos y anticapitalistas. Otra consecuencia viene dada por la incapacidad de profundizar y de empezar a entender los años setenta en Italia, años de conflicto de clase y de protagonismo social que no tienen comparación con ningún otro momento de la historia de nuestro país. No se trata sólo de un olvido psicológico. Se trata de una pérdida de disponibilidad, de categorías, de criterios, de conceptos, de puntos de vista capaces de guiar y orientar una reconstrucción, una explicación dotada de sentido, de los desarrollos históricos acaecidos en esta gran ola del movimiento. Y de ello también deriva una dificultad historiográfica más general para colocar la «estación de los movimientos», es decir, el veinteno 60-70, en la historia de la Italia republicana. Es en este sentido que una

investigación y un debate historiográfico sobre el 68, liberados del puro y simple «evento» (si bien extraordinario y muy radicado en la experiencia de toda una generación), y dirigidos en cambio a investigar y reconstruir toda la trama de vínculos con un «antes» y un «después», pueden ser elementos decisivos para la entera historia —política, social, económica y cultural— de la Italia republicana.

Sólo liberando al 68 de la etiqueta de evento que lo aprisiona se logra penetrar en los años setenta, años caracterizados por grandes luchas sociales, políticas y sindicales, por la presencia de los movimientos, culturas juveniles y prácticas políticas y teóricas de los varios grupos políticos de la nueva izquierda. En aquellos años, reductivamente definidos «años de plomo» y del terrorismo, la sociedad italiana se vio atravesada por movimientos sociales antagonistas portadores de exigencias de cambio, conscientes de que su realización implicaba una transformación profunda de la estructura social capitalista y del poder en sentido amplio.

La reflexión sobre los temas tratados en el libro no puede no tener en cuenta el marco internacional coetáneo a la época tratada, ante todo porque aquellos movimientos tenían características que traspasaban las fronteras nacionales, constituían una especie de «internacional» juvenil contestataria y revolucionaria que había forjado una nueva generación de jóvenes revolucionarios. Ésta se había alimentado de eventos históricos y sociales que iban desde la revolución colonial hasta los nuevos avances de la lucha de los afroamericanos en los Estados Unidos, pasando por las declaraciones reveladoras de Kruschev sobre los crímenes de Stalin y la represión de Moscú contra la revolución húngara de 1956. Se veía favorecida por la revolución argelina, recibía un impulso decisivo de la victoria de la revolución cubana en 1959 y también se había desarrollado paralelamente a la escalada de la guerra de Vietnam.

La crisis abierta por la caída del sistema estalinista en los partidos comunistas de todo el mundo favorecía la radicalización de la juventud tanto en el bloque soviético como en

los países capitalistas. El prestigio y la autoridad del Kremlin habían disminuido bastante desde 1956. Las implicaciones contrarrevolucionarias de la doctrina de la «coexistencia pacífica» y de la «vía parlamentaria» del socialismo, así como las grotescas distorsiones creadas por la ausencia de democracia obrera y por los abusos perpetrados por la casta burocrática privilegiada, llevaban a los jóvenes a una toma de distancia crítica y radical de aquel sistema político. La socialdemocracia se descalificaba a sí misma por igual. Su promesa de una superación gradual del sistema capitalista se había transformado en gestión o co-gestión del sistema mismo y, por ello, no despertaba simpatías entre los jóvenes revolucionarios.

La vanguardia politizada constituida por la nueva generación, a diferencia de la generación precedente, no había vivido la experiencia de fracasos y derrotas trágicas, terribles y prolongadas en el tiempo, comparables a las del período de la ascensión del estalinismo, del fascismo y del nazismo antes de la Segunda Guerra Mundial en Europa, ni tampoco el colaboracionismo de clase practicado por las direcciones comunistas de los países occidentales durante la guerra e inmediatamente después.

La figura del joven tendía a identificarse con la del estudiante en la medida en que, en las décadas de los cincuenta y sesenta, la población escolar había crecido en todos los países desarrollados o en vías de desarrollo del mundo. La intensidad de las manifestaciones estudiantiles en París y Berlín, en Méjico, Brasil, Italia, Egipto y Pakistán, Polonia y Checoslovaquia, testimoniaban el carácter universal del fenómeno. La casi inmediatez del sistema mundial de comunicación y el desarrollo de los viajes internacionales jugaron un papel importante en este proceso de universalización de la revuelta. Los estudiantes que se rebelaban en una región imitaban rápidamente los métodos de otros, copiaban sus eslóganes, se relacionaban y comunicaban entre ellos.

Entre los estudiantes políticamente radicalizados se podían encontrar muchas tendencias y posiciones políticas.

En la búsqueda de una nueva base ideológica redescubrieron y pusieron en circulación concepciones que se habían experimentado en los inicios de la historia del movimiento socialista europeo. Frente al centralismo democrático, se proponía la democracia directa y la descentralización como remedio a la institucionalización y la burocratización de la política y de la actividad sindical. Algunas corrientes estudiantiles llegaron a negar el papel del partido, de la vanguardia, criticaron a fondo el leninismo y el bolchevismo, contraponiendo a ello el movimentismo, la acción espontánea, la autoorganización de los oprimidos desde abajo, la asamblea o el colectivo en lugar de la delegación representativa. Maoísmo, neoanarquismo, espontaneísmo, luxemburguismo, trotskismo, el Marx de los *Grundrisse*, castrismo, guevarismo y estalinismo revisado, pero también lingüística, psicoanálisis, sociología crítica, estructuralismo, existencialismo, Escuela de Frankfurt, representaron el *pudding* ideológico del que nació la nueva izquierda. El marxismo pasó a ser, un poco como el rock y el *beat*, el lenguaje común de la nueva izquierda, extremista, revolucionaria y de carácter grupuscular. Se trataba, sin embargo, de un marxismo ecléctico, infiltrado por elementos impuros, externos a éste y a la tradición comunista en el sentido soviético del término.

Esta nueva generación de militantes políticos tenía algunas características en común. Llegaron a ser militantes políticos a jornada completa, la política absorbió sus vidas, invadió sus días. Su toma de conciencia no había seguido la trayectoria tradicional ligada a la rutina del trabajo político en organizaciones políticas y sindicales del movimiento obrero, habían llegado a conclusiones revolucionarias a través de un pensamiento crítico independiente y habían tenido que elaborar soluciones individuales para problemas complejos. La mayor parte de ellos no eran partidarios de las organizaciones juveniles comunistas y socialistas, sino que se sentían atraídos por grupos juveniles de la nueva izquierda. Les movía un auténtico internacionalismo y un espíritu de solidaridad que era distinto del nacionalismo

burocrático y corto de miras típico del movimiento estalinista. Exceptuando a los neoestalinistas, compartían una fuerte tendencia antiautoritaria y antiburocrática y no respetaban las tradiciones consolidadas en la gloriosa historia del movimiento obrero. Finalmente, la práctica de los movimientos juveniles de los años sesenta y la del movimiento estudiantil habían contribuido a crear un nuevo estilo, una nueva manera de hacer política y de hablar la política, de pensar la política. Al mismo tiempo, a nivel de actitudes y costumbres se daba una auténtica ruptura generacional que recibía influencias del movimiento juvenil americano, de los campus universitarios, se nutría de la música rock y que, frente al conformismo y la hipocresía pequeñoburguesa, introducía la contestación de los «melenudos».

No hay que olvidar, en fin, que aquellas luchas y aquellos movimientos se dieron en un momento de crisis y de transición del capitalismo occidental. La revuelta obrera fue, al mismo tiempo, el producto y la puesta en discusión de la organización taylorista del trabajo. En aquellos años las luchas obreras pusieron en crisis el modelo fordista. La fuerza de trabajo reivindicaba la autonomía, rechazaba el trabajo por ser subordinado y asalariado, ejercía poder y rompía con esquemas organizativos heredados de la tradición socialdemócrata y estalinista, redescubriendo la experiencia de los comités, asamblearia, la dimensión colectiva, valorizando la relación movimiento-partido-sindicatos en sentido horizontal, invirtiendo la jerarquía de la línea que iba desde «arriba» hacia la «base». En este marco se daba la primera recesión económica significativa de 1974-75, después del largo ciclo expansivo del capitalismo que había empezado tras la Segunda Guerra Mundial. Terminaba la «edad de oro» del neocapitalismo keynesiano, empezaban los procesos de reestructuración que modificaban el mercado de trabajo, el mercado financiero y las políticas gubernamentales.

Desde el punto de vista geopolítico, los años setenta eran la década en la que maduraba la mayor crisis del imperialismo americano junto al apogeo y declive del sistema

soviético. La derrota estadounidense en Vietnam marcaba el punto más bajo del declive americano. Para la generación del 68 que había esperado renovar radicalmente el comunismo empezaba un rápido proceso de pérdida de ilusiones. La muerte de Mao en 1976 y la derrota de «la banda de los cuatro» cerraban definitivamente el ciclo de la revolución cultural que tanto entusiasmo había despertado en algunos sectores de los movimientos contestatarios en Occidente. Vietnam, un símbolo para toda una generación, se hundía tras la liberación con la desesperada huida de los prófugos (unos 300.000), con la invasión de Camboya y en la guerra con China (febrero-marzo de 1979). Una ventisca fría, parecida a la que se sintió en la época del XX Congreso del PCUS y el informe secreto de Kruschev de 1956, caía sobre las generaciones más jóvenes provocando cansancio, desilusión y reflujo. Los años ochenta estaban a punto de llegar, terminaba la presidencia de Carter, empezaba la de Reagan, mientras la URSS petrificada en la imagen de Breznev se ahogaba con la invasión de Afganistán y el estancamiento de su sistema económico.

En aquella década estaba empezando el final del siglo XX. Como ha escrito un experto italiano: «todas las novedades que estamos acostumbrados a asociar con los años ochenta y noventa (reaganismo económico, erosión del *welfare*, liberalización de los movimientos de capitales, nueva legislación para la relación entre banca e industria, caída de los sistemas comunistas, aumento de las desigualdades dentro del llamado Tercer Mundo) están implícitas en el momento clave de mediados de los años setenta». Más que un «siglo breve», según el título del conocido libro del historiador inglés Eric J. Hobsbawm, el siglo XX ha sido un «siglo brevísimo» porque «ya en los años ochenta, aunque aún no nos diéramos cuenta, estábamos dentro de un nuevo ciclo histórico» (Massimo Bontempelli, «Un bilancio del secolo breve», *Koiné*, n. 6-10, enero-septiembre de 1999).

Diego Giachetti

Introducción

E mi ricordo chi voleva
al potere la fantasi
erano giorni di grandi sogni sai
erano vere anche le utopie.
Ma non ricordo se chi c'era
aveva queste facce qui
non mi dire che è propio così
non mi dire che son quelli lì.
Vasco Rossi[1]

¿68 bueno, organizaciones malas?

El 68 acaba y no compromete. Mucho más comprometidos serán los años siguientes y, tal vez, por esta razón son pocos los que hablan de ello. Incluso los pocos que osan hablar de esos años los observan como si mirasen fugazmente una habitación al mismo tiempo que se va cerrando la puerta lentamente para cerrarla después de un portazo.

Desde cualquier punto de vista, los años posteriores al 68 pesan y comprometen a todos: a los movimientos, a los grupos de la nueva izquierda, al PCI de Berlinguer —puesto en marcha sobre la vía del compromiso histórico y de los gobiernos de solidaridad nacional— y a las formaciones de lucha armada.

Pesan y comprometen, también desde un punto de vista personal, a muchos de los protagonistas del 68, que antes de retirarse a la vida privada —reciclándose o insertándose cómodamente en el sistema—, pasada la alegre fiesta comunitaria del movimiento estudiantil, habían participado durante todos aquellos años, y con funciones de cierta responsabilidad, en uno o más proyectos políticos que tenían

la intención de estimular y favorecer una transformación revolucionaria de las relaciones de producción capitalista.

Se está a la espera de investigaciones que tracen un mapa genealógico del trayecto recorrido por la elite dirigente de los grupos de nueva izquierda en la década de los ochenta y principios de los noventa. Se esperan también estudios e investigaciones de carácter sociológico que cuantifiquen el fenómeno de la generación que fue protagonista de un gran ciclo de luchas y que produjo miles de militantes y cuadros políticos que después volvieron a ganarse la vida con sus propios oficios y a comprometerse, sin infamias y sin alabanzas, con los sindicatos y con los partidos de izquierda. Por otra parte, una estrecha minoría —la más conocida— quedó filtrada por la peor tradición del socialismo italiano —la de Craxi, Martelli, Intini y De Michelis— siendo confundida, además, con los herederos de Raniero Panzieri, un intelectual honesto y apto, al cual se habían dirigido para reconstruir el pensamiento marxista y socialista de la nueva izquierda. De todas maneras fue un fenómeno social con dimensiones de masa, que marcó vidas y esperanzas aún por considerar y explicar utilizando, incluso si fuera necesario entre los muchos instrumentos disponibles, la típica forma narrativa de la novela. Un fenómeno que, para muchos intelectuales de la vieja nueva izquierda, ha vuelto a proponer un tema grato a la historia de los hombres de cultura de nuestro país, el del transformismo. En la actualidad, cambiar de ideas es muy normal y auténticamente lícito pero, para muchos ex dirigentes y secretarios de los partidos de la nueva izquierda hay algo más:

> *...una parte de la intelectualidad que nos sucedió ha exagerado. No se ha limitado a cambiar de idea, por gusto o por necesidad banal, sino que ha querido hacer de su conversión una arma para encontrar trabajo, rol, poder y éxito. Y de su nueva fe anticomunista, de su nuevo doroteismo y craxismo, de su entusiasmo de neófito por el mercado, las mercancías y la sociedad tal cual es, ha hecho de todo esto objetos contundentes para mortificar despiadadamente a quien más o menos se había «retrasado» en la oposición al estado de las cosas presentes. Así, se ha desencadenado una mutación de furiosos* pasdaran[2] *del mercado y de rencorosos curas rojos que han colgado los hábitos.*[3]

La valoración de Democracia Proletaria (DP), como heredera del período de luchas y de militancia, arroja algunos datos que nos ofrecen una primera idea aproximada acerca de la hecatombe que trastornó a la generación a la que hacemos referencia. En 1987, en DP, con algo más de diez mil afiliados, los ex militantes de los grupos de nueva izquierda —versión años setenta— y que en la época contaban con decenas de miles de militantes, eran casi dos mil: 910 de Vanguardia Obrera, 673 de PdUP y 295 de Lucha Continua.[4]

No es por maldad que indicamos un recorrido similar en la reflexión, es más bien porque aún pensamos, tal como decía alguien en el siglo XIX: que sea el ser social quien determine la conciencia. Si todavía es así —y quien escribe considera que sí— una aproximación tal nos permite establecer dos operaciones. La primera, de naturaleza «humanitaria», que consiste en devolver a los protagonistas su propia memoria. Memoria que los evocadores de aniversarios, y no precisamente de pluma y palabra fácil, «después de haberles amargado la vida durante muchos años», intentan hoy arrancarles incluso el «pasado contándolo tal y como a ellos les gusta».[5]

La segunda nos permite entender las razones por las cuales, aprovechando las conmemoraciones del pasado, se habla demasiado del 68, mientras que se silencia y se omite el después, definido lapidariamente por alguno como una «irresponsable explosión de demagogia y de ideología».[6]

De esta manera, puede suceder que un simple ciudadano, dotado de un nivel cultural medio, pero distraído del compromiso con la vida, se encuentre con lecturas u oiga entrevistas de los protagonistas del 68 y reciba la siguiente

imagen: hubo un 68 y, tal vez, también un 69, después un gran agujero negro, y al final, un presente representado por el hecho de que probablemente el entrevistado, en este intervalo temporal se haya convertido en un manager, en un presentador de televisión, en un periodista famoso o en el director de un faccioso y polémico telediario de los tres que tiene el grupo Berlusconi-Fininvest-Forza Italia. Todo esto, después de que el entrevistado hubiera participado en el movimiento estudiantil y en Lucha Continua con funciones dirigentes (ver el ejemplo de Paolo Liguori). O incluso puede citarse el caso del nuevo ministro de Medioambiente, hoy teñido de verde guisante pero que, al mismo tiempo, fue exponente de primer plano de Vanguardia Obrera y después de Democracia Proletaria.

Podrían reconstruirse aún otras historias similares. Queda lejos de nosotros expresar un juicio moral que, además, sería demasiado banal y presentido. Quisiéramos señalar solamente una contradicción, que es la fuente del posible origen del agujero negro de la memoria, un agujero deseado sobre todo por los protagonistas, que hubiesen querido borrar durante estos últimos años sus propias huellas antes de reestrenarse en sociedad.

Un agujero negro que, por desgracia, ha sido sólo rellenado a veces por los arrepentidos, como Leonardo Marino, un obrero de Lucha Continua y amigo personal de compañeros que después se convirtieron en dirigentes industriales, en directores de periódicos, senadores, tertulianos respetados y cotizados; Marino, en cambio, acabó vendiendo *crêpes* después de que le hubieran truncado la oportunidad de hacer la revolución en nombre del «Poder obrero».

Que una persona como Leonardo Marino haya actuado desde el resentimiento nos parece comprensible, no aceptable ni justificable, pero sí comprensible. Grandes novelistas han escrito páginas admirables sobre la potencia destructiva de la envidia, el rencor personal y el resentimiento incubado durante años.

Todo esto lo ha reflejado Adriano Sofri al hablar de las razones que indujeron a Marino a involucrarlo en el delito de Calabresi (el comisario Luigi Calabresi fue el responsable de la policía política de Milán. Dirigió el interrogatorio del ferroviario anarquista Giuseppe Pinelli, sospechoso de haber colaborado con Pietro Valpreda, también militante anarquista y principal acusado de la explosión de la bomba colocada el 2 de diciembre de 1969 en un banco de Milán que provocó la muerte de dieciséis personas. La noche del 15 de diciembre G. Pinelli cayó desde la cuarta planta de la jefatura de policía durante el interrogatorio. Toda la izquierda parlamentaria italiana acusó a Luigi Calabresi de ser el responsable de la muerte del anarquista. Todos los juicios demostraron que Pinelli y Valpreda no tenían nada que ver con los atentados):

> *...a sus ojos, mi vida [...] se ha convertido en un ejemplo de traición, egoísmo, éxito, poder oficial y autoridad mundana. A sus ojos, las dificultades y la miseria de su vida han sido un golpe de suerte y de la traición de gente como yo.*[7]

Censuras y represiones psicológicas

Entre la cantidad de entrevistas difundidas por los ex líderes del movimiento, la de Franco Russo, publicada en el periódico *L'Unità* el 1 de marzo de 1993, es un buen ejemplo de la reducción del 68 como algo que termina y no compromete. Dice el entrevistado:

> *...el 68 duró ocho meses, en otoño —cuando nació Lucha Continua y Poder Obrero— estaba ya liquidado. Después, todo cambió de signo, el movimiento se empobreció de lo mejor y se convirtió en la reserva de caza de los grupos.*

Después de este juicio de peso y comprometido, tenemos que proporcionar inmediatamente, por un deber de crónica, una información a nuestro imaginario interlocutor y lector de entrevistas sobre el 68 ya que, de otro modo, a partir de los elementos suministrados por la entrevista, podría pensar ingenuamente que, después de estos ocho fantásticos meses, Franco Russo había acabado con todo tipo de actividades políticas consistentes entonces en «batidas de caza» dentro del movimiento por parte de los grupos.

En cambio, no ha sido así. Franco Russo, que en la época ya no era un recién llegado ni en la política ni en el movimiento, puesto que había formado parte del PCI y de la sección italiana de la IV Internacional, en el 68 promovió, junto a Paolo Flores d'Arcais, un pequeño grupo llamado Núcleos Comunistas Revolucionarios con el que participó en las experiencias de los grupos de nueva izquierda de aquellos años para pasar sucesivamente a Vanguardia Obrera, a DP y a los Verdes. El entrevistado refleja, en parte, el drama de una generación que hizo el 68, que participó en la constitución de los grupos de nueva izquierda, con sus relativas diásporas, unificaciones, divisiones, y que hoy se encuentra obligada a reflexionar sobre uno o más fenómenos, que fueron, precisamente, acontecimientos centrales en sus vidas.

En todo esto se encuentran las ventajas y la fascinación de la historia subjetiva, pero también la parcialidad y la exageración de quien reconstruye sin poderse liberar completamente de sus estados de ánimo, sobre todo de los más presentes, que no son más que la expresión de aquello en lo que uno se ha convertido.

Es admirable y útil intentar reconstruir el 68 partiendo de la base de cómo lo percibieron entonces sus protagonistas sin dejar de considerar un dato muy evidente: son demasiados los que mezclan voluntariamente los recuerdos y las percepciones de entonces con su estatus actual. Ésta es la razón por la que, entre las formas de conservación de la memoria subjetiva, las páginas de un diario son mucho más

creíbles que la posterior reconstrucción voluntaria del recuerdo.

La memoria voluntaria, además de estar sometida al desgaste del tiempo, engaña, cancela, remueve, reconstruye y vuelve a seleccionar, activando un mecanismo psíquico que tiende a la defensa de la propia identidad. Tal como se ha señalado, la necesidad de recordar viene acompañada proporcionalmente de la necesidad de olvidar. Memoria y olvido son procesos y hechos concomitantes, así que, si es útil y necesario reflexionar sobre la utilidad y el uso del testimonio y de la memoria de los protagonistas, debería hacerse lo mismo por lo que respecta al olvido y las represiones psicológicas.[8]

La necesidad de recolocar el peso y el alcance de los acontecimientos vividos nace, en este caso, de una instintiva necesidad de defender la propia experiencia, la propia individualidad:

> *...para salvar la identidad, muchos atribuyen el bien a un movimiento inicial incorrupto y la degeneración a un período posterior.*[9]

Respecto a aquellos años podemos determinar un triple proceso de represiones psicológicas del fenómeno del 68.

El primer proceso consiste en encender los reflectores sólo sobre el evento del 68, desuniéndolo de todo lo sucedido posteriormente, para colocarlo en una dimensión sin espacio ni lugar, como si la historia se hubiese interrumpido bruscamente y sin continuidad. Así, por ejemplo, en uno de los ensayos más célebres sobre el año de los estudiantes, aparecido en ocasión del 20 aniversario del 68, escrito por Peppino Ortoleva, y recuperado favorablemente por muchos estudiosos, se traza una delimitación en un sentido temático y cronológico que tiene profundas implicaciones metodológicas e interpretativas. En la introducción escribe:

Aquí el análisis se para: en 1968 acaba y comienza la historia de varios movimientos políticos de nueva izquierda, de carácter estrictamente nacional y local y caracterizados por una base social en parte distinta a aquella propia del movimiento estudiantil. [10]

De esta manera, no sólo se liquida la historia de los años setenta sino que se renuncia, inmediatamente, a la relación existente entre el 68 estudiantil y el 69 obrero.

El segundo proceso atenúa aquella parte del 68 que tuvo unos contenidos subjetivamente revolucionarios y anticapitalistas delimitados en la fiesta comunitaria que se desarrolló en las universidades ocupadas, donde los aspectos «humanos parecían prevalecer sobre los políticos», como por ejemplo la ruptura con las familias o los temores de que las fichas policiales pudiesen perjudicar las futuras carreras universitarias. Pero, al menos, quien dice estas cosas es capaz de admitir sinceramente que el 68 no representó nunca un cambio histórico sino que, más bien, fue una invención de los medios de comunicación de masas. [11]

Y el tercer y último paso de la represión psicológica es la contraposición entre un «68 bueno» y unas «organizaciones malas». En este caso se habla de la «auténtica traición del 68» [12] que se consumó rápidamente a inicios de los años setenta por parte de las organizaciones de nueva izquierda, las cuales habrían reproducido viejos modelos, viejos esquemas, viejos modos de hacer política, matando al nacer «aquello bueno» que tenía un movimiento formado a base del redescubrimiento del mutualismo, de la solidaridad, del asociacionismo de base y de la sociabilidad. También sobre este punto, como ha observado justamente Luisa Passerini:

...la memoria no sabe, o no quiere entretenerse en pasar cuentas a una serie de transformaciones: desde el rechazo a la política como oficio hasta el aceptar ser funcionario, de la negación del rol de vanguardia a la construcción de un partido revolucionario. [13]

En cambio, no resulta fácil, afrontando desde lo concreto el estudio del trienio 68-70, demostrar que ha existido una clara interrupción entre un movimiento bueno y la instrumentalización por parte de formaciones políticas malas, que bajo formas de espíritus maléficos se habrían divertido, a lo largo de todo el siglo que está por terminar (encarnándose en formas políticas o sindicales distintas), en tronchar lo nuevo y en aprisionar los movimientos en estructuras y aparatos burocráticos.

La espasmódica investigación actual de lo «nuevo», representado por el evento del 68 y cargado de significado histórico y universal, ha conducido a arriesgadas, pero también divertidas, propuestas para «forzar la frontera interpretativa que ata el 68 con la izquierda» a fin de intentar entregarlo a la derecha (Fini, Berlusconi, Buttiglione, Casini, los empresarios del nordeste) porque ésas serían el fruto «de esta historia y de esta sociedad». [14]

No creo que sugerencias parecidas sean suficientes para demostrar una tesis, igual que no creo que las hipótesis puedan ser juzgadas como válidas, al menos si sólo se basan en el criterio de la fascinación metodológica que tales sugerencias ejercen. Para quien toma este camino, la reconstrucción histórica se convierte en un elemento ocasional, en un contenedor del cual poder extraer los hechos que mejor se adaptan a la tesis que se quiere demostrar, prevaleciendo la tentación de dar un juicio de valor sintético, es decir, no convincente:

...es una tentación resolver la cuestión desde el plano de la identidad y de las características subculturales, prescindiendo de un análisis más puntual sobre la dinámica histórico-política. [15]

De todo lo que ha dado que hablar el 68, tanto de su sentido histórico como de su significado, prevalece, a menudo, sólo y únicamente el aspecto inherente al debate sobre cuál sería su mejor modelo interpretativo. Se nos detiene

en el umbral de la investigación histórica y social auténtica, aquella que tarde o temprano debe prever el momento en el cual el estudioso, armado con hipótesis más o menos fascinantes, atraviesa el umbral de un centro de documentación y comienza a abrir y a hojear las láminas de los legajos que contienen las colecciones de documentos inherentes a los acontecimientos del 68.

Este es un aspecto abandonado en la reflexión sobre el 68 que Liliana Lanzardo supo señalar durante un congreso en Turín, invitando a los presentes a prestar una mayor atención a las fuentes, antes de atreverse a lanzar hipótesis interpretativas globales.[16]

Además, tal y como ha destacado Marco Grispigni en un artículo aparecido en el periódico *Il Manifesto*, desde hace años se han constituido centros de documentación y fundaciones que han recopilado y puesto al alcance de estudiosos abundantes documentos de la época. Estos archivos, a pesar de todo, son consultados casi exclusivamente por jóvenes universitarios y estudiantes de doctorado y:

> *...mientras tanto, continúan apareciendo intervenciones sobre estos argumentos basados en la memoria de quien las escribe, o sobre los testimonios de algunos protagonistas, basados a su vez en la memoria de quien las cuenta.*[17]

Por muy sugerentes que sean las hipótesis, es necesario verificarlas usando correctamente las fuentes. En la historia oral, la memoria de los protagonistas y de sus recuerdos debe ser valorada, pero es necesario también saber introducirlos en un contexto más amplio, confrontándolos con los papeles y los documentos producidos y escritos en la época. A mi parecer, hacer un trabajo de género sería divertido. Prueben a pensar qué podría haber salido al confrontar lo que dicen hoy algunos exponentes de los expartidos de nueva izquierda, y los artículos que escribían en sus periódicos o en sus revistas teóricas, exaltando probablemente el modelo leninista estrechamente ligado al partido y a la organización. O, incluso, cómo ha cambiado su visión de aquellos años después de haber pasado posiblemente de las filas craxistas a las del Finivest o, del PCI, versión años ochenta, al PDS *buonista*[18] de D'Alema.

El 68 y la nueva izquierda

Se ha observado con acierto que, raramente, «el 68 consigue salir de las fronteras del acontecimiento mismo», más allá del cual existe «un impresionante vacío sobre los años setenta», años de «efervescencia de la sociedad civil»[19] y caracterizados por grandes luchas sociales, políticas y sindicales, por la presencia de movimientos, de nuevas ideas y culturas juveniles que se entrecruzan (sin aparecer y actuar por separado) con el nacimiento, el desarrollo y las planificaciones de los distintos grupos políticos de nueva izquierda, para llegar a representar una continuidad con las luchas estudiantiles del 68 y las obreras del 69.

Se trataría de una continuidad localizable, fácil de reconstruir y demostrar, y no de una ruptura o una clara suspensión, no de una «traición» de lo bueno y un triunfo de lo malo, sino de una interacción entre la efervescencia de la sociedad civil, la planificación política y la búsqueda de nuevas formas de organización política y sindical —piénsese en el nacimiento de los consejos— y, sobre todo, de una gran demanda de transformación social profunda y radical de las estructuras constitutivas de la sociedad burguesa y capitalista (tal y como se hablaba y se escribía entonces).

Está es la vía seguida por Ginsborg en su *Storia dell'Italia dal dopoguerra a oggi*, publicada en 1989, cuando introduce en la valoración de la historia contemporánea de Italia el rol de los movimientos de lucha colectivos, nacidos a finales de los años sesenta y característicos del decenio sucesivo.

Con este planteamiento resulta posible percibir fácilmente la conexión entre los movimientos, los grupos de

base y las formaciones políticas de nueva izquierda, que en su conjunto no eran más que la expresión del crecimiento del conflicto y del antagonismo social de clase, en el seno del cual se manifestaba el protagonismo de los grupos sociales específicos: estudiantes, obreros, jóvenes, magistrados, psiquiatras, enfermos y mujeres.

La historia de los partidos de nueva izquierda no puede ser considerada como una degeneración o un retorno a lo «viejo» que sigue a la etapa creativa del movimiento, sino que fue un intento, no resuelto, de encontrar una respuesta a problemas reales, expuestos por la misma evolución de la situación inducida por las luchas estudiantiles y obreras. De todas maneras, cualquiera que sea el juicio que hoy queramos expresar sobre estos partidos, persiste el hecho de que, cada vez que se tiene el coraje de atravesar el umbral espacio-tiempo del 68 italiano, en seguida nos encontramos a los grupos políticos de nueva izquierda ya formados.

Este dato nos parece tan evidente que no puede ser negado, de tal manera que ésta es la razón por la cual este trabajo dedica, respectivamente, dos capítulos a la conversión del movimiento en grupos y a la sociología de los grupos de nueva izquierda, en un intento de recoger la dinámica estructural y sociológica común al fenómeno llamado «grupismo» de nueva izquierda, antes de detenerse en las historias políticas de cada una de las formaciones.

En este capítulo se examinan solamente los principales grupos de la nueva izquierda, que son precisamente los que cuentan con una mayor documentación.[20] Tanto su nacimiento como su descomposición —cuando se trataba de formaciones políticas ya existentes, como sería el caso de los anarquistas y de los trotskistas— estaban directamente vinculados a la escalada de las luchas obreras y estudiantiles. Tales luchas exponían unos problemas organizativos y políticos nuevos que requerían:

> *...nuevos niveles de mediación. La exigencia de un salto de calidad [...] fue advertida [...] al mismo tiempo que la propia acción generaba repercusiones en la sociedad y repuestas por parte del Estado. La elección se convertía en impostergable cuando los primeros contactos entre obreros y estudiantes mostraban la existencia de un territorio común sobre el cual construir una alternativa en la línea del movimiento obrero. El movimiento tenía que formular hipótesis políticas [...] afrontar problemas de táctica y de organización.*[21]

La misma representación política confiada a la democracia asamblearia, típica de las ocupaciones universitarias, se convertía cada vez más, al mismo tiempo que el movimiento se extendía en el país involucrando a nuevos estratos sociales, en un instrumento «pesado» e inadecuado, tal y como el mismo Mauro Rostagno había señalado. Existe el riesgo, escribía, de pasar «de la alienación individual de estudiante disperso y atomizado a la alienación colectiva de las asambleas generales, donde líderes carismáticos o ideológicos jugaban con su intuición política».[22]

La reacción contra la forma representativa que había liquidado el contenido de la participación democrática creaba, por exceso, una pretendida informalidad en la gestión de las asambleas, en las que, normalmente, acababan por decidir los asambleístas que tenían «más resistencia al sueño o menores necesidades de trabajar para vivir».[23]

El propio movimiento, teniendo en cuenta su nacimiento y su existencia, no puede ser representado como un fenómeno terminado, novedoso, que surge de la nada, maravilloso, limpio e incontaminado de incrustaciones ideológicas, culturales y partidistas del pasado.

Las ideas del movimiento estudiantil italiano no se formaban de manera autodidacta. Con toda certeza estaba muy presente la polémica contra la vieja izquierda socialista y comunista y también respecto a los grupos de la izquierda minoritaria ya existentes. Pero los dirigentes que emergen en la primera fase no lo hacen de la nada, sino que ya cuentan con experiencia, aprendizaje político y cultural,

dentro o en los márgenes de los partidos tradicionales de izquierda, o bien en la cultura radical o en la católica.

Se caracterizan por una necesidad de conocimiento que choca inmediatamente con la esterilidad de la teoría y de la historia del movimiento obrero protagonizada por el estalinismo, incluyendo sus versiones italianas más sofisticadas y digeribles. Se pasaba de esta manera de la sofisticada planificación de la Escuela de Frankfurt a las rudas reproposiciones del marxismo-leninismo en su versión maoísta: por una parte, Che Guevara estaba del lado de Stalin, Panzieri, Adorno y del joven Gramsci y, por otra, Marx acompañaba los desarrollos más avanzados de algunas disciplinas «burguesas» tales como la sociología, la lingüística o el psicoanálisis.

En este sentido, el trabajo de la revista *Quaderni Piacentini* es muy significativo al retratar una situación a la vez caótica y ecléctica pero real, ya que pone en evidencia las potencialidades teóricas intrínsecas, la curiosidad del saber, la voluntad de romper con los viejos referentes políticos y culturales pero, también, manifiesta unos límites debidos a la incapacidad de contextualizar en la historia (reconstruyendo una memoria) los orígenes de la naturaleza de las ideas de las que el movimiento «bebía» y difundía.

Todo son defectos de planteamiento, de método, de relación con el problema de la organización y de la forma de partido que reencontramos en los grupos de nueva izquierda en los años setenta, debidos a la inexperiencia y a los límites del conocimiento de la historia del movimiento obrero. Problemas y cuestiones que, por su relevancia, habían tenido que ser debatidos en la sede con una correcta y seria reconstrucción histórica y, a menudo, se habían resuelto recurriendo a instrumentos de naturaleza filosófica, sociológica y/o antropológica, los cuales reducían la riqueza de la experiencia histórica a esquemas más o menos totalizadores desde los que se tenía que empezar de nuevo, como si el único problema fuese el de sostener en pie, idealmente, «la idea» falsificada en algún pasaje.

Una propuesta cronológica

Cuando hablamos del 68 en Italia pretendo referirme a un arco temporal preciso, es decir, el que comprende las décadas de los años sesenta y setenta. Hay, por lo tanto, un antes y un después, un lento esclarecimiento de las razones que conducirán al 68 y, después, un despliegue/transformación de las preguntas surgidas en el 68 y en la década de los setenta. El 68 entonces, ¿ha terminado? Desde mi punto de vista sí, o mejor aún, en los años ochenta, la mayor parte de las preguntas sobre la transformación social que habían caracterizado el 68 no sólo no han recibido respuesta sino que, además, han desaparecido.

Los años sesenta se inauguraban con las primeras señales de reanudación de la lucha obrera, que tuvo lugar después de las transformaciones de la estructura productiva de los años cincuenta. Las huelgas y las manifestaciones de julio de 1960 contra el gobierno Tambroni y los enfrentamientos de la Piazza Statuto en Turín, en julio de 1962, señalaban el inicio de una inversión en la tendencia provocada por unos cambios estructurales en la sociedad que contribuían a explicar, junto con otros elementos, la explosión del movimiento estudiantil, las luchas obreras del 69 y toda «aquella efervescencia de la sociedad» típica de los años setenta.

La crisis económica de los años 74-75, que alcanzó dimensiones mundiales y que puede compararse por su magnitud con la del 29, dio lugar a un cambio estructural alimentado por la curva recesiva y duradera que le sucedió. Un proceso de descentralización y de reestructuración, acompañado de una redefinición de las relaciones de fuerza entre las clases de nuestro país, caracterizan los últimos años setenta y los primeros de los ochenta. La derrota de la FIAT de 1980 simboliza el fin del período del que he hablado precedentemente.

El 68 había puesto sobre la mesa una serie de demandas de transformación social. En los años setenta, en Italia, eran ya evidentes distintos cambios en la mentalidad, en las leyes y en las costumbres. Estos cambios son patentes en el

divorcio, el aborto, en el nuevo derecho de familia, en la reforma de la seguridad social, en la ley 180 que abolía los manicomios, en la abolición de algunas leyes fascistas, en la transformación de las relaciones de familia, en las instituciones, en los puestos de trabajo, etc. Así que puede decirse que el 68 ha conllevado un proceso de modernización de la sociedad, una «revolución pasiva» gramsciana que aconteció cuando las exigencias de cambio eran fuertes y no encontraban, o no lograban encontrar, un sujeto revolucionario que las representase totalmente. No es necesario emplear muchas palabras para decir que ya en los años ochenta, y aún más a principios de los noventa, el balance de todo lo que ha quedado de todas aquellas conquistas se ha ido volviendo cada vez más negativo.

No se ha realizado del todo la modernización, tal y como la pensaban la izquierda tradicional y reformista y el sindicato, es decir, pasando por la racionalización del capitalismo y la superación de los desequilibrios y de las disfunciones, debidas a un presunto capitalismo atrasado e incapaz de realizar correctamente sus deberes.

Otra serie de preguntas, sobre el control obrero en las fábricas, el control popular de las instituciones, la extensión de los momentos de democracia desde abajo e, incluso, la petición de una demanda de poder político —que se expresaba en la confianza en el PCI con la finalidad de que llegara al gobierno— no han encontrado respuesta. Y esto es así porque las preguntas surgidas entonces no han podido encontrar una respuesta que fuese compatible con las relaciones de producción capitalista, ya que exigían un transformación de la estructura socioeconómica y una dislocación del poder político y estatal.

Además de los numerosos motivos por los que es importante prestar atención a los años setenta, está también el de impedir que pase a la historia la idea generalizada de que estos años pertenecen exclusivamente a la lucha armada y a Renato Curcio, que los recorre desde su punto de vista y con honestidad intelectual, franqueza y valentía.

En los años setenta hay mucho del 68. Quien no entendió esto porque había vivido el 68 «sin una intensidad especial»[24] quedaba condicionado, más que otros, a no percibir bien y a fondo la dinámica de los acontecimientos y las potencialidades de transformación profunda de la sociedad que ésta abría y, por lo tanto, concluía que se debía forzar la situación de un modo subjetivo y voluntario, con acciones armadas incomprendidas por la mayoría y consideradas además inoportunas y perjudiciales.

De hecho, hay tanto 68 en la década de los setenta que se agota en ese mismo decenio, termina en el momento en que la transformación histórica que pretendía incitar se bloqueó en Italia con la formación del primer gobierno de solidaridad nacional (el de la abstención de los comunistas de Andreotti) que indicaba el inicio del fin de un trienio decisivo y crucial para nuestro país, que va de la victoria electoral sobre el divorcio del 12 de junio de 1974 hasta las elecciones políticas anticipadas de junio de 1976.

En aquel período llegan a madurar toda una serie de contradicciones que embisten la sociedad provocando una crisis orgánica, en el sentido gramsciano de la palabra. La solución, o la no solución, de estas contradicciones y el empaquetamiento del protagonismo de masa en la austera versión gubernativa del compromiso histórico son fenómenos que han sido bien reconstruidos y analizados a fondo, porque de la reflexión sobre aquel período podemos extraer muchas explicaciones útiles para la comprensión del presente.

El movimiento del 77 es, desde este punto de vista, un fenómeno emblemático que marca el fin de un período, caótico y efervescente de protagonismo social de masa, y es el último gran movimiento político que atraviesa la Italia de los años setenta y que se cuestiona explícitamente si aún tiene sentido hacer política.

Su derrota cierra un ciclo de luchas que se había abierto en 1968; el movimiento del 77 expone unos problemas a los que tampoco consigue dar respuesta; ni tampoco —

cancelemos en seguida cualquier ilusión merecida— consiguen darla los partidos de la izquierda italiana en los años ochenta, ni Martelli, ni Craxi, ni Ferrara, ni el periódico pagado por los craxistas, el *Reporter*.

Encerrada en el féretro de los «años de plomo», una generación política entera, formada en los años setenta, fue borrada de la historia de Italia, aprisionando los comportamientos políticos y los procesos sociales y culturales dentro del esquema, rígido pero funcional para el poder, del terrorismo y de la lucha armada. Privados recientemente, de esta manera, del derecho a la propia memoria, con la retransmisión televisiva de *Anima mia* se ha establecido incluso cuál era el imaginario colectivo de aquella generación, emblemáticamente sintetizado con el título de una canción de los Cugini di Campagna de 1973. Así que hoy parece cierto que de día se desfilase en las manifestaciones gritando «Poder obrero» y «Lucha continua», y por la tarde se encontrasen todos para cantar el *Anima mia*, olvidando que, para decirlo como Vasco Rossi, «en los años setenta cualquier cosa parecida a los Cugini di Campagna era considerada basura. Un asco. Ésta es la verdad».[25]

Notas:

1. De la canción «Stupendo». Letra de la canción en el original:
   Y recuerdo quien quería
   la fantasía al poder
   eran días de grandes sueños, sabes
   eran verdaderas incluso las utopías.
   Pero, no recuerdo si los que estaban
   tenían estas caras
   no me digas que es verdad
   no me digas que son aquellos de allí.
2. N. de T.: militantes fanáticos, guardianes de la revolución iraní jomeinista.
3. BERNOCCHI, P., MORDENTI, R., «L'intellettualità di massa in movimento», *Marx Centouno*, n.º 2, mayo 1990, p. 121.
4. Cfr. AAVV (1996) *Camminare eretti. Comunismo e democrazia proletaria, da DP a Rifondazione Comunista*. Milán: Punto Rosso, p. 101.
5. FOFI, G. (1988) *Pasqua di maggio*. Génova: Marietti, p. 63.
6. Carta de BOLAFFI, A. en *Micromega*, n.º 2, 1995, p. 57.
7. SOFFRI, A. (1990) *Memoria*. Palermo, p. 181.
8. Cfr. el ensayo de YERUSHALMÍ, J., «Riflessioni sull'oblio», en YERUSHALMÍ, J. *et al*.(1990) *Usi dell'oblio*. Parma: Pratica Editrice.
9. PASSERINI, L. (1988) *Autoritratto di grupo*. Florencia: Giunti, p. 176.
10. ORTOLEVA, P. (1988) *Saggio sui movimenti del 1968 in Europa e in America*. Roma: Editori Riuniti, p. 17.
11. Se trata de una declaración de Diego Marconi, líder en la época de los estudiantes liberales, citada en *La Stampa* el 20 de abril de 1993 en el artículo de PAPUZZI, A., «Esplosse il sessantotto, nessuno sentì».
12. BOLAFFI, A., *op. cit*., p. 56.
13. PASSERINI, L., *op. cit*., p. 179.
14. MAGNANO, A., «Seconda repubblica, memoria storica, movimenti». *Il Grande Vetro*, n.º 19, noviembre-diciembre 1994.
15. SCAVINO, M., «Il '68 nella storia dell'Italia repubblicana. Una rassegna critica». *Per il Sessantotto*, n.º 8, 1995, p. 37.
16. Se trata del seminario de estudios «Gli archivi del '68 per la storia dell'Italia repubblicana», que tuvo lugar en Turín el 19 de enero de 1996 (véase el informe realizado por O. MAZZOLENI en la *Rivista storica dell'anarchismo*, n.º 1, 1996, p. 168-73). Una reseña crítica y sistemática de las distintas interpretaciones del 68 y de sus implicaciones metodológicas aparece en el ensayo de REVELLI, M., «Movimenti sociali e spazio político», en *Storia dell'Italia repubblicana*. Turín: Einaudi, vol. 2, tomo 2, 1995.
17. GRISPIGNI, M., «Se Peter Pan affronta i movimenti». *il manifesto*, 8 de junio de 1996.
18. N. de T.: expresión típica de la postura política de la izquierda italiana en general que pretende no desarrollar luchas frontales, sino colaborar con antiguos adversarios para gestionar de una manera más eficiente la sociedad y las instituciones.
19. Idem, «Gli anni dell'azione collettiva, 1960-1970», *Italia contemporanea*, n.º 189, 1992, p. 729-30.
20. Para una visión completa de las diferentes historias y siglas de lo que parece ser el infinito archipiélago de los grupos de nueva izquierda en Italia en los años setenta, cfr. «Il Sessantotto. La stagione dei movi-

menti (1960-1979)». *Materiali per una nuova sinistra* (coord.). Roma: Edizione Associate, 1988.
21. BOBBIO, L., «Movimento buono organizzazioni cattive?». *Il cerchio di gesso*, n.º 4, octubre de 1978, p. 51.
22. ROSTAGNO, M., «Notte sulle lotte studentesche», en AAVV (1968) *Università: l'ipotesi rivoluzionaria*. Papua: Marsilio.
23. GAMBINO, R. en MANDEL, E. y MAITAN, L. (1972) *Il partito leninista*. Roma: Samonà e Savelli, p. 148.
24. CURCIO, R., «A viso aperto», entrevista coordinada por M. Scialoja (1993). Milán: Mondadori, p. 27.
25. Entrevista a V. Rossi, *La Stampa*, 21 de abril de 1997.

El pre-68: la incubación política y cultural

Fragmentos y fermentos

Una crítica de izquierda, anarquista y anarcosindicalista, anticapitalista, antiestalinista y antirreformista ha caracterizado la historia de la izquierda italiana. Esta crítica hundía sus raíces en la lucha que en los años veinte y treinta opusieron sobre todo trotskistas y bordighistas, pero también consejistas de Pannekoek,[1] luxemburguistas y anarquistas a la línea oficial de los partidos comunistas de la III Internacional posterior a Lenin, para alimentarse después del radicalismo de clase que se manifestó durante la Resistencia, con el nacimiento de organizaciones políticas que intentaron rebatir la obra de colaboración con los partidos de la burguesía, obra emprendida por el PCI y el PSI en el Comité de Liberación Nacional.

Es el momento de citar los casos de las formaciones partisanas y de las organizaciones políticas eclécticas como el Partido Comunista Integral, más conocido por el nombre del periódico *Stella Rossa*, el Movimiento Comunista de Italia, con su periódico *Bandiera Rossa* y otras tantas formaciones que habían animado la Resistencia aportando una contribución ideológica crítica respecto a la reconstrucción del nuevo partido de Togliatti.

El mismo sector socialista contaba con una trayectoria de fermentos críticos que había conducido a la construcción de formaciones tales como el Movimiento de Unidad Proletaria, animado por Lelio Basso, o el Frente Popular Revolucionario,[2] las cuales encontraban una correspondencia en las posiciones de intransigencia clasista de la Federación Juvenil Socialista y su periódico *La Rivoluzione*

Socialista y, en la inmediata posguerra, en la corriente Iniciativa Socialista.[3]

El propio movimiento anarquista italiano, que tenía unas sólidas raíces y una tradición en la historia del movimiento obrero, había sido para muchos comunistas y socialistas libertarios un punto de referencia para quien no se entregaba a la política de extremo realismo practicada por los dos mayores grandes partidos de la izquierda italiana después de la crisis del régimen fascista de 1943. La participación anarquista en la resistencia tuvo su relevancia y su vivacidad política y cultural, tal y como prueban varios titulares de las publicaciones clandestinas del período.[4] La participación en la lucha armada contra el nazismo contribuyó a la recuperación del movimiento anarquista italiano y a su reunificación, producida en el Congreso de Carrara de septiembre de 1945 con el nacimiento de la Federación Anarquista Italiana (FAI) que reanudaba la publicación del periódico semanal *Umanità Nuova*, diario anarquista fundado en 1920. Así, en la inmediata posguerra, la FAI, ya vacunada contra el estalinismo y el estatalismo en general, se mostraba muy crítica con el sistema social soviético que:

> *...representaba una tradición de clase bastante consistente, con una tradición propia muy viva aún, de luchas, sacrificios, milicia revolucionaria y antifascista.*[5]

En los primeros años de la posguerra no faltaron intentos para superar los aspectos más ambiguos del togliatismo, emprendidos con intenciones y resultados distintos, por el grupo que se formó en torno a Valdo Magnani y Aldo Cucchi, después de la expulsión del PCI en 1951 de Acción Comunista.

El semanario *Risorgimento Socialista*, que durante seis años fue el órgano del movimiento, agrupado en torno a dos parlamentarios ex -comunistas, se convirtió en el escenario y laboratorio de una cultura política socialista y marxista «laica» e innovadora. Y no por casualidad, debería recordarse la presencia en las filas de la Unión de Socialistas Italianos (éste era el nombre del movimiento) de jóvenes que asumieron una posición heterodoxa en el seno de la izquierda en los años sucesivos, siendo éste el caso de Dario Lanzardo, Vittorio Rieser, Giovanni Mottura y Enrica Collotti Pischel.[6]

El grupo Acción Comunista, formado originalmente dentro del PCI para reivindicar el retorno a los orígenes revolucionarios y de insurrección, en 1956, poco después de la represión de la revuelta húngara, intentaba abrir una difícil discusión con otros grupos minoritarios dentro de la izquierda antiestalinista, como los trotskistas de los Grupos Comunistas Revolucionarios, presentes en Italia desde 1949 con el periódico *Bandiera Rossa*, con los internacionalistas del Partido Comunista Internacionalista, que publicaban el periódico *Battaglia Comunista*, y con los Grupos Anarquistas de Acción Proletaria que publicaban *L'Impulso*.[7] Estos últimos se habían formado como una corriente dentro de la FAI, compuesta en su mayor parte por jóvenes militantes procedentes del PCI, que reivindicaban la necesidad de un mínimo de organización y de una dirección política unitaria siguiendo la forma del Movimiento Orientado y Federado, así se denominaba la corriente que desde 1951 se había constituido como grupo autónomo. Las figuras más representativas de dicho movimiento eran Pier Carlo Masini, Arrigo Cervetto y Lorenzo Parodi. La trayectoria política de Pier Carlo Masini resulta bastante indicativa del estado de ánimo ideológico que animaba a esta corriente. Masini era un joven antifascista confiado y comunista, que se alejó de las posiciones de izquierda del partido acercándose a la FAI:

> *...en la FAI Masini lleva a cabo una selección: exalta la organización libertaria, y no el viejo individualismo, continúa haciendo hincapié en el concepto de organización. Redescubre las personalidades que le son atribuidas, es decir, a Malatesta, Fabbri, Melacci,*

Berneri, etc., y, a nivel internacional, a Makhno y a la CNT y la FAI de la Guerra Civil española. Todo se concilia, desde la tradición antifascista hasta la batalla antiestalinista. Redescubre también a Rosa Luxemburg. Se atribuye la iniciativa, junto a otros jóvenes, de una corriente de renovación del anarquismo.[8]

Se autodefinían como «anarquistas un poco especiales», mantenían las distancias respecto a un cierto «anarquismo místico, lírico y bucólico» y polemizaban abiertamente con Armando Borghi, con la FAI y con todo el que se aislaba de la actividad organizativa, de la confrontación directa con el movimiento obrero y de sus luchas cotidianas, impidiendo la reinserción en el diálogo con otras fuerzas políticas, «del cual se había expulsado o había sido expulsado por el sectarismo de los demás».[9]

También eran relevantes las experiencias culturales y políticas que se consumían en torno a la revista *Il Politecnico*, experiencias de sectores procedentes del ya disuelto Partido de Acción, del grupo de Unidad Popular de Parri, Codignola, Calamandrei o, incluso, el Partido Radical, y revistas que en los años cincuenta habían intentado estimular la cultura marxista italiana bloqueada en su desarrollo por la presión conjunta del zdanovismo y del historicismo de Benedetto Croce.

Por lo tanto, una parte de la izquierda italiana no esperó al XX Congreso del PCUS de febrero de 1956 para criticar al estalinismo, la forma de partido, la cultura de la izquierda comunista y socialista, el estatalismo, el productivismo, el marxismo reducido a filosofía de la historia, intentando al mismo tiempo redefinir una vía clasista y revolucionaria respecto a la democracia socialista, abordando lecturas «laicas» y «heréticas» de los distintos marxismos y de la historia del movimiento obrero.

En la década que abarca de 1950 a 1960, un grupo de intelectuales, que se situaban en posiciones críticas respecto a las culturas oficiales de los partidos de la izquierda italiana, comenzó a reunirse en los comités de redacción de algunas revistas. Este grupo desarrolló una función estimulante ante una cultura marxista que pecaba de arrogancia historicista y de provincialismo.

En 1949, la biblioteca Feltrinelli iniciaba la publicación de la revista de historia y bibliografía *Movimento Operaio*, dirigida por Gianni Bosio, que revolucionaba completamente la tradicional base metodológica de la investigación histórica y política que utilizaban los intelectuales de los partidos de la izquierda italiana.

El mismo año comenzaba el trabajo de difusión en ciclostil *Foglio di discussione* (entre los redactores estaban Franco Fortini y Renato Solmi), que cambió casi inmediatamente de nombre por el de *Discussioni*. La iniciativa surgió con el fin de denunciar las insuficiencias de la cultura de izquierda y para afrontar la cuestión de la relación entre política y cultura, entre intelectuales y partido. En el camino, *Discussioni* generó otras revistas como *Opinione, Ragionamenti, Passato e Presente* y la *Rivista Storica del Socialismo*.[10]

Opinione, que empezó a publicarse en 1956 y en cuya redacción se encontraban Agazzi, Guiducci, Salvaco, Bonfiglioli, Luzzato, Rizzoli, Fortini, Picardi, Scalia, se centraba en la relación entre marxismo, empirismo y sociología.

Ragionamenti nacía en 1955 bajo la iniciativa de un grupo de jóvenes intelectuales entre los cuales se hallaban Armanda y Roberto Guiducci, Amodio, Caprioglio y Fortini, a los se unieron en seguida el economista Momigliano y el sociólogo Pizzorno; en ella también colaboraron Della Volpe y Leonardi. La revista se caracterizaba por artículos de información bibliográfica que abarcaban de la economía a la filosofía pasando por la sociología y la lingüística. También se abordaron temas como el progreso tecnológico, el neocapitalismo, la planificación, la represión de la revuelta húngara y se ideó un manifiesto para reorganizar la cultura marxista en Italia.

Passato e Presente salía en enero de 1958 y era el resultado de la fusión de tres «grupos»: los que procedían de las ya extinguidas experiencias de *Ragionamenti* y *Opinione* y el

formado por ex -comunistas y comunistas a punto de salir del PCI. Dirigida por Ripa di Meana, la redacción estaba formada por Cafagna, Caracciolo, Giolitti, Armanda y Roberto Guiducci, Momigliano, Pizzorno, Scalia, Salvaco y Pavone. Cabe mencionar por su merecida relevancia el *Dibattito sulla cultura marxista* entonado por varias voces en las páginas del *Contemporaneo*.

La *Rivista Storica del Socialismo*, dirigida por Luigi Cortesi, salía en 1958, colocándose en el ámbito de la investigación histórica y de la reflexión historiográfica marxista. Movida también por el intento de reconsiderar y renovar el nexo entre política y cultura, proponiendo una nueva participación y un nuevo cruce entre investigación e intervención política, por esto, la revista proponía sacar a la historiografía marxista del apartado nicho que representaba el enfrentamiento político del momento.

El cruce de elaboraciones de estas corrientes políticas y culturales —mereciendo algunas de ellas un reconocimiento, al menos por haber sido antiestalinistas en momentos no esperados— y los orígenes de la nueva izquierda, que algunos sitúan de manera definitiva en 1956, quedarían reconstruidos de una vez por todas poniendo fin a aquella ambigüedad de fondo con la cual la misma nueva izquierda ha querido representarse a sí misma, siendo fruto del proceso de reflexión la crítica que se desarrolla después del informe secreto de Kruschev.

1956: la reapertura de la discusión

Sin disminuir la dimensión de la ruptura de aquel acontecimiento que señalaba un alto en la historia, debe decirse que muchas de las ideas que caracterizaron las reflexiones críticas de izquierda desarrolladas entonces tenían sus orígenes en un campo de práctica política y cultural previo, tal y como hemos recordado anteriormente.

Por otra parte, los mismos protagonistas de una revista característica de la cultura política de nueva izquierda post-

1956, *Quaderni Piacentini*, han querido recordar sus orígenes afirmando que profundizaban en la cultura de la llamada tercera vía de matriz azionista[11] (Partito d'Azione) y socialista que había caracterizado algunas experiencias políticas y editoriales de los años cincuenta. Efectivamente, Piergiorgio Bellocchio y Grazia Cherchi sostenían que eran «marxistas radicales, partidarios de la tercera vía, anticlericales y antistalinistas».[12]

Las revelaciones de Kruschev, en el XX Congreso del PCUS de febrero de 1956, y la posterior represión de la revuelta húngara de noviembre del mismo año habían hecho inevitable la apertura de un mínimo debate político y cultural en el interior del PCI, estimulado también por las transformaciones que impulsó el capitalismo italiano, preparando las premisas para el llamado «milagro económico».

La estructura de los funcionarios y de los cuadros que gobernaban el partido, después de un primer desliz inicial, soportó con suficiencia el impacto de las críticas que aquellos acontecimientos suscitaron entre los miembros del partido. El disenso no consiguió manifestarse fuera de un estrecho círculo de intelectuales, que fueron aislados inmediatamente del grueso de los afiliados y de los militantes.

Las discusiones y las contestaciones críticas no faltaron en las secciones comunistas, pero el aparato logró impedir que se creasen contactos entre las distintas tendencias críticas internas, impidiendo la libre circulación de ideas y de información dentro del partido.

Togliatti y el grupo dirigente no tuvieron ninguna dificultad en mantener unido al partido, reivindicando, respeto al modelo estalinista soviético, una peculiar planificación política y cultural fundada en una lectura nacional-popular de Gramsci.

Además, más allá del informe secreto de Kruchev, que el mismo Togliatti criticó en la famosa entrevista de la revista *Nuovi Argomenti*, el secretario del PCUS daba unas indicaciones a favor de la coexistencia pacífica y de la vía parlamentaria y nacional al socialismo que valoraban la estrate-

gia prudente, fundada en el compromiso con las fuerzas burguesas, que inauguró Togliatti con los cambios de Salerno de 1944.

Distintas habían sido en cambio las repercusiones de los acontecimientos en el seno del PSI. La ruptura del pacto de acción con los comunistas puso otra vez en movimiento las variadas almas políticas que coexistían dentro del partido. Una estructura interna más democrática, que consentía la libre circulación de ideas y de información, favorecía indudablemente la confrontación, el debate y la polémica.

La revisión de la línea política del partido adoptada políticamente por Nenni con la alternativa socialista —preludio lento y difícil de los gobiernos de centro-izquierda de los años sesenta— y culturalmente por Lombardi, con reformas estructurales, volvía a mezclar las coaliciones internas. Los contrastes existentes en el PSI no reflejaban más que el conflicto entre las dos corrientes históricas del socialismo italiano, el reformismo y el maximalismo. Dichos contrastes se centraban en la exigencia de renovar la línea política y los instrumentos teóricos que la sostenían, para reacondicionarlos en las cambiantes condiciones sociales y políticas del país.

Los temas sobre los cuales se comenzó a reflexionar fueron esencialmente tres: el estalinismo, el análisis del neocapitalismo y la relación entre partido e intelectuales. Si los objetos de discusión eran comunes, las soluciones propuestas fueron discordantes. La crítica al estalinismo y al análisis del neocapitalismo confirmaba, para algunos, la necesidad de reapropiarse de los valores típicos de la socialdemocracia europea y del liberalismo democrático, y conducía a ver en el reformismo económico e institucional la vía a seguir para modernizar la sociedad.

Para otros, la reflexión conducía a pensar en la posibilidad de una salida hacia la izquierda del estalinismo, capaz de reapropiarse del marxismo, de releerlo bajo la luz de las convulsiones modernas, volviendo a proponer la necesidad de partir desde la clase, desde la lucha obrera, revalorizando la temática del control obrero y de los consejos tomados como modelos revolucionarios alternativos, capaces de delinear las estructuras de la democracia proletaria y socialista. La discusión, además de en las revistas ya citadas, se extendió a las páginas de *Avanti!*, *Mondo Operaio* —en el momento que lo dirigía Raniero Panzieri—, *Tempi Moderni*, *Critica Sociale*, *Il Ponte*, *Il Mulino* y *Problemi del Socialismo* de Lelio Basso.

Los años sesenta

Gli intellettuali della Nuova sinistra italiana
sono la minoranza che fra il 1960 e il 1967
ha preparato il materiale ideologico
della contestazione studentesca,
della critica al PCI e della represa operaia.
Franco Fortini[13]

En los años sesenta se asistía a la proliferación de nuevas revistas, auténticas forjas de ideas políticas y culturales de la nueva izquierda en formación:

> *Basta mirar los nombres de los redactores de varias revistas para reencontrar gran parte de los futuros líderes de las organizaciones políticas, para confirmar que los grupos dirigentes de las organizaciones se constituyen, en gran medida, antes del mismo 68, para aportar a este año su experiencia práctico-política [...] y la herencia adquirida de una cultura política en formación pero ya puesta en marcha.*[14]

Nacían en aquellos años los *Quaderni Rossi*, *Classe Operaia*, *Quaderni Piacentini*, *Classe e Stato*, *Giovane Critica*, *Nuovo Impegno*, *Che fare*, *Vento dell'Est*, *Lavoro Politico*, *La Sinistra*, *Quindici*, *Ideologie*, *Contropiano*, *Il Potere Operaio*, *Monthly Review* (edición italiana desde 1968), *Nuova Unità*, *Falcemartello*, y aún otras revistas más que conseguirían alcanzar el nivel de las ya existentes como *Bandiera Rossa*, opúsculo de los Grupos Comunis-

tas Revolucionarios (sección italiana de la IV Internacional), en las páginas del cual se señalaba puntualmente la importancia de determinados acontecimientos internacionales (China, Vietnam, la revolución argelina y la cubana), se analizaban las transformaciones del capitalismo italiano y se hacía un seguimiento crítico a la evolución de la línea del PCI y del PSI.[15]

Se sumaban a este ámbito político-cultural dos editoriales, la Samonà e Savelli de Roma y Azione Comune de Milán. La primera iniciaba sus publicaciones con un texto de Fidel Castro sobre la revolución y la paz mundial, al que le siguieron libros de Trotsky, Lenin, Bujarin, Mandel, Che Guevara, sobre el movimiento obrero italiano en los años del neocapitalismo de Livio Maitan, una antología de escritos sobre la revolución argelina, escritos de Galvano Della Volpe sobre la estética romántica y la dialéctica histórica, y el texto de Alberto Asor Rosa *Scrittori e popolo* de 1965. La otra editorial publicaba textos de Rosa Luxemburg y Alexandra Kollontai sobre la oposición obrera en la URSS, de Ida Mett sobre la revuelta de Kronstadt, de Andrea Caffi sobre el socialismo libertario, de Armando Borghi, Luciano Vasconi, Giulio Seniga, incluso dos textos sobre los crímenes del estalinismo escritos respectivamente por Guelfo Zaccaria (*200 comunisti italiani vittime dello stalinismo*) y por Alfredo Azzaroni (*Blasco*) que recorría la vida del comunista italiano Pietro Tresso, expulsado del partido en 1930, pasando a la oposición trotskista y que fue eliminado por los partisanos comunistas franceses en 1942.

Esta clase política se formaba en una situación diferente a la de los años cincuenta. Estaba emergiendo una generación de jóvenes fuertemente influida por los acontecimientos internos (la lucha contra Tambroni en julio de 1960, los hechos de la Plaza Statuto de Turín en 1962, la reanudación de las luchas obreras) e internacionales (las revoluciones argelina y cubana, las manifestaciones contra la guerra del Vietnam, la muerte de Che Guevara en

Bolivia en 1967, la ruptura entre China y la URSS, la revolución cultural china).

Al mismo tiempo, en el ámbito de las actitudes y de las costumbres, se estaba verificando una auténtica ruptura generacional que, por una parte, pasaba por la recepción de las sugerencias procedentes del movimiento juvenil americano, de los campus universitarios, y que se nutría de la música rock; y por la otra, la llamada generación de los melenudos introducía la protesta contra el conformismo y el bienestar pequeñoburgués.

En Milán, ya en 1965, existía un círculo *beat* bastante arraigado y activo. Un grupo *beat*, o melenudos, había alquilado y transformado una tienda en un lugar de encuentro para unos jóvenes que habían empezado a viajar en autostop, a dormir en sacos, siguiendo la onda de la literatura americana de la *beat generation* que se estaba difundiendo a la par que se reemprendía la temática contracultural y de las formas de lucha desarrolladas durante esos años en Holanda por los *provos*.[16]

En aquellas habitaciones milanesas vio la luz, en noviembre de 1966, la revista ciclostilada *Mondo Beat*, que cambió de nombre a menudo (*Urlo Beat*, *Grido Beat*) para huir de las leyes sobre la prensa que obligaban a registrar la cabecera y la firma de un director responsable. Se trataba del primer opúsculo *underground* italiano convertido rápidamente en instrumento de enlace entre los distintos grupos *beat* activos en Italia, bifurcándose en la actividad de Onda Verde fundada por Andrea Valcarenghi.

En las páginas del periódico se encontraba una mezcla cultural entre anarquismo, filosofías orientales, revueltas existenciales, luchas contra el racismo, etc.; pero, sobre todo, emergía la idea de que la lucha política y revolucionaria no podía estar desligada de una profunda necesidad de transformación «aquí y ahora» de la vida cotidiana:

> *...aquellos que hablaban de revolución y de lucha de clase sin referirse explícitamente a la vida cotidia-*

na, sin entender aquello que hay de subversivo en el amor y de positivo en el rechazo de las constricciones [...] éstos se llenan la boca con un cadáver.[17]

Era un conjunto de acontecimientos y de cambios que contribuían a sacar a los redactores de las revistas «heréticas y minoritarias» del aislamiento al que habían estado relegados, junto a sus ideas, en los años precedentes. Esta situación quedó bien descrita en una novela de Giorgio Cesarano en la que hablaba de:

...ideas relegadas a una lenta y casi sacrificada meditación de las facciones políticas minoritarias de la nueva izquierda [...] recluidas en las catacumbas de las revistas menores especializadas y en los discursos teóricos de unos pocos infelices [...]. Un análisis fatigoso [...] llevado a cabo por cuatro gatos en apartamentos-redacciones sin mesas ni sillas.[18]

El mismo movimiento anarquista se renovaba en el encuentro, no sin contradicciones, entre esta nueva generación de militantes en vías de formación y la generación precedente. En 1960 se fundó la Federación Anarquista Juvenil Italiana (FAGI) que tenía intención de potenciar una relectura crítica del anarquismo que pasaba por contrastarlo con el marxismo y el análisis del desarrollo del capitalismo y del imperialismo. Gracias a la FAGI surgieron estrechos vínculos con los *provos*, los *beats* y los jóvenes contestatarios en general, a través de encuentros entre estos grupos a nivel europeo. Además, se iniciaban las primeras intervenciones entre los estudiantes universitarios, y en las fábricas se renovaba el compromiso antimilitarista, contra el armamento nuclear, y se reclamaba también la tutela de los derechos civiles y de la libertad sexual. Tales iniciativas favorecían la recuperación y el crecimiento del movimiento anarquista en contraste con los años precedentes cuando «parecía en vías de extinción»;[19] en 1967, la

tirada del semanario *Umanità Nova* era de 9.000 ejemplares respecto a los 7.500 de los años anteriores.[20]

La intervención obrera daba vida, como en el caso de la revista *Democrazia Diretta* de Génova de 1961, a un debate entre anarquistas y marxistas críticos de la Escuela de Frankfurt, colaboradores de los *Quaderni Rossi*, los afiliados a Acción Comunista y el ex -comunista (después de su expulsión del PCI en agosto de 1961) Gianfranco Faina, director responsable y principal animador de dicha revista que pertenecía a aquel sector del asociacionismo del cual surgía el obrerismo italiano.

La inyección de nuevas energías y de nuevas proyecciones en el ámbito de la FAI determinó, paralelamente, un proceso de crecimiento y de ruptura. En el Congreso de Carrara, de 1965, el ala «antiorganización y anticlasista» fue expulsada de la FAI y del periódico. Éstos daban vida a los Grupos de Iniciativa Anarquista publicando el periódico *L'Internazionale*.[21]

En conjunto, la situación se estaba modificando de manera decisiva, la disensión crítica de izquierda se desarrollaba en el seno del mismo PCI y, concretamente, entre los jóvenes de la Federación Juvenil Comunista. El nacimiento del PSIUP, en 1964, contribuyó a avivar el debate a la izquierda del PCI, los contrastes entre China y la URSS daban lugar en Italia a formaciones disidentes marxista-leninistas.

El XXII Congreso del PCUS que tuvo lugar en Moscú, en octubre de 1961, contribuyó a animar la discusión. Esto relanzó la lucha contra el estalinismo, provocando la toma de decisiones espectaculares: los restos de Stalin fueron retirados del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja y sepultados casi anónimamente en un lugar cercano. Con la aprobación por mayoría en el congreso, Kruschev propuso construir un monumento a las víctimas de las arbitrariedades y de las represiones estalinistas.

No había parangón entre el efecto explosivo de este congreso en la Unión Soviética y el XX Congreso de 1956. Éste

último, famoso por el informe secreto, arrolló con su espectacular denuncia de Stalin, y al movimiento comunista de los países en los que dicho informe se difundió. En la URSS se mantuvo secreto hasta 1989, año de su publicación.

Esta vez, los documentos congresuales que denunciaban los crímenes de Stalin fueron publicados y difundidos en miles de copias. En los periódicos el debate continuó y se recordaron páginas trágicas de la reciente historia soviética.

Los hechos, evidentemente, tuvieron un gran eco en el PCI italiano. Según estimaciones creíbles, el debate que se desarrolló en el interior del partido llegó a más del 80% de los afiliados. El término *estalinismo*, poco recurrente en la prensa del partido después del XX Congreso, pasó a formar parte del lenguaje corriente.

El grupo dirigente registró en su interior diferencias profundas de juicio y de análisis. Togliatti, que había intentado reencauzar el debate en la línea trazada por él mismo en 1956, fue criticado en la reunión del Comité Central del 10 y 11 de noviembre.

Umberto Terracini pensaba que la explicación de la degeneración basada únicamente en la inculpación de Stalin era insuficiente y llamaba al orden a todo el grupo dirigente de la época. Aldo Natoli quería que se convocase un congreso extraordinario. Sergio Garavini exponía con contundencia el problema de la planificación desde abajo y de la autogestión obrera. Giorgio Amendola lideraba una tendencia mayoritaria, moderadamente renovadora y crítica que se contraponía a quien, Togliatti incluido, quería frenar la discusión por el temor a que se deteriorase la estructura burocrática. Se unieron también a Amendola aquellos que pretendían servirse de la lucha contra el estalinismo para acentuar la posición democrática-parlamentaria de la política del partido.

El documento que finalmente hizo público la secretaría comunista acentuaba aún más, en 1956, el cambio de actitud y la ruptura con los métodos estalinistas. Importantes motivos de reflexión metodológica e histórica se ofrecían

para la investigación de las causas de la degeneración burocrática. En los parágrafos de la conclusiones se afirmaba que había llegado el momento de deshacerse de la unanimidad ficticia y se escribía que en el movimiento comunista y en el PCI las ideas debían circular libremente, y que podían configurarse tendencias y diferencias.

Si en 1956 la mayor parte de las críticas al PCI se habían reducido a posiciones moderadas y reformistas, en 1961, en cambio, se asistía al nacimiento de una tendencia de izquierda autoalimentada por una situación incómoda y de creciente radicalización juvenil de la cual el semanario de los jóvenes comunistas *Nuova Generazione*, dirigido en la época por Achille Occhetto y Luciana Castellina, era su expresión.

Un ejemplo de esta incomodidad y de la toma de conciencia revolucionaria es el testimonio de Luigi Vinci, milanés, elegido en 1962 para el Comité Central de la FGCI:

> *En 1962 llegué a la conclusión de que la calidad de las elecciones estratégicas fundamentales, el aplastamiento de las instituciones, el mito del Este, la naturaleza altamente centralista y burocratizada de las relaciones internas en el PCI hacían que con aquel partido comunista no se podía ir a ninguna parte.*[22]

Ignorado extrañamente por los investigadores de las raíces culturales del 68, el semanario en cuestión desarrolló un papel decisivamente relevante al afrontar y proponer ciertas temáticas: desde la solidaridad con la revolución argelina a la capacidad de comprender las novedades y las peculiaridades de la revolución cubana, concediendo un largo espacio, al mismo tiempo, a artículos de reflexión sobre la URSS, sobre Stalin y el estalinismo, sobre China, y señalando a través de la publicación de artículos, servicios y cartas un frenético y apasionado debate que se estaba desarrollando entre los jóvenes de la FGCI en varias ciudades de Italia.

Cinco de los redactores de la revista, Augusto Illuminati, Pio Marconi, Eugenio Rizzi, Giuseppe Paolo Samonà y Paolo Santi, eran seguidores de los Grupos Comunistas Revolucionarios, la pequeña sección de la IV Internacional, y estaban en el PCI y en la FGCI para suscitar una corriente de izquierda revolucionaria.

En el número del 10 de noviembre de 1961 Giuseppe Paolo Samonà invitaba a abrir un debate sobre el XXII Congreso del PCUS. La propuesta tuvo acogida y en el número siguiente un editorial anónimo escribía, entre otras cosas, que quería «alentar un análisis más justo sobre el rol jugado por Trotsky en la revolución de octubre»; y la primera intervención de Michelangelo Notarianni se titulaba «La degeneración burocrática del socialismo».[23]

En seguida estallaron las polémicas y los redactores las contestaron publicando una gran foto de Trotsky con el siguiente título: «Perché non siamo trotzkisti»; en el artículo se defendía el derecho a examinar y discutir sin anatemas y prejuicios el pensamiento de Trotsky, recolocándolo en el lugar que le pertenecía en la historia de la revolución rusa y en la posterior lucha contra Stalin. No sin sarcasmo, acababan admitiendo haberse equivocado porque no habían tenido en cuenta la «extrema delicadeza del argumento para los muchos compañeros que han vivido esa lucha».[24]

Se trataba de un sector disidente formado por cuadros militantes del PCI, de la FGCI, del PSIUP de la IV Internacional, de las formaciones marxista-leninistas y por otros grupos de la izquierda revolucionaria que encontraron puntos de apoyo en asociaciones como Italia-China, a principios de los años sesenta, círculos como el Centro Antiimperialista Che Guevara que nacía en Roma pero contaba con sedes en otras ciudades, el Centro de Información del Movimiento Obrero de Turín, el Antonio Labriola de Palermo, el Karl Marx de Perugia, el Rosa Luxemburg de Venecia, el círculo de Il Manifesto y el grupo La Tendenza de Milán. Estos debates y reflexiones críticas encontraron expresión en dos revistas, *Falcemartello*, revista «mensual político-cultural» que empezaba a publicarse en marzo de 1966, y *La Sinistra*.

La Sinistra, revista mensual en un principio y semanal después, comenzaba a publicarse en octubre de 1966 y cesaba su publicación en 1968; resultó ser uno de los más interesantes intentos de construcción de una fuerza política no dogmática, no sectaria y no ideológica. Dirigida inicialmente por el entonces marxista de la escuela *dellavolpiana*, Luciano Colletti, tuvo también el mérito de representar un punto de encuentro entre exponentes tradicionales de las corrientes de izquierda internas de los partidos reformistas y una nueva generación de militantes, en parte aún interna de las federaciones juveniles de los partidos, pero ya encaminada en la búsqueda de nuevas formas y momentos de asociación política.

Entre los redactores y colaboradores figuraban militantes comunistas de las posiciones críticas, exponentes de la IV Internacional (Livio Maitan, Giulio Savelli, Giuseppe Paolo Samonà, Augusto Illuminati), dirigentes de PSIUP (Lucio Libertini), redactores de *L'Unità* con influencias trotskistas (Silverio Corvisieri y Edgardo Pellegrini); colaboraban también con siglas y pseudónimos algunos futuros dirigentes de Il Manifesto como Luigi Pintor.

Los temas dominantes trataban de la política internacional de aquellos años: Vietnam, América Latina, Cuba, la lucha de clases en los Estados Unidos y el Black Power, el contraste entre China y la URSS, el Medio Oriente, la OTAN, la CEE y las armas nucleares. Por lo que se refiere a la política interna, varios artículos estaban dedicados a analizar la socialdemocracia, la estrategia sindical, el PCI, la programación económica, las luchas obreras y el rol del PSIUP. Respecto al análisis histórico-político, primaban las investigaciones y las reflexiones sobre la revolución cultural, el estalinismo, Gramsci, Lenin, el imperialismo y el subdesarrollo.

En su lanzamiento, la revista contaba ya con un millar de abonados que se convirtieron en 3.000 en 1967. El número

de copias vendidas, incluidas las subscripciones, se acercaba a *Rinascita*,[25] dato significativo e interesante que señalaba un aumento sin parangón en los años precedentes, de demanda de información y de formación política por parte de un público que no se dirigía ya a los órganos tradicionales de los partidos del movimiento obrero, sino a las revistas de la llamada nueva izquierda.

Una demanda de «conocimiento político» que obligaba a algunas revistas literarias de los años sesenta a trasformarse en revistas políticas y a aumentar el número de ejemplares. *Quaderni Piacentini*, en junio de 1967, dejaba de publicar poesía y empezaba a ampliar la problemática relativa a los temas debatidos en el incipiente movimiento estudiantil, mientras pasaba de editar 4.000 ejemplares de aquel año a los 11.000 de 1968; *Giovane Critica*, nacida como revista de crítica cinematográfica, inauguraba en 1967 la sección Clase-Partido-Teoría; *Nuovo Impegno*, que surgió como periódico de literatura, dejaba de ocuparse de metodología literaria para abrirse a temas relacionados con el movimiento estudiantil de Pisa y de los grupos de Poder Obrero.[26]

Aún queda todo por descubrir y por analizar acerca del papel desarrollado por algunos sectores militantes de un partido hoy injustamente olvidado, el PSIUP. Éste había sido entonces el partido de la izquierda tradicional que, tal vez, estuvo más atento a todo aquello que emergía de las universidades, entre los estudiantes, los jóvenes y dentro de las fábricas.

En Turín, por ejemplo, el PSIUP condujo una experiencia significativa en la FIAT, siguiendo la influencia de Panzieri y de los *Quaderni Rossi*. De la corriente sindical que habían establecido en la CGIL emergieron las batallas contra la programación económica y por la autonomía del sindicato respecto a los partidos. Desde el mismo Turín surgieron las propuestas para la constitución de los consejos de fábrica y para las igualdades en las reivindicaciones.

No por casualidad, el PSIUP obtuvo en las elecciones políticas de 1968 un discreto éxito electoral con un millón y medio de votos, casi un 5%. Muchos líderes de la protesta estudiantil habían militado en sus filas o aún estaban inscritos en la primavera de 1968, desde Turi Toscano a Mauro Rostagno y desde Luigi Bobbio a Fabio Arcangeli.[27]

No se olvida tampoco el papel desempeñado en la protesta estudiantil por los estudiantes y los jóvenes procedentes del sector disidente católico. En este contexto también se recuerda la importancia que han tenido las siguientes revistas de influencia católica: *Quest'Italia* de Wladimiro Dorigo, *Adesso* de Don Primo Mazzolari, *Gallo* de Nando Fabbro, *La Rocca* de la Pro Civitate Christiana de Asís, *Testimonianze* del padre Ernesto Balducci, sin ignorar el peso y el impacto que tuvo el libro escrito por Lorenzo Milani y los chicos de la escuela de Barbiana, *Lettera a una professoressa*, publicado en 1967.

Los factores que influyeron en la evolución del mundo católico fueron, principalmente, el pontificado de Juan XXIII, el Concilio Vaticano II, las luchas de liberación del Tercer Mundo —concretamente las de los países de América Latina, con sus protagonistas católicos como Camilo Torres[28]—, el proceso de urbanización con la entrada en las fábricas de un importante contingente de población campesina, el desarraigo de la vieja cultura y la nueva conflictividad.

Durante toda una primera fase, la jerarquía eclesiástica mostró cierta tolerancia ante el disentimiento católico, limitándose a menudo a ignorar su existencia. Tal comportamiento indujo a muchos disidentes a considerar que, implícitamente, las jerarquías eclesiásticas se estaban orientando hacia una reforma radical de la Iglesia. Esta esperanza alcanzó el punto más alto en la primera mitad de 1966 con la publicación de la encíclica *Populorum* firmada por el Papa Montini (Paolo VI). En julio del año siguiente, se registraba ya una inversión de la tendencia con la encíclica *Humanae Vitae*, en la que se condenaba el uso de la contracepción farmacéutica ratificándose respecto al tradicional

punto de vista de la Iglesia. En los primeros meses de 1968, la fase de tolerancia disminuyó sin impedir, en cambio, la expansión del fenómeno de disentimiento.

Justamente a partir de aquel período empezaron a formarse las Comunidades de Base. Éstas representaban un importante punto de referencia no sólo para el disentimiento católico, sino también para los distintos movimientos espontáneos. Muchas comunidades parroquiales estuvieron en el origen de las luchas de los barracones y de las distintas comunidades salieron muchos activistas del movimiento de los estudiantes o de los grupos de nueva izquierda.

En 1967 eran «más de mil» los grupos de extracción católica que operaban, actuaban y discutían, acercándose:

> *...a los, tal vez, menos numerosos pero más sólidos grupos de tendencia marxista o libertaria. [...] Muchísimos de estos grupos, ya sean católicos, marxistas o libertarios, actúan al mismo tiempo fuera del control de la Iglesia y de los partidos, contestando el respeto al «sistema» no sólo por parte de la DC, sino también por parte del PSI y del PCI.*[29]

Una tupida red de pequeñas asociaciones, de grupos, de movimientos frecuentemente de carácter local, mostraba ya en los años sesenta un salto de calidad y de intensidad en el debate político y cultural. Una investigación publicada en 1970[30] sobre el asociacionismo político de base en Italia identificaba a 312 grupos de base distribuidos sobre el territorio. Nueve de ellos surgieron antes de 1955, 54 entre 1956 y 1963, 84 en el trienio siguiente y 164 entre 1967 y 1968. Se trataba de movimientos que inventaban, tal y como dice Sydney Tarrow, «nuevas formas de protesta», pero que sacaban aún:

> *...la mayor parte de sus temas de los debates de la primera parte del decenio y de los partidos y de los grupos tradicionales.*[31]

El «maoísmo»

La influencia de la revolución china en la política de la izquierda italiana atravesó varias fases. Inicialmente fue valorada por sus elementos de diversidad respecto a las llamadas democracias populares de los países del Este. Se trataba de una revolución activa, que comprometió a millones de personas y que obtuvo su confirmación en contraste con todo lo que deseaban para aquella nación Stalin y el grupo dirigente soviético.

China se presentaba, por lo tanto, como una especie de herejía yugoslava en Asia, que ya destacaba entonces por sus críticas a ciertos métodos estalinistas, por dar privilegio al momento político de las «cien flores» y por evidenciar una relación un poco más democrática entre el Estado, el partido y la sociedad.

A esta fase inicial le siguió una segunda, marcada por una ruptura entre China y la URSS y por las divergencias «entre nosotros (los comunistas chinos) y el compañero Togliatti», que fue leída en Italia en clave antirrevisionista, de vuelta a los «sanos principios» de la III Internacional y de revaloración del compañero Stalin, con su versión berlinesa introducida por Kruschev.

En verano de 1962 se comenzaron a distribuir «casi clandestinamente» en las secciones del PCI artículos de los compañeros chinos y albaneses con «una crítica severa a las posiciones "revisionistas" de Togliatti y Kruschev».[32] Fue en esta fase que obtuvo impulso y energía vital el disenso marxista-leninista dentro del PCI y que condujo a la constitución del periódico *Nuova Sinistra*, en 1964.

La interpretación del caso Stalin por parte de los chinos resultó ambivalente y, ciertamente, menos unívoca respecto a la versión que dieron los marxistas-leninistas en Italia. Para los chinos las cosas eran más complejas. En los hechos criticaban la labor de Stalin[33] en la construcción del Estado y en la concepción del partido y de su relación con las masas; en cambio, al mismo tiempo, se referían a aquel diri-

gente como el símbolo de lucha contra el revisionismo, de la revolución y de la dictadura del proletariado.

La fase de la revolución cultural coincidió con el punto más álgido de la oleada de protestas en Europa y, además, se relacionóuna cosa con la otra. La revolución cultural, junto al pensamiento de Mao, fue leída a la vez como el relanzamiento de un nuevo internacionalismo (a partir de la revolución anticolonial y antiimperialista en los países del Tercer Mundo), la denuncia de las concesiones al imperialismo de la URSS, el descubrimiento de la «práctica social» («quién no hace encuestas no tiene derecho de palabra»), y como modelo de acción directa de las masas y, por lo tanto, de auténtica democracia, es decir, un modelo a seguir en la redefinición de la política, de la teoría y de la organización.

El movimiento juvenil vio o, mejor dicho, creyó ver en la China de Mao la realización de sus aspiraciones revolucionarias y antiburocráticas. Las consignas de la guardia roja fueron hechas suyas por los estudiantes italianos: «rebelarse es justo», «disparad sobre el cuartel general», etc.

El papel de los estudiantes, la exaltación de las contradicciones manifiesta también en los países en los que se decía que el socialismo se había realizado y la invitación a criticar duramente a los dirigentes parecía coincidir con la polémica antiburocrática y antiautoritaria de los estudiantes. La crítica al productivismo, al socialismo entendido únicamente como desarrollo de las fuerzas productivas, el redescubrimiento de la politización en las relaciones de producción, la pauta de la primacía personal de la voluntad política, aparecían como novedades arrolladoras e innovadoras también en el campo de los defensores de la teoría marxista.

El movimiento estudiantil, mientras nutría una profunda desconfianza hacia los grupos marxistas-leninistas, fue atraído tempranamente por el pensamiento de Mao y por la revolución cultural. Los mismos sofisticados intelectuales de la revista *Quaderni Piacentini*, durísimos al condenar el Partido Comunista de Italia (marxista-leninista) y a la Unión de Comunistas Italianos, no supieron resistirse a la

tentación de referirse líricamente a Mao, a la revolución cultural y a los guardias rojos:

> *Stalin y Lenin están muertos, pero Mao está vivo en el sentido de que está viva su [...] obra teórica [...] y está vivo su descomunal experimento socio-político y productivo de 750 millones de hombres que están saliendo del hambre y empezando a construir una civilización basada en el rechazo a la división subordinada del trabajo.*[34]

Y el editorial que presentaba el número monográfico de 576 páginas de la revista *Ideologie*, todas ellas dedicadas a la revolución china, justificaba así ante los lectores tal elección:

> *El proceso revolucionario chino lleva a la ruptura de la subordinación de los países socialistas y de los movimientos revolucionarios de todo el mundo de la razón burocrática del Estado-guía soviético; eso conlleva además una reactivación creativa del pensamiento dialéctico, con una consiguiente profunda innovación del marxismo-leninismo.*[35]

También en las páginas de la revista *Monthly Review*, muy leída en aquellos años, Huberman y Sweezy teorizaban sobre la revolución cultural y sobre su naturaleza antiburocrática, sosteniendo que si Lenin hubiese vivido lo suficiente no se hubiese comportado de un modo distinto al de Mao. Los mismos comunistas chinos, sobre todo después del Mayo francés, mostraron su interés por la revuelta de los estudiantes. El 21 de mayo de 1968, medio millón de personas tomaron parte en Pekín en una manifestación de apoyo a los movimientos progresistas de los estudiantes europeos y de América del Norte. Al día siguiente otros 700.000 desfilaron en la Plaza de Tiananmen en apoyo de la revuelta francesa. En los periódicos chinos se avanzó triunfalmente la hipó-

tesis de que Mao era la fuente de inspiración de los movimientos subversivos del mundo occidental:

> *...la trayectoria victoriosa de la gran revolución proletaria en China ha acelerado la difusión de las enseñanzas de Mao Tsetung en Europa occidental y en América del Norte, donde el número de estudiantes que leen los escritos y las citas del presidente Mao va creciendo constantemente.*[36]

En general, en aquellos años, los grupos a la izquierda del PCI evolucionaron en cuatro direcciones: 1) se formaron núcleos de oposición en el interior del PCI; 2) crecieron aquellos que habían sido grupos de la izquierda histórica, concretamente de la IV Internacional; 3) surgieron nuevos grupos que reivindicaban las posturas chinas; 4) nacieron grupos de inspiración obrerista y anarcosindicalista, sobre todo a partir de las luchas obreras de los primeros años de la década de los sesenta.

Su composición social era principalmente, sino del todo, pequeñoburguesa, la clase obrera era aún algo extraña a la formación de estos grupos revolucionarios. Los lazos entre las vanguardias obreras y el PCI se habían configurado sobre todo en el largo período que iba de 1943 a 1953 y se mostraban estrechamente fuertes. Además, el PCI y los sindicatos desarrollaron un papel útil como instrumentos para la organización cotidiana de la defensa económica del proletariado y, en esta función, no eran sustituibles por los grupos.

Notas:

1. N. de T.: Anton Pannekoek (1873-1960) fue un destacado teórico del movimiento marxista, contrario al bolchevismo y defensor del comunismo organizado mediante consejos obreros (Council Comunist Mouvement).
2. Una amplia y escrupulosa reconstrucción de la historia de estas organizaciones políticas ha sido realizada por PEREGALLI, A. (1991) *L'altra resistenza*. Génova: Graphos.
3. Cfr. SOLARI, L. (1964) *I giovani di «Rivoluzione Socialista»*. Roma: Iepi. Sobre Iniziativa Socialista véase PUNZO, M. (1973) *Dalla liberazione a Palazzo Barberini*. Milán: Celuc Libri; FEDELE, S. (1978) *Fronte Popolare. La sinistra e le elezioni del 18 aprile 1948*. Milán: Bompiani.
4. Cfr. AAVV (1995) *La Resistenza sconosciuta. Gli anarchici nella lotta al fascismo. Raccolta anastatica di tutti i periodici clandestini del periodo 43/45*. Milán: Zero in Condotta; AAVV (1993) *L'antifascismo rivoluzionario*. Pisa: BFS.
5. MONTALDI, D. (1994) *Bisogna sognarre. Scritti in Italia 1952-1975*. Milán: Colibri, p. 492; cfr. ROSSI, I. (1981) *La ripresa del Movimento Anarchico Italiano e la propaganda orale dal 1943 al 1950*. Pistoia: RL.
6. Cfr. DALMASSO, S., *La diaspora socialista in Italia (1951-1958)*. Giovane Critica, n.º 33, invierno de 1973, p. 45. Del mismo autor véase también: «I socialisti independenti in Italia 1951-1957». *Movimento Operaio e Socialista*, n.º 3, julio-septiembre de 1973.
7. Cfr. PEREGALLI, A. «Le dissidenze comuniste tra Lenin e Mao. «Azione Comunista» (1956-1965)». *Classe*, n.º 17, junio de 1980.
8. MONTALDI, D., *op. cit*., pp. 492-93.
9. Cfr. respectivamente «Passato e Presente del movimento anarchico (lettera aperta ad Armando Borghi)» y «Sulla linea dell' unità operaia si difendono le ragioni dell'anarchismo», ambos en *L'Impulso*, n.º 3, 15 de marzo de 1954. Más en general sobre los GAAP y sobre el movimiento anarquista italiano cfr. CERRITO, G., «Da Bakunin a Malatesta» y «Il tramonto dei puritani», en *L'Astrolabio*, n.º 12 y 13, julio de 1965 y, *Il ruolo dell'organizzazione anarchica*. Catania: RL, 1973; FERRI, P. (1978) *Il movimento anarchico in Italia*. Roma: Quaderni della Fiap; IUSO, P., «Aspetti organizzativi del movimento anarchico in Italia dagli anni '50 agli anni '70», en *Trimestre*, n.º 2, 1993.
10. Cfr. FORTINI, F., *«Dal "Politecnico a Ragionementi"»*. 1945-1957, en AAVV (1977) *Gli intellettuali in trincea*. Papua: Cluep; COLUMMI, C., «Le riviste del disgelo». *Ragionamenti* y *Opinione*; PAVONE, C. «Le contradizione del dopo Ungheria». *Passato e Presente (1958-1960)*; GIBELLI, A., «La storia come pretesto. La "Rivista Storica del Socialismo"», todos en *Classe*, n.º 17, *op. cit*.; MAGNANO, A., (1979) *Origini della nuova sinistra*. Messina-Florencia: D'Anna. La reedición anastática de los números de *Ragionamenti* fue realizada por la editorial Gulliver de Milán en 1980 con una introducción de M. C. Fugaza.
11. N. de T.: la tercera vía rechazaba una elección entre la clerical Democracia Cristiana y el estalinista Partido Comunista. Tuvo cierta presencia en medios intelectuales pero un escaso peso político y un limitado apoyo popular. Partido de Acción nació en 1943 durante la lucha partisana como heredero de Justicia y Libertad, movimiento liberal socialista y revolucionario de los hermanos Rosselli que, durante todo el fascismo, protagonizaron una gran oposición al régimen, y otros inte-

lectuales de tendencia radical. Fue disuelto después de la derrota electoral de 1946.

12. «A partire dai piacentini», entrevista de G. Fofi, *Ombre Rosse*, n.º 24, 1978.
13. *Los intelectuales de la nueva izquierda italiana son una minoría que, entre 1960 y 1967, han preparado el material ideológico de la protesta estudiantil, de la crítica al PCI y de la recuperación obrera.*
    FORTINI, F. (1977) «Questioni di frontiera: scritti di politica e di letteratura 1965-1977». Turín, p. 40, *op. cit.*, en SANTARELLI, E. (1996) *Storia critica della repubblica*. Milán: Feltrinelli, p. 144.
14. MAGNANO, A. (1989) *Le culture del Sessantotto*. Pistoia: Centro de Documentazione di Pistoia, p. 19.
15. En la actualidad existe una consolidada base de referencia para el estudio de estas revistas; nos referimos especialmente a los siguientes textos: BECCHELONI G. (coord.) (1973) *Cultura e ideologie nella nuova sinistra*. Milán: Comunità; LUPERINI, R. (1974) *Marxismo e intellettuali*. Padua: Marsilio; «Gli anni delle riviste (1955-1969)» en *Classe*, n.º 17, *op. cit.*, y *Le culture del Sessantotto*, *op. cit.*; FLORES, M. «Il '68 attraverso le riviste: anticipazioni, fraintendimenti», en AAVV (1989) *Il '68: l'evento e la storia*. Brescia: Annali della Fondazione Micheletti; MURACA, G. (1990) *Da «Il Politecnico» a «Linea d'Ombra»*. Lalli: Poggibonsi.
16. Cfr. GUARNACCIA, M. (1997) *Provos. Amsterdam 1960-67: gli inizi della controcultura*. Bertiolo: AAA Edizioni.
17. Citado por BALESTRINI, N. y MORONI, P. (1988) *L'orda d'oro*. Milán: Sugar Edizioni, p. 46. De esta obra se han extraído también las alusiones relativas a la revista citada en el texto.
18. CESARANO, G. (1968) *I giorni del dissenso*. Milán: Mondadori, p. 25.
19. SCHIRONE, F.: «L'anarchismo italiano dal'68 al 77», informe del seminario: *1968-1977 gli anni della rivolta*, Pisa, 10 de mayo de 1997, fotocopia, p. 1.
20. *Relazione amministrativa di Umanita Nuova*. Bolletino Interno della FAI, n.º 17, 27 de octubre de 1967, p. 13.
21. Cfr. «Federazione Anarchica Italiana» en *Il sessantotto. La stagione dei movimenti (1960-1979)*, *op. cit.*; *Che cosa sono i GIA*. Carrara: Edizioni del CDA, 1976; CERRITO, G. (1973) *Il ruolo della organizzazione anarchica*. Pistoia: RL, pp. 169 y ss.
22. VINCI, L., *Relazione introduttiva*, VIII Congreso de DP, *Noticiario DP*, n.º 26, 18 de julio de 1991.
23. Cfr. *Nuova Generazione*, n.º 42, 17 de noviembre de 1961.
24. *Nuova Generazione*, n.º 46, 15 de diciembre de 1961.
25. Para estos datos cfr. MOSCATO, A., «Guevara e il maoismo in Italia». *Bandiera Rossa*, n.º 36-37, julio-agosto de 1993. Sorprende, y además no compartimos, la tajante opinión expresada por A. Magnano sobre esta revista tildada de dogmática, ideológica, orientada hacia maniobras de «pequeño cabotaje táctico y presunción de partido» (*Le culture del Sessantotto*, *op. cit.*, p. 76). Igualmente liquidador y poco fehaciente resulta el trabajo de R. Guastini («Un progetto unitario fallito. *La Sinistra* 1966-1968», en *Classe*, n.º 17, *op. cit.*), después de haberlo acusado de trotskista le atribuye también la culpa de haber aceptado la «idea maoísta de la restauración capitalista en la URSS» [sic!] (p. 275).
26. Cfr. LUPERINI, M., *op.cit.*, p. 161.
27. Cfr. PROTTI, D. (1979) *Cronache di «nuova sinistra». Dal PSIUP a Democrazia Proletaria*. Milán: Gammalibri, pp. 15-16. Véase también DALMASSO, S., «La sinistra socialista da corrente a partito (1955-1964)». *Calendario del popolo*, n.º 582, diciembre de 1994 y «Tren'anni fa il PSIUP». *Il Presente e la storia*, n.º 44, 1993.
28. Sacerdote y sociólogo colombiano y después cura guerrillero del Ejército de Liberación Nacional, asesinado en un enfrentamiento armado. Decidió pasar a la guerrilla después de constatar que rezar no era suficiente para combatir la injusticia. «No celebraré ninguna misa más —decía— hasta que la justicia no sea la triunfadora en mi patria». Cfr. TORRES, C. (1968) *Liberazione e morte*. Milán: Feltrinelli; HABEGGER, N., *Camilo Torres, prete e guerrigliero*. Florencia: Cultura Editrice; GUZMÁN, G. (1968) *Cattolicesimo e rivoluzione in America Latina. Vita di Camilo Torres*. Bari: Laterza.
29. BERMANI, C. (1997) *Il nemico interno*. Roma: Odradek, pp. 145-46. Sobre los grupos católicos cfr. «Inchiesta sui gruppi minoritari cattolici». *Nuovo Impegno*, n.º 9-10, agosto 1967-enero 1968.
30. FERRARESI F. *et al*. (1970) *La política dei gruppi. Aspetti dell'associazionismo di basi in Italia dal 1967 al 1969*. Milán: Comunità.
31. TARROW, S. (1990) *Democrazia e disordine, Movimenti e protesta política in Italia. 1965-1975*. Bari: Laterza, p. 36.
32. GEYMONAT, M. (1996) «Prefazione» en la reedición anastática de *Nuova Unità (1964-1966)*. Milán: Teti. Más adelante sostiene que «durante años hemos recibido el apoyo fraternal de otros partidos marxista-leninistas, antes que ningún otro, de los compañeros chinos». Más, en general, sobre las influencias de la revolución china en Italia cfr. GUASTINI, R., «I messaggi politici della rivoluzione cinese (1956-1966)». *Classe*, n.º 16, diciembre de 1968; MAGNANO, A., «Per un nuovo marxismo della crisi». *Unità Proletaria*, n.º 1-3, 1980, especialmente la larga nota 14 de la p. 38; CIRILLO, L., «Come e perché il maoismo divenne un mito». *Bandiera Rossa*, n.º 1, 11 de enero de 1981.
33. Cfr. Mao Tse-Tung (1975) *Su Stalin e sull'URSS*. Turín: Einaudi.
34. CIAFALONI, F. y DONOLO, C., «Contro la falsa coscienza del movimento studentesco». *Quaderni Piacentino*, n.º 38, julio de 1969, en *Antologia 1962-1968*. Milán: Ed. Gulliver, 1977, p. 226; cfr. MASI, E. «Critica e autocritica della nuova sinistra». *Quaderni Piacentini*, n.º 46, marzo de 1972.
35. «Editoriale: le nostre forze e la rivoluzione cinese». *Ideologie*, n.º 13-14, 1971. Sobre el maoísmo y su influencia en Italia véase el informe de R. Nicolai, «Quando la Cina era vicina: l'influenza del pensiero di Mao nella sinistra rivoluzionaria degli anni Sessanta e Settanta», en el seminario *1968-1997 gli anni della rivolta*, *op. cit.*; se trata del borrador de un ensayo de mayor envergadura de próxima publicación en la BFS de Pisa. Cfr. COLLOTI PISCHEL, E. (1991) «Nel '68 quando l'oriente era rosso». En *La cultura e i luoghi del '68*. Milán: Franco Agneli.
36. «Peking Rundschau», 68/22, 4 de junio de 1968, citado por MEHNERT, K. (1969) *A sinistra di Mao*. Milán: Mondadori, p. 98.

El movimiento del 68 y sus problemas

Una lotta non la si può aprire
e poi non chiudere più
fino all'alba dorata della rivoluzione
aspettando i giorni del vino e delle rosse.
Mauro Rostagno[1]

El decreto ley 2.314, impulsado por el ministro de Instrucción Pública Gui, fue la causa que desató las luchas universitarias del año académico 1966-67. Ése decreto y los que le siguieron el año siguiente no se explican sin hacer una referencia a las profundas transformaciones que afectaron a las universidades italianas.

La población estudiantil universitaria, que quedó casi estancada durante los primeros quince años de la posguerra (el índice de estudiantes apenas había aumentado un 1% entre 1945 y 1960), a partir de 1960 aumentó notablemente: en 1966 el 72%, en 1967 el 93% y en 1968 el 117%. Disminuía la incidencia de los estudiantes procedentes de la clase medio-alta y aumentaba la de los estudiantes procedentes de la pequeña burguesía y del proletariado.[2]

Dentro de las universidades se creaba una nueva situación: por un lado, la vieja estructura didáctica era incapaz de responder a las nuevas necesidades ideológicas y formativas demandadas por la transformación neocapitalista de la sociedad y, por el otro, los sistemas de selección, los inconvenientes materiales de naturaleza varia, la opresión ideológica y el despotismo de los barones[3] se hacían cada vez más intolerables para la nueva masa estudiantil.

Si las primeras luchas del curso 1966-67 no tenían comparación con las del año siguiente, al menos se distinguían de las luchas precedentes. En realidad, por primera vez des-

pués de la posguerra, la policía tuvo que intervenir para desalojar la universidad de Pisa, ocupada en febrero de 1967, y la de Trento en marzo del mismo año.[4]

Además, respecto al pasado, resurgían temas nuevos que representaban un auténtico salto de calidad. El primer tema era el del antiimperialismo que tenía como referencia principal la guerra del Vietnam; el segundo surgió de las reflexiones desarrolladas durante la ocupación de varias facultades de Arquitectura (Milán, Venecia, Turín) y de la facultad de Sociología de Trento acerca del rol profesional de los licenciados dentro de las relaciones de producción capitalista; el tercero, surgido durante la ocupación de la Universidad de Pisa del 7 al 11 de febrero de 1967, tuvo como trasfondo la figura social del estudiante, recogida y analizada en detalle en la famosa *Tesi della Sapienza*.

Las luchas estudiantiles conllevaban también la superación de la tradicional demanda de la reforma democrática de la enseñanza. En los años precedentes, varias organizaciones juveniles universitarias se habían limitado a pedir la modernización y la recalificación de los estudios y la realización de la cogestión de la universidad, la ejecución del derecho al estudio, según los principios sancionados en la Constitución.

En cambio, durante las ocupaciones, cada vez se hizo más clara la relación existente entre el sistema de enseñanza y el mundo de acumulación capitalista. El naciente movimiento estudiantil tomaba conciencia del hecho de que un objetivo como la reforma de la enseñanza, concebido dentro de los márgenes de cambio consentidos por el sistema, no habría producido otra cosa que un reforzamiento del sistema capitalista en su totalidad.

En el año académico 1967-68, la agitación en las universidades alcanzó dimensiones y características nunca vistas hasta entonces. Desde noviembre de 1967 hasta junio de 1968 tuvieron lugar 107 ocupaciones de sedes o facultades universitarias; al menos 31 sedes de 33 fueron total o parcialmente ocupadas una vez como mínimo. Las facultades

en las cuales hubo una mayor agitación fueron: Letras (con al menos 18 facultades ocupadas de 22), Ciencias (concretamente Física, con 16 facultades ocupadas de 22); en cambio, las facultades de Ingeniería fueron las que menos se ocuparon, tan sólo 2 de 11.[5]

Las luchas comprometían a toda la masa de estudiantes porque tenían dos características importantes: 1) partían de reivindicaciones concretas, contra el aumento de las tasas universitarias (en la Università Cattolica de Milán), contra la selección, contra los inconvenientes materiales provocados por la carencia de estructuras; 2) las luchas eran reacciones a actos autoritarios de las instituciones o a la represión policial.

El movimiento estudiantil se consolidó porque en el transcurso de las ocupaciones conseguía implicar a amplios estratos de estudiantes en los trabajos de comisiones, cursos alternativos y grupos de estudio.

Con la primavera del 68 y el Mayo francés se alcanzaba el cénit de la protesta estudiantil. Después del verano, tuvo lugar un debate entre las vanguardias del movimiento estudiantil para determinar las líneas de una estrategia revolucionaria apoyada por una serie de medidas organizativas y de iniciativas de lucha para ser conducida junto a otros estratos sociales oprimidos.

El movimiento estudiantil intentaba proyectarse fuera de la universidad echándose a la calle y dando inicio al llamado trabajo obrero; cerca de muchas universidades se constituyeron las comisiones obreras o comisiones de fábrica con el objetivo de articular y coordinar la intervención estudiantil cerca de las fábricas.

Ventajas y límites de la democracia asamblearia

Antes del comienzo de las ocupaciones universitarias, típicas del bienio 67-68, la estructura del movimiento estudiantil se fundaba en el principio de representatividad en distintos niveles, desde los organismos representativos, elegidos

por cada universidad, hasta instancias nacionales por delegaciones sucesivas. Durante la posguerra, en las universidades se reprodujeron las formas de la democracia representativa constituyéndose en cada una de ellas los parlamentos de los estudiantes, llamados organismos representativos. Desde 1948, existía un parlamento nacional, el UNURI, elegido por los distintos parlamentos locales.

En el interior de esta estructura institucional actuaban las diferentes asociaciones políticas de los estudiantes que, de hecho, eran apéndices de los partidos en el interior de las universidades. Las más importantes eran: UGI (estudiantes del PCI, PSIUP y PSDI), INTESA (católicos), AGI (liberales) y FUAN (fascistas).

A pesar de la escasez de poderes adjudicados a los organismos representativos de los estudiantes (se nombraban algunos representantes en el consejo de la Opera Universitaria y se promovían iniciativas deportivas y recreativas), éstos llevaban a cabo otras funciones importantes. Estos organismos servían para adiestrar a los jóvenes en las polémicas de la dialéctica parlamentaria. Eran, de algún modo, lugares representativos de los intereses sindicales y corporativos de los estudiantes, y ejercían una presión sobre los partidos y sobre el gobierno a favor de la reforma universitaria.

Las ocupaciones llevaron inmediatamente a la crisis este sistema, vaciando las instituciones representativas para sustituirlas por una asamblea general reunida permanentemente. El nuevo movimiento estudiantil se basaba en una participación efectiva y consciente de los estudiantes que se manifestaba en las asambleas y rechazaba cualquier delegación de poder o de representatividad en un órgano más restringido. Escribían por ejemplo los estudiantes «trentinos» (de Trento-Alto Adige) en un documento de 1967:

> *Nosotros no reconocemos ninguna autoridad en los organismos representativos. Éstos son la imagen reflejada en el espejo deformante de la democracia pequeñoburguesa de un parlamentarismo vertical, desvinculado de las masas y en connivencia, directa o indirectamente, con el poder constituido.*[6]

Igualmente crítica y radical era la posición expresada por dos exponentes relevantes del movimiento estudiantil turinés, a propósito de los partidos políticos y de sus funciones:

> *Todos los partidos funcionan como máquinas electorales o como mecanismos de organización del consenso del régimen parlamentario que, en la práctica: se ha transformado en un instrumento de legitimación (a través del juego del debate entre mayoría y oposición) de las decisiones tomadas por la elite en el poder.*[7]

A esta «democracia» delegada, basada en la representación política, el movimiento estudiantil contraponía, como lugar efectivo de participación y de toma de conciencia de su condición, una asamblea estructurada de facultades.

La asamblea se convirtió en el instrumento desmitificador de la idea de soberanía popular declarada en los principios e institucionalizada en las formas representativas. Se trataba de la reanudación de la crítica a un concepto de democracia fundado, en la sociedad capitalista, en una relación de producción no igualitaria y denunciaba el principio de poder; si al pueblo se le daba, y se le da, la posibilidad de expresarse a través del voto, el pueblo entregaba su voluntad a unas personas que después no podían ni controlar ni destituir, en caso de no realizar el mandato que les correspondía por haber sido votados.

Además, el movimiento ponía en evidencia cómo este poder fundado en la expropiación de la participación activa de la base en las elecciones, gracias a la intervención de los medios de comunicación, también era fácilmente manipulable, en el momento en el que tenían lugar las votaciones de los grupos de interés económico o de los propios partidos. La conclusión sintética era que tanto las institu-

ciones centrales y periféricas del Estado como los partidos y los sindicatos que aceptaban aquel modelo negaban en los hechos la soberanía popular de la cual decían extraer la legitimación.

A este modelo el movimiento contraponía la reivindicación de pasar «todo el poder a la asamblea». No una asamblea general porque ésta —tal y como señalaban en un documento los estudiantes romanos— permitía por ejemplo a los líderes carismáticos o a los afiliados a los grupos políticos minoritarios, y no precisamente de la izquierda, transformarla «en una lógica de tipo parlamentario», con paralelas «maniobras de pasillo y tendencia al compromiso».[8]

No en vano, los «turineses» afirmaban que uno de los mayores éxitos de la lucha estudiantil había sido obtenido en el plano de la desmitificación de las funciones de la asamblea general que favorecía la atomización y el aislamiento de los participantes; ésta es la razón por la que se habían construido «nuevos instrumentos intermedios de democracia directa», como las comisiones y los grupos de estudio con el fin de permitir

> *...a la masa de estudiantes implicados en la agitación suministrar una contribución personal al proceso y a la lucha colectiva, en una medida mucho mayor que la que permitía la convocatoria permanente de la asamblea, en la que el rol de los presentes es generalmente pasivo (aprobando o rechazando) respecto a las propuestas y a los discursos de los líderes.*[9]

Se llegaba de esta manera a la construcción de un tipo de organización asamblearia que en Trento llamaron «estructurada» y que tenía las siguientes características: 1) la asamblea de cada curso consentía una mayor homogeneidad de los participantes y, por lo tanto, un mayor compromiso en la discusión y en el proceso de formación de las decisiones; 2) la asamblea general, auténtico lugar del «poder estudiantil», que recogía las instancias de las asambleas de curso, las analizaba, las discutía y confiaba su profundización o el paso a su realización a colectivos específicos de mediación; 3) los colectivos de mediación que se formaban por autocandidatura y que trabajaban en argumentos especialmente de tipo político, ideológico, científico o sindical.[10]

Se intentaba, de algún modo, superar la informalidad de las organizaciones del movimiento, que se daba por descontada en su fase inicial, pero que no podía ser «considerada a largo plazo», por el riesgo de caer en «tendencias espontáneas» o «en una excesiva participación democrática» que era «necesario superar en seguida».[11]

La reacción contra la forma representativa que había liquidado el contenido de la participación democrática creaba, por exceso, una intencionada informalidad en la gestión de las asambleas en las que participaban todos los interesados y sin que se cuestionara la representatividad numérica o delegada de nadie.

Entre los participantes y los partidarios de esta nueva forma de organización también se encuentran los que han querido criticar el hecho de que en el momento de las elecciones no se votaba casi nunca, y, a menudo, la dirección estaba en manos de quien tenía una mayor resistencia al sueño y menores necesidades de trabajar para vivir; además, la forma asamblearia tenía codificada un ritual que acababa por bloquear el trabajo:

> *...en las asambleas se corría el riesgo de no empezar nunca, a fuerza de cuestionar la presidencia, el orden del día y el ponente, todo comenzaba otra vez desde el principio, escasos eran los resultados ya que las decisiones finales quedaban sujetas a la misma denegación de legitimidad del principio. Los menos fuertes o menos capaces de vociferar se escabullían desilusionados, y no se terminaba en más sino en menos.*[12]

Por otro lado, elementos para una reflexión crítica ya estaban presentes en la misma obra de quien fue protago-

nista activo de aquel movimiento. Un gran mérito del movimiento estudiantil fue la redefinición de la política, lo cual introdujo, tal y como dice Carlo Donolo, «un nuevo modo de hacer política y también de definir qué es la política»; pero la informalidad organizativa, necesaria y útil al principio para reconducir la «atomización político-social de las personas» y favorecer la discusión, podía dar lugar a una «forma casi carismática de autoridad» sin eludir lo que era la relación crucial dentro del movimiento

> *...entre el vértice y la base. El vértice está constituido por el grupo de los que están más comprometidos, tienen opiniones más argumentadas y las mejores ideas que pueden traducirse en iniciativas. Al expresar una conciencia política más avanzada, se plantea el problema de la mediación con la base.* [13]

El mismo Guido Viale en un texto ya citado, *Contro l'università*, se planteaba el problema de la relación entre asamblea y vanguardia reivindicando el papel de ésta última, pero sin entrar en el análisis de una solución factible para esta relación que evitase, por una parte, el riesgo de volver a proponer un mecanismo de vanguardia externa y, por la otra, el de caer en el llamado «asamblearismo» como fin en sí mismo.

A menudo, el razonamiento parecía confundir dos momentos distintos, el de la organización autónoma de los trabajadores, los estudiantes u otros sujetos sociales, con el de la organización de las vanguardias políticas.

No era en absoluto lo mismo: los trabajadores y los sujetos sociales en sentido lato mostraban en su interior momentos diferentes de madurez y de movilización, necesitando, por lo tanto, estructuras organizativas que representasen a todos, fundadas en las asambleas de fábrica, de escuela, de barrio, etc., expresión de los representantes elegidos por la base y que fuesen fácilmente revocables. Algo distinto era la organización de la vanguardia política,

que necesitaba un instrumento también democrático, pero distinto. Las formas de democracia directa o no delegada se afirmaban como instrumentos de lucha en torno a determinados contenidos reivindicativos, nacían como medios y no como fines en sí durante las luchas. Ésta es la razón por la que, de cualquier manera, era siempre necesario distinguir entre

> *...instrumentos de «vanguardia» e instrumentos de «masa»; es decir, por un lado, la organización de los núcleos que toman la iniciativa (en el plano del discurso y de la propaganda política [...]), y, por otro lado, los instrumentos y las instancias en las que dicha iniciativa es llevada hasta el nivel de la masa.* [14]

La asamblea había sido el instrumento característico a través del cual se había manifestado la toma de conciencia de los estudiantes respecto a su rol y condición. La asamblea había servido para representar y dar forma a la aparición del movimiento, como había sucedido en otras situaciones y contextos históricos durante los cuales las masas habían demostrado un elevado nivel de participación directa en la lucha política y social que se había reflejado en los clubs de la revolución francesa, en los soviets de la revolución rusa, en los comités revolucionarios de China y en los consejos de fábrica italianos.

En un largo período, cuando la tensión participativa empezó a disminuir, la asamblea comenzó a evidenciar sus limitaciones, ésta ya no daba ninguna garantía «institucional» a la democracia, «no era ni mejor ni peor que cualquier otro órgano del Estado». [15]

El mismo instrumento de la asamblea contenía en sí el riesgo, inmediatamente señalado por Mauro Rostagno, de pasar «de la alienación individual de persona dispersa y atomizada, a la alienación colectiva de las asambleas generales donde los líderes carismáticos o ideológicos juegan con su intuición política». [16]

El rechazo de estructuras electivas formales dentro de la asamblea comportaba la aparición de figuras carismáticas, en el sentido pleno y sociológico del término (y no en el facilón y vil utilizado por las revistas), a las cuales, de algún modo, la asamblea daba su confianza; una especie de poder, formalmente siempre revocable pero que, de hecho, era duradero y cada vez menos sustituible.

La informalidad del movimiento hacía difícil el intercambio de información y de conocimiento entre las distintas universidades ocupadas. Se intentaba obviar este inconveniente a través de los contactos personales o con el intercambio de «cuadros» entre cada uno de los movimientos estudiantiles ciudadanos. Tales prácticas no tenían la capacidad de resolver el problema de la circulación de ideas, pero contribuían

> *...a cristalizar la directiva informal del movimiento el poder del cual [*terminaba*] por derivar del monopolio de la información.* [17]

La praxis, según la cual formaban parte del movimiento aquellos que se comprometían en primera persona en sus actividades y que sólo a quien participaba se le reconocía el derecho de palabra, no generaba contradicciones mientras que la participación era elevada y representativa del cuerpo estudiantil, pero cuando ésta comenzó a disminuir, cuando los estratos menos motivados política e ideológicamente refluyeron, el movimiento se encontró, queriéndolo o no, con el problema de afrontar su reorganización.

Nacido también para criticar la idea de la vanguardia y de la militancia política como profesión, el movimiento había formado a un grupo de personas que, entonces —como ha observado Luigi Bobbio—, «ya no estaban dispuestas a regresar a los rangos de la vida normal», [18] es decir, de los militantes.

Se discute (¡y cómo!) de organización

La imagen del movimiento estudiantil como un movimiento puro y espontáneo, informal y asambleario, que no quería oír hablar ni de organización ni de partido, es falsa.

En las distintas sedes del movimiento estudiantil se discutía —¡y cómo se discutía!— de organización y de partido, y unas huellas profundas y evidentes de esta discusión emergen de la lectura de los documentos elaborados en la época de las asambleas y de los encuentros nacionales entre los exponentes de las diferentes universidades italianas en agitación.

Un fragmento claro y ejemplar es el texto resultante de una moción aprobada el 6 de febrero de 1968 en Trento, durante el II Congreso Nacional del movimiento estudiantil:

> *...se le presenta al movimiento con extrema urgencia y gravedad el problema de la dirección política unificada [...] sin la cual este potencial nuevo de lucha estudiantil corre el riesgo de sofocarse [...] de caer en la espontaneidad;*

en previsión de una mayor y más necesaria conexión con las luchas de los estudiantes de las escuelas medias superiores y de la clase obrera se le planteaba al movimiento

> *...el problema del instrumento organizativo y consciente de la intervención y el enlace para un encuentro generalizado en las estructuras del sistema, es decir, el problema del partido.* [19]

El predominio de una estructura segmentada, policéfala y reticular que había caracterizado el nacimiento y el desarrollo del movimiento fue considerada, desde un buen principio, como un elemento que impedía el desarrollo y la madurez política del mismo movimiento. La informalidad, las acciones locales sin una estrategia y una disciplina común,

no eran concebidas entonces como un paso hacia adelante, ni como una nueva forma de hacer política que «iba destruyendo el modelo organizativo tradicional».[20]

Ciertamente, era necesario reformar e innovar profundamente el cómo hacer política y cómo ser protagonistas, liberándose de las trabas de las formas partidistas, burocráticas, de las formas basadas en el poder, en el parlamentarismo y en una lucha que sólo tenía repercusiones en el ámbito institucional. Pero este proyecto no era en absoluto incompatible con la organización del movimiento, con su estructuración a escala nacional, con la necesidad de dotarse de una estrategia y de una línea política homogénea.

Después de una primera fase apasionante de desarrollo espontáneo de las luchas, ya en el umbral del año 1968, se tomaba conciencia de que una primera fase se había cerrado, mientras que la que se estaba abriendo corría el riesgo de coger al movimiento sin la suficiente preparación. El movimiento, en su evolución, había ido arrojando luz sobre todas sus variantes internas, la gama de sus intervenciones, modos de actuar, de hacer y reflexionar, y las diferencias de los modelos políticos entre las distintas sedes y facultades.

> *A la extrema politización —escribía el líder trentino Mauro Rostagno— se contrapone una lucha apenas iniciada o aún por comenzar. Y una situación se queda a menudo frente a la otra, muda y sorda [...].*
>
> *Así, sólo nos queda razonar y luchar [...] ante la ausencia de una estrategia revolucionaria. El movimiento tiene que salir del más allá de las ideas platónicas donde hasta el momento ha conservado estos conceptos (clase, partido, lucha de clases) para verificarlos en el terreno de la práctica social.*[21]

Por otra parte, también los otros exponentes del movimiento o agudos observadores del proceso subrayaban, en aquel período, cómo a largo plazo se mostraría siempre

más frágil el planteamiento de la lucha estudiantil fundamentada esencialmente en la movilización del potencial antiautoritario de los estudiantes de cada una de las sedes, sin preocuparse por la conexión, la dirección común o de su posición social respecto a la globalidad del sistema, del cual la universidad era sólo uno de sus componentes:

> *...los estudiantes han caído en el equívoco de creer estar haciendo ya la revolución porque habían iniciado la protesta [...]. Tal noción es falsa en tanto que engaña a los participantes sobre el rol histórico verdaderamente desarrollado e impide el avance del problema organización-estrategia bajo una nueva forma.*[22]

En el interior del mismo movimiento turinés —que, junto al trentino, eran señalados como los componentes más decididos a valorar y defender la autonomía del movimiento e insistían en el papel específico de la figura social del estudiante— surgían, a lo largo del año 1968, posiciones que se acercaban al reconocimiento de la necesidad de organización.

Acusados por parte de otros integrantes del movimiento de querer ensañarse en los elementos secundarios (las autoridades académicas) y de negar, por lo tanto, la importancia de la dirección política general, del partido, éstos en realidad no rechazaban el momento de la organización, sino que solamente intentaban encontrar un camino distinto e innovador para construirla. Se trataba de un problema que, de todas maneras, se quería afrontar y resolver bajo el riesgo

> *...de agotarse en acciones sin establecer unas dimensiones precisas en términos de organización y producción política. [...] no podemos permitir más, confiar la suerte del movimiento a episodios de rebelión; en cambio, lo que hay que hacer es que la radicalización de la acción se acompañe de una madurez de la conciencia política y de una consolidación de la orga-*

nización [...] Esta dimensión político-organizativa es esencial porque no se puede pensar que el movimiento pueda durar indefinidamente sobre la base de un puro rechazo o de un bloqueo permanente a la enseñanza.[23]

Seguramente, su posición era distinta de la expresada por el grupo napolitano, dependiente de la Sinistra Universitaria, que sostenía explícitamente que el deber fundamental del movimiento consistía en organizar la lucha y la protesta de los universitarios, viéndose acompañada del estudio y la reflexión teórica con el fin de promover la madurez de la conciencia, enfocándolo todo hacia la «formación de cuadros revolucionarios».[24]

Se trataba de un planteamiento político que, además de distanciarse de las posiciones desarrolladas en las otras sedes, era criticado por otros componentes del mismo movimiento estudiantil napolitano que acusaban a los de Sinistra Universitaria de reducir la función del movimiento a un gimnasio «de entrenamiento ideológico de los cuadros que han surgido de las luchas precedentes».[25]

Que el movimiento estudiantil pudiese ser utilizado como un detonador para la construcción de un «partido político de clase» era una probabilidad ya anunciada en las *Tesi della Sapienza* de Pisa; en estas tesis, la lucha anticapitalista que se estaba desarrollando en las escuelas era considerada como una contribución

...a la radicalización de la lucha de clases y a la constitución de la dirección política revolucionaria, que constituye el objetivo de fondo de nuestra acción.[26]

El temor de no estar preparados para utilizar políticamente la radicalización estudiantil, para favorecer un proceso generalizado de enfrentamiento de clases, el miedo a que después de la explosión espontánea y rebelde del movimiento todo volviese al principio y el movimiento se hiciera añicos, que se dispersase en los miles de ríos de la

integración en el sistema, del retorno al ovillo representado por los viejos partidos de izquierda o en el reflujo individual hacia la profesión o a la posición social dentro de la sociedad, todo esto empujaba a las vanguardias del movimiento estudiantil a encontrar una vía de salida organizativa, y no ya un mando centralizado, un «comité central», sino al menos un esqueleto, una red, una estructura de sustento, capaz de asegurar una continuidad y unas expectativas en la acción cotidiana:

No puede pensarse en una continuación ininterrumpida, durante un largo período, de los enfrentamientos en sus formas actuales. Períodos de enfrentamiento agudo se alternan con períodos de estancamiento relativo: es necesario formar una organización capaz de atravesar tanto unos (períodos) como los otros. [...].

En las situaciones de lucha más avanzada [...] se manifiesta una creciente distancia entre el desarrollo concreto del enfrentamiento [...] y el desarrollo de la discusión y de la organización política del movimiento. [...] El desarrollo estratégico del movimiento acontece en la cabeza de los líderes que, poco a poco, deciden dar uno u otro significado a éste o aquel enfrentamiento.[27]

El debate sobre la organización se hacía aún más agobiante después de la explosión del Mayo francés. Los estudiantes italianos que se trasladaron a París a ver la revolución «volvieron meditabundos por su rápido reflujo».[28] La vastedad del movimiento que había conducido a Francia al borde de una crisis revolucionaria en mayo de 1968 y su rápido reflujo introdujeron un elemento y una reflexión de más, a favor de aquellos que insistían en la estructuración orgánica del movimiento estudiantil, superando definitivamente lo que habían parecido ser unos límites atados al localismo y a la espontaneidad.

Además, el mismo movimiento de los estudiantes en Italia, después de la ascensión de las luchas de los meses pre-

cedentes, conoció en el verano del 68 un momento de estancamiento y una crisis de incertidumbre. El movimiento perdía su dimensión de masa. Había protestado a fondo contra la universidad, contra su cultura académica y burguesa, contra sus sistemas autoritarios y burocráticos, contra su vieja y obsoleta didáctica; había sabido definir de una manera nueva y desacralizadora la figura social del estudiante, había indicado nuevas vías para la politización de los distintos estratos sociales diferentes a los considerados por las tradicionales teorías del conflicto de clase. Ahora se planteaba la cuestión de cómo «mantener en el tiempo» estas adquisiciones, cómo continuar una lucha que en ese momento, sin tener objetivos reformistas, se iba configurando como un enfrentamiento general contra el sistema. Para prepararse para tal enfrentamiento se necesitaban esencialmente dos cosas: una estructura organizativa y la búsqueda de alianzas con otros estratos sociales o clases subordinadas.

> *El Mayo francés había manifestado, al menos así lo parecía, la posibilidad de un estallido revolucionario [...], aquellos que estaban convencidos que también Europa e Italia habrían conocido una fase de conflicto análoga [...] presionaban para que no se llegase sin preparación a aquel compromiso y para que, más bien, se acelerara y favoreciera alargando con un centralismo político organizativo las luchas y la conflictividad, incluso los que pensaban en una larga fase de guerra guerreada, también los que temían un brutal contragolpe defensivo de la reacción, también quienes pensaban que era posible utilizar energías aprisionadas para obtener cualquier tímida mejora institucional o social, difícilmente conseguían razonar sin que la cuestión de la organización hiciese su acto de aparición.* [29]

«Después del Mayo francés —recordaba Peppino Ortoleva— estábamos preparados para todo»,[30] y la falta de definición de la cuestión organizativa colocaba al movimiento frente a un doble riesgo, apreciación señalada tanto por Vittorio Rieser como por Mauro Rostagno: el del oportunismo y el del aventurismo.[31]

El tema de la organización se convertía, por lo tanto, en un argumento prioritario de discusión en el movimiento, una larga discusión que encontró su conclusión con el nacimiento de los grupos en otoño de 1969. Evidentemente, la reanudación de las luchas obreras contribuyó decisivamente al encauzamiento del debate y a su resultado sobre la cuestión de la organización y sobre la relación a establecer entre el movimiento estudiantil y el obrero.

Después del congreso nacional de Venecia, en septiembre de 1968, el último en el cual el movimiento estudiantil estuvo presente como entidad autónoma y donde aún se producía el enfrentamiento entre cada una de las sedes y no entre los grupos políticos organizados, el impulso hacia soluciones organizativas nacionales se hizo todavía más fuerte.

Ésta era la consecuencia —según Luigi Bobbio— del retroceso del movimiento estudiantil como movimiento de masa, que impulsaba objetivamente a replegar las fuerzas, pero sobre todo, de «las nuevas perspectivas que la situación de clase parecía claramente ofrecer entonces».[32] Nuevas perspectivas dadas, precisamente, por la aparición de una rebelión obrera en las fábricas que sobrepasaba los aspectos meramente reivindicativos y sindicales de los años precedentes para plantear, como decían las vanguardias políticas de entonces, el problema de la lucha contra el Estado, el capitalismo y la toma del poder.

La relación con la clase obrera

Justo cuando el movimiento estudiantil empezó a preguntarse acerca de sus funciones y su eventual alianza con otros estratos sociales subordinados, el debate partió otra vez de la naturaleza social de la figura del estudiante universitario en una sociedad inmersa en el capitalismo avanzado.

Sobre este punto, dentro del movimiento existían análisis y tesis contrapuestas a partir de las cuales, teóricamente, se formularon diferentes hipótesis, sobre su función.

Al principio de la *Tesi della Sapienza* de Pisa, el estudiante universitario había sido definido como fuerza de trabajo en vías de especialización y, por lo tanto, era una figura subordinada,

> *...no sólo en la relación que mantiene con su futura posición salarial en el proceso productivo, sino en su actividad universitaria en la cual, la división capitalista del trabajo intelectual, lo define inmediatamente en términos de ejecutor de procesos mentales y de experiencias predeterminadas y subdivididas.*[33]

Partiendo de la constatación de que la función tradicional de la Universidad como productora de elites dirigentes, de una ideología y de una visión del mundo de la clase dominante, estaba cambiando porque tenía que responder a una demanda, cada vez mayor, de técnicos procedente de la producción capitalista moderna, los estudiantes de arquitectura de Venecia llegaron a la conclusión de que la universidad ya no producía investigadores científicos u operadores críticos, «sino, técnicos especialistas alienados, funcionales al sistema productivo»; una alienación similar a la del obrero de fábrica consistente «en la expropiación capitalista de los objetos producidos» y en la pérdida de la visión global del proceso productivo, así como de la función de su saber hacer.[34]

No muy distinto era el análisis que venía de Trento, aparecido en un célebre documento:

> *La universidad es uno de los institutos productivos del actual sistema social entendido como sistema mercantil (sistema de mercancías).*
>
> *Ésta [*la universidad*] produce un tipo determinado de mercancías: el hombre precisamente como mercancía, como fuerza de trabajo especializada o en vías de especialización, como licenciado o en vías de licenciarse.*
>
> *El objetivo de tal instituto productivo (universidad) es colocar dicha mercancía (estudiante-licenciado) en el mercado laboral para ser vendida, e insertarla en el ciclo general de reproducción social para ser consumida.*[35]

Si el estudiante era fuerza-trabajo en vías de formación, si aquello que aprendía era funcional respecto al futuro trabajo en una fábrica u oficina, si la crítica de lo que se enseñaba en la universidad no era más que una crítica del saber, una crítica de la ciencia objetivada en el sistema de máquinas, entonces, intervenir en las luchas obreras para los estudiantes no significaba renunciar a su rol específico, se trataba sólo de dar vida a un proceso «de recomposición de clase, sin alianzas».[36]

Un componente del movimiento estudiantil, cercano por ejemplo a las tesis de Sinistra Universitaria de Nápoles o al ala marxista-leninista, juzgaba ese análisis erróneo y, en nombre de un rígida distinción entre trabajo productivo e improductivo, sostenía que los estudiantes no eran fuerza-trabajo porque no producían ningún valor. Para ellos era más adecuada la definición pequeño-burguesa:

> *...el estudiante, cada estudiante [...] es, precisamente por la estructura mental que le ha sido dada [...] e independientemente de su clase social de procedencia [...], un pequeñoburgués;*

por lo tanto, la universidad se convirtió en el único lugar posible en el que formar y después reclutar a los cuadros del futuro partido revolucionario; no se reconocía ninguna especificidad al movimiento, no tenía razón de existir como entidad separada al resto de la sociedad y de la lucha de clases, era necesario reabsorber a los estudiantes «en

vanguardias marxistas-leninistas, formadas por campesinos, obreros y estudiantes».[37]

Completamente distinta era la suposición de los que, mayoritariamente, buscaban aprovechar la novedad, que representaba la aparición del movimiento estudiantil y consistente en una auténtica redefinición de la política.

El movimiento estudiantil había demostrado que era posible, partiendo de la reflexión sobre su propio rol social, cualquiera que éste fuese, poner en marcha un proceso de toma de conciencia de los sujetos, y que conducía, moviéndose desde la propia experiencia vivida, a la formación de una conciencia política. Hizo bien el movimiento al discutir problemas que concernían a los mismos estudiantes y a sus condiciones de vida y de estudio. Partiendo de tales problemas, el movimiento había reconstruido:

> *...toda la cadena que sujeta al conjunto del sistema social represor: se trata de identificar el elemento político en los fragmentos de la vida social que la apariencia del sistema nos vende como políticamente irrelevantes. Es evidente la importancia, en este contexto, de la iniciativa autónoma, espontánea de los sujetos interesados.*

De esta manera daba su opinión Carlo Donolo en un artículo con el título significativo de «La politica ridefinita», y seguía sosteniendo que también se valoraban elementos de acción del movimiento estudiantil; mientras, se había demostrado lo muy equivocado que se estaba al pensar que se podía exportar la propia experiencia, la propia conciencia política al seno de otras situaciones, fábricas, instituciones,

> *...más bien se tiene que intervenir para estimular, también en estas* [situaciones]*, un proceso análogo de toma de conciencia y de organización, salvando la especificidad de cada sistema de roles y esferas institucionales.*[38]

A la luz de estas consideraciones, el movimiento estudiantil tenía y conservaba una autonomía y especificidad propia en la acción política y, como tal, no debía fundirse o unirse con otros movimientos revolucionarios y antagonistas, como por ejemplo el obrero, sino que tenía que buscar alianzas, una relación directa entre movimientos.

El hilo conductor común que podía cimentar la unidad, incluso con la recíproca autonomía e independencia, entre los distintos movimientos venía dado por el descubrimiento hecho por el propio movimiento estudiantil, es decir, la lucha contra el autoritarismo:

> *...antiautoritarismo [...] es una palabra nueva para un viejo hecho: la explotación [...].*
>
> *Se tiene en cuenta el hecho que también la explotación inmediata del obrero es posible, no sólo gracias a la disciplina a la cual está sujeto en su puesto de trabajo, sino también al efecto global de los controles sociales fuera de la fábrica, lo cual es una prueba de la naturaleza de la actual división del trabajo social y político.*[39]

El congreso nacional que tuvo lugar en la Facultad de Arquitectura de Venecia, el 8 y 9 de junio de 1968, y en el que participaron un millar de personas, incluidos casi doscientos obreros, procedentes de Turín, Milán, Bolonia, Padua, Venecia, Trieste, Florencia, Roma, Nápoles, Bari, Pisa, eran un testimonio de la creciente difusión del problema obrero en el interior del movimiento estudiantil y de la necesidad de encontrar, en este ámbito, nuevos caminos de intervención.

La propuesta que avanzaron algunos turineses de una liga estudiantil-obrera que extrajera las fuerzas del movimiento estudiantil y después las volcase en las fábricas, suscitó resistencias e intervenciones contrarias. Mejor proceder por etapas graduales que construir momentos de encuentro con los trabajadores, sin anticipar demasiado los tiempos y las formas organizativas.

Sobre todo se quería corroborar la autonomía del movimiento estudiantil que tenía unos deberes y objetivos que iban más allá de la solidaridad con la clase obrera: tenía que desarrollar una función recordatoria entre las luchas obreras y las que se desarrollaban contra todas las estructuras coercitivas de la sociedad capitalista.

El movimiento estudiantil —se corroboraba—,que había conquistado una legitimidad y una base de masa porque había llevado a la crisis al autoritarismo universitario, sólo preservando su influencia de masa podía plantearse el problema de una relación correcta, efectiva y no mistificada con la clase obrera; de otra manera se arriesgaba a volver a caer en la experiencia de un grupo externo que intervenía entre los obreros.

El congreso señalaba también que iniciativas importantes de trabajo dirigidas hacia la clase obrera habían sido tomadas o estaban a punto de serlo.

Por otra parte, ya en la moción final del congreso sobre las luchas estudiantiles, que tuvieron lugar en Trento el 6 de febrero de 1968, se afirmaba que si bien era correcto reivindicar la autonomía del movimiento, ésta no tenía que convertirse en una autonomía de las luchas de los estudiantes de las escuelas medias superiores y «concretamente de las luchas obreras»:

> *...las formas de esta unión entre las luchas estudiantiles y las luchas obreras son experimentales [...]. Éstas, igualmente, exponen la necesidad de un salto político, desde la «unión» hasta su convergencia, ya sea a nivel táctico o estratégico [...]. La relación no puede resolverse en encuentros verticales de unos pocos burócratas [...] tiene que ser edificada como una extensión, como una unión.*[40]

La comisión de fábricas del movimiento estudiantil trentino, planteándose intencionadamente polemizar con cualquier abstracta teorización ideológica sobre las relaciones entre el movimiento estudiantil y la clase obrera, intentó

mediante una encuesta sociológica identificar cuáles podían ser los vínculos efectivos entre las luchas estudiantiles y las obreras. La conclusión a la que llegaron es la siguiente:

> *...exponemos la siguiente alternativa: o el crecimiento político-organizativo encuentra una salida orgánica en el marco general de las luchas obreras [...] que pase por el enunciado político de objetivos y la creación de instrumentos organizativos funcionales para una lucha unitaria, o bien, desde este momento es posible diagnosticar la quiebra política de las luchas estudiantiles, su lenta y progresiva debilitación por asfixia y su inevitable absorción por parte del sistema.*[41]

En Milán se verificaban experiencias significativas de intervención del movimiento de estudiantes en las fábricas Pirelli y Candy. La relación entre los estudiantes y la lucha obrera pasaba por el compromiso y la participación estable de algunos estudiantes en las actividades de los Comités Unitarios de Base, sobre todo en la Pirelli. Se trataba de un trabajo que daba sus frutos, si es cierto lo que escribían los estudiantes milaneses en un documento, según el cual se había verificado una absorción por parte de algunos cuadros obreros que conducían la lucha en la fábrica «de los temas políticos derivados del movimiento estudiantil».[42]

En Roma se había iniciado una experiencia de trabajo de masa por parte de los que estaban fuera de la sede que permitió establecer una serie de contactos con situaciones específicas del sur, especialmente con Calabria. El trabajo de intervención en aquella situación había llevado a la conclusión de que la intervención política tenía un sentido si se estaba dispuesto a vivir directamente «dentro» del contexto considerado en su totalidad, determinado «no sólo desde la condición de fábrica», sino también desde el conjunto de las condiciones de vida, las cuales «ponían en marcha un proceso de politización» que alcanzaba solamente con posterioridad «el puesto de trabajo en la fábrica».[43]

Era la confirmación de cómo las relaciones capitalistas impregnaban a la sociedad entera, por lo que, aun partiendo de situaciones o instituciones periféricas, era posible construir una toma de conciencia y un movimiento subversivo. No era, por lo tanto, correcto privilegiar un aspecto u otro de la vida social para utilizarlo como objeto exclusivo de trabajo político. De todo ello se había aprendido que:

> *...la protesta nace de las condiciones particulares y específicas en las cuales viven las personas. De aquí la necesidad, en el trabajo externo, de no pararse en las entradas de las fábricas, de no pararse exclusivamente en el interior de las fábricas, precisamente porque estamos convencidos de que la realidad capitalista abarca toda la vida de las personas, desde el puesto de trabajo a la vida familiar.*[44]

También los estudiantes de Arquitectura de Nápoles habían iniciado contactos con los obreros de algunas fábricas a través de octavillas y de asambleas de facultad. La iniciativa se había desarrollado con ocasión de una huelga de los obreros de la fábrica Italsider de Bagnoli (N. de T.: empresa del sector siderúrgico con capital predominantemente estatal sita en la localidad napolitana de Bagnoli). El objetivo era hallar, junto a los obreros, hipótesis comunes de trabajo político, sobre la base de la constitución de comités mixtos y con la más completa autonomía respecto a sindicatos y partidos.

Cada mañana, en la entrada de la fábrica, había casi una cincuentena de estudiantes que promovían el mayor número posible de discusiones sobre varias cuestiones, formando numerosos corros ante las entradas. Se esforzaban en expresar claramente el contenido de las octavillas distribuidas, el significado de su propia presencia y de la experiencia de la lucha basada en el rechazo de cualquier poder y en la afirmación de la asamblea como momento de planteamiento de decisiones colectivas.[45]

Durante esos meses, había quien consideraba como ya superadas las experiencias y la existencia misma del movimiento estudiantil como sujeto político autosuficiente, afirmando explícitamente que «el momento estratégico» tenía que «ser asumido por el movimiento obrero», porque ése era el punto de convergencia de todos los movimientos que operaban «en sentido revolucionario»; por lo tanto, se destacaba el plazo que se aproximaba para la renovación de los contratos a fin de que se tomase en consideración la necesidad de encontrar objetivos programáticos y reivindicativos comunes con la clase obrera.[46]

> *Las luchas por la renovación de los contratos constituirán un banco de pruebas para ver si el movimiento estudiantil sabrá saldar una acción de larga duración sobre problemas derivados de su posición social con una intervención sobre problemas directamente procedentes de la lucha obrera.*[47]

Ante estas objeciones y presiones, a fin de que el movimiento estudiantil optase por una decisión firme, de calidad y con argumentos ante la intervención obrera, dos líderes turineses replicaron que «el problema de la revolución y de la unidad en las luchas de los estudiantes con la clase obrera era bastante más complejo que la simple identificación de un objetivo» reivindicativo de la lucha; el encuentro entre obreros y estudiantes tenía que darse no sobre la base de una motivación «populista» para los trabajadores, y menos aún sobre la intervención de reducidos núcleos que «se atribuyen el papel de cuadros revolucionarios»:

> *...pero sobre la reclamación de las posibilidades de lucha contra todo un sistema social que sea gestionado y dirigido en primera persona por los mismos obreros, [*se trataba*] de crear una vanguardia política compuesta [...] por un núcleo homogéneo de militantes, ya fueran estudiantes u obreros [*para*] alargar al máximo el*

contacto entre los estudiantes en lucha y los obreros, [de] *usar el mayor número de estudiantes para crear enlaces y contribuir a la formación de núcleos de obreros organizados [...]*

Es verdad que la revolución no puede hacerse sin la clase obrera, pero hasta que no sean identificados en la práctica instrumentos político-organizativos para la actuación y la generalización de las luchas obreras, la referencia de la clase obrera se convierte simplemente en una afirmación de impotencia.[48]

Una relación concreta entre obreros y estudiantes se instauraba por primera vez cuando un millar de estudiantes participó en las huelgas y en los piquetes junto a los obreros de la FIAT, en el transcurso de las luchas por los contratos en la primavera de 1968.

La lucha comenzó justo en el momento en que el movimiento estudiantil discutía sobre cómo ampliar su base social fuera de la universidad, y que en Turín significaba plantearse inmediatamente el problema de los contactos con los obreros.

Entre los estudiantes prevalecía en aquel momento un comportamiento práctico: si la lucha había comenzado, era necesario participar sin perder más tiempo en discutir sobre las modalidades y la forma de participación. Los estudiantes no querían aparecer como los que criticaban a priori al sindicato. Sobre todo querían evitar aparecer como un grupo de estudiantes extremistas e hiperpolitizados que se atribuían el derecho a transformarse en vanguardia externa, en cuadros políticos que conducían la línea de los trabajadores.

El encuentro con los trabajadores se agotó cuando la lucha concluyó y los sindicatos firmaron los nuevos acuerdos con la empresa. Lo que quedó del movimiento estudiantil se encontraba de nuevo cerrado dentro de la universidad para discutir de qué manera era posible interactuar con la realidad social circundante, incluida la fábrica:

Ya no era el tiempo —recuerda Luigi Bobbio— de concebir el trabajo político delante de las fábricas como toma de contacto con cada obrero. [...] No era el movimiento estudiantil el que tenía que ir a intervenir entre los obreros, queríamos que el enlace viniese entre movimientos, obrero y estudiantil, y no a nivel de simples grupos de estudiantes y obreros.[49]

La propuesta avanzada por los estudiantes fue la de rodear la fábrica, el movimiento evitó medirse directamente con los problemas complejos y, en parte, poco conocidos de la clase obrera de la FIAT; en cambio, intentó llevar su práctica política y su intervención entre los estratos más cercanos a la clase obrera. Se probó al mismo tiempo intervenir entre los estudiantes de las escuelas medias superiores, entre los turnos de noche, en los grupos profesionales, en las comunidades de base, entre los inmigrantes meridionales y, en el verano de 1968, cobraron vida varias escuelas de clases de repaso para los estudiantes menos pudientes con asignaturas pendientes.

Cuando en mayo de 1969 se retomó la lucha en la FIAT, el movimiento estudiantil no estaba en absoluto preparado. Pero en esos momentos no se podía aplazar la elección. La lucha en la FIAT había comenzado, se manifestaba con acciones autónomas y espontáneas respecto a las directrices sindicales, y el movimiento estudiantil o, mejor dicho, lo que quedaba de él, no podía permitirse ausentarse.

La llegada de Adriano Sofri a Turín y su mediación entre los estudiantes contribuyó notablemente a convencer a lo que quedaba de la dirección del movimiento de comprometerse en seguida en el trabajo político delante de las puertas. La llegada de casi doscientos estudiantes ante las puertas, que se unían a los grupos de militantes que ya trabajaban, permitió inmediatamente una difusión más compacta y capilar de las octavillas y del material de agitación, sin descuidar un incremento de los puntos de discusión con los obreros en los corros que se formaban a la salida de la fábrica.

De este modo nacía la asamblea de los obreros y estudiantes que agrupaba, en la reunión que tenía lugar casi todas las noches, a centenares de personas convirtiéndose así, en el transcurso de pocos días, en el elemento guía para las nuevas luchas que, espontánea y autónomamente, se desarrollaban en las secciones.

Notas:

1. *«No puede abrirse una lucha ni puede cerrarse mas que en el alba dorada de la revolución esperando los días de vino y rosas.»* ROSTAGNO, M., *op. cit*., p. 131.
2. Para estos datos cfr. «Lotta de classe nella scuola e movimento studentesco». *Quaderni di Avanguardia Operaia*. Milán: Sapere Edizioni, 1971, p. 83.
3. N. de T.: en italiano original *baroni* se refiere, en este caso, a los profesores universitarios que abusan de su poder.
4. Para una reconstrucción cronológica de este período cfr. «Lotta di classe nella scuola e movimento studentesco», *op. cit*.; TRAVAGLIA, S. (1978) *Cronache '68-69*. Verona: Bertani. Cfr. MAGNANO, A., «La geografia del movimento del '68 in Italia». *Il Sessantotto, l'evento e la storia*. Brescia : Annali della Fondazione Micheletti, n.º 4, 1988-89.
5. Los datos se han sacado de una cronología del Movimiento Estudiantil aparecida en *Tempi Moderni*, verano de 1968.
6. «Università negativa». *Lavoro Político*, n.º 2, noviembre de 1967.
7. BOBBIO, L. y VIALE, G., «La strategia del movimento studentesco». *Problemi del Socialismo*, n.º 28-29, marzo-abril 1968, p. 78. Una crítica a los partidos similar encontraba su correspondencia en análisis desarrollados precedentemente en el marco de la crítica marxista. Véase lo que ya había escrito Lelio Basso en 1962: «Los partidos se han desarrollado como organizaciones electorales alrededor del sistema parlamentario, y puede decirse que [...] todos los partidos tienen como objetivo principal de su actividad el conquistar escaños en el parlamento: actualmente los partidos del movimiento obrero en Occidente están completamente parlamentarizados» («Un processo di depolitizzazione strutturale e sovrastrutturale». *Tempi Moderni*, n.º 8, enero-marzo 1962).
8. «Il movimento studentesco a Roma; esperienze e obiettivi». *Quaderni Piacentini*, n.º 34, mayo 1968, p. 103.
9. VIALE, G., «Contro l'università», en AAVV, *Università: l'ipotesi rivoluzionaria*, *op. cit*., p. 127; véase también BOBBIO, L. y VIALE, G., *op. cit*., p. 84.
10. «Università negativa», *op. cit*.
11. De esta manera se expresaban en algunos fragmentos DONOLO, C., «La política ridefinita», *Quaderni Piacentini*, n.º 35, julio de 1968, en *Antología*, *op. cit*., p. 81, y BOBBIO, L. y VIALE, G., *op. cit*., p. 84.
12. ROSSANDA, R., *Elogio dei gruppetari. Il movimento, la giusta linea, l'organizzazione*, suplemento de *il manifesto* del 26 octubre 1988.
13. DONOLO, C., *op. cit*., p. 78, 81.
14. RISIER, V. y VOLTERRA, M., «Movimento studentesco, PCI e centro sinistra». *Quaderni Piacentini*, n.º 37, marzo 1969, pp. 36-37.
15. Del CARRIA, R. (1977) *Proletari senza rivoluzione*. Roma: Savelli, vol. V, p. 98.
16. ROSTAGNO, M., *op. cit*., p. 14.
17. «Materiali per una università critica». *Quaderni Piacentini*, n.º 36, noviembre de 1968.
18. BOBBIO, L., «Prima di LC. Da Palazzo Campana il salto nella società senza centro», en el suplemento de *il manifesto* del 26 octubre de 1988.
19. «Mozione conclusiva del convegno sulle lotte studentesche», Trento, 6 de febrero de 1968, en Movimento Studentesco (coord.) (1968) *Documenti della rivolta universitaria*. Bari: Laterza, pp. 77-78.

20. REVELLI, M., *op. cit*., p. 424.
21. ROSTAGNO, M., *op. cit*., pp. 17-19.
22. CIAFALONI, F. y DONOLO, C., *op. cit*., p. 217.
23. BOBBIO, L. y VIALE, G., *op. cit*., p. 82, 84.
24. Sinistra Universitaria di Napoli, «Valore político del movimento studentesco», en AAVV, *Università...*, *op. cit*., p. 159. M. Menegozzi presentó el documento de esta manera: «El problema crucial está representado por la relación entre grupos capaces de elaborar una teoría revolucionaria y las masas universitarias» («Movimento studentesco e processo rivoluzionario», ibídem, p. 145).
25. «Cronaca di otto mesi di lotta studentesca a Napoli». *Quaderni Piacentini,* n.º 36, p. 87.
26. «Le tesi della Sapienza», Pisa, en AAVV, *Università....*, *op. cit*., p. 185.
27. RIESER, V., «Università e società». *Problemi del Socialismo*, n.º 28-29, marzo-abril 1968, p. 92, 98.
28. ROSSANDA, R., *op. cit*.
29. FLORES, M., «Fascinazione e bisogno del partito. I movimenti interni che frammentarono il movimento», en el suplemento de *il manifesto*, 26 de octubre de 1988.
30. ORTOLEVA, P. en PASSERINI, L., *op. cit*., p. 131.
31. RIESER, V., *op. cit*., p. 91; ROSTAGNO, M., *op. cit*., p. 17.
32. BOBBIO, L., (1979) *Lotta Continua, storia di un'organizzazione rivoluzionaria*. Roma: Savelli, p. 4.
33. *Le tesi della Sapienza*, *op. cit*., p. 176-77.
34. En *Documenti della rivolta universitaria*, *op. cit*., p. 213.
35. *Università come istituto produttivo*, en AAVV, *Università ...*, *op. cit*., p. 42.
36. VIRNO, P., «Tutto cominciò nelle fabbriche. Conversazione con Franco Piperno», en el suplemento de *il manifesto* del 26 de octubre de 1988.
37. «Sulle lotte studentesche». *Lavoro Politico*, n.º 4, febrero de 1968.
38. DONOLO, C., *op. cit*., p. 80.
39. Ibídem, p. 78.
40. «Mozione conclusiva del convegno sulle lotte studentesche», *op. cit*.
41. «Documento della Comissione fabbriche di Trento», en AAVV, *Università...*, *op. cit*., p. 70-71.
42. «Lotta di classe a Milano: operai, studenti, impiegati». *Quaderni Piacentini*, n.º 38, p. 87-88.
43. BACKHAUS, G., «Urgenza dell'organizzazione». *Quaderni Piacentini*, n.º 37, p. 138.
44. «Il movimento studentesco a Roma: esperienze ed obiettivi», *op. cit*., p. 123.
45. Cfr. «Cronaca di otto mesi di lotta studentesca a Napoli», *op. cit*., pp. 99-102.
46. Cfr. Istituto Universitario di Architettura di Roma, en *Documenti della rivolta universitaria*, *op. cit*., pp. 211-12.
47. RIESER, V. y VOLTERRA, M., *op. cit*., p. 34.
48. BOBBIO, L. y VIALE, G., *op. cit*., p. 81-82.
49. «Tra movimento studentesco e classe operaia. Una testimonianza di Luigi Bobbio», en *Per il Sessantotto*, n.º 6, p. 40.

¿Y después del 68? El 69

«L'Italia era destinata
a diventare un caso particolare
non per quanto riguarda il
"ruolo dei giovanni nel suo ciclo di protesta,
ma peri il numero e l'intensità
dei conflitti nell'industria".»
Sidney Tarrow[1]

Un problema de naturaleza historiográfica se presenta inmediatamente apenas se intenta pasar del movimiento del 68 a las luchas obreras del 69. Si el evento del 68 ha sido de vez en cuando enfatizado, recuperado, examinado, documentado, testimoniado por sus protagonistas, filmado por la televisión y convertido en materia por las fáciles y rápidas plumas de las revistas, no puede decirse lo mismo del 69 obrero. En este último caso se da una especie de conjura del silencio, con una zona oscura e impenetrable, para olvidar y alejar.

Durante el decenio de los setenta, no había artículo o intervención política que no empezase hablando de las luchas obreras o estudiantiles, del binomio 68-69; en cambio, hoy este evento ha sido separado totalmente. De esta manera, no sólo se cumple una operación de «revisionismo historiográfico», sino que se pierde lo que fue «la especificidad del 68 italiano respecto a movimientos análogos en otros países»; especificidad que consistió «precisamente en aquel nexo».[2]

Se trata, decíamos, de un serio problema historiográfico que ha tenido dos repercusiones inmediatas. La primera consecuencia de la separación del 68 de las luchas obreras del 69 ha sido la reducción del propio movimiento estudiantil a una serie de «historias juveniles», a un conflicto de tipo «generacional»,[3] despojándole de esta manera de sus conte-

nidos subversivos, revolucionarios, anticapitalistas y socialistas. Se pierde también de esta manera la capacidad de entender la vinculación y el entrelazamiento entre las formas de lucha estudiantiles y las de las fábricas debido al:

> *…análisis y la crítica al autoritarismo en la enseñanza y en la fábrica y en el resto de estructuras de la sociedad; acerca de lo subrayado y las condiciones estudiantiles como fuerza de trabajo en formación.*
>
> *El desenmascaramiento de instituciones y modos de actuación llevaba consigo la invención, o la reinvención, de instrumentos organizativos y de lucha: los cursos alternativos o la limitación del rendimiento, los delegados de asamblea o de grupo homogéneo, las interrupciones de las clases o las manifestaciones internas.*[4]

La segunda consecuencia se debe a la incapacidad de penetrar y de comenzar a entender los años setenta en Italia, años de conflictividad de clase y de protagonismo social que no tienen equivalente en la historia de nuestro país:

> *El problema historiográfico más importante que emerge en la izquierda está representado por el vacío de la historia político-social a partir del bienio 68-69.*
>
> *No se trata de una represión psicológica. Se trata de una pérdida de disponibilidad, de categorías, de criterios, de conceptos, de puntos de vista capaces de guiar y de orientar una reconstrucción, una explicación dotada de sentido, de las «evoluciones» históricas acaecidas durante la gran oleada del movimiento.*[5]

A diferencia del 68, el 69 se presenta más irreductible, soporta mal el maquillage de introducción a los años noventa. Esto no ofrece ni material de fácil consumo para los medios de comunicación ni las notas de costumbre sobre las cuales bordar artículos para las revistas.

> *Hay materia dura, basta, sin ambigüedad que […] lanza aún los mismos mensajes. Poco que rascar por las plumas consagradas. Aun así, aquello que sucedió en Italia, y concretamente en la FIAT, aquel año, constituye uno de los pocos ejemplos —tal vez el único después de la posguerra— de «gran política». «Gran política» en el sentido más estricto de la palabra: aquella que transforma a los hombres internamente, que agarra cualquier vida y la arruina. Que no se limita a pequeños cambios institucionales, sino que muta las conciencias, trastorna biografías, restituye a los individuos la fuerza y la capacidad de «decidir» qué ser.*
>
> *Aquella que sustancialmente impone al tiempo histórico un cambio después del cual nada «podrá ser como antes».*[6]

Ciertamente, se puede intentar volver a limpiar las luchas de sus sedimentaciones proyectivo-ideológicas para enmarcarlas dentro de la historia de la lucha sindical de nuestro país; pero, aun así, las cuentas no salen tan fácilmente.

Solamente el crudo dato del acuerdo alcanzado después del despliegue de las luchas obreras del famoso «otoño caliente» (que introducía aumentos de salario iguales para todos, la reducción de la semana laboral a 40 horas y el aumento de los días de vacaciones, el derecho de asamblea en la misma fábrica, el derecho a la elección de los delegados de los trabajadores y a la posibilidad de recurrir a permisos sindicales), ya de por sí contrasta con una lectura puramente sindical del fenómeno.

Tras los puntos del acuerdo se entreveían las novedades emergentes que trascendían los objetivos puramente reivindicativos para abordar las disposiciones estructurales que regían las relaciones entre capital y trabajo.

La petición de aumento de salarios iguales para todos, la consiguiente abolición de las categorías y de las diferencias salariales,[7] eran una característica del movimiento que se reafirmaba contra la voluntad y el viejo modo de actuar de

los sindicatos. Era la respuesta de los obreros de las cadenas de montaje a la desprofesionalización del trabajo que el sistema taylorista de organización de la producción había introducido en las fábricas italianas.

A paridad de trabajo, paridad de salario; la división en muchas categorías retributivas era un legado del pasado vinculado a la figura del obrero de oficio y que, mantenida en los años sesenta, servía únicamente para dividir y fragmentar la lucha de los trabajadores en muchos y pequeños conflictos empresariales, de fábrica, de departamento, de oficina.

Las nuevas consignas obreras sobre el trabajo a destajo, sobre los aumentos iguales para todos, contra la alineación y por los consejos contra las viejas comisiones internas, habían emergido ya en la lucha de los obreros de la Olivetti de Massa en 1967.[8]

En 1968, fueron los obreros de la Petrolchimica de Marghera, en lucha por el conflicto de los premios por la producción —que en agosto ocuparon la estación y los pasos de nivel de Mestre enfrentándose a la policía—, quienes anticiparon nuevas formas de lucha (huelgas improvisadas y articuladas) y las peticiones de aumentos de salario para todos, la reducción del horario hasta las 40 horas, paridad normativa entre obreros y empleados.

En otoño, la lucha se desplazó a la Pirelli de Milán donde la crítica al trabajo a destajo y a los ritmos de producción se manifestaba como una intención de mejorar radicalmente las condiciones laborales en la fábrica, sin aceptar el nexo entre retribución y rendimiento.

Merecidamente emblemática fue la lucha que se desarrolló en los establecimientos de la FIAT de Turín en la primavera de 1969. Las peticiones de aumentos sustanciales sobre el sueldo base, la desvinculación del salario de la productividad y del pase en masa a la segunda categoría eran entendidas como una crítica directa al trabajo asalariado.

Lo que entonces se llamaba proceso de proletarización arremetía también contra las clases sociales intermedias,

afectando a la masa de empleados administrativos y técnicos. También su trabajo estaba sujeto a un proceso de descalificación, a la intensificación de los ritmos, al aumento de la monotonía y a la repetición, consecuencia de su parcelación, simplificación y reiteración.

El cambio generacional llevaba a la sustitución del viejo personal administrativo por jóvenes empleados que con mayor facilidad adquirían conciencia de su proletarización y de la afinidad de intereses que los unía a los obreros. Idéntico proceso concernía y afectaba a los trabajadores técnicos.

La petición de aumentos notables de salario era un hecho nuevo y chocante, en la medida en que se desligaba de los discursos sobre el aumento relativo del trabajo a destajo y, por lo tanto, de la productividad. El salario se convirtió en una variable independiente, que ya no se calculaba sobre la base de la compatibilidad con el sistema empresa, sino teniendo en cuenta variables externas a la fábrica y todo aquello que era indispensable para procurarse una vida digna: casa, escolarización de los hijos, disfrute del tiempo libre, de las vacaciones, etc.

No solamente ya no se aceptaba el discurso de acordar aumentos salariales sobre la base de un aumento del rendimiento de trabajo, sino que éstos venían acompañados de una demanda de reducción del horario laboral; «más dinero y menos trabajo» era el eslogan de los llamados «obreros de masa».

El eslogan «extremista» de «rechazo al trabajo» lanzado por un titular a primera página de un semanario obrerista, *La Classe,*[9] indicaba precisamente una inversión de la tendencia. No se trataba que, de forma repentina, los obreros, y particularmente los meridionales, no tuviesen ganas de trabajar, según el buen sentido racista que circulaba entre los piemonteses y los milaneses *doc*.

El desapego al trabajo, como lo llamaban los psicólogos y los sociólogos industriales, y que se manifestaba espontáneamente en el recurso a la baja por enfermedad, en el continuo movimiento de la mano de obra de una empresa a

otra, era la respuesta individual a un malestar (otra palabra del lenguaje presuntamente neutro de las ciencias sociales) que nacía en la fábrica.

Al trabajo en cadena, repetitivo, monótono, psicológicamente destructivo para la inteligencia humana, a los ritmos excesivos y a los tiempos cada vez más seguidos en la cadena, se respondía individualmente con dos o tres días de baja al mes «para no sucumbir», tal y como recordaba un obrero de la FIAT, y de esta manera poder descansar y desconectar un poco.

Inducida por las transformaciones sufridas por el proceso productivo, se abría camino entre los trabajadores de la fábrica la idea de que la única solución radical y definitiva ante la alienación del trabajo no era ya la que había indicado tradicionalmente el viejo movimiento obrero, «liberar el trabajo» de la explotación capitalista, sino la de «liberarse del trabajo». Estar el menor tiempo posible en la fábrica, trabajar porque es necesario para vivir y no por ser un placer. Reducir el tiempo de trabajo para reapropiarse de la vida, para estar con los amigos, con la mujer, para dedicarse a la diversión y al ocio.

De aquí surgían los temas que tanto arraigo tendrán en los movimientos juveniles y feministas de los años setenta, sobre la calidad de vida, el tiempo libre, la reapropiación de un espacio social e individual, la reafirmación de la inteligencia y de la creatividad del individuo contrapuesta al anonimato de la sociedad industrial.

Se trataba de una anticipación de la crítica a la productividad y la industrialización —términos actualmente de moda— para reapropiarse de los ritmos de vida del propio cuerpo que el ciclo de producción capitalista desnaturaliza, imponiéndole sus horarios, turnos de trabajo y unas faenas que eran la negación de cualquier aplicación creativa y gratificante de la actividad cumplida.

El tema del cuerpo, entendido como expresión del histórico malestar de una clase explotada, como espía de contradicciones sociales precisas, era un argumento de discusión ya presente en el ámbito de la reflexión crítica de los primeros años setenta:

> *Sublimado, hecho añicos, escindido, frustrado, separado, alienado, el cuerpo vive así su tragedia ante el culto individual o, más bien, narcisista de sí mismo; inhibido, reprimido, insatisfecho, todo esto reclama nuevas y distintas satisfacciones. La civilización burguesa neocapitalista destruyó de este modo la estructura material de los cuerpos humanos. El sistema, por lo tanto, será criticado incluso por la calidad de vida capaz de ofrecer a sus propios miembros.* [10]

La introducción del derecho de asamblea en el interior de los departamentos y el nacimiento de los delegados fueron el resultado de un movimiento de lucha que había dado vida a unas formas de organización autónomas de los trabajadores, surgidas directamente en las oficinas y en los departamentos y, a menudo, opuestas a los sindicatos y a los partidos tradicionales de izquierda.

Emblemáticos fueron los casos de la Comités Unitarios de Base (CUB) de la Pirelli, la asamblea de la Petrolchimica de Marghera, la asamblea de obreros y estudiantes que dirigió las luchas en la FIAT durante la primavera de 1969. Eran intentos de reconstruir un tejido de democracia obrera para ser contrapuesta a la gestión burocrática y vertical y, en algunos aspectos, para ser superada por los mismos acontecimientos que todavía proponían los sindicatos y los partidos de izquierda.

En la vigilia de estas luchas, los sindicatos organizaron sólo a una parte limitada de la clase obrera, las instancias sindicales de fábrica o no existían o tenían simples formas burocráticas. Las comisiones internas, la reelección periódica de las cuales servía más que nada para medir la relación de fuerza entre las distintas centrales sindicales, se reducían a organismos de tipo parlamentario, cada vez más desvinculadas de la base. No obstante, aunque fuesen elegidas

por los obreros, en la práctica eran instrumentos de las organizaciones sindicales.

El PCI era el único partido que conservaba presencia en las principales fábricas italianas, pero sus células habían perdido vitalidad y no hacían más que difundir de manera mecánica la propaganda general del partido sin intervenir en las luchas, la gestión de las cuales era solicitada a las instancias sindicales.

El cambio acelerado en la composición de clase del proletariado industrial había llevado a miles de jóvenes trabajadores de las fábricas a sustituir a las viejas levas obreras, entre las cuales era fuerte la hegemonía del PCI y de la CGIL. El fenómeno había redimensionado las bases sociales de la hegemonía del PCI sobre la clase obrera, que ahora se reducía a los cuadros y los militantes llegados al partido durante el decenio 1943-53.

El cambio generacional también tenía motivaciones productivas y venía acompañado de transformaciones tecnológicas que tendían a discriminar cada vez más el espacio de los trabajos cualificados y especializados, aumentando, en cambio, los trabajos manuales, repetitivos, a destajo y en cadena.

En este vacío de representación se produjeron los intentos de reconstruir organizaciones obreras de base autónomas con el fin de dirigir la lucha. Fueron estos organismos los auténticos protagonistas de las luchas de aquel bienio.

Sindicatos y partidos se encontraron a menudo en dificultades, la lucha se escapaba a su control, las reivindicaciones avanzadas eran incompatibles no sólo con las reglas de la empresa capitalista, sino también con la línea contractual sindical y con los proyectos reformistas del PCI y del PSI y de los gobiernos de centro-izquierda, que tenían que ser la novedad modernizadora de los años sesenta.

En aquellas luchas, en los objetivos y en las ideas que maduraron durante su transcurso, se anticiparon temas y problemas que recorrerán los años setenta. El equilibrio preexistente había sido despedazado, se abría un período

de crisis del sistema; en el espacio abierto por aquellas luchas y por el movimiento estudiantil irrumpirían, en los años siguientes, en el escenario político y social otros movimientos que determinarían una situación de movilización de masas, de protagonismo social, que duró muchos años y que no contaba con precedentes en la historia reciente de nuestro país.

El encuentro obreros-estudiantes relanza el problema de la organización

En otoño de 1969, cuando se iniciaba la fase culminante de las luchas obreras, la interlocución estudiantil ya no era, en la mayor parte de los casos, un movimiento estructurado y de masa, se había convertido, o estaba a punto de convertirse, en un conjunto de grupos políticos organizados, surgidos —o resurgidos y transformados— de aquel movimiento.

Tres hechos habían señalado el fin del 68: la oleada de huelgas durante el invierno del 68-69, durante las cuales grupos considerables de estudiantes participaron en los piquetes delante de los accesos a las fábricas, la entrada de los estudiantes de secundaria en la lucha y la pesada oleada represiva que comenzaba a abatirse sobre el movimiento.

En este contexto se determinaron procesos de disgregación y de nuevas agrupaciones:

> *...el sector que participó en el movimiento de las ocupaciones con una conciencia exclusivamente democrático-burguesa, y que vio las luchas universitarias como una posibilidad de abrir nuevos espacios, de rejuvenecimiento, de renovación, de democratización, reconoce a estas alturas que su papel político se había acabado [...], y desde ese momento en adelante desaparece de las asambleas, de los piquetes, de las manifestaciones, para volverse a encontrar en las bibliotecas, en los institutos, en los seminarios, comenzando a hacer funcionar las instituciones universita-*

rias de un modo renovador, introduciendo un sistema de enseñanza más democrático y participativo, con unos contenidos de estudio más actuales y más atentos a lo que sucede en la realidad [...].

Otro sector, en cambio, confluye en una nueva experiencia que es la explosión en masa de las organizaciones revolucionarias. [11]

La lucha directa de los distintos organismos autónomos relanzó, también para los trabajadores que la organizaron, la cuestión de la organización. Así percibían estos trabajadores la situación justo después de la oleada de luchas obreras de Turín durante la primavera: los sindicatos y partidos ya no luchaban «contra el patrón hasta el final» y, por lo tanto, era necesario dotarse de «una organización y de una línea política precisa», una línea y una organización que se iba a construir sobre la base de las distintas experiencias de lucha obrera autónoma. Las luchas obreras de aquellos meses —se sostenía en el informe introductorio para los trabajadores de la Asamblea de los Comités Autónomos Obreros, que tuvo lugar en Turín el 26 y 27 de julio de 1969— demostraban que los proletarios habían «alcanzado una conciencia revolucionaria general» y que, entonces, el problema era traducir esa conciencia «en un proceso organizativo».[12]

Notas:

1. «Italia estaba destinada a convertirse en un caso particular no por lo que se refiere al "rol de los jóvenes en su ciclo de protesta,sino por el número y la intensidad de los conflictos en la industria".»
TARROW, S., *op. cit*., p.75.
2. BOLOGNA, S., «I riti della memoria e la storia espropiata. L'autunno caldo e ben altro che archeologia». *Il bimestrale*, n.º 6, suplemento de *il manifesto* del 12 de diciembre de 1989.
3. Cfr. BOLOGNA, S., «Il fordismo eversivo degli operai». *il manifesto*, 25 de enero de 1989.
4. RIESER, V,. «Studenti e operai, ben più che uno slogan». *Il Contemporaneo-Rinascita*, 12 de marzo de 1988.
5. FERRARIS, P., «Il sessantotto e l'autunno caldo». *Per il Sessantotto*, n.º 4, 1993.
6. REVELLI, M., «Prefazione», en POLO, G. (1989) *I tamburi di Mirafiori*. Turín: Cric Edizioni.
7. N. de T., en el texto original «*gabbie salariali*», término que se refiere a las diferencias salariales en un mismo oficio entre distintas regiones del país.
8. Cfr. DELLA MEA, L. (1969) *La politica torna in fabbrica*, Milán: Jaca book; sobre el tema de la alineación cfr., del mismo autor, la introducción del libro de FALLOT, J. (1971) *Marx e la questione delle macchine*, Florencia: La Nuova Italia.
9. *La Classe*, n.º 6 del 7-14 junio de 1969.
10. DI SIENA, G. y ROSSI-LANDI, F., «Corpo». *Ideologie*, n.º 12, 1970.
11. MARIOTTI, D. (coord.) (1975) *Compagni del '68*. Papua: Marsilio, pp. 62-63.
12. Citado por COLOMBO, A., «Alle porte del 1969. L'autunno degli operai», suplemento de *il manifesto* del 30 de noviembre de 1988.

Del movimiento a los grupos

«Non siamo tra coloro che vedono
nelle organizzazioni solo una forma
specifica di regresso e di falsa coscienza,
sulla scia di quella tesi «ingenua» che attribuisce
tutti i lati buoni ai movimenti
e tutti i lati negativi alle organizzazioni.»
Attilio Mangano[1]

Entre otoño de 1968 y otoño de 1969, se formaron las que fueron las principales organizaciones de la izquierda extraparlamentaria de los años setenta en Italia. En octubre de 1968 nacía la Unión de los Comunistas Italianos (UCI) junto con el periódico *Servire il Popolo*; en diciembre de 1968 salía en Milán el primer número de *Avanguardia Operaia,* expresión del grupo político homónimo que había escogido como terreno de intervención y de reclutamiento las fábricas, y en las cuales trabajaba para construir los CUB.

El 1.º de mayo de 1969 salía el periódico *La Classe* que reunía a parte de la llamada corriente obrerista italiana, procedente de la experiencia de *Classe Operaia* e incluso de la anterior de los *Quaderni Rossi*.

En junio de aquel año se difundió el primer número de la revista *il manifesto*; pocos meses después los promotores de la iniciativa fueron expulsados del PCI y se pusieron en marcha para constituir una organización autónoma.

En otoño de 1969, el Movimiento Estudiantil de la enseñanza pública se delineaba como un grupo autónomo.

Después de la lucha en la FIAT durante la primavera y los enfrentamientos turineses de Corso Traiano del 3 de julio de 1969, el 18 de septiembre salía el primer número de *Potere Operaio* y el 1.º de noviembre el de *Lotta Continua*. La aparición de los dos periódicos respondía a la decisión

de proceder hacia la coordinación nacional de las vanguardias obreras y estudiantiles.

Este fenómeno merece una primera consideración: exceptuando la UCI, en el resto de los casos, antes de consolidarse las asociaciones en estructuras organizadas bien definidas, se «presentan» con un periódico, una revista, es decir, con un instrumento de comunicación muy informal, no definido en torno a un proyecto ya preestablecido, sino para ser hecho entre todos; era como recoger adhesiones para una «línea política» que aún estaba por definir y por elaborar colectivamente.

Por lo tanto, todos, inicialmente, se presentaban como un instrumento de debate abierto que tenía poco que ver con los tradicionales órganos de partido, típicos de la tradición socialista y comunista:

> *...era un modo de posponer la elección de una organización —de la cual se temían los mecanismos burocráticos y autoritarios— pero utilizando las posibilidades organizativas, consideradas improrrogables, de aquel instrumento.*[2]

Fueron pocos los que en aquel momento supieron resistirse a la llamada de dotarse de una organización estructurada nacionalmente; entre estos, Edoarda Masi que advertía a los jóvenes impacientes por resolver el problema que no era suficiente con «una etiqueta para dar nacimiento a una organización revolucionaria» y que, de todas maneras, quedaría excluida a priori

> *...la estructura tradicional de partido. No porque sea prematura, sino porque ya no corresponde a las exigencias y a las perspectivas revolucionarias actuales.*[3]

Eran unas advertencias y precauciones legítimas, pero los que eran críticos con la constitución de los grupos de la nueva izquierda no sabían proponer otra alternativa que la

de continuar luchando y estudiando, porque así lo decía el presidente Mao:

> *...luchando no se hace la revolución [...]. Pero se empieza a entender cómo puede hacerse, comienza a hacerse la teoría que falta. Luchando y estudiando. Tal como dice el presidente Mao.*[4]

Una contrapropuesta un poco débil, que se presentaba incapaz de hacer frente a los eventos y, a veces, un poco irritante, que valió a la revista *Quaderni Piacentini*, en cuyas páginas habían expresado sus críticas Edoarda Masi, Francesco Ciafaloni y Carlo Donolo, el epíteto de *Pepito grillo* de la nueva izquierda.

Las razones que llevaron al nacimiento de los grupos de la nueva izquierda

Distintas, múltiples y concomitantes fueron las razones que impregnaron una decidida orientación hacia la organización.

La aparición en escena de los obreros y de los estudiantes de secundaria, la dimensión de masa de sus luchas, el peso social que inmediatamente hicieron sentir sobre la sociedad entera, su capacidad de incidir directamente sobre el marco político e institucional, determinaron una nueva situación.

También el movimiento estudiantil había roto, anteriormente, con viejos muros, conformismos varios y lógicas consolidadas; pero su extensión y su capacidad de incidir sobre todo el orden social —moviéndose y uniéndose a la lucha de otros estratos sociales— habían sido hasta entonces bastante limitadas. No por casualidad el debate interno, después del período de crecimiento de las luchas y de las ocupaciones, se centraba sobre todo en cómo salir del ámbito universitario creando formas de conexión con los obreros y otras clases subordinadas, explotadas y oprimidas.

En el fondo, un movimiento de este tipo y con tales características, con una dimensión organizativa poco cen-

tralizada, localista, fundada en las asambleas de facultad, en las comisiones de trabajo y en grupos de investigación, resultaba bastante funcional y, por lo tanto, capaz de permitirse existir, actuar y crecer. Tal estructura, sin embargo, resultaba del todo inadecuada para ofrecer una salida organizada al movimiento de protesta y de rebelión contra la explotación que surge al irrumpir las luchas en las grandes fábricas del norte, seguidas inmediatamente de la propagación de las huelgas, las agitaciones y las ocupaciones en las escuelas medias superiores.

Las luchas obreras, además de romper y no reconocerse en las viejas estructuras de partido y de sindicato del movimiento obrero, planteaban inmediatamente el problema de la construcción de nuevas formas organizativas para poder coordinar, al menos a nivel nacional, objetivos y reivindicaciones de luchas y para poder garantizar la continuidad y el seguimiento del enfrentamiento con el patrón, en el momento en que éste había querido abrirse.

El encuentro que tuvo lugar, no sin dificultades, entre las luchas estudiantiles y las obreras dejó claro a sus participantes que se abrían perspectivas de larga duración y que lo que se había producido en Italia, probablemente, no se iba a «quemar» en un breve período, tal y como había sucedido en el Mayo francés. La conciencia de este hecho tuvo un peso especial al determinar la decisión de construir organizaciones políticas estructuradas:

> *...para indicar la situación italiana se acuñó la expresión «mayo arrasador», y con esto se quería poner de relieve, no ya una velocidad menor del proceso en Italia, sino su mayor posibilidad de consolidación, de no quemarse en el transcurso de pocas semanas [...].*
>
> *En este marco, la dimensión de «movimiento» políticamente unilateral y organizativamente fluido resulta del todo insuficiente: se hace necesario unir las fuerzas, superar el localismo y la fragmentación [...].*[5]

El Mayo francés había enseñado que incluso la fuerza subversiva, antiinstitucional y revolucionaria del movimiento, ante la falta de alternativas, podía ser rápidamente reabsorbida por los aparatos de los partidos de la izquierda tradicional y por los sindicatos. El miedo a que el movimiento pudiese ser expropiado de sus objetivos y de sus formas de lucha, que su carácter pudiese ser desnaturalizado por parte de los reformistas, de los sindicatos y de los grupos minoritarios ya existentes, o que pudiese ser reabsorbido e integrado por las instituciones del poder, constituyó otro argumento para dirigirlo hacia soluciones organizativas.

«La ausencia de una organización y de una dirección política revolucionaria» se convirtieron en elementos que frenaban el crecimiento mismo del movimiento, de aquí la necesidad, según los militantes de Poder Obrero de Pisa, de construir «un partido revolucionario» capaz de dirigir el empuje «anticapitalista hacia la toma del poder político».[6]

Por otra parte, como señaló a su debido tiempo un protagonista directo, una vez aceptada la idea de fondo

> *...acerca de la necesidad de presentar el propio movimiento estudiantil como «lugar político» inicial para la formación de cuadros militantes, a medida que la vanguardia interna del movimiento estudiantil —comprendiendo, de hecho, a los militantes más maduros políticamente—, ampliaba su práctica social, pasando del ámbito universitario aislado a la intervención a nivel proletario y sobre todo el plano social, evidenciándose una pérdida progresiva y parcial de su matriz propiamente estudiantil: en realidad, algunos de aquellos cuadros políticos comenzaban a ser «percibidos» socialmente —pero también a serlo realmente— como militantes revolucionarios en sentido pleno, a prescindir del hecho de que conservasen o no algún vínculo burocrático con la estructura académica.*[7]

Aunque fuese un «resultado no deseado» conscientemente, el movimiento estudiantil produjo militantes, una vanguardia política numerosa «que ya no estaba dispuesta a reintegrarse a la vida normal de estudiantes o de sus carreras profesionales»:

> *...el paso del estadio de movimiento a partido se inició así, sin una auténtica conciencia por nuestra parte, sino más bien como resultado de una serie de acontecimientos que habían terminado por encauzar nuestra voluntad de combatir en aquella única dirección.*[8]

Para muchos que ya habían desarrollado de un modo informal en las luchas universitarias la función de líderes de vanguardia, de clase política profesional, se planteaba el problema de cómo continuar la militancia política más allá de la etapa universitaria, más allá de la condición de estudiante. Con la opción de construir nuevas organizaciones, su rol político quedaba, de hecho, formalizado.

Movidos por la necesidad de no renegar de todo lo nuevo que habían hecho y descubierto al participar en el movimiento, incapaces de volver hipócritamente a las filas de aquella sociedad contra la que habían protestado y que querían revolucionar, miles de potenciales cuadros políticos, nacidos dentro de una experiencia muy crítica también en su oposición a los partidos y a los sindicatos institucionales, eran llevados «casi automáticamente» a escoger el camino de la organización política; camino que, por otra parte, no era siempre el «más coherente con las exigencias de liberación, de autonomía y de responsabilidad directa de las masas»,[9] que el movimiento había querido expresar.

Queda por determinar si a la urgencia de organizarse contribuyó el clima político y represivo que se manifestó en Italia casi paralelamente a las luchas estudiantiles y obreras. Enseguida, ya a partir de los primeros meses de 1969, se asistió a un uso cada vez más intenso y violento de las fuerzas policiales, por parte del poder estatal, que se combinaba con las

acciones instrumentalizadas o no de los neofascistas, y con los de las unidades separadas o desviadas de los servicios secretos. Cabe tener presente, además, que el año 1969 comenzó con los hechos de Bussola de Viareggio, en el curso de los que el estudiante Soriano Ceccanti quedó gravemente herido de bala por una pistola disparada por los *carabinieri*. Más allá de ciertas conmemoraciones póstumas, que tienden a recordar de aquel período sólo las emocionantes ocupaciones prolongadas y tranquilas, conviene tener en cuenta que:

> *...no fue todo así de fácil y simple, dado que el poder, a menudo, atacaba indiscriminadamente, y eso sin mencionar a los esbirros del Almirante, siempre preparados para intervenir.*[10]

Al mismo tiempo, la parte más reaccionaria de la magistratura recurría ampliamente a los artículos del Código Rocco[11] que recortaban las libertades de expresión, de asociación y de manifestación: en 1969 «en sólo tres meses, se denunció a más de 13.000 personas: jornaleros, obreros, estudiantes, empleados municipales».[12]

La matanza de Piazza Fontana en Milán, el 12 de diciembre de 1969, se nos presenta hoy como una fecha conmemorativa, como una fisura en la historia de la Italia republicana, cuando una parte considerable del «aparato estatal pasó conscientemente a la ilegalidad, colocándose como poder criminal, continuando con la ocupación de instituciones vitales»; Piazza Fontana «siembra y agiganta el miedo al golpe de Estado», conviertiéndose en el «detonante relevante de los acontecimientos italianos, y representa el paso de la represión estatal a los movimientos y a las luchas con "técnicas frontales pero no anónimas" a otras "indirectas y ocultas" de los poderes de represión, seguridad y provocación».[13]

El uso de la fuerza por parte de los aparatos del Estado para reprimir la insurrección y la ascensión de los movimientos no era una novedad, la novedad venía dada por su empleo, no en su dimensión institucional y legítima, sino

«en una brutal, directa y controlada que encuentra su propia síntesis en la lógica del cuartel».[14]

La matanza señalaba un indudable vuelco político, un cambio profundo de clima para una generación entera, la cual

> *...quedó impresionada por dos experiencias vitales, fuertes y opuestas: el 68 (y el 69 obrero) por una parte, y Piazza Fontana, Pinelli y Valpresa por la otra. La alegría y la muerte, la luminosidad y lo turbio, la confianza y el miedo, la cordialidad y el sentimiento de persecución.*[15]

Se trataba, más que nada, de encontrar los instrumentos y las formas que garantizasen de alguna manera la defensa y el mantenimiento de todo aquello que se había conquistado y construido en términos de estructuras organizativas, de espacios para las actividades colectivas (sedes, periódicos, plazas y lugares de reunión y encuentro, la salvaguarda de los compañeros); todo ello acompañado de la conciencia de que, superado el entusiasmo del estallido espontáneo de la revuelta estudiantil y obrera, el camino de la lucha contra el Estado y el capitalismo iba a estar sembrado también, inevitablemente, de cruentos enfrentamientos .

La necesidad de organización nacía, por lo tanto, de la necesidad de protegerse de la agresión solapada por parte de las fuerzas de represión:

> *...la violencia fascista, el peligro de las infiltraciones policiales plantearon inmediatamente el problema de la organización... Cada práctica libertaria parecía portadora de peligro de infiltración, cada flexibilidad organizativa un elemento de debilidad.*[15]

Organizarse, dotarse de una estructura nacional, fue considerado en la época no como un repliegue necesario, después de la fase ascendente y espontánea del movimiento, sino como una adquisición conseguida y madurada con la práctica política, e inducida por los acontecimientos que las luchas de aquellos meses habían provocado.

Quienes se decantaban en aquel momento por determinadas formas organizativas no tenían conciencia de dar un paso hacia atrás; al contrario, emergía en ellos la convicción de que estaban dando un paso hacia adelante, que la organización era necesaria y útil para conservar las posiciones logradas o para afrontar mejor el recorrido revolucionario que, entonces, parecía estar ante los mismos ojos de los protagonistas.

Notas:

1. «No estamos entre los que ven en las organizaciones sólo una forma específica de regresión y de falsa conciencia,siguiendo la estela de aquella tesis "ingenua" que atribuye todos los aspectos buenos a los movimientos y todos los aspectos negativos a las organizaciones.» MAGNANO, A., *Per un nuovo marxismo della crisi*, *op. cit*., p. 30.
2. FLORES, M., *Fascinazione e bisogno del partito...*, *op. cit*.
3. MASI, E., «La nuova sinistra e il problema dell'organizzazione». *Quaderni Piacentini*, n.º 35, julio de 1968, en *Antologia...*, *op. cit*., p. 60.
4. CIAFALONI, F. y DONOLO, C., *op. cit*. p. 226.
5. BOBBIO, L., *Lotta Continua, storia...*, *op. cit*., p. 4.
6. «Lotte sociali in Europa e prospettiva rivoluzionaria». *Il Potere Operaio*, n.º 13, 11 de junio de 1968.
7. BOATO, M., «Analisi e ipotesi strategiche per un rilancio politico, rivoluzionario e di massa, del movimento studentesco». *Giovane Critica*, n.º 22-23, primavera 1970, pp. 71-72.
8. BOBBIO, L., *Prima di LC. Da Palazzo Campana...*, *op. cit*.
9. AAVV (1979) *Movimento settantasette, storia di una rivolta*. Turín: Rosenberg e Sellier, p. 86.
10. «Una testimonianza sul movimento anarchico a Roma all'epoca dellaStrage di Stato. Nostra intervista a Raniero Coari». *Umanità Nova*, 29 de junio de 1997.
11. N. de T.: código penal aún en vigor, que fue aprobado durante la dictadura fascista, en 1930, y que debe su nombre al ministro de Justicia A. Rocco. Actualmente, se han presentado en el Parlamento italiano proyectos para su reforma).
12. BALESTRINI, N. y MORONI, P., *op. cit*., p. 198, 200.
13. Las citas son, respectivamente, de REVELLI, M. (1996) *Le due destre*, Turín: Bollati Boringhieri, pp. 22-23; SANTARELLI, E., *op. cit*., p.188. También llegan a las mismas conclusiones BOATTI, G. (1993) *Piazza Fontana. 12 dicembre 1969: il giorno dell'innocenza perduta*, Milán: Feltrinelli; y DE PAOLO, G. y GIANNULLI, A. en la introducción de *Le strage di stato. Vent'anni dopo*, Roma: Ed. Associate, 1989.
14. REVELLI, M., *Movimenti sociali e spazio político*, *op. cit*., p. 467.
15. SOFRI, A., *Memoria*, *op. cit*., p. 181.
16. DE PAOLO, G. y GIANNULLI, A., *op. cit*., p. 31.

Sociología de los grupos de la nueva izquierda

«La comparsa dei gruppi
"nonè un equivoco ideologico
ma un evento storico-sociale"».
Constanzo Preve[1]

La expresión «grupos», con sus derivados «pseudogrupos» y «grupúsculos», adquirió en los años sucesivos al 68 una connotación política negativa, peyorativa y que indicaba una situación de fragmentación y fraccionamiento organizativo y político.

Sobre todo la prensa comunista y socialista y la vinculada a los partidos burgueses, de los «bienpensantes» y de la mayoría silenciosa, tal y como se decía entonces, usó abundantemente esta terminología para dar inmediatamente, con el uso de un determinado léxico no escogido por casualidad, un juicio drástico, liquidador y, a veces, desdeñoso que estaba en consonancia con su incapacidad de comprender el fenómeno.

Los propios grupos de la nueva izquierda rechazaron tal apelativo y quisieron definirse siempre de otro modo, con otros términos y categorías. Sucesivamente, para acrecentar la connotación negativa de la palabra, también echaron leña al fuego varios poetas de la «bondad» y de la «espontaneidad» del movimiento del 68, contrapuesta a la degeneración repentina inducida por el paso del movimiento a los grupos; estos últimos fueron a menudo presentados, con ocasión de las celebraciones del 68 —posiblemente por aquellos que en su época se convirtieron en convencidos miembros de algún pseudogrupo, militando en una u otra organización más o menos leninista—, como auténticos espíritus maléficos que pervirtieron a militantes, jóvenes

estudiantes del movimiento y a obreros, llevándoles hacia el mal camino de la organización.

A este respecto, creo que ha llegado el momento de dar una connotación sociológica y política positiva a la categoría de grupo. Tal término resulta adecuado para poder interpretar y leer aquella fase caótica que caracterizó el final del movimiento estudiantil y el nacimiento de las distintas formaciones de la nueva izquierda.

Estas formaciones, al menos en su fase inicial, más que partidos eran auténticos grupos, entendidos como asociaciones informales, sin reglas, sin estatutos de partido ni subdivisión jerárquica de deberes y funciones. Visto en su conjunto, sin privilegiar la historia de ninguna organización por encima de otra, el fenómeno se manifestaba como el germen de miles de puntos de encuentro, más o menos grandes, de debate, de reflexión teórica y de intervención política inmediata.

A menudo, se trataba de instrumentos organizativos, de círculos, de centros de documentación surgidos por necesidades instrumentales, para participar en alguna campaña nacional, para intervenir en las escuelas, en los barrios, en las fábricas. Eran instrumentos de trabajo político que se creaban con la misma facilidad con la que se deshacían para recomponerse después en otras formas o con otras personas.

Una especie de nomadismo político de masa caracterizaba esta fase de militancia política. Muchos cuadros y jóvenes militantes del movimiento estudiantil pasaron con toda naturalidad de un grupo a otro, de una experiencia política a otra, de una «lectura» a otra, todo esto en una sucesión caótica de búsqueda y de «atiborramiento» inorgánico de política, de teoría, de ideología (en el sentido positivo del término), antes de detenerse en una organización específica o decidir qué tipo de participación les convenía más.

Se trata de un fenómeno que podríamos definir de «vagabundeo» cultural, con unas relaciones políticas múltiples y simultáneas, que afectó a una generación liberada de las trabas del catolicismo provincial y parroquial y de una sombra pesada, hipócrita en la práctica y estéril en su proceso político y cultural como era el estalinismo. Resultó ser, naturalmente, un proceso caótico en el que se andaba a tientas, que se parecía más a una búsqueda frenética al mismo tiempo que inorgánica y desorganizada.

Un observador minucioso de la época supo captar este fenómeno con eficacia y con espíritu crítico:

> *…a las fábricas, las escuelas y al pueblo se han dirigido […] centenares, miles de jóvenes […]. Sobre su abnegación, sobre su espíritu de sacrificio y sobre la seriedad de su compromiso, nadie puede tener la más mínima duda […]. Pero son, al mismo tiempo, desprevenidos, extremistas, maniqueos y, sobre todo, idealistas. Sienten la presión de un intrincado sistema de condicionamientos (ideología, familia, escuela, religión, medios de comunicación) y reaccionan con violencia […], rechazan esta enseñanza, llegando a negar la necesidad de la institución; combaten la explotación y acaban reclamando el «rechazo al trabajo»; hostigan el reformismo estéril […] de las burocracias tradicionales de la clase obrera, para deducir de ello que son las formas organizativas de la clase, en cuanto a tal, las que producen el reformismo, y no al contrario.*
>
> *Sienten, sin embargo, la necesidad de asociarse a una matriz histórica, afrontando desordenadamente la lectura de algún texto de entre los que se produjeron durante siglo y medio de luchas de clase. Vuelven a descubrir y, de vez en cuando, idealizan el pre-marxismo y el anarquismo, a Stalin y a Mao, a Gorter y al joven Luckacs. Lo transforman todo en un sistema religioso hasta que encuentran algo nuevo —para ellos— o más atrayente. O, cansados de oscilar de un grupo a otro, niegan la necesidad de la teoría decidiéndose por una participación liberadora.*[2]

El grupo político era vivido inicialmente como la prolongación de la experiencia mutualista de la participación en el movimiento. Muchos grupos nacionales que se desarrollaron en 1969, como Lucha Continua, Poder Obrero, Il Manifesto o Vanguardia Obrera, en un principio tenían unas características muy informales y muy arraigadas en el movimiento. Nacieron sin un congreso constitutivo, no tenían estatutos ni reglas que definiesen los criterios de la militancia ni las obligaciones de los afiliados.

Eran militantes todos aquellos que participaban de alguna manera en las actividades políticas del grupo; tenía vigencia un sistema de gestión interna fundado en una especie de participación activa y directa, una asamblea general permanente que se reunía más o menos regularmente, pero que no elegía ni a dirigentes ni a secretarios.

Los lugares de encuentro se llamaban sedes, no secciones. Los que actuaban en los puestos de trabajo o de estudio, se definían, como mucho, como comité, no como célula, palabra que evoca una concepción restringida del partido.

Las fronteras ideológicas entre un grupo u otro, a veces, no estaban muy definidas; y aunque lo estuvieran, no podía evitarse que, desde la base, un millar de jóvenes que se estaban acercando a la política irrumpiesen en los grupos políticos y los atravesasen, incluso siendo aparentemente distintos entre ellos.

Lo que les sucedió a muchos de ellos fue que pasaron por experiencias políticas antitéticas entre ellas, «obreristas» y espontáneas que luego se convirtieron en «partidistas», maoístas y marxista-leninistas, mientras otros seguían un recorrido inverso, de leninistas ortodoxos a paladines del movimiento.

El cruce de tres generaciones políticas

La constitución de los grupos dirigentes de la nueva izquierda, entendidos como estructuras con personalidad y formados en torno a fuentes culturales precisas y distintas experiencias de lucha política, había precedido al nacimiento oficial de las formaciones de la nueva izquierda. Así es que, la provocadora hipótesis de Romano Madera, fundada en la ecuación grupos-movimiento-grupos, puede ser acogida como una fértil hipótesis de trabajo, que se encuentra con más de un enfrentamiento tanto en el desarrollo como en el cruce de este «pedazo» de historia italiana.

Escribe Madera:

> *...no se pasa del movimiento a los grupos, sino de los grupos al movimiento y a los grupos.*
>
> *Los grupos no son mala hierba, nacida al lado de la buena con desorganizada espontaneidad, que ha acabado por estrangular al movimiento. El movimiento, en cambio, ha reabsorbido y transformado a los viejos grupos por los hechos y, a menudo, incluso por los nombres [...]. De que el movimiento ha recibido de entre sus cien padres también la semilla grupuscular no hay ninguna duda; pero fue el movimiento el que la hizo fértil transformándola en una proyección suya. Es decir, la organización en grupúsculos entendida como forma de representación política del movimiento y no como su degeneración cancerígena, ni su genio maligno.*[4]

Tres generaciones políticas confluían en las formaciones de la nueva izquierda.[5] La primera había iniciado su actividad política en la segunda mitad de los años 50 en las federaciones juveniles comunistas y socialistas, en las asociaciones universitarias y en el sindicato. Era la generación que durante más tiempo había participado intensamente y con continuidad en la vida política dentro de los partidos de izquierda o en otras estructuras de masa organizadas.

Por lo tanto, había madurado una sólida experiencia organizativa de tipo tradicional, alcanzando un nivel de «saber hacer» político muy profesional y bien estructurado. En las formaciones de la nueva izquierda este tipo de militante estaba sobre todo presente en aquellas organizaciones que descendían directamente del PCI o del PSI, como es el caso de Il Manifesto o del Partido de Unidad Proletaria, surgido en 1972 después de la disolución del PSIUP.

La segunda inició su pasantía política en los años sesenta tomando contacto con los grupos minoritarios (trotskistas, *Quaderni Rossi*, *Classe Operaia*, marxista-leninistas) o bien participando en otras experiencias culturales de vanguardia: revistas, cinefórums, círculos culturales. A diferencia de las generaciones precedentes, en ésta resultaba relevante la presencia de militantes católicos procedentes de experiencias políticas maduradas en la INTESA universitaria, en la CIS y en la ACLI.

Se había formado, en contraste y de manera polémica con las posiciones de la izquierda tradicional italiana, acercándose y nutriéndose de corrientes de pensamiento políticas y sociológicas ajenas a la tradición del reformismo y confrontándose con la nueva realidad obrera del neocapitalismo de nuestro país.

Esta generación era la que había conseguido una mayor presencia en el interior de los grupos dirigentes de las formaciones de la nueva izquierda, denotando una actitud destacada en el debate teórico-político y en la investigación de campo mediante el uso de las encuestas, descubierta incluso antes de la lectura de los textos de Mao, por parte del grupo de los *Quaderni Rossi* y de todos los que se habían contaminado de alguna manera, ya en la segunda mitad de los años cincuenta, de la sociología norteamericana.

La tercera generación era la del 68, cuyos militantes se habían formado directamente en las luchas universitarias del bienio precedente y en las obreras del 68-69. Era menos homogénea que las generaciones precedentes, sin embargo, su formación política presentaba elementos comunes:

> *...la convicción de que la escuela tenía que ser el campo de la lucha de clases, los análisis de los mecanismos de selección y relación escuela-mercado, el reconocimiento de la importancia de la lucha contra la organización capitalista del trabajo y las jerarquías; la atención teórica y práctica a la relación vanguardia-masas [...] la necesidad de unir la lucha económica y la lucha política, el antifascismo militante, el internacionalismo.*[6]

Éste fue el esqueleto de la militancia de las distintas organizaciones de la nueva izquierda, de los llamados cuadros intermedios, aquellos que habían difundido sobre el territorio nacional y en varios puestos de trabajo y de estudio la presencia y la intervención política de cada grupo.

La emergencia del movimiento estudiantil y la reanudación de las luchas obreras atravesaron y volvieron a mezclar los papeles de las tradicionales culturas políticas y organizativas consolidadas en las dos primeras generaciones de militantes políticos, provocando una revisión crítica de posiciones precedentes.

Ciertamente, se registró una ruptura y una superación de anteriores modos de concebir la acción política, pero algunas fuentes formativas y culturales, aunque fueron revisadas, permanecieron bastante íntegras, capaces de marcar aún experiencias generacionales distintas y, por lo tanto, dejaron a los grupos dirigentes de la nueva izquierda diferenciados y fraccionados.

La formación del grupo dirigente Lucha Continua se resintió menos que otros de la influencia de anteriores experiencias culturales y políticas de la nueva izquierda, aun cuando algunos de sus dirigentes venían de militancias minoritarias de izquierda: Adriano Sofri, después de haber sido expulsado del PCI, había participado en la revista *Classe Operaia* y después en Poder Obrero pisano; Luigi Bobbio y Mauro Rostagno venían del PSIUP, Marco Boato del catolicismo disidente y de la izquierda trentina. Para Poder

Obrero, en cambio, la continuidad con la tradición obrera italiana era, decididamente, más marcada.

Iguales características de continuidad con experiencias políticas de los años sesenta tenían formaciones como Vanguardia Obrera, nacida de un grupo de militantes milaneses surgido de la IV Internacional, y la Unión de Comunistas Italianos, surgida en 1968 también de una ruptura que se consumó en la IV Internacional; y que retomaban las sugerencias de la revolución cultural y del maoísmo, ya presentes y difundidas en los años precedentes por el llamado sector marxista-leninista.

También Il Manifesto era, de algún modo, el resultado del cruce entre las luchas obreras y estudiantiles y el «murmullo crítico» del ala ingraoniana[7] dentro del PCI de los años sesenta.

> *Se puede hablar, al fin y al cabo, de un encuentro entre una cultura política elaborada por grupos militantes en los años sesenta y una cultura política de masa producida por las luchas obreras y estudiantiles. Por lo que respecta a la construcción de los grupos dirigentes, haciendo una excepción al menos en el caso de Lucha Continua, las fuentes teórico-políticas de los años precedentes quedan como un elemento no secundario.*[8]

Dependiendo de su fuente cultural de procedencia, estos grupos dirigentes aportaron elementos específicos a las organizaciones que iban a construirse después del bienio 68-69.

De la producción de los Grupos Comunistas Revolucionarios, o sea, la sección italiana de la IV Internacional, quedó la recuperación del leninismo «purificado» de las vulgarizaciones economicistas y productivistas introducidas por una codificación simple y excesivamente sintética realizada por Stalin y sus sucesores. Quedó también la crítica y una profunda atención a la relación que debía establecerse entre democracia y socialismo y la persecución de la búsqueda de formas sovietizantes, con consejos como estructuras institucionales de la democracia proletaria contrapuesta a aquella burguesa-parlamentaria.

De la tradición obrera quedó el descubrimiento de la centralidad de la fábrica contrapuesta a la lucha institucionalizada del reformismo, y la idea de redefinir la producción teórica a partir de las transformaciones ocurridas en la composición de las clases sociales: el análisis del neocapitalismo, la relación fábrica-sociedad, la espontaneidad-organización y la autonomía obrera.

Del socialismo de izquierda se retomó la crítica al reformismo, a la programación democrática, y la idea de la unidad de clase y de la actualidad del socialismo contra cualquier hipótesis gradualista.

Del ingraonismo quedó una relectura que prestaba atención a la crítica de la relación entre desarrollo de formas de democracia y de participación de masas desde abajo y de las instituciones estatales y partidistas.

De los grupos del sector marxista-leninista quedaba la insistencia en el tema antiimperialista y la necesidad del trabajo de propaganda, sobre todo ideológico, entre las masas.

Por lo que respecta a la concepción del instrumento organizativo del partido, se retomaron varias hipótesis y se confrontaron: desde la mitificación del partido como impulsor de la historia, rígidamente gobernado por una burocracia de funcionarios y dirigido por un secretario general, hecho por grupos marxista-leninistas; pasando por la tentativa de conjugar democracia interna y centralismo democrático, según un presunto retorno a Lenin, hecha por grupos de inspiración trotskista; hasta la propuesta de organizaciones totalmente informales, sin estructuras definidas, sin estatutos ni organigramas internos, sin congresos constitutivos, como son los casos de Poder Obrero y Lucha Continua en sus primeros años de vida.

La composición social

El grueso de los militantes de la nueva izquierda fue producto de las luchas estudiantiles, primero, y de las obreras, después, del bienio 68-69. Eran jóvenes y eran predominantemente estudiantes.

No fue en absoluto secundaria la entrada en escena de los estudiantes de las escuelas medias superiores, particularmente los de las escuelas técnico-científicas que constituyeron, a partir del 69, la base de la masa de las organizaciones de la nueva izquierda.

No se trataba sólo de una cuestión cuantitativa. Especialmente los estudiantes procedentes de las escuelas técnicas y profesionales introducían en el movimiento temas, problemas y reivindicaciones que los universitarios y los estudiantes de instituto no entreveían ni sentían porque les quedaban lejos de sus experiencias de vida y de las de sus familias.

Además, el hecho de que fuesen jóvenes estudiantes, seguramente destinados después a trabajar en la fábrica, los colocaba en una condición más cercana a una condición obrera auténtica que ya estaban experimentando, por otra parte, en la familia. En fin, al proceder de familias proletarias, vivían normalmente desplazados en un tejido urbano hecho de aglomeraciones obreras, de bloques de casas populares, construidas deprisa y corriendo en los años sesenta y que habían ensanchado de forma desmesurada la periferia de las ciudades industriales. Este desplazamiento les permitía estar más vinculados a los jóvenes obreros y a los jóvenes desocupados.

El hecho de que inicialmente estas nuevas organizaciones fuesen constituidas predominantemente por jóvenes estudiantes era el resultado de un proceso de radicalización que se manifestó primero entre los estudiantes y, sólo más tarde, entre la clase obrera. El hecho de ser joven, tener una concepción común del mundo sobre la música, el comportamiento, la forma de vestir, de decir y de hacer, y el percibirse por estas razones como «distinto» respecto a la

sociedad normal y corriente, era una característica que atravesaba todas las organizaciones políticas de la nueva izquierda.

El componente obrero, que contribuyó de un modo relevante a formar la base social de la nueva izquierda, estaba formado generalmente por jóvenes vanguardias que habían constituido el nervio principal de las iniciativas de lucha de estos años; dentro de estas iniciativas prevalecía en el reclutamiento el componente rebelde, más sensible a la «fase revolucionaria» que al trabajo sistemático y paciente en el interior de la fábrica, tan propenso al entusiasmo y a encabezar las luchas en la fase positiva, como a abandonar la iniciativa política en los momentos de mayor dificultad.

Su experiencia estaba, consiguientemente, encerrada en un único y breve ciclo de luchas de clase. En las características de este ciclo se hallaban las razones de los «límites» y de los errores de perspectiva y de estrategia que emergerían casi inmediatamente en los años siguientes.

La oleada de luchas se producía fuera de lo que habían sido los viejos canales de las estructuras sindicales burocratizadas y de los partidos obreros tradicionales. Había una rebelión espontánea por parte de una serie de sectores radicalizados que rompían con el viejo monolitismo reformista y estalinista. Esto era válido también para aquellas organizaciones que habían tenido un número más o menos consistente de compañeros procedentes de levas anteriores y que habían pasado por la experiencia de la izquierda socialista o comunista, porque estos compañeros se vieron inmersos en la masa social de los nuevos militantes y porque, casi siempre, el 68-69 representó para ellos un momento de replanteamiento total de sus propias ideas y experiencias.

La experiencia de aquel ciclo se caracterizó por un extraordinario auge de la lucha de clases: gran unidad del proletariado, amplia movilización social de lucha anticapitalista, democracia directa y asamblearia, crisis aguda de la DC y crisis del Estado burgués.

Nacidos en el momento de máximo crecimiento y constituidas las organizaciones revolucionarias en aquel contexto, se era propenso a pensar y a actuar como si esta lucha fuese imparable y condujese ineludiblemente al dualismo de poder y a la ruptura revolucionaria. La idea de un reflujo no se tomó en consideración.

La composición social y las características de madurez de la conciencia política surgida en este período influyeron sobre el comportamiento político (entendido como estructuración de la organización, instrumentación teórica, análisis de la situación, línea política, estrategia y táctica) de las formaciones de la nueva izquierda.

La estructura organizativa se resintió también de la carencia de una presencia uniforme y homogénea sobre todo el territorio nacional; el desarrollo podría ser representado como la piel a manchas de un leopardo, con una mayor o menor presencia según la localidad o las situaciones de lucha y de intervención.

El nacimiento de una clase política militante

Miles de jóvenes, sobre todo estudiantes, constituyeron la base social y militante de los grupos de la nueva izquierda. Si tomamos como referencia, incluso con la debida cautela, las estimaciones acerca del número de militantes afiliados a las principales organizaciones de la nueva izquierda en el período de su mayor desarrollo, obtenemos inmediatamente una dimensión cuantitativa de lo que fue un fenómeno social relevante, y diría que sin precedentes, en la historia de la militancia política de nuestro país en la posguerra. Si entendemos por militancia la participación continua en la vida política de la organización se puede intentar cuantificar el fenómeno con los siguientes datos: el Partido Comunista de Italia (marxista-leninista) tenía entre 5.000 y 10.000 afiliados, igual que la Unión de Comunistas Italianos; Poder Obrero entre 1.000 y 1.500; Lucha Continua, casi 20.000; Il Manifesto entre 5.000 y 6.000; Vanguardia Obrera, entre 15.000 y 18.000; el Partido

de Unidad Proletaria, surgido en 1972 después de la disolución del PSIUP, declaraba, en 1974, que contaba con 17.500 militantes. Sumando todos estos números, obtenemos una cifra que comprende entre los 68.000 y los 83.000 militantes. A éstos, tendrían que añadírseles, al menos, algunos miles más de afiliados a otros grupos, como por ejemplo los anarquistas, o bien formaciones políticas más pequeñas que iban de unas pocas decenas a centenares de militantes, como es el caso de los trotskistas de los Grupos Comunistas Revolucionarios. A éstos habría que añadir y hacer un recuento, si fuese posible, los llamados «simpatizantes», es decir, aquellos que fuera de participar activamente en las manifestaciones y en las iniciativas de lucha no estaban afiliados a ninguna organización. Por lo tanto, una cifra hipotética de 100.000 personas involucradas en la actividad política de los grupos de la nueva izquierda nos parece razonable y sostenible.

El haber participado más o menos activamente, durante un período breve o largo, en la actividad de uno de los grupos de la nueva izquierda es una de las características recurrentes de aquella generación.

La explosión del movimiento estudiantil había activado estratos sociales precedentemente no sensibilizados por la necesidad de una participación directa en la actividad política. Otros grupos juveniles, que ya habían llevado su aprendizaje político a las tradicionales organizaciones de izquierda, después del movimiento estudiantil, las abandonaron y se dirigieron a las organizaciones nacientes de la nueva izquierda.

No se había dado nunca, en el caso de la izquierda crítica y disidente, la oportunidad de disponer de una masa tan considerable de personas dispuestas a dedicar buena parte de su tiempo libre a la intervención política.

Se trataba de «hacer política», de algo decidido por libre elección y no como una profesión. Eran pocos los funcionarios que percibían una retribución por parte de los grupos. Casi todo el trabajo de propaganda y de intervención ante los centros de enseñanza y de las fábricas, la difusión de

periódicos y la participación en las distintas iniciativas contaba, principalmente, con una base de voluntarios, empeñados en ser protagonistas en primera persona.

Se trató de una poderosa capacidad de trabajo político, puesta en práctica por varios grupos de la nueva izquierda, la cual, en algunas situaciones y contextos, superó muy pronto el número de militantes de los partidos tradicionales y de los sindicatos.

Parecidas situaciones de preponderancia numérica en los activistas empleados en el trabajo de propaganda política se advirtieron, por ejemplo, ante las verjas de la Mirafiori en Turín y en otras grandes fábricas italianas, en las escuelas medias superiores, en las cuales la hegemonía de la nueva izquierda, respecto a las organizaciones juveniles del PCI y del PSI, era casi indiscutible; y en las universidades, dentro de las cuales, una vez terminada la fase ascendente del movimiento, los grupos supieron mantener un papel propio pensado al menos para conservar y defender aquellas «zonas liberadas» del movimiento con la finalidad de favorecer momentos de agrupación de masa, de discusión, de acuerdos y desacuerdos.

A pesar de esta enorme y nueva disponibilidad de cuadros militantes en la intervención y en la acción política, los grupos de la nueva izquierda encontraron siempre dificultades para arraigar realmente, y no de una manera esporádica, en las fábricas y en una clase obrera en la que cada uno de sus integrantes aceptaba con reticencia el confluir en uno u otro grupo.

En cambio, fue distinto el arraigo que la nueva izquierda consiguió obtener entre los jóvenes estudiantes y entre los universitarios. Pero precisamente este dato, unido a la precariedad y a la movilidad de la condición estudiantil, hacía inestable la base de muchos grupos, no garantizaba la continuidad de la intervención y la acción política duradera en un sector social. A veces, el hecho de que un grupo de estudiantes llegase al término del ciclo de sus estudios y tuviese que abandonar el centro de enseñanza o la universidad podía

marcar el fin de la presencia de una organización en aquel contexto; pero, al mismo tiempo, podía representar también el inicio de una intervención política dentro de un puesto de trabajo o dentro de una institución de enseñanza.

Si la movilidad vinculada a la condición estudiantil suponía un límite, podía convertirse también en un precio a pagar. Miles de estudiantes, pasando de un ciclo de estudios a otro, de la escuela al trabajo, de la ciudad donde habían estudiado a su pueblo natal, contribuyeron a crear nuevos sectores de intervención (piénsese, entre otros, en el movimiento por la democratización de la vida en los cuarteles, los Proletarios en Uniforme) y de agitación política, y a difundir sobre todo el territorio nacional la presencia de las organizaciones de la nueva izquierda.

Surgieron de este modo, incluso en los centros más pequeños de las regiones italianas, grupos de trabajo y de investigación sobre problemas territoriales específicos. Instituciones consideradas neutras hasta entonces, como los manicomios, los hospitales o la magistratura, fueron objeto de la crítica política y surgieron tendencias y revistas con títulos significativos como *Psichiatria democratica*, *Medicina democratica*, la *BCD* de los periodistas democráticos y *Magistratura democratica*.

La difusión del uso del ciclostil permitió incluso al grupo o comité de lucha más pequeño reproducir sus propias octavillas, periódicos grapados y documentos de análisis y de reflexión política.

Una generación política entera se formaba no sólo leyendo documentos reproducidos en ciclostil, sino también escribiéndolos, interviniendo para dar su propia opinión en un proceso de democratización del debate y de discusión en el cual, al mismo tiempo, se era parte pasiva (como lector) y parte activa en cuanto autor de un texto.

Gracias al profuso compromiso militante, a las subscripciones, al trabajo voluntario que permitía abaratar los costes de producción y de distribución, cada grupo, incluso el más pequeño, consiguió dotarse de un órgano de prensa

propio, de una revista teórica, hasta que Il Manifesto no se lanzó a la empresa de dotarse de un diario homónimo, que vio la luz en 1971, y que fue imitado por Lucha Continua con *Lotta Continua* en 1972 y por Vanguardia Obrera con el *Quotidiano dei Lavoratori* en 1974.

Tipología del militante de la nueva izquierda

El militante que se formaba participando en las actividades de los grupos de la nueva izquierda no estaba en absoluto frustrado por la política. Reconstruyendo el clima de aquellos años, bajo la sombra de las derrotas sufridas después y de las consiguientes desilusiones, son muchos los que se ven llevados en la actualidad a dar un juicio negativo sobre aquella experiencia totalmente política que involucró a miles de personas, a casi una generación entera de jóvenes.

También tendría que recordarse que, para estos jóvenes, no era una actividad alienante o un compromiso pesado, vivido como si se arrancase un tiempo precioso a la vida social y afectiva. Estos militantes se sumergieron en el compromiso político aportando frescura, participación directa y cotidiana y unas ganas de vivir y de realizarse a sí mismos que maduraban a través de esta elección.

> *Decir que aquí se ha formado el militante alienado, expropiado de su subjetividad, es injusto. Las características positivas del período, el ritmo martilleante de la movilización, el activismo, a veces ciego pero eficaz a largo tiempo, la práctica nueva y calculada de la huelga, la respuesta puntual a las provocaciones acaban por imponer y sedimentar un campo de práctica política que se convierte en estructura social, en composición de clase.*[9]

La actividad política respondía a la necesidad de socialización de los individuos; en el fondo, reunirse en la sede, repartir las octavillas, difundirlas, vender el periódico delante de las puertas de las fábricas o de las escuelas, participar en las manifestaciones, en las concentraciones, en los congresos o en las escuelas de formación de cuadros, era también una manera a través de la cual los jóvenes descubrían el placer de estar juntos haciendo política.

Otras necesidades, más vinculadas a la diversión y a la vida social de grupo, y que no podían encontrar una inmediata satisfacción haciendo política, sí que quedaban satisfechas en las distintas actividades culturales, teatrales o musicales que se desarrollaban en aquella zona de la contracultura o de la cultura alternativa, tal como era llamada.

En aquella especie de «zonas liberadas» del movimiento era posible asistir por precios módicos a espectáculos teatrales de la compañía de Dario Fo, a los recuperados o redescubiertos cantos populares o cantos de lucha hechos por grupos musicales o por cantautores políticamente comprometidos; un complejo circuito alternativo de librerías y mercados alternativos garantizaba después la circulación de libros, revistas, periódicos, documentos varios, discos, ropas nuevas o usadas.

Políticamente, el militante medio de la nueva izquierda, que se construía y se formaba en aquella situación, denotaba un fuerte compromiso y activismo, ya fuera participando en la actividad interna del grupo (reuniones, congresos), o bien en la externa, interviniendo ante las escuelas y las fábricas en la difusión de material propagandístico y participando en todas las manifestaciones.

Se trataba de un militante que crecía y maduraba políticamente a partir de su propia situación, dependiendo del rol que ocupaba en la sociedad, generalizaba las contradicciones que descubría día a día y las introducía en el contexto más amplio del sistema, siendo ayudado en esta reflexión o toma de conciencia por los planteamientos que el grupo al que pertenecía le suministraba.

El peso determinante que tuvo, sobre todo en los años inmediatamente posteriores, la identificación total con el propio grupo se convirtió en una de las razones por las cua-

les fue difícil, y a la larga imposible, superar el fraccionamiento, la división, la dispersión de energía y de experiencias.

El fraccionamiento

Fueron varios los motivos objetivos y determinantes que condujeron al nacimiento de una multitud de grupos a la izquierda del PCI.

La base social de los grupos, compuesta mayoritariamente por jóvenes y estudiantes, era muy inestable como consecuencia de la posición social de sus afiliados. La condición estudiantil y juvenil, en general, no estaba bien definida en términos de roles sociales y productivos, era móvil, rotatoria, a menudo un cambio de estatus, de colocación, de rol comportaba volver a tomar posiciones políticas y organizativas.

Las culturas políticas de los grupos dirigentes, de las nuevas organizaciones de la izquierda no procedían de la nada, contenían en sí elementos de división, elementos de pertenencias teóricas y planteamientos diversos que se volvieron a plantear, después del breve paréntesis del movimiento estudiantil.

El mismo movimiento estudiantil, en su interior, había manifestado siempre una variedad de posiciones y sensibilidades sobre diversos temas, problemas y cuestiones. Cuando se produjo el reflujo del movimiento, sus afiliados escogieron caminos políticos y organizativos opuestos.

Incluso partiendo todos del dato común del rechazo a la experiencia comunista y reformista y de la necesidad de buscar nuevas perspectivas, la búsqueda finalizó produciendo «diferencia».[10] El 68 y el 69 habían provocado una agitación tan profunda en la sociedad italiana que hacía difícil, si no imposible, una lectura unívoca; el fraccionamiento y la fragmentación de los grupos fueron el resultado de una serie de eventos que contenían en su interior significados diferentes, distintos y no reconducibles inmediatamente hacia una unidad organizativa.

La idea de tener que empezar prácticamente desde cero en la construcción de organizaciones de nueva izquierda daba a la empresa, y a quienes se dedicaron a ello, un campo completamente por descubrir y por cultivar. La ionización política a la que se habían sumado miles de jóvenes ofrecía a todos los grupos la posibilidad de adquirir, en un breve período, militantes para construir o reconstruir organizaciones a las que ya no se podía parangonar con aquellas que existieron en los años cincuenta y sesenta a la izquierda del PCI.

En una especie de libre mercado, de competencia sin freno, se pensaba que la confrontación con la práctica, el hecho de tener que hacer política, acabaría por eliminar a los grupos ideológicamente más débiles, sobre la base de una selección dada por el desarrollo de la lucha de clases. La sucesión de los acontecimientos habría de establecer quién tenía que ser el heredero, en términos organizativos, de aquel vasto movimiento de luchas.

Constatar que a la izquierda de los partidos tradicionales del movimiento obrero se había liberado un área en busca de una nueva representación fue, según algunos, la base de la decisión de la construcción de los grupos, decisión que obedecía a la ley de la sociología política de Roberto Michels:

> *Téngase en cuenta la situación social y personal en la que se han encontrado miles [...] de cuadros sesentayiochescos y qué arma formidable se les apareció, la política. A las degeneraciones «grupales» han contribuido las exigencias de rol, de posición social, de «oficio» [...] de un estrato de intelectuales (y también de algún obrero o trabajador, muy feliz de pasar a una actividad más gratificante) sin ninguna intención de entrar en una función subordinada en los aparatos existentes o dejando de contar en la sociedad después de la experiencia emocionante del 68.*[11]

El fraccionamiento terminó por consolidar una identidad respecto al propio grupo de pertenencia, que cimen-

tándose en los años sucesivos, tendió a crear un sistema de valores y de relaciones sociales tan fuertes que contribuyeron a explicar por qué, junto a las divergencias de análisis político, la división no fue substancialmente nunca superada en los años setenta.

Incluso cuando se intentó hacerlo, los proyectos de unificación se realizaron dando lugar a nuevas asociaciones; flamante fue la unificación entre Vanguardia Obrera y el PdUP que dio vida a dos nuevas formaciones políticas: Democracia Proletaria y un nuevo PdUP formado por los que no aceptaron aquella unión.

El fraccionamiento, la división, el fallo de los procesos de unificación intentados en el campo de la nueva izquierda, fueron ciertamente el fruto de la permanencia de diferencias políticas e ideológicas. Pero, además, eran la consecuencia de un proceso de integración de compañeros de cada una de las organizaciones dentro de una red de relaciones sociales, sujeta por un sistema de valores que definían las distintas personalidades de base de cada una de las formaciones de la nueva izquierda.

En la génesis de sus formaciones se puede constatar la presencia de características sociológicas comunes a todos los grupos:

1) originalmente, en la fase constitutiva y siendo pocos, prevalecía un fuerte sentimiento de solidaridad, no sólo política, sino también afectiva, que derivaba de la participación en un experimento político nuevo, difícil, pero vivido con la certeza de estar haciendo algo históricamente importante;

2) las propias vivencias personales y políticas se identificaban con la historia del grupo;

3) dentro del grupo se instauraron relaciones sociales que elaboraban un sistema de valores que caracterizaban a una personalidad de base, la cual daba fuerza a la asociación, formando una concepción del mundo que el militante utilizaba para relacionarse con los activistas de otros grupos;

4) la extensión de los grupos sobre el territorio tenía lugar, a menudo, a través de una red de contactos personales que favorecía la integración de nuevas incorporaciones y cimentaba una estructura basada, además de en la asociación política, también en una estrecha red de relaciones sociales: contactos personales de los dirigentes, relación directa con ellos y relaciones de amistad además de políticas. Se constituía de este modo un conjunto de relaciones fundadas no sólo sobre un común sentir político, sino también sobre sentimientos y emociones que no favorecían en absoluto un sereno debate político ya fuese internamente o con los otros grupos;

5) unificarse significaba, por lo tanto, poner al descubierto una revisión crítica de la propia línea política; además, quería decir también desarticular y volver a mezclar las relaciones sociales consolidadas, reconstruir otras nuevas o definir un nuevo sistema de valores.

Estos mismos mecanismos que inicialmente favorecieron la integración y la solidaridad de los miembros en el interior de cada grupo, se convirtieron a su vez en un límite, un impedimento para posteriores intentos de unificación.

Anarquistas y trotskistas

Las luchas del movimiento estudiantil y la reanudación de la lucha obrera durante el bienio 1968-1969 provocaron en algunas de las organizaciones de minoría histórica ya existentes un proceso de crisis y de renovación. Los anarquistas y los trotskistas de los Grupos Comunistas Revolucionarios (GCR) habían sobrevivido, de algún modo, a los difíciles años cincuenta y, en el transcurso del decenio siguiente, supieron interaccionar con la nueva generación de militantes que iba creciendo en el ámbito de la izquierda italiana, favoreciendo un satisfactorio proceso de osmosis entre la vieja generación antifascista y partisana y la nueva, formada a caballo de los años cincuenta y sesenta.

Ambas organizaciones, más allá de sus diferencias de análisis político y estratégico, se presentaron a inicios del

68 con un balance positivo en términos de crecimiento político y numérico, y de radicalización social respecto a los años precedentes. Ambas saludaron con entusiasmo las nuevas luchas estudiantiles en Italia y en Europa, vieron en la insurrección parisina de mayo del 1968 una nueva fase de la «revolución en Europa», impregnada por un «ímpetu anárquico» representado por las banderas negras en la revuelta de París, que se oponían al empuje reaccionario de los gaullistas haciendo revivir «en los jóvenes la Comuna de París».[12] Ambas tenían un bagaje político y cultural que condicionaba de manera crítica su propio juicio sobre la revolución cultural china y que, dado el clima de entusiasmo pro-chino de la época, hacía difícil la relación y confrontación con un movimiento que, por el contrario, acentuaba aquella experiencia.[13] Ambas entraron en crisis, aunque por razones diversas, cuando trataron de establecer contacto con dicho movimiento.

Los anarquistas en las páginas del semanario de la FAI *Umanità Nova* y del quincenal de los Grupos de Iniciativa Anarquista (GIA) *L'Internazionale* contemplaron desde el principio con interés y participación el emerger del movimiento estudiantil para señalar los aspectos que caracterizaban la revuelta de los estudiantes: «el carácter revolucionario de vanguardia y de guerrilla anarquista de liberación»; evidentemente no todos los estudiantes eran anarquistas, pero eran «sin duda alguna libertarios».[14] Estos aspectos libertarios se manifestaron en la rebelión en contra de la jerarquía universitaria, el antiautoritarismo, en el rechazo de la jerarquía y, por lo tanto, en la formulación de un nuevo concepto de humanidad y de sociedad, en el rechazo sistemático del poder bajo cualquier forma que se presentase, desde la forma capitalista de la sociedad occidental y la socialista de los países del Este, hasta las estructuras partidistas y sindicales obreristas y clasistas.

En las luchas dentro de las universidades se observaba una oleada libertaria que prefiguraba una especie de «comuna universitaria»:

> *...una sociedad libertaria que se organiza en la base, suprimiendo cualquier vértice, que se autogobierna sin la burocracia y cuyas leyes surgen de su propio seno, libremente discutidas o confrontadas en asamblea.*[15]

Sin embargo, ya entonces se estaba en guardia:

> *...estos jóvenes de fácil entusiasmo con el que algunos de ellos vuelven y se entregan a los viejos esquemas interpretativos leninistas, [*nos tememos*] a la construcción [...] de nuevas jerarquías talmúdicamente fundadas en los textos de Marx o de Lenin o de Stalin o de Mao.*[16]

Se temía que los jóvenes estudiantes, así de «genuinos y desinteresados» se convirtiesen en un presa fácil de los «aparatos de partido»:

> *...unidos al destino de aquellos grandes pósters del Che Guevara que miraban fijamente durante los guateques de la buena burguesía intelectual.*[17]

En contra de esta representación idílica de un movimiento estudiantil bueno, espontáneo e incontaminado, una revuelta pura que se arriesgaba a ser presa fácil del aparato burocrático de partido o a favorecer el nacimiento de una nueva clase política dirigente alrededor de nuevas ideologías autoritarias, como el maoísmo, el castrismo, el marxismo, el leninismo y el guevarismo, no faltaban las voces de quienes invitaban a pasar cuentas con la realidad del movimiento. Pero la realidad se manifestaba en el hecho de que la mayor parte del movimiento se movía ideológica y políticamente en el ámbito de una vuelta de la cultura marxista, eso sí herética y en ruptura con el cuadro paradigmático proveniente de la URSS y del PCI. De esta manera, Domenico Demma en una larga contribución proponía que el movimiento anarquista se deshiciese de cual-

quier sectarismo y comenzase a pasar cuentas con los grupos y las ideologías de la nueva izquierda italiana, sosteniendo que «no todos los grupos chinos o castristas» estaban «exentos del espíritu libertario»; por el contrario, tenía que quedar claro para todos:

> *...que la revolución cultural china o la cubana [...] representan fuerzas revolucionarias, libertarias, porque han liberado hacia un nivel de vida más digno masas que habían quedado fuera de la historia, aunque haya sido conducida la lucha hacia el partido autoritario dirigente, el del Estado socialista de la dictadura del proletariado.*[18]

El Mayo francés parecía barrer aquellos elementos de ambigüedad acerca del carácter antiautoritario y anárquico del movimiento presente en Italia. Allí los anarquistas jugaban un rol preciso e importante en el momento, a través de Daniel Cohn-Bendit y el Movimiento 22 de marzo, con el que se establecieron los contactos que permitieron a los anarquistas italianos de la FAGI estar presentes en las jornadas de mayo y a los anarquistas franceses organizar encuentros con los italianos en varias ciudades.[19] A diferencia del Mayo francés, el 68 italiano fue influenciado por el anarquismo «de manera limitada»,[20] aunque algunas temáticas significativas del movimiento, como la crítica de la organización sexista de la sociedad, de la pedagogía, de las instituciones, de la burocratización del movimiento obrero y de los regímenes socialistas, sí habían germinado en aquel ambiente.

En este contexto se situaba la obra de renovación del anarquismo que deseaban emprender los anarquistas federados en el GAF (Grupos Anarquistas Federados), constituidos al final de los años sesenta con el fin de:

> *...injertar sobre el «viejo» tronco del anarquismo, limpio de ramas secas, los brotes más fecundos del pensamiento económico y sociológico moderno; analizar con los nuevos y perfeccionados instrumentos cognoscitivos la realidad, para utilizar de la manera más beneficiosa el método de «siempre», para los fines de «siempre».*[21]

Este nuevo proyecto anarquista se manifiesta a partir del 1971 en la revista *A. Rivista Anarchica* que iniciaba su publicación en el mes de febrero.

La explosión parisina favoreció una lectura del 68 como acontecimiento histórico caracterizado por cuatro elementos de fondo: era un fenómeno mundial, duradero, revolucionario, compuesto por jóvenes en su mayoría estudiantes. Esto lo afirmaba Jean Maitron en su artículo para el congreso turinés de diciembre del 1969, y proseguía sosteniendo que, a pesar de que, las formaciones anarquistas habían:

> *...ejercido una influencia reducida en el movimiento [...] y que los viejos anarquistas [*habían*] sido ignorados y que no se [*había*] hecho ninguna referencia explícita a sus teorías, resultaba cierto que el espíritu libertario, sin embargo, [*se había*] retomado.*[22]

El encuentro entre esta nueva generación de revolucionarios que, a su manera, retomaban el anarquismo y la precedente, formada por «viejos y experimentados militantes»[23] de formación malatestiana, provenientes de las luchas obreras, del antifascismo y de la resistencia, se produjo durante los trabajos del Congreso Internacional Anarquista que se celebró en Carrara del 31 de agosto al 2 de septiembre. En el congreso, que se reunía diez años después del de Londres de 1958, participó una delegación numerosa de franceses del grupo Noir et Rouge y del grupo 22 de marzo, entre los cuales se encontraba el líder parisino Daniel Cohn-Bendit. Saludado pocas semanas antes como el «chico rojo» que había asustado a De Gaulle, en el comentario aparecido en *Umanità Nova* sobre los trabajos congresuales era ade-

más definido como un «caudillo» cuya figura había sido desmitificada.[24] Sucedió que el esperado encuentro se transformó en un enfrentamiento generacional e ideológico que culminó con el gesto teatral de Cohn-Bendit recogido y explicado por un anarquista presente en los trabajos:

> *Dany ríe, gesticula, hace muecas desdeñosas, después baja a la platea y quiere hablar por el micrófono. Despotrica contra el congreso tachando a los anarquistas de burócratas, adormecidos y superados. [...] En este punto [...] Cohn-Bendit da una orden seca a sus compañeros de grupo: «Vayámonos, ¡se acabó!», y abandona la sala.*[25]

Con él abandonaron el congreso los anarquistas suizos, ingleses y franceses, dando vida a un contracongreso en un camping de Marina de Carrara. Fue el propio Cohn-Bendit quien explicó las razones de su decisión:

> *Yo me he enfrentado al congreso por jerárquico y burocrático. A mí y a mis otros amigos no nos importan las etiquetas de anarquistas o marxistas. Nuestra meta no es la lucha por el anarquismo como idea, sino desarrollar un movimiento revolucionario dándole un carácter lo más libertario posible. Y es por esto que nosotros preferimos la unidad con los revolucionarios que, sin tener etiqueta anarquista, lo son mucho más que los congresistas burócratas.*[26]

Palabras y acusaciones de peso que habían suscitado indignación entre los «viejos y experimentados militantes»:

> *A la tradición anarquista, hecha de coherencia y de humanidad —escribía Mario Mantovani— despectivamente llamada «burocrática» [...] puede parecerle grotesco que se quiera contestar a los contestarios por excelencia que han sido y serán siempre los anarquistas, situando a éstos en el mismo lugar que a los burócratas.*[27]
>
> *Cohn-Bendit y otros jóvenes —declaraba Alfonso Failla— nos proponen la revolución permanente en una unidad de acción con los marxistas de las diferentes escuelas, desde los trotskistas a los maoístas; pero estamos cansados de ser el abono de la historia, es decir, aquellos que hacen todas las revoluciones para después acabar colocados en el paredón por los gobiernos llamados revolucionarios.*[28]

Según ellos, no se renueva el anarquismo rellenándolo o mezclándolo con fórmulas guerrilleras, con infusiones de maoísmo, de trotskismo, de marxismo aunque sea herético. Los anarquistas no podían aceptar, sin un espíritu crítico, las consignas y eslóganes del tipo «poder obrero» o «poder estudiantil», puesto que estaban en contra de la idea misma del poder.

Después del congreso, la FAI y su semanario adoptaron una actitud cada vez más crítica respecto al movimiento estudiantil, señalándoles repetidas veces los peligros de regresión burocrática y alertando a los estudiantes de los nuevos caudillos, los líderes que esperaban de la base estudiantil, no la confrontación y el debate, sino la «dócil sumisión a las consignas formuladas en las células del partido». Si 1968 había sido el año de la revolución, 1969 se estaba convirtiendo en el año de la «carrera prodigiosa del revolucionario del 68», mientras las instancias antiautoritarias y revolucionarias de la juventud estaban a punto de ser monopolizadas por un nuevo y amenazador mito, el que sustituía el «paraíso bolchevique por el maoísta».[29]

El quincenal *L'Internazionale*, por el contrario, había expresado anteriormente sus reservas críticas. En un documento, publicado en junio de 1968, se reconocía el carácter libertario de algunas reivindicaciones del movimiento estudiantil: el antiautoritarismo, la autogestión, la reivindicación del poder de la asamblea general; sin embargo, los

estudiantes anarquistas habían participado en la lucha del movimiento estudiantil con «una fuerte dosis de desconfianza», teniendo razones bien precisas:

> *...los estudiantes son los privilegiados o los futuros privilegiados [...]. La mayoría de ellos participan en las agitaciones sólo porque están interesados en las reivindicaciones de tipo corporativo-sindical.*[30]

Paralelamente a esta puesta en guardia, en las páginas de los respectivos periódicos se desarrolló un interesante debate que condujo a que los anarquistas, hasta cierto punto, asumieran una actitud de confrontación respecto no sólo del movimiento estudiantil, sino también de los Comités Unitarios de Base y las diferentes asambleas autónomas que florecían en las principales fábricas italianas.

Una parte del movimiento anarquista participaba activamente en estas experiencias, señalando sobre todo la nueva potencialidad respecto a las tradicionales estructuras sindicales y partidistas de la izquierda italiana. Así, a modo de ejemplo, un grupo de jóvenes anarquistas de Savona había decidido adherirse y tomar parte activa en las nuevas formas de lucha obrera que se manifestaban durante aquellos meses con la construcción de comités autónomos de base en las fábricas. Su decisión fue criticada en las páginas de *Umanità Nova* porque «habían abandonado la propaganda explícita de las ideas libertarias», dándose por satisfechos con participar en un organismo autogestionado cuya acción, de todas maneras, no salía de las puras reivindicaciones económicas; más en general, en las vísperas del caliente otoño, se sostenía que era necesario participar en las luchas obreras con la condición de que no se limitasen únicamente a la reivindicación de «negociaciones para la renovación de contratos».[31]

El debate crítico entre los anarquistas en las páginas del semanario abordaba también el problema de los movimientos espontáneos y su carácter revolucionario. «La

espontaneidad no es necesariamente libertaria», afirmaba Gino Cerrito polemizando con todo lo que se había expuesto en el curso de un encuentro promovido por la Federación Anarquista de Pisa, el 2 de marzo de 1969; los movimientos no son «buenos, por sí», proseguía, la historia demuestra la posibilidad de la existencia de movimientos autoritarios, por eso era necesaria una cierta cautela al analizar el movimiento estudiantil, no era necesario abandonarse a entusiasmos fáciles puesto que éstos están compuestos por jóvenes hijos de la burguesía, «susceptibles a las enseñanzas autoritarias dispuestas bajo falsas apariencias de contestación libertaria».[32] Pasada la euforia de la fase ascendente de la lucha estudiantil, desahogada «la exuberancia en unos cuantos enfrentamientos y peleas con la policía», el movimiento refluía dejando en herencia, según los anarquistas de *L'Internazionale*:

> *...minorías más o menos compuestas por extremistas... conscientes de sus propios intereses de clase privilegiada (intereses de futuros tecnócratas y burócratas [...]) y cuando éstos hablan de coincidencia de los intereses de los estudiantes con los de los obreros, son mistificadores, como eran mistificadores los burgueses que [...] pedían el apoyo de los explotados para abatir el poder de la nobleza feudal (y sustituirlo por el suyo propio).*[33]

Se asistía durante estos meses a la proliferación de grupos anarquistas en las diferentes ciudades italianas; grupos, a menudo, desligados y totalmente independientes de la FAI, la cual en las páginas del semanario lamentaba que, desde el punto de vista organizativo, no se había dado ningún paso hacia delante; los grupos proliferaban, pero lo hacían creando una situación de «gran dispersión de energías y mucha confusión».[34]

En conjunto, sin embargo, la proliferación de grupos anarquistas que aconteció durante aquel bienio se resentía profundamente del nuevo contexto, evidenciándose el

contraste con las viejas estructuras organizativas del movimiento y sus problemas internos. Los jóvenes que en ese momento se convertían en anarquistas identificaban la anarquía con el movimiento, con la espontaneidad de la acción, con el antiautoritarismo, con las consignas que reivindicaban todo el poder para la asamblea, que rechazaban el principio del poder, con la igualdad salarial (aumentos iguales para todos) en la fábrica y voto único y colectivo, de grupo, en las escuelas.

Nuevos grupos surgían en localidades donde la presencia anarquista parecía haberse perdido, a menudo eran estudiantes universitarios de fuera de la ciudad que transmitían ideas y propuestas organizativas en las localidades periféricas, estableciendo la construcción de una estructura reticular de experiencias políticas y de grupos locales en contacto entre ellos. Los grupos anarquistas italianos preexistentes no tenían cuadros intermedios suficientes para recoger y encauzar estas energías juveniles, cuyo acercamiento al anarquismo se producía con la práctica de la lucha cotidiana y, a menudo, se basaba en una rebeldía difusa, emocional, a la espera de sustanciarse en toma de conciencia política. Las sedes anarquistas, los círculos, fueron ocupados por jóvenes provenientes de las experiencias de la lucha estudiantil y obrera sin que consiguieran interrelacionarse con los «viejos» militantes anarquistas. Usaban las estructuras, los círculos, para organizar sus reuniones y la lucha, pero estaban separados:

> *…a causa de una diferente proveniencia social, de edad y de las condiciones de vida de los otros asistentes, en su mayoría obreros, artesanos, viejos militantes.*[35]

La misma FAI acogía la exigencia de la renovación proponiendo una nueva estructura organizativa basada en las federaciones territoriales. La apertura a las fuerzas juveniles dio sus frutos, tanto es así, que en el Congreso de Carrara, en abril del 1970, el 80% de los delegados estaba formado por jóvenes;[36] también la redacción de la *Umanità Nova* sufría una drástica renovación y rejuvenecimiento que permitía aumentar las ventas y el tiraje entre 13.000 y 15.000 mil ejemplares. La organización crecía en términos de adhesiones y de federaciones; en 1972, la FAI contaba con federaciones o grupos anarquistas adheridos en Calabria, Campania, Emilia Romagna, Lazio, Liguria, Lombardía, Marche, Molise, Puglia, Sicilia, Toscana, Umbría, Veneto. Fuera de la FAI se desarrollaban federaciones regionales de una cierta consistencia en Puglia, Liguria, Marche, Roma, Bérgamo, Nápoles y Toscana.

Los Grupos Comunistas Revolucionarios (GCR), la sección italiana de la IV Internacional, se habían constituido como organización política en 1949 recurriendo a algunos viejos trotskistas italianos y jóvenes provenientes de la Federación Juvenil Socialista Italiana, del Partito d'Azione, disuelto en 1947, y del PCI. En 1950 habían empezado a publicar su propio órgano de prensa, *Bandiera Rossa*. Después del III Congreso Mundial de la IV Internacional de 1951, los organismos dirigentes decidieron aplicar la táctica *entrista* que consistía en entrar en los partidos de masas, comunistas o socialistas, de los países en que las organizaciones, unidas a la IV Internacional, eran pequeñas y estaban aisladas del movimiento obrero. Para los militantes italianos esto significó introducirse en el PCI para no separarse del movimiento real de las masas, como se leía en los documentos de la época, y para contactar con los elementos críticos con el propósito de constituir una tendencia marxista revolucionaria. Otros militantes, por el contrario, se quedaron fuera del PCI para desempeñar el, así llamado, trabajo independiente, es decir, garantizar la vida del periódico y de la propaganda de las ideas de la IV Internacional.

Solamente a partir de la crisis del movimiento comunista, que se abrió con el XX Congreso del PCUS y el famoso informe secreto sobre los crímenes de Stalin leído por Kruschev en 1956, los trotskistas comenzaron a encontrar un espacio de acción y de crítica dentro del partido y a iden-

tificar interlocutores políticos con los cuales dialogar, discutir y reclutar para la IV Internacional. Convencidos de que existía un corte limpio entre la obra de Stalin y la de Lenin, consideraban a la URSS y al resto de países socialistas Estados obreros degenerados, reivindicaban la revolución política para volver a dar el poder a los *soviets*, consideraban la dictadura del proletariado más que compatible con un sistema democrático y socialista, luchaban para que dentro de los partidos del movimiento obrero, en particular en aquellos comunistas, fuera posible un debate libre y la confrontación de ideas. Juzgaban que la política del PCI y de Togliatti ya no era revolucionaria y que era incapaz de suscitar movimientos de lucha que pudieran permitir la superación de la forma social burguesa y capitalista en nuestro país.

Querían construir un nuevo partido revolucionario y, con este fin, pensaban que era necesario actuar para favorecer una ruptura dentro del PCI que hiciese salir de él cuadros y militantes del futuro partido revolucionario. Eran decididamente internacionalistas, pensaban que era necesario ponerse a construir ya las organizaciones nacionales e internacionales; observaban, por lo tanto, con mucho interés todas las agitaciones y las revueltas de los países oprimidos que se sucedían en el mundo. Estuvieron decididamente al lado de la revolución argelina, saludaron con entusiasmo las revoluciones de los países de las colonias y en particular la cubana de 1959.

A partir de los años sesenta, la organización adquirió una dimensión numérica que no tenía precedentes en los años anteriores. El trabajo *entrista* comenzaba a dar sus frutos, no sólo respecto a la difusión de sus ideas dentro del PCI, sino también en términos de reclutamiento. En aquellos años entraron en el GCR cuadros y militantes nuevos, algunos de los cuales estaban destinados a desempeñar un rol en los acontecimientos de los grupos de la nueva izquierda.[37]

En la segunda mitad de los años sesenta, la organización trotskista podía presumir de una discreta base en la Federación Juvenil Comunista dentro del PCI, en el sindicato y en alguna de las más importantes ciudades de Italia. En 1962, dos de sus militantes, Giulio Savelli y Giuseppe Paolo Samonà, habían fundado una editorial, la Samonà y Savelli precisamente, que conquistó enseguida un lugar propio en aquella área crítica de la izquierda del PCI que iba madurando y creciendo en aquellos años. En 1966, inició la publicación de la revista *La Sinistra* influenciada ampliamente por las temáticas trotskistas, y en Milán el grupo de jóvenes comunistas que tenían como referencia a los GCR habían dado vida al periódico *Falcemartello*.

En la víspera de la explosión del movimiento estudiantil, los GCR podían contar con unos doscientos militantes, en su mayoría políticamente comprometidos y radicales; éstos hicieron de la sección italiana de la IV Internacional la más fuerte de Europa.[38]

Lo repentino del desarrollo del movimiento estudiantil cogió por sorpresa a los GCR. «El 68 nos cogió mirando totalmente hacia otra parte», dirá años más tarde un protagonista.[39] El juicio, quizás demasiado arriesgado y liquidador, recogía bien la contradicción en la cual se encontraron los trotskistas y a la que intentaron poner remedio. Después de haber observado, durante años, qué era lo que se movía dentro del PCI, después de haber teorizado que el *entrismo* era la única táctica posible para un pequeño grupo de cuadros revolucionarios, en tanto que fuera del PCI no existían movimientos de masa anticapitalistas y antisistema, el desarrollo repentino del movimiento estudiantil con su dimensión de masa descomponía aquella previsión, aquella estructura analítica, aquella práctica militante. Una nueva generación de militantes, una vanguardia política revolucionaria y con un notable radicalismo social y dimensión numérica se estaba formando fuera del PCI y de las organizaciones controladas por ellos.

Los GCR dieron la bienvenida al nacimiento estudiantil, acogieron con el mismo entusiasmo en su periódico el nacimiento de los primeros Comités de Base y las luchas obre-

ras que se desarrollaban, de manera autónoma, por los sindicatos, pero comenzaron también a darse cuenta de que su organización no estaba en condiciones de remodelarse velozmente ante esta nueva situación:

> *¡Ay de nosotros si los obreros nos dijesen que habían encontrado compañeros que sabían todo sobre la revolución permanente y nada sobre el trabajo a destajo!*
>
> *Necesitamos formar cuadros nuevos (quien ha sido un cuadro en el PCI o en la FGCI puede no ser, de inmediato, un buen cuadro para nosotros).*[40]

Se trataba, por lo tanto, de dar un giro táctico con el propósito de conseguir que los GCR no quedasen aislados del movimiento que se estaba formando en la universidad y en algunas fábricas del norte, en particular en Milán, donde la organización tenía ya una base de trabajo obrero en algunas fábricas. Si algunos apostaban por un decidido giro hacia el movimiento estudiantil, otros eran más cautelosos y no estaban nada dispuestos a elogiar las virtudes del movimiento, por el contrario, veían en algunas de sus manifestaciones un:

> *…cierto apoliticismo pequeñoburgués […] que se manifiesta en el tercermundismo, [*se trata de*] componentes pura y simplemente antimarxistas. [*Por lo tanto*] nuestra firme oposición a estas improvisaciones típicas de la pequeña burguesía y de su inevitable sed de absolutos, se ha de buscar el motivo […] de por qué nuestro movimiento sufre, a menudo, una vasta y agria enemistad.*[41]

Algunos militantes, por el contrario, comenzaban a pensar que si ciertas posiciones de los GCR representaban un obstáculo para la entrada en el movimiento, éstas debían ser simplemente sacrificadas. Ya en el inicio de 1968 los GCR tenían serias dificultades en algunos sectores de actividad, las estructuras y la base organizativa comenzaban a

mostrarse débiles respecto al poder de atracción que el movimiento ejercía sobre los militantes menos formados política y teóricamente.

En la víspera de la explosión del Mayo francés, los GCR preparaban su propio Congreso nacional redactando un documento en el cual se proponía un giro táctico y decisivo respecto al *entrismo*. En el Congreso se votó la resolución presentada por Massimo Gorla, denominada resolución Rivera por su seudónimo, en la cual se afirmaba:

> *El entrismo no puede, de ninguna manera, corresponder a nuestras necesidades de intervención política actual y, por lo tanto, tiene que ser considerado una experiencia conclusa.*[42]

Si había resultado bastante fácil zanjar el entrismo, no pasó lo mismo a la hora de marcar con precisión una estrategia y una táctica sustitutiva de aquella base; no es de extrañar que el debate precongresal fuese largo y tormentoso y que se manifestaran voces y puntos de vista, a menudo, divergentes. El Congreso, aparentemente, había terminado de manera unitaria, pero no todos los nudos se habían soltado, como el propio Livio Maitan presagiaba en su réplica de conclusión:

> *Es verdad que nadie ha hablado en términos explícitos de una perspectiva de disolución, pero quizás ésta era la lógica de ciertas consideraciones.*[43]

La fuerza detonante de los sucesos franceses, la crisis precipitada en Checoslovaquia, el peso de la revolución cultural china y del maoísmo contribuyeron a acelerar los tiempos de clarificación interna en los GCR. Fue una clarificación decisiva e irremediable, buena parte de sus cuadros dieron por finalizada aquella experiencia, y consideraron oportuno disolverse en el movimiento y construir nuevas organizaciones revolucionarias abandonando cualquier

referencia a la IV Internacional. En octubre de aquel mismo año, la mayor parte del Comité Central elegido por el Congreso optaba por la disolución de los GCR. Una minoría, contraria, decidía mantener con vida la organización.

De los pedazos de los GCR nacían los grupos de Vanguardia Obrera y de Unidad Obrera, el Círculo Rosa Luxemburg de Venecia, los Comités Comunistas Revolucionarios, los Nucleos Comunistas Revolucionarios de Roma y otras formaciones menores. El mal de la escisión fue notable, los GCR se redujeron «a alguna decena de militantes, algunos, por otro lado, consumidos por el largo compromiso y por la desilusión provocada por la crisis».[44] El precio pagado fue altísimo, el grave golpe imposibilitó a los GCR ejercitar «una función como fuerza nacional en el 68-69, con todas las consecuencias fácilmente imaginables».[45]

Debilitados, sólo pudieron, en una mínima parte, beneficiarse de la afluencia de fuerzas jóvenes y de militantes provenientes del movimiento estudiantil y de las luchas obreras que, sin embargo, llevó a los GCR cuadros de valor y gran capacitación. Cierto es que el poder de atracción fue siempre inferior respecto a aquellos grupos mayores de la nueva izquierda; sin embargo, también en este caso, y aunque a pequeña escala, la organización vivió el fenómeno del nomadismo político que condujo en los primeros años setenta a que muchísimos jóvenes, apenas politizados, pasasen de un grupo a otro, sin pararse en ninguno de ellos.

Quienes se paraban a trabajar políticamente en los GCR —tendiendo también ellos a constituirse como una organización independiente sobre la base de criterios de militancia leninistas— eran los cuadros más sensibles a la temática internacionalista, entendida también, y sobre todo, como construcción de la Internacional, que no se contentaban con las simplificaciones, a veces toscas, con las que muchas formaciones liquidaban cuestiones importantes tales como la naturaleza social de la URSS, de los partidos comunistas y socialdemócratas, que no aceptaban las simplificaciones típicas de una cierta fraseología revolucionaria de los grupos de la nueva izquierda. Una nueva generación de militantes trotskistas se fue formando de esta manera. No siempre los cuadros sobrevivientes al largo invierno estalinista y al *entrismo* supieron conectar con estos nuevos militantes. Algunos de ellos, después del 68, se encontraron «en un ambiente completamente nuevo»,[46] difícil de entender y de aceptar. En los primeros años sesenta la organización se recuperaba de las pérdidas sufridas con la diáspora del 68 reagrupando cerca de 400-500 afiliados.

El fenómeno marxista-leninista

En 1969 los diferentes partidos políticos de la llamada área marxista-leninista imprimían en conjunto cerca de 80.000 ejemplares de periódicos, órganos de sus respectivas organizaciones. *Nuova Unità*, semanario del Partido Comunista de Italia (marxista-leninista) tenía un tiraje de 23.000 ejemplares; después de la escisión del partido, en 1968, tras la «línea negra» y la «línea roja», el periódico *Il Partito*, órgano de ésta última declaraba un tiraje de 20.000 ejemplares. *Rivoluzione Proletaria*, órgano mensual del Partido Revolucionario marxista-leninista de Italia, aparecido en agosto de 1968, tenía un tiraje de 10.000 ejemplares. *Servire il Popolo*, primero mensual, más tarde quincenal y desde 1969 semanal, de la Unión de los Comunistas Italianos imprimía 25.000 ejemplares; *Stella Rossa*, «semanario marxista-leninista» desde noviembre del 1968, 2.000 ejemplares; *Il compagno*, periódico del Partido Comunista marxista-leninista-maoísta, 400 ejemplares.[47]

Se trata de datos representativos de un fenómeno social y político que tenía una relativa consistencia de masas y, sobre todo, demostraba la existencia de un notable número de compañeros y compañeras entregados, en buena parte de su vida, a la militancia en estas organizaciones y en la difusión de sus respectivos periódicos.

Cierto que los datos reportados se refieren al tiraje, ya que no tenemos datos relativos a las copias realmente vendidas; son, de todas maneras, datos significativos que demuestran tanto la existencia de un considerable número de personas dispuestas a venderlos de modo militante como de una cierta receptividad del «mercado» hacia estos productos.

El aumento repentino del tiraje y del número de periódicos de área marxista-leninista, que se verificó en el bienio 67-68, señalaba un salto de cantidad respecto a los años precedentes.

Era uno de los indicadores de que las nuevas fuerzas militantes, provenientes en particular del movimiento estudiantil y, más en general, de la radicalización juvenil, habían llegado a las organizaciones ya existentes o habían determinado el nacimiento de nuevas.

La afluencia de estas nuevas levas de militantes, provenientes de la experiencia del movimiento, espontaneístas, alteraron la vida interna de las organizaciones marxista-leninistas, determinaron procesos de división, de fragmentación y de reunificación, formando todo un calidoscopio de siglas, periódicos, partidos, grupos, centros de documentación, círculos, a través de los cuales pasaron muchos jóvenes a la búsqueda, no siempre fácil y posible, de una conciliación entre exigencias organizativas y espontaneidad, entre redefinición sobre la cuestión de la organización y los reclamos rituales al internacionalismo tercermundista de la peor especie, el del estalinismo.

Se trató, en un primer momento, de instrumentos organizativos y propagandísticos que fraguaron en algunos estratos de la sociedad, en levas de jóvenes, de reciente afincamiento urbano, en quienes la toma de conciencia tendía a configurarse bajo formas de rebelión total, de contestación global al sistema, manifestándose de manera sencilla e inmediata, espontánea, en sectores no necesariamente politizados y, por lo tanto, determinados a dotarse de una representación política y organizativa.

El modelo marxista-leninista, unido a la fascinación que ejercía la revolución cultural china y el maoísmo, apareció como una posible solución, una manera de conciliar la espontaneidad subversiva con la organización:

> *...después de las primeras experiencias ensalzadas de ocupaciones, protestas, enfrentamientos con la policía, muchos estudiantes advierten la necesidad de una organización más estable, de una asamblea general o de una comisión de estudio.*[48]

La imagen que estas organizaciones consiguieron dar durante un tiempo, en una fase política de búsqueda del compromiso militante, fue, por un momento, atrayente. Frente a lo que parecía el gesto desordenado del movimiento estudiantil, ellos proponían organizaciones disciplinadas; un análisis político, teórico y cultural rico en aportaciones diferentes que, aunque también caótico, proponía sistemas teóricos que parecían completos y definitivos.

Para muchos jóvenes que se acercaban a la política en aquellos años, éstas fueron organizaciones de tránsito; pasaron muchos, pocos se quedaron, fueron ocasiones de una primitiva enseñanza política para poder moverse después en otras direcciones, hacia otros territorios, una especie de nomadismo político de un grupo a otro que caracterizó la primera etapa de la constitución magmática de los grupos después del movimiento estudiantil y todavía en los primeros años setenta.

Dos fueron las organizaciones emblemáticas que recogieron, de alguna manera, los frutos maduros del movimiento de los estudiantes: el Partido Comunista de Italia (marxista-leninista) (PCd'I m-l) y la Unión de los Comunistas Italianos (UCI).

El PCd'I (m-l) nació en Livorno en octubre de 1966 y ahondaba sus raíces teóricas y políticas en la diáspora marxista-leninista que había empezado a manifestarse dentro y fuera del PCI a partir del conflicto China-URSS y de la

denuncia de los crímenes de Stalin, nunca digerida, conducida por Kruschev en el XX Congreso y retomada con una mayor decisión en el XXII Congreso de 1961.

Al constituirse el partido, éste estaba «formado por unos pocos centenares de militantes»;[49] entre 1966 y 1968 conoció una incesante expansión, se adherieron varios miles de militantes —20.000 según una valoración seguramente exagerada; entre 5.000 y 10.000 según Walter Tobagi[50]—, comprendiendo una parte «relevante de cuadros del nuevo movimiento estudiantil».[51] Las sedes en Italia eran un centenar y el partido era más fuerte en el Véneto, Puglia, Toscana, Calabria, Campania y Cerdeña.

Entraron en el partido muchos «elementos inestables» que no siempre estaban dispuestos a soportar el ritual tardoestalinista; tenían muchísimos defectos, pero una gran virtud: eran el producto de una lucha social y política de masas, de un movimiento real y no, como había sucedido con los «padres fundadores», una diáspora ideológica consumada dentro del PCI por parte de los cuadros intermedios del aparato.

La fricción entre estos dos ideales típicos de las figuras de militantes, divididos también, generacionalmente, estaba predestinada, muy pronto, a manifestarse justo en el momento en que el partido conocía un indudable éxito en el plano de las adhesiones, de los consensos y de la presencia sobre el territorio nacional.

El ejemplo de esta «esquizofrenia» política se manifestaba en la revista, dirigida por Walter Peruzzi, *Lavoro politico*, que confluía en aquellos años en el PCd'I (m-l). En las páginas de la revista se publicaban simultáneamente artículos que exaltaban el rol de la organización, del partido, del marxismo-leninismo, de la guardia roja y de la revolución cultural, y los documentos producidos por el movimiento estudiantil dentro de las facultades ocupadas.

La espontaneidad, la crítica de las estructuras burocratizadas y del formalismo de la organización política coexistían con la exaltación fetichista del partido, guía indispensable de la revolución, de la militancia política entendida como sometimiento jerárquico de las instancias inferiores a las superiores. Por otra parte, era el propio maoísmo el que contenía elementos de ambigüedad y de duplicidad y se presentaba, a la vez, como un elemento de ruptura con la tradición marxista-leninista y como uno de continuidad con la misma, lo que se reflejaba inmediatamente en el uso de una determinada fraseología y en la consiguiente representación retratista secuencial: Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao.

Se introducían de esta manera dentro del partido los elementos que dieron vida al terremoto de 1968, cuando la organización se partía en dos, la «línea roja» y la «negra».

La división, más allá de las motivaciones políticas oficiales, era también el resultado de un enfrentamiento entre dos culturas políticas, nacidas en ámbitos y experiencias diferentes. Más allá del aspecto, a veces ridículo, del enfrentamiento entre las dos líneas, se reflejaba un contraste respecto a la concepción del partido, por lo que se refiere a la relación entre espontaneidad, organización, masas y vanguardia, haciendo una relectura a la luz de las sugerencias de la revolución cultural china.

Un enfrentamiento de cuyos orígenes y protagonistas no tenían una conciencia plena, que no reconocían como tales, ya que los nuevos protagonistas continuaron moviéndose en el ámbito de las viejas referencias políticas e ideológicas: el partido, la relación con la teoría marxista, la disciplina del partido.

En plena agitación estudiantil, galvanizados por el Mayo parisino y por los primeros signos evidentes de una vuelta de la lucha obrera con características nuevas y detonantes, el 4 de octubre de 1968, se proclamaba en Roma el nacimiento de la UCI, fruto de la fusión entre el grupo milanés de ex trotskistas, reunidos anteriormente alrededor de la revista *Falcemartello* (Brandirali, Todeschini, Lupetti, Anselmino), y los provenientes del movimiento estudiantil romano (Luca Meldolesi y Nicoletta Stame).

A punto de transformarse en un auténtico partido (el Partido Comunista Italiano marxista-leninista), en 1971 la UCI declaraba tener unos 10.000 afiliados, 100 funcionarios y 250 agitadores y propagandistas;[52] en las elecciones políticas de 1972 el PCI m-l recibía 85.000 votos.

Lo que ya en la época parecía «una construcción inverosímil», conseguía implicar en poco tiempo:

> *...una cantidad extraordinaria de energías, y alimentar en los jóvenes una dedicación ciega, una militancia a tiempo completo, una movilización real y un impacto, a veces, original en los enfrentamientos en algunos de los lugares típicos del trabajo político (la barriada, los inmigrantes, los albañiles del sur). Posibilita, además, una recuperación, aunque sea deformada, de la dimensión colectiva del hacer político, satisfaciendo [...] las necesidades de identificación, de certeza de estabilidad que la sociedad del provecho convierte en muy fuertes.*[53]

Para muchos de los participantes el movimiento había asentado sus vidas, había alterado y revolucionado su manera de vivir y de situarse con respecto a la sociedad capitalista, burguesa y consumista. El movimiento había cambiado las habituales relaciones interpersonales, había sido algo más profundo que una exigencia política de cambio, había alterado y revolucionado la existencia. De aquí el rechazo a los partidos políticos tradicionales y a las formaciones minoritarias de la izquierda revolucionaria, que era el rechazo a concebir la política como algo separado de la propia existencia, por parte de individuos lanzados, por el contrario, a la búsqueda de nuevas relaciones humanas y sociales, colectivas y de grupo entre los compañeros.

No fue por casualidad que un afiliado de la UCI, en 1968, recogía plenamente una respuesta a la necesidad de entrelazar la política revolucionaria con las relaciones humanas y personales:

> *...las formaciones partidistas que se autodefinen como revolucionarias ponen de manifiesto un sustrato que contradice lo que sus militantes reclaman y las relaciones humanas que han vivido durante la breve experiencia de lucha política.*[54]

La necesidad de transformar la vida cotidiana era uno de los principales motivos de afiliación de los estudiantes en la UCI. La crisis del movimiento estudiantil en 1968, los primeros síntomas evidentes del nacimiento de una clase de vanguardia estudiantil muy politizada que se separaba en parte de la que había sido la base de masas del movimiento de los estudiantes, el sentirse marginados del triunfo de los lideratos en las asambleas universitarias, habían creado una situación incómoda, de descontento psicológico y existencial más que político, en los estratos estudiantiles que se sentían, a estas alturas, huérfanos de las ocupaciones y del momento culminante del ascenso del movimiento, y escasamente integrados en la dinámica movimiento-grupos que se estaba manifestando claramente a finales de aquel año.

Se trataba, por lo tanto, de una afiliación pre-política, devenida por las necesidades existenciales eficazmente recogidas en un artículo escrito en caliente en los *Quaderni Piacentini*. Los autores sostenían que la nueva organización respondía a tres grandes necesidades: identificación, certeza, estabilidad. Identificación entendida como búsqueda de una nueva identidad después de haber cortado los lazos con el propio pasado y las propias raíces sociales; «búsqueda de una inversión afectiva que salve de la perspectiva de una vida como la de los padres»; certeza entendida como orientación estable definida en el hacer colectivo; estabilidad, o mejor dicho:

> *...necesidad de algo definido y definitivo* [en tanto que] *el trabajo político en el movimiento estudiantil se ha convertido en algo imposible o se ha reducido a nivel de grupitos.*[55]

La UCI nacía y se consolidaba explotando esta crisis de identidad acompañada por la necesidad de organización —entendida como dar un sentido, conseguir una meta, un objetivo al propio hacer cotidiano— y de certezas teóricas, después de tantas lecturas caóticas, discusiones, ilusiones y reflexiones críticas.

La organización ejercitaba:

> *...una cierta influencia en las áreas social y culturalmente castigas por la crisis de identidad producida por el movimineto del 68, en particular entre los más jóvenes, los estudiantes de fuera y los intelectuales en formación.*[56]

Se trataba de jóvenes insatisfechos:

> *...con la vida, con la lucha en la universidad. Sienten una grave culpa personal, que los orígenes familiares contrastan con las ideas maduradas en los últimos meses, con las ideas de revolución, del proletariado, de Mao. La Unión les permite resolver estas contradicciones.*[57]

De procedencia o de formación católica, muchos estudiantes entendían la participación política como el testimonio de un compromiso cotidiano y continuo que ofrecer dando ejemplo. En una especie de catarsis franciscana y nada dispuestos a escuchar a Edoarda Masi, que les imploraba no avergonzarse por ser pequeñoburgueses e intelectuales,[58] la primera cosa que hicieron los estudiantes y los jóvenes que se afiliaron a la UCI fue renegar de su propio rol de estudiantes, de intelectuales, de hijos de la burguesía, sumergiéndose y solidarizándose con la vida de los proletarios, desnudándose, con tal fin, de sus riquezas materiales (quien las tenía), donándolas al partido para que las reconvirtiera en ciclostil, octavillas, periódicos, sedes, funcionarios.

> *Por el bien de la Unión se despojaron de riquezas la familia napolitana de los Moccia, la familia romana de los Sebregondi. Y Teresa de Grada, hija del pintor Rafael [...] y el director de cine Roberto Cacciaguerra; y la anciana dama Fulvia Dubini [...]. Han sido colectivizados pisos, joyas, platería, bibliotecas, guardarropas.*[59]

El mismo modelo de vida, austero y rígidamente codificado en las costumbres de la vida cotidiana, encontraba un cierto consenso en estos sectores que, todavía impregnado de normas morales católicas, no veían, ciertamente, con simpatía las nuevas costumbres introducidas en el país y acogidas por el movimiento: la minifalda, la libertad en las relaciones sexuales, los cabellos largos, el uso de drogas, el misticismo oriental, las transgresiones corpóreas y mentales, la música rock, etc.

Con una meticulosidad que denota una atención particular —y del todo insólita en la vida interna de los partidos y de las organizaciones— por la vida privada de los militantes, se fijaban una serie de reglas que iban desde la necesidad de entregar todos los objetos de lujo, y por lo tanto superfluos, a la organización, hasta la prohibición de las relaciones extraconyugales y homosexuales, fumar hachís, vestir de manera lujosa o indecorosa.

Argumentos que se retomaron y profundizaron en el curso de un congreso milanés en 1973, en el cual se sostuvo que una excesiva atención hacia el otro sexo, el no control de la atracción sexual, era síntoma de una mentalidad morbosa y pequeñoburguesa; se completaron, después, con una serie de indicaciones más precisas en materia de sexo: estaba prohibida la masturbación, el coito anal y oral (admitido de forma excepcional sólo en la primera fase de la relación), el orgasmo tenía que ser único y simultáneo.[60]

Por otra parte, el análisis político y social se había reducido hasta el extremo, hecho más que nada a base de eslóganes propagandísticos, muy enfáticos y con la finalidad de hablar al corazón de las personas. Emblemático y represen-

tativo de este fenómeno era, por ejemplo, el análisis de las clases sociales y de la lucha de clases tomado del binomio de sentimientos odio y amor.

No eran las relaciones de producción las que iban a generar los conflictos sociales y la toma de conciencia por parte de los protagonistas, sino el odio de clase el que empujaba al pueblo a la lucha; y el amor se convertía, por el contrario, en la fuerza motriz y creadora de la historia por parte del pueblo:

> *...el pueblo lucha para modificar la relación entre los hombres, lucha para generar aquel amor que es la base fundamental que crea el odio de clase [...]. Del amor nace el odio, del amor por el pueblo, de la concepción altruista y colectivista, nace el odio por quien impide al pueblo unirse y realizar la transformación colectiva. El odio crece con la misma intensidad que el amor: cuanto más intenso y real es el amor más crece el odio. La lucha de clases está generada por la generación del odio y del amor.*[61]

El impacto de tales prácticas ideológicas organizativas generaban inevitablemente descontento y salidas de un partido que se servía de instrumentos de «psicoanálisis de grupo» y hacía pasar la propaganda de los principios «por la política».[62]

La lucha obrera de 1969 encontró a una UCI incapaz de desarrolar un papel activo. Entre los obreros de los grandes centros industriales tenían un escaso eco. La propaganda del maoísmo y de la revolución cultural china no era suficiente para atraer a los obreros. También la crítica al sindicato resultaba, después de todo, demasiado genérica, vacía y propagandística como para atraer la atención de los obreros de los comités espontáneos de base que animaban la lucha durante esos meses.

La formación de Poder Obrero y Lucha Continua y el dinamismo que demostraban delante de las verjas de las

fábricas, y el debate que se abrió con la llegada de *Il Manifiesto*, volvieron a poner en circulación el área de la izquierda extraparlamentaria, dando lugar a nuevos flujos migratorios entrecruzados de militantes de un grupo hacia otro.

La UCI no estuvo al margen de este fenómeno y al final de 1969 sus estructuras conocieron un momento de crisis. La salida de la UCI no significó el nacimiento de nuevos grupos, pero sí el pase y recolocación en otras formaciones, o bien la vuelta «a lo privado» o la elección definitiva del PCI.

Poder Obrero

El desarrollo del movimiento estudiantil representó un terreno fértil de reestructuración y de redefinición organizativa del área *operaísta* italiana. Relevante, desde este punto de vista, para el desarrollo nacional de Poder Obrero fue la confluencia entre el Poder Obrero véneto-emiliano y el sector romano de Franco Piperno, Oreste Scalzone y Lanfranco Pace.[63]

Este área, junto con otros grupos presentes en Milán y Turín, daba vida en la primavera de 1969 al «periódico de las luchas obreras y estudiantiles» *La Classe*, mientras que el otro filón, procedente sobre todo de la Toscana, dio vida al periódico *Il Potere Operaio*. Estos grupos tuvieron una discreta influencia en las luchas obreras de las fábricas del Véneto, de la Toscana, del litoral tirrénico, de Roma y en parte del Piamonte y de la Lombardía.

Por lo que se refiere a otros grupos que surgieron durante estos meses, su presencia organizativa y numérica fue más que modesta; importante, por el contrario, fue el peso que ejercieron sus ideas:

> *...su presencia ideológica será hegemónica y predominante durante toda la lucha del 1969 obrero. En el fondo, las consignas y los objetivos por los cuales lucharon los obreros (aumentos iguales para todos, elimina-*

ción o al menos disminución de las categorías, autorreducción de los ritmos, salario no ligado a la producción, eliminación del trabajo a destajo) no eran otros que las consignas y los objetivos lanzados en los años sesenta por pequeñas vanguardias obreras, a la luz de las encuestas y de las elaboraciones, primero, de los Quaderni Rossi *y, después, de* Classe Operaria.[64]

La reanudación de la lucha obrera con fuertes connotaciones autónomas respecto a las organizaciones tradicionales sindicales y partidistas, el surgimiento de objetivos de lucha completamente nuevos y claramente diferenciados de la tradicional reivindicación sindical, la manifestación de nuevas formas de lucha dentro y fuera de la fábrica volvieron a dar aliento y vigor a los *operaístas*, a menudo marginados o en una posición subalterna dentro del movimiento estudiantil.

Sobre todo después de la lucha en la Fiat en la primavera de 1969, culminada con los enfrentamientos de Corso Traiano del 3 de julio de 1969, surgía, cada vez más, la necesidad de dotarse de un mínimo de estructura organizativa nacional capaz de coordinar y dirigir las luchas que se preparaban en vista del siguiente otoño, el caliente, como sería bautizado.

Tras el fracaso de la asamblea de las vanguardias y de los comités obreros autónomos, que tuvo lugar en Turín el 26 y 27 de julio de 1969, el 18 de septiembre de 1969 se publicaba el primer número del semanario *Potere Operaio* que continuaba con la precedente experiencia editorial de *La Classe*; no es casualidad que la editorial de presentación del nuevo semanario se titulara *Da la Classe a Potere Operaio*.

Poder Obrero, por lo tanto, no nace como consecuencia de un congreso constitutivo o de un momento formalmente organizado con tesis y estatutos, como por ejemplo sucedería con la génesis de los grupos pertenecientes al sector marxista-leninista.

El paso de un sector informal a un sector un poco más

organizado era propiciado por la publicación de un medio escrito, entendido como elemento apto para favorecer reflexiones, agregaciones, acumulación y difusión de un patrimonio teórico y político común, que precedía al momento de la definición de los organigramas internos y de la construcción estructural y jerárquica típica de la forma partido.

Una canción anunciaba, precisamente, el nacimiento del «partido de la insurrección», era un extraño partido, al menos, según los parámetros recurrentes y comunes con los cuales se definen tales instituciones políticas tal como aparecieron en la escena de la historia durante el Novecento.

Basta recordar aquí que Poder Obrero llega a la disolución en el 1973 sin tener estatutos. Existía un esbozo de estatutos que nunca fue aprobado y que obligaba a tres meses de afiliación y de participación en las actividades antes de convertirse en militante. Le seguían una serie de medidas disciplinarias, para quien no hubiese respetado los estatutos, como la degradación a afiliado, la suspensión, la cancelación o la expulsión.

El paso de una fase —que podríamos llamar movimentista, informal, desarticulada y muy unida a las experiencias individuales de lucha que se habían producido en las diferentes fábricas italianas— a otra era, según Poder Obrero, una necesidad impuesta por el propio desarrollo de la lucha obrera.

Se planteaban nuevos deberes y nuevos problemas a los cuales era necesario dar solución:

…es necesario ir más allá de la gestión obrera de la lucha en la fábrica, más allá de la organización de la autonomía, para imponer una dirección obrera sobre lo inminente, sobre el presente y sobre el futuro ciclo de luchas sociales.[65]

El desarrollo de tal tarea requería el nacimiento de una estructura organizada, algo más que un periódico de agita-

ción. En efecto, en la editorial ya citada se sostenía que si el problema hubiese sido únicamente el de coordinar las diferentes vanguardias obreras, el de unificar en una plataforma común los objetivos de la lucha, entonces un periódico de «mera información» hubiese sido suficiente.

Se trataba, por el contrario, de «imponer la dirección obrera», lo que significaba, de inmediato, dos cosas: «final de la autonomía del movimiento estudiantil» y «asegurar en los hechos la hegemonía de la lucha obrera sobre la lucha estudiantil y proletaria».

En el documento final del primer Congreso de coordinación de la vanguardia obrera, que se celebró en Florencia el 12 de octubre de 1969, se propuso constituir una coordinación nacional de vanguardias para evitar los errores de dispersión y de localismo típicos del movimiento estudiantil. La extensión de la lucha hacía imprescindible no sólo la autonomía obrera, sino también la necesidad de organización, de disciplina; era necesario, por lo tanto, centralizarse, sin adquirir la forma de partido tradicional. Se trataba de verificar si era posible garantizar una unidad de dirección sin volver a recorrer las vías del monolitismo y del verticalismo burocrático.

La polémica contra el movimiento estudiantil y el estudiantilismo, en general, había retomado su vigor después del inicio de las luchas obreras que desmentían la tesis marcusiana sobre la integración de los obreros en el sistema capitalista, tesis que había encontrado un cierto crédito dentro del movimiento universitario y que, a menudo, había sido utilizada para tachar de *retro* el análisis y las propuestas de intervención delante de las verjas de las fábricas hechas por componentes minoritarios *operaístas* en aquellos años.

Casi por una particular ley del talión, ahora los *operaístas* afirmaban que la lucha dentro de la escuela no tenía ninguna especificidad, ésta se entendía como una articulación «de los procesos de recomposición, socialización y organización de la lucha de clases».[66] De aquí la reivindicación de la reducción del peso de la actividad escolar, de la lucha

contra los cargos didácticos, por la desfiscalización del examen, hasta el rechazo de la asistencia.

Consignas que retomaban, tal cual, las surgidas de las vanguardias de los grandes centros industriales del norte y que para la escuela se convertían en una reducción de las horas de clase y de estudio, voto desvinculado de la verificación fiscal (examen, preguntas, deberes), hasta el rechazo del estudio, paralelo, al mismo tiempo, al rechazo del trabajo, según el eslogan lanzado por las páginas del periódico *La Classe* durante el transcurso de las luchas en la Fiat en la primavera de 1969.

> *No se trata de encontrar una alianza entre obreros y estudiantes, sino de una identidad de intereses y de una unidad orgánica en la lucha contra la selección* —sostenía Franco Piperno—. *No tiene sentido para nosotros quedarnos aislados en las universidades luchando contra la reforma y contra la selección en la escuela, cuando el «capital» realiza una selección mucho más eficaz y profunda en los puestos de trabajo; y allí es donde tenemos que volver a empezar y después retomaremos el aliento y tendrán también más significado las luchas de los estudiantes.*[67]

Poder Obrero no fue más allá de los 1.000-1.500 militantes activos, con una presencia y un radicalismo no homogéneo en el territorio nacional. Reunió cuadros y militantes provenientes del movimiento estudiantil, de las experiencias conducidas por los grupos obreristas de los años sesenta, entre los trabajadores con un discreto grado de sindicalización y de politización, capaces de llevar a cabo análisis válidos sobre la fábrica,puesto que conocían el organigrama de la producción.

Una característica específica del militante de Poder Obrero fue un cierto laicismo en sus orígenes, no reivindicaban ninguna continuidad particular con experiencias históricas del comunismo o del socialismo de los siglos XIX

o XX; la importancia asignada a la composición de clase para determinar comportamientos políticos, sindicales, de lucha y reivindicativos; el rechazo de la delegación y de los delegados en nombre de la asamblea de fábrica o de los comités de lucha abiertos a la participación de todos.

Aunque acusados de obrerismo, pronto se dieron cuenta de que la lucha obrera en la fábrica o encontraba una salida, una manera de entroncarse con el resto de la sociedad, o estaba destinada al fracaso, a replegarse sobre meras luchas reivindicativas de tipo sindical y moderado. De aquí el esfuerzo por preparar un instrumento organizativo, capaz de garantizar y conjugar la insubordinación difusa que se manifestaba fuera y dentro de la fábrica, capaz, incluso, de medirse en un enfrentamiento revolucionario con el Estado y sus aparatos represivos.

Poder Obrero fue el primero de los grupos nacionales de la nueva izquierda en disolverse en 1973. El final de la organización fue vivida por buena parte de sus afiliados, no como una derrota, sino como un proceso de crecimiento. La conflictividad de clase y el antagonismo social que se manifestaba entonces en todos los rincones de la sociedad exigían, según muchos de los afiliados, una instrumentación y una articulación organizativa y territorial diferente de la que había supuesto Poder Obrero.

De esta disolución y del encuentro con la miríada de asambleas, colectivos y comités autónomos que la explosión de las luchas estudiantiles y obreras del 68-69 habían dejado tras de sí, nacía la llamada área de la autonomía obrera.

Lucha Continua

Un «fragmento» de la historia de Lucha Continua ahonda sus raíces políticas y culturales en una organización *operaísta* previa al movimiento estudiantil que publicaba, a partir de 1967, un periódico llamado *Il Potere Operaio* y que distribuía 20.000 ejemplares[68] en todo el litoral toscano. Sus afiliados provenían, por lo general, de la experiencia de

Classe Operaia y de *Quaderni Rossi* o eran jóvenes de las secciones universitarias del PCI y del PSIUP, expulsados del partido, como en el caso de Adriano Sofri.

1968 representó para el grupo un momento de feliz expansión, esto demostraba una capacidad hegemónica y de movilización poco común en otros grupos. Los núcleos fundamentales de su presencia y actividad estaban radicados en Pisa y en Massa, centrando su trabajo político en la universidad, en la Olivetti de Massa, en la Nuova Pignone y en la Saint-Gobain de Pisa.

Supieron recoger los aspectos positivos y rupturistas de la democracia asamblearia que se manifestaba dentro de las universidades ocupadas. Entendieron que la experiencia representaba para los jóvenes estudiantes que la estaban viviendo un salto cualitativo respecto a las formas de representación política precedentes. No se trataba tanto de delegar a alguien la tarea de representar la propia necesidad política, sino de intervenir directamente, inventando nuevas formas de lucha y exaltando la espontaneidad del movimiento.

Algunas posiciones concretas expresadas por el movimiento estudiantil fueron objeto de observaciones críticas por parte de los de *Il Potere Operaio*: denunciaban, por ejemplo, la infantil inutilidad de las contraseñas de tipo «Poder estudiantil», eran contrarios al antiautoritarismo genérico de ciertos líderes del movimiento turinés y afirmaban la necesidad de constituir una vanguardia política diferente de la representada por el movimiento estudiantil.[69]

Después del Mayo francés se desarrolló el debate sobre la organización a partir de dos informes, uno de Luciano Della Mea y el otro de Adriano Sofri.[70]

Luciano Della Mea proponía superar la fragmentación de los grupos y el localismo del movimiento estudiantil mediante una serie de federaciones para avanzar hacia la constitución de un nuevo partido. Se tenía que comenzar por la:

…coordinación de algunas cuestiones (por ejemplo, la lucha por la renovación de los contratos de trabajo, las luchas del movimiento estudiantil, las luchas contra la renovación de la OTAN, la organización de la autodefensa y la comunicación para las manifestaciones y en contra de la represión);

se trataba de pasar «de lo provisional a lo regulado, de la improvisación a la disciplina».

Era necesario superar el régimen asambleario, que favorecía «un carácter personalista y familiar […] a nivel de dirección política», mediante la constitución de una «Oficina Política compuesta por delegados elegidos por los grupos y por las asambleas, revocables y sustituibles».

Se trataba de constituir una organización nacional, profundamente democrática en su interior, capaz de reagrupar todas las vanguardias políticas que se estaban formando a partir de la participación en experiencias múltiples y diversas. Vanguardias políticas que, según Della Mea, era erróneo identificar simplemente con el movimiento o con los comités de lucha obreros-estudiantes, puesto que aquéllas se formaban en la práctica social, «en la reflexión sobre la misma y en la elaboración de objetivos», para convertirse en «cuadros revolucionarios».

Diferente era el razonamiento de Adriano Sofri que, aun reconociendo la validez histórica de la teoría leninista del partido, sostenía que en la nueva situación creada con el desarrollo del capitalismo y de las sociedades occidentales ésta ya no tenía vigencia.

La situación había cambiado profundamente, como demostraban las luchas en la Fiat y el Mayo francés; pero, sobre todo, Sofri se detuvo a analizar las características de lo que consideraba el elemento más original y rupturista aparecido en la escena política: el movimiento estudiantil. Éste fue el «primer movimiento de masas con perspectiva revolucionaria no controlado por las organizaciones tradicionales»; del movimiento nació una vanguardia

«interna» que planteó, y en parte resolvió, dos problemas: no separarse de las masas constituyendo un partido de vanguardia y conectar con los obreros «como dirección no externa» o, más bien, como un encuentro entre dos sectores sociales, dos movimientos autónomos en lucha contra el sistema.

Deducía que la conciencia revolucionaria no era algo que estaba fuera del movimiento de masas y que, en cuanto a tal, debía ser introducida por la vanguardia política externa. La conciencia de clase, revolucionaria, anticapitalista, nacía dentro del movimiento, en el transcurso de la lucha. Y, en consecuencia, no era necesario ofrecer a las masas la enésima:

…referencia administrativa, el nuevo partido, pero sí ponerse al servicio de la organización autónoma de las masas, tanto en los lugares de trabajo como a nivel social. [Por tanto] *la tarea de esta fase era […] organizar la comunicación entre las vanguardias de masas, era la tarea de la extensión y de la continuidad de los organismos unitarios de base y de la comunicación entre las vanguardias revolucionarias que los guiaban.*

No, por tanto, a la Oficina Política y a cualquier propuesta de centralización que habría resultado la «elección de un aparato y no el éxito de un crecimiento político». A quien objetaba que la organización centralizada era necesaria para contrarrestar la represión y tomar el poder, se le respondía de la siguiente manera: 1) la descentralización organizativa creaba mayores y no menores obstáculos a la represión; 2) los revolucionarios tenían que *creer en las masas*. Se trataba de entender «que no se toma el poder *por cuenta* del proletariado, sino que es el proletariado quien toma el poder».

La discusión, en la cual intervinieron también Vittorio Campione y Romano Luperini, ratificó la importancia del papel del partido y tachó a Sofri de espontaneísmo,[71] con-

cluyendo con una separación consensuada y el final de la experiencia vinculada al periódico *Il Potere Operaio*. Una parte, la más cercana a las posiciones defendidas por Luciano Della Mea, daba vida a la Liga de los Comunistas; la otra, cruzándose con la experiencia trentina de Marco Boato, con la turinense de Luigi Bobbio y Guido Viale y con la de los componentes surgidos de la Universidad Católica de Milán y de Pavia, daba vida a Lucha Continua.

La llegada de Adriano Sofri a Turín en la primavera de 1969 contribuyó a desplazar la actividad de lo que quedaba del movimiento estudiantil de la universidad a las puertas de la Fiat. La participación en las luchas que se desarrollaron en la primavera de 1969 en la Fiat, el encuentro entre el movimiento estudiantil y los obreros de la línea de Mirafiori fue «determinante para definir la naturaleza y la existencia misma de Lucha Continua».[72]

La experiencia de la Asamblea de obreros y estudiantes que dirigió en aquellos meses la lucha autónoma en la Fiat fue vivida como una extraordinaria confirmación de la teoría de las vanguardias internas al movimiento. La organización nacía dentro del movimiento, tendía a identificarse con el propio movimiento.

El único problema era el de coordinar las luchas, de crear una estructura para informar a los diferentes movimientos de las acciones de lucha emprendidas en las diferentes situaciones. De aquí la necesidad de un instrumento de información, de un periódico que sirviera «para hacer confluir las luchas obreras con las de los estudiantes, las de los técnicos, las de los proletarios, en una perspectiva revolucionaria», tal como se publicó en la editorial de presentación del número 0 de *Lotta Continua*, aparecida el 1 de noviembre de 1969 con una tirada de 65.000 ejemplares.

También en el caso de Lucha Continua (LC) su nacimiento se asemejaba poco al de un partido; no había estructuras predefinidas, no hubo congresos constitutivos, ni tesis que leer, discutir, enmendar y votar, ni estatutos, no hubo dirigentes codificados, aunque de hecho, en la práctica, se fue

formando un grupo de dirigentes que acabó constituyéndose en un elemento de identificación para los militantes basado en «una fuerte tensión emotiva alrededor del poder carismático de algunos dirigentes».[73]

Las estructuras organizativas eran esencialmente de carácter asambleario. En las sedes locales, la asamblea obrera-estudiante; a nivel nacional, la reunión semanal de comunicación entre las sedes, que tenía el ritmo de una asamblea en la que participaban varios centenares de personas.

En el documento sobre la organización preparado para el I Congreso nacional de julio de 1970 se describía el funcionamiento interno de la siguiente manera:

> *Hasta hoy LC no ha tenido una estructura central nacional que se ocupase de hacer frente a todos aquellos problemas que no se podían afrontar en las reuniones o en las asambleas. En la mayor parte de los casos, algunos compañeros, de manera totalmente informal, han tomado decisiones y iniciativas para hacer frente a los problemas que se presentaban.*[73]

Lucha Continua era originariamente un partido entre comillas, que poco tenía que ver con las formas clásicas de las organizaciones políticas. Funcionaba sobre la base de asambleas itinerantes de ciudad en ciudad, dejando tras de sí, como mucho, una sede, un grupo informal de compañeros, direcciones a las que mandar las copias del periódico a difundir.

El mismo Guido Viale, si bien de manera quizás demasiado enfática, ha descrito con acierto el nacimiento de esta organización:

> *...nueva es la práctica de la organización, no nace de una escisión del movimiento obrero oficial, no encuentra su cemento en una ideología o en un lenguaje ya definido, no toma como referencia un cuerpo histórico o un grupo dirigente ya constituido. Lucha continua*

no tiene ideología, ni teoría, ni estructuras organizativas, ni disciplinas de partido, ni programa o resoluciones. Vive, en cambio, todo como «estado de ánimo» y como «práctica de lucha».[75]

De sus orígenes Lucha Continua ofrecía la siguiente imagen: había quien veía la formación del partido revolucionario como un proceso fundado en continuidad con la tradición de la III Internacional y con el movimiento obrero oficial, y había quien, como Lucha Continua y, en parte, Poder Obrero, veía:

> *...la formación del partido como un proceso esencialmente práctico, fundado sobre la ruptura con la tradición, poniendo en primer lugar el problema de la organización de los contenidos y de las vanguardias de masa. De esta manera, se veía en la práctica social, en la capacidad de estar dentro de las luchas el punto de partida de la reflexión teórica y no viceversa.*[76]

La afiliación no requería, en esta fase inicial, la homogeneidad de una línea política, simplemente se trataba de una afiliación a una práctica de lucha, a una serie de indicaciones de principios, de la misma manera que sucedió en los tiempos del movimiento estudiantil; fue justo esta característica lo que permitió a Lucha Continua recoger muchas adhesiones entre los restos del movimiento de los estudiantes a caballo de los años 69-70.

Al principio, Lucha Continua fue un hecho social más que un fenómeno político, teórico, organizativo e ideológico. Preeminente era el aspecto de la insubordinación, de la animadversión a las jerarquías y al orden constituido, la rebelión espontánea que daba lugar a una práctica política vivida sin ningún modelo de referencia, caracterizada por una experimentación audaz y, seguramente, nueva, capaz de ponerse en sintonía con movimientos, exigencias y situaciones aparentemente opuestas y eclécticas.

En ella, el rechazo de la escuela y de la profesión se conjugaba con el rechazo de los ritmos y la disciplina de la fábrica:

> *...por parte de jóvenes de distinto origen social (obreros y estudiantes, a lo sumo inmigrantes los primeros, a lo sumo de la burguesía los segundos) igual de exasperados como dispuestos a actuar aquí y ahora. El hecho de actuar aquí y ahora ha significado para los estudiantes participar en las ocupaciones primero, en los enfrentamientos después; para los obreros ser activos en las huelgas de repartición sin vínculos de programas o estrategias, y una áspera polémica con todos los sindicatos.*[77]

Respecto a estos últimos, predominaba la figura del obrero-masa, refractario a los temas de cualificación, de profesionalidad, contrario al sindicato, al poder sindical, a los consejos, dispuesto a extender el discurso de la fábrica al barrio y a la vida social, fuera del ambiente fabril, introduciendo formas de comunicación innovadoras, desde las campañas de opinión al uso del periódico, pasando por el cómic (el célebre Gasparazzo de Roberto Zamarin), la sátira política, la invención gráfica, hasta las canciones de Alfredo Bandelli cantadas por Pino Masi.

Dadas estas características, no fue por casualidad que Lucha Continua fue la organización que mejor representó y recogió la originalidad y la novedad política representada por la experiencia conducida por el movimiento estudiantil, era la «corriente del 68-69 que tomaba cuerpo».[77]

Se ha calculado que «más de la mitad de los cuadros surgidos del movimiento estudiantil pasaron en aquellos meses a Lucha Continua»,[79] produciendo paralelamente una revisión crítica de su propio «estudiantismo» precedente y llegando a sostener que era algo útil y meritorio abandonar la universidad para participar en la lucha obrera, en tanto que la autonomía de los estudiantes no tenía que significar la autonomía respecto a la lucha de clases conducida por el proletariado.

El crecimiento de la nueva organización fue muy veloz y homogéneo sobre todo el territorio nacional, y en marzo de 1972 se publicaba el homónimo periódico diario. En el congreso de Rimini, en abril de 1972, Lucha Continua podía contar ya con 152 sedes en toda Italia y con algunos miles de afiliados, más de 10.000 militantes, según Renzo Del Carria, cerca de 20.000 en el momento de mayor crecimiento y difusión territorial de la organización, muchos de los cuales fueron conquistados en la campaña contra el comisario Luigi Calabresi, acusado del asesinato del anarquista Pinelli, campaña llevada con «impulso e imaginación revolucionaria».[80] Una cosa es cierta, en el momento del registro para celebrar el I Congreso Nacional, en 1975, se contaron cerca de 9.000 inscritos.

Para muchos de sus afiliados la participación en la organización se había convertido en una elección de vida, una afiliación totalizadora:

> *...dentro de LC se forma una especie de universo subcultural atravesado por lenguajes y comportamientos específicos y unificado por manifestaciones simbólicas (las canciones de Lucha Continua, las banderas con el puño) que distinguen de manera limpia esta organización del resto.*[81]

El crecimiento de la organización haría todavía más ostensible el problema de cómo estructurar internamente lo que era ya considerado por todos un partido revolucionario. El I Congreso Nacional se dotó de unos estatutos calcados de los del Partido Comunista Chino, votó las ponencias, eligió organismos dirigentes y un secretario nacional en la persona de Adriano Sofri.

Las estructuras organizativas definidas y puestas en práctica por el Congreso y la fuerte identidad de pertenencia no fueron, sin embargo, suficientes para mantener con vida la organización después del II Congreso Nacional, celebrado en Rimini en octubre de 1976. La experiencia

partidista fue velozmente liquidada por diferentes motivos, por los distintos componentes internos, obreros, estudiantes, servicio de orden, feministas.

La Liga de los Comunistas

En otoño de 1969, de la disolución de Poder Obrero pisano nacían dos grupos distintos: el Centro Karl Marx de Pisa (Gian Mario Cazzaniga, Vittorio Campione y Giuliano Foggi), que se caracterizaba más por el compromiso, por la investigación histórica, que por la intervención en la lucha, limitándose a un trabajo político entre los profesores de la CGIL escuela; y la Liga de los Comunistas de la Toscana (Romano Luperini, Paolo Cristofolini y Luciano Della Mea) decidida, por el contrario, a emprender la larga marcha de la construcción de una organización nacional marxista, leninista, maoísta y revolucionaria.

De las luchas estudiantiles y obreras del bienio 68-69 surgieron las razones y las motivaciones para la constitución de los principales grupos de la nueva izquierda y también para el nacimiento de:

> *...un nuevo movimiento marxista-leninista de la crisis del dogmatismo y del espontaneísmo, como necesidad de superación de aquellas experiencias erróneas y desastrosas.*[82]

La primera experiencia errónea y desastrosa, contra la cual los seguidores de la Liga de los Comunistas habían discutido siempre dentro del propio Poder Obrero toscano, era el espontaneísmo que había encontrado en Carlo Donolo y en su ensayo, ya citado, *La política redefinida*, uno de los primeros defensores. Sus tesis eran idealistas y «reaccionarias», y ya desde 1968, en el editorial de la revista *Nuovo Impegno*, se corroboraba la necesidad del partido, reafirmando, en polémica con Adriano Sofri, que era necesaria:

...una vanguardia externa, compuesta por personas físicas cuyo tiempo debe ser empleado casi exclusivamente en el trabajo político y que no se limiten a una acción que quede en el ámbito de un movimiento de masas, sino que desarrollen un trabajo de síntesis teórica, de organización política.[83]

Espontáneos y aventureros eran Lucha Continua y Poder Obrero, e Il Manifesto «una variante del oportunismo de derechas», mientras el PCd'I (m-l) y la UCI se movían entre una concepción abstracta y escolástica del marxismo-leninismo y una «serie de jaculatorias inútiles», las disidencias históricas (bordighistas y trotskistas) estaban derrotadas y superadas, las posiciones de Vanguardia Obrera[84] eran «ultraizquierdistas» y, por tanto, no quedaba más que encabezar una especie de tercera posición, comenzando a construir un tejido organizativo entre los grupos afines con el objetivo de construir una organización nacional. La Liga de los Comunistas había nacido, justamente, para «colaborar en la construcción del partido comunista revolucionario sobre la base del marxismo-leninismo y teniendo en cuenta las enseñanzas de Mao»,[85] poniéndose como deber inmediato el de unificarse con el Círculo Comunista marxista-leninista de Lucca y de constituir un retículo organizativo con otros grupos marxistas-leninistas esparcidos por la Toscana y en Emilia Romagna.

En contra de estas posiciones que venían a configurar «un enésimo grupo burocrático y sectario»[86] se habían rebelado Luciano Della Mea y Paolo Cristofolini; ambos proponían que la Liga de los Comunistas comenzase a colaborar con las secciones locales de Lucha Continua y, en este sentido, habían empezado a trabajar con los militantes de LC de Forno, ganándose la expulsión de la organización.

Mientras tanto, el grupo había iniciado un trabajo político de intervención entre los estudiantes, los profesores del sindicato CGIL de enseñanza, los excavadores del

mármol, los obreros del calzado, los ferroviarios y en algunas fábricas como la Forest, la Saint-Gobain y la Piaggio de Pisa, la Carboni de Lucca, consolidando, de esta manera, una discreta presencia en algunas ciudades de la Toscana y de la Liguria, Florencia, Pisa, La Spezia, Carrara, Grosseto, Lucca, Piombino y Massa. Por otro lado, el acercamiento iniciado en 1971 con el grupo romano de Unidad Obrera conducía a la fusión, el 28 de mayo de 1972, dando vida a una organización de «algún centenar de comunistas»[87] que mantenía el mismo nombre y permitía acompañar la revista teórica *Nuovo Impegno* con un periódico como *Unità Operaia*. En 1977, la Liga de los Comunistas se disolvió dentro del proceso constituyente que daba vida a Democracia Proletaria.

El Manifiesto

En el panorama de los grupos de la nueva izquierda, así como se estaba definiendo durante el bienio 69-79, El Manifiesto representaba, respecto a los otros, una anomalía. Aun habiendo recibido de las luchas obreras y estudiantiles un empuje propulsor, sus raíces se ahondaban no en aquel movimiento, sino en aquella izquierda comunista que desde hacía algunos años ya no compartía la línea del partido.[88]

La ofensiva del Vietcong, la invasión de Checoslovaquia por parte de las tropas soviéticas, la revolución cultural, el Mayo francés y la revuelta estudiantil en Italia habrían contribuido a empujar a este componente interno en el PCI a abrir el debate que llevaría a un predecible enfrentamiento con el aparato del partido.

En junio de 1969, se publicaba la revista mensual *il manifesto* con artículos y contenidos abiertamente polémicos en contra de la línea del PCI. Los temas de la revista indicaban ya lo que fue el patrimonio constitutivo del grupo: un juicio crítico y severo sobre el socialismo real o, más bien, sobre la degeneración de los sistemas del Este europeo, la condena de la posición internacional de la

URSS y la búsqueda de un nuevo internacionalismo, el reconocimiento de la novedad representada por la revolución cultural y la referencia ideal a la China, sin hacer de la misma un modelo, la definición de la irreversibilidad de la crisis de los sistemas capitalistas occidentales y, por tanto, de la actualidad de la revolución en Occidente y de la madurez del comunismo, la situación italiana interpretada como crisis global de un régimen, la crítica a la estrategia reformista del PCI, la exigencia de encontrar nuevas formas de organización política capaz de dar una salida al movimiento de lucha que se había desarrollado en aquellos años.

Pocos meses después de la publicación del mensual, el Comité central del PCI, en noviembre de 1969, decidía expulsar a los promotores de la iniciativa. Los cuadros y los dirigentes expulsados eran de un nivel y una cualificación importante dentro del partido, desde Rossana Rossanda a Lucio Magri y Luciana Castellina, junto a un pequeño grupo de parlamentarios: Massimo Caprara, Aldo Natoli, Eliseo Milani, Liberato Bronzuto y Luigi Pintor.

Después de la expulsión se abrían los centros de iniciativa del Manifiesto los cuales, según las intenciones de los promotores, debían convertirse en lugares de experimentación colectiva, a la vez que en oportunidad para verificar las condiciones para una línea política común con las otras jóvenes organizaciones de la nueva izquierda. Así presentaba la iniciativa Lucio Magri:

> *Se trata de crear no sólo grupos de estudio y círculos político-culturales, sino colectivos estudiantiles, comités obreros de base, colectivos de intelectuales y de técnicos, por tanto un enlace entre las diferentes experiencias, entre práctica social y acción política local o nacional [...]. No es en una proliferación de grupos del Manifiesto en lo que pensamos, sino en la promoción juntamente con El Manifesto [...] de iniciativas unitarias de base que aúnen fuerzas de la izquierda anticapitalista.*[89]

Los círculos del Manifiesto se convirtieron en el punto de referencia para todos aquellos que no tenían todavía definida una ubicación propia en el ámbito de los grupos de la nueva izquierda, para aquellos que todavía se sentían en una posición fronteriza entre el PCI y la nueva izquierda y que querían discutir antes de tomar una decisión definitiva.

El proyecto era ambicioso: construir una plataforma política y teórica capaz de afrontar las cuestiones nacionales e internacionales del período para favorecer un primer proceso de acercamiento entre las fuerzas de la nueva izquierda y todos aquellos que habían madurado posiciones críticas, ya fuera en el ámbito de la disidencia católica o en la de los partidos de la izquierda reformista.

Desde esta óptica se difundían las *Tesis para el comunismo* en el número de septiembre de 1970 de la revista. En el prefacio de las tesis se indicaba claramente el objetivo político prefijado:

> *Promover la unificación política del amplio abanico de fuerzas que la experiencia de los últimos años ha conducido a posiciones de crítica orgánica a la línea reformista de los partidos tradicionales de la izquierda italiana y, a nivel mundial, de la Unión Soviética; [*las tesis se dirigen*] a quien a pesar de militar en el Partido Comunista y en el PSIUP no oculta ya la opción reformista y parlamentaria de estos partidos, pero se ve arrastrado hacia la renuncia ante la incertidumbre de una alternativa ideal y práctica. A quienes en las organizaciones sindicales y en el mundo católico han adquirido, durante estos años, una conciencia anticapitalista [...]. A los nuevos grupos de la izquierda extraparlamentaria, muchos de los cuales han aportado una contribución real a la radicalización de la lucha, pero que hoy se cierran sobre sí mismos, en una lógica que los separa del gran cuerpo del movimiento de masas.*

Los militantes del Manifiesto eran en aquel entonces entre 5.000 y 6.000, divididos en un centenar de centros de iniciativa.[90] Constituían una agregación bastante informal, sin demasiadas obligaciones de disciplina, sin una definición precisa de su afiliación y sin mecanismos estables para la formación de una línea política común.

Tras la escasa repercusión obtenida por el proyecto de unificación propuesto con las tesis, en el congreso celebrado en Rimini en noviembre de 1971, el grupo decidió dotarse de un mínimo de estructura organizativa, constituyéndose como una organización autónoma.

En 1972, la composición social de los militantes del Manifiesto era más o menos la siguiente: 48% estudiantes, 38% obreros y el resto profesores, empleados y técnicos.[91]

Mientras tanto, el 28 de abril de 1971 salía el primer número del diario homónimo que obtuvo de inmediato un notable éxito de ventas. Se pasó de los 40.000-50.000 ejemplares iniciales a los 30.000 vendidos de media con cada número, hasta aumentar a los 45.000 en 1972 durante el período electoral.

El diario vendía el 45% de sus ejemplares en el norte, el 25% (la mitad de las cuales en Roma) en el centro, el 21% en el sur y en las islas. Los cinco grandes centros urbanos (Roma, Milán, Turín, Nápoles y Palermo) absorbían el 45%. Roma estaba a la cabeza de las ventas con 5.000-6.000 ejemplares.[92]

En 1972, El Manifiesto, no sin oposición interna, decidía presentar sus propias listas a las elecciones generales anticipadas obteniendo 224.000 votos, un 0,7%, y ningún escaño.

Vanguardia Obrera

Tampoco en el caso de Vanguardia Obrera (AO) existe una fecha de nacimiento precisa, como confirmaba en una entrevista Luigi Vinci, uno de sus promotores junto a Massimo Gorla, Stefano Semenzato, Silvana Barbieri, Silverio Corvisieri, Aurelio Campi:

> *No hay una fecha de nacimiento precisa de AO. Formalmente se constituyó en el 68 o un poco antes, a fines del 67.*[93]

El nacimiento del primer núcleo organizado aconteció paralelamente con la salida del diario homónimo, *Avanguardia Operaia* en diciembre de 1968, según una costumbre típica y recurrente en las organizaciones de aquel período.

Los orígenes del grupo se encuentran en los circuitos de la izquierda interna del PCI milanés, en el trabajo *entrista* realizado dentro del partido y la FGCI, según la estrategia de los Grupos Comunistas Revolucionarios, la sección italiana de la IV Internacional, a la cual muchos de los fundadores de Vanguardia Obrera se afiliaron en ese momento, llegándose a ocupar incluso puestos dirigentes a nivel nacional e internacional, como es el caso de Massimo Gorla.

El bagaje cultural y político abarcaba

> *…desde la lectura marxista de Marx, leninista y marxista de Lenin (por lo tanto rompiendo, no sólo, con la lectura* togliattiana*, sino con la estalinista). La recuperación, por tanto, de los aspectos fundamentales del leninismo sobre la cuestión del Estado, del partido, del imperialismo, de la actualidad de la revolución proletaria, [*mientras que*] de la experiencia trotskista habíamos conservado, justamente, el núcleo antiestalinista.*[94]

Se trataba de una cultura política que tenía su originalidad, se distinguía de hecho ya de la marxista-leninista —pero sabiendo confrontar y valorar algunos de los aspectos del maoísmo y de la revolución cultural—, tanto sea de la obrerista como de cierta izquierda socialista, para la recuperación explícita de un leninismo crítico y revolucionario en polémica abierta con las codificaciones estalinistas y el parlamentarismo *togliattiano*.

Decisivo para la formación del grupo y, sobre todo, para la decisión de separarse de la IV Internacional a fin de

emprender la vía de una construcción organizativa autónoma, fue la afluencia de fuerzas militantes provenientes del movimiento estudiantil y la radicalización producida en algunas fábricas milanesas a través de los CUB.

La función de los Comités Uniterios de Base (CUB) era definida así en un documento del comité de la fábrica de Breda, uno de los primeros que se habían formado en Milán, juntamente con el de la Pirelli:

> *El CUB [...] es un organismo de masas que tiene su propia autonomía, [...] que está constituido por todos aquellos trabajadores que se reconocen [...] dentro de una clara línea de defensa de los intereses de clase dentro y fuera de la fábrica con una función anticapitalista y anticolaboracionista.*
>
> *El CUB no está organizado de manera burocrática, pero como organismo autónomo tiene la más amplia articulación; conduce su actividad de diferentes maneras; a través de las asambleas, con las octavillas, con las reuniones sectoriales.*
>
> *Para ser del CUB no son necesarias inscripciones, es suficiente con participar y aportar la propia contribución de actividad [...]. Las tareas del CUB son la discusión, la agitación y la propaganda sobre todas las cuestiones que [...] pueden contribuir a elevar la conciencia de clase de los trabajadores.*[95]

Vanguardia Obrera se distinguía del resto de las formaciones de la nueva izquierda por contar con una discreta presencia obrera entre sus militantes, por lo que se refiere a su composición social. Aunque la mayor parte de éstas teorizaba y practicaba una firme acción de propaganda revolucionaria hacia los obreros, pocas conseguían conquistar cuadros obreros hacia la militancia activa en los respectivos grupos. Vanguardia Obrera, por el contrario, ya desde finales del 1968, se presentó con un documento que llevaba por título *Por el relanzamiento de una política de clases*, donde

podía asegurar no sólo estar compuesta de cuadros obreros, sino reivindicar también una presencia concreta y activa en situaciones específicas de fábrica, como en la Siemens, la Carsico, la Sip o la Pirelli.[96]

Orientadas todas a construir un partido revolucionario, los militantes de Vanguardia Obrera no tenía prisa en proclamarse como tal, no intentaban ni quemar el tiempo ni saltarse algunas etapas juzgadas como indispensables. Éstas eran: la construcción y la ampliación de la experiencia de los CUB, la construcción del movimiento de los estudiantes, la formación de cuadros revolucionarios, establecer relaciones de colaboración con otros grupos políticos afines y abrir nuevas «secciones» de la organización.[97]

Continua era sobre todo la preocupación por crear cuadros militantes capaces de producir análisis político y elaboración teórica; se trataba de

> *...desarrollar grupos bien orientados, integrados con posiciones de vanguardia en movimientos de masas estudiantiles y obreras, dotados de un discreto número de cuadros capaces de capitalizar el patrimonio teórico acumulado durante la larga historia del movimiento obrero;*

así que no es casualidad que se enfatizara el hecho de que cuadros de Milán participasen en los grupos de estudio en las escuelas, que duraban casi seis meses, con «400-500 compañeros y simpatizantes».[98]

La plataforma política sobre la cual Vanguardia Obrera se construyó se basaba en la demanda de aumentos iguales para todos, las luchas contra el trabajo a destajo, por la unificación entre obreros y empleados, por la reducción del horario de trabajo, contra las condiciones nocivas de la fábrica. Caracterizaba esta fase el rechazo a la participación electoral, el rechazo a la militancia en los sindicatos, la promoción y la coordinación de los CUB como estructuras contrapuestas al sindicato.

Este tipo de trabajo político comenzó a dar sus frutos: en el congreso sobre la escuela, promovido por la organización en noviembre de 1971, participaron 1.500 estudiantes provenientes de grupos, organizaciones y círculos locales de 36 ciudades italianas.

En los dos congresos nacionales de los CUB, de enero y junio de 1972, promovidos por Vanguardia Obrera junto al Centro de Coordinación Campano, al Colectivo Lenin de Turín y la Izquierda Obrera de Sassari, participaron, respectivamente, 1.200 delegados en la primera iniciativa y 3.000 en la segunda.[99]

Por otra parte, también la estrategia de buscar la confrontación política y la unificación con los grupos afines, la llamada área leninista, daba sus resultados, y a finales de 1973 Vanguardia Obrera aparecía ya como una organización consolidada, con una implantación nacional y con un notable número de militantes, de 15.000 a 18.000[100] durante el período de mayor expansión. La estructura organizativa, después de una primera fase semiasamblearia, se había definitivamente reorientado ya a partir de finales de 1970 de la siguiente manera: «comité ejecutivo, asamblea de delegados de célula, células».[101]

Indicativo del crecimiento de la organización fue el paso a semanario de *Avanguardia Operaria*, la consolidación de la revista teórica *Política Comunista* y, por último, a partir de noviembre de 1974, la publicación del diario *Il Quotidiano del Lavoratori*.

El Movimiento Estudiantil de la escuela pública

En 1969 ya estaba claro que el movimiento estudiantil, tal como se había manifestado en los dos años precedentes, había llegado a su fin.

Quienes juzgaron como desastrosa la decisión de construir organizaciones revolucionarias más o menos espontaneístas, obreristas o marxista-leninistas, se orientaron hacia

la conservación del Movimiento Estudiantil, entendido como expresión política autónoma de un sector social específico, el de los estudiantes.

Fue entonces cuando consiguieron hacer la mayor parte de afiliados al movimiento en la Universidad Estatal de Milán. Se optó por la

> *...conservación de un rol específico y sectorial, se pretendía preservar un espacio autónomo de crecimiento del Movimiento Estudiantil en el interior de la escuela, intentando definir una acción dirigida hacia el exterior en función de aquel rol de «levadura» revolucionaria de la sociedad que el Movimiento Estudiantil había tenido en sus primeros años.*[102]

Tal decisión, replanteada sobre la base de la introducción de estructuras y criterios de organización interna que hicieron del Movimiento Estudiantil de la escuela pública un pequeño partido, encontró, en parte, consenso y adhesiones entre los estudiantes desilusionados, frustrados por la política de los grupos de la nueva izquierda, los cuales tendían a no tomar en consideración las exigencias y las reivindicaciones específicas de este sector social.

Tuvo un rol relevante en relanzar la movilización de masas después de la onda represiva que siguió a la matanza de la Piazza Fontana. En la manifestación antifascista del 31 de enero de 1970, promovida por el Movimiento Estudiantil, participaron 50.000 personas.

Así, a partir del 1970, el Movimiento Estudiantil situó en el centro de su propia iniciativa política la universidad y la escuela en sentido lato, reafirmándose en la posibilidad de un uso alternativo, por lo menos de los espacios sociales y culturales que quedaron libres tras la revuelta estudiantil. Apostó por la construcción de un movimiento de masas de los estudiantes, rechazando una relación directa y de fusión con las vanguardias obreras, buscándola, sin embargo, con su representación histórica, sindicatos y partidos,

en una óptica de alianza de frente popular entre clase obrera y sectores medios.

La disidencia católica: el caso del Movimiento Político de los Trabajadores

A partir de los años sesenta, en el interior de la ACLI —asociación fundada en 1945 como articulación de Acción Católica, con el fin de frenar la influencia del PCI sobre las masas populares— comenzaba a delinearse una corriente de izquierda que maduraba bajo la dirección de Livio Labor. Éste último, en el congreso de Turín de 1969, dejaba la presidencia de la ACLI para dar vida a un partido católico de izquierda, el Movimiento Político de los Trabajadores (MPL). Paralelamente, el congreso decidía romper el tradicional papel subsidiario respecto a la DC, criticando a este partido, afirmando una orientación anticapitalista y socialista y declarando su autonomía respecto a la jerarquía católica.

Dotado de un semanario propio, *Alternativa*, el MPL quería ser el punto de enlace del asociacionismo católico, inmerso en aquellos años en dinámicas contestatarias y de disenso con la iglesia y con la DC. En este contexto los sucesos del 68 habían servido de detonador para una parte del mundo católico de izquierdas —ya desilusionado por los éxitos moderados del centro-izquierda— que se veía confrontado, además, con el movimiento postconciliar en la Iglesia, la protesta eclesiástica, y el nacimiento de grupos espontáneos juveniles y de obreros católicos.[103]

El MPL ponía en la base de su formación el rechazo del sistema capitalista, la elección del campo clasista y socialista, tomando como referencia las luchas obreras y estudiantiles de aquellos años y la «nueva manera de hacer política» que había surgido de la necesidad de «reapropiarse de la política», la exigencia del control obrero, el rechazo de la delegación y el igualitarismo.[104]

Sobre el papel, el movimiento pretendía articularse en centros de coordinación ciudadana, provinciales y regionales, para tender hacia un organismo nacional; en la práctica,su existencia fue demasiado breve como para poder construir tal organigrama. Las elecciones anticipadas de 1972 lo cogieron desprevenido, las listas del MPL obtuvieron solamente 119.000 votos, cerca del 0,4%.

Resulta difícil determinar cuántos fueron los militantes activos del MPL. En aquella época, los dirigentes sostenían que podían contar con cerca de 80.000 afiliados en la ACLI y cerca de 20.000 en la CISL; fue basándose en estas cifras que decidieron presentarse a las elecciones. El resultado electoral, sin embargo, demostró que se trataba sólo de suposiciones.

El Partido de Unidad Proletaria

A pesar de los casi 800.000 votos recogidos en las elecciones de 1972, el Partido Socialista de Unidad Proletaria (PSIUP) no alcanzó el mínimo en ninguna circunscripción electoral y, por tanto, no obtuvo ningún diputado en el parlamento. Este dato electoral, vivido como una derrota, aceleró el proceso de crisis interna, llevando a la disolución casi inmediata del partido en julio de 1972.

La mayoría (70%) fue a parar al PCI, el 9% al PSI, mientras que el restante 20% rechazó ambas soluciones. Estos últimos, encontrándose con todos los que no se habían adherido, después de la disolución del MPL —como hizo la gran mayoría— en el PSI, decidieron dar vida al Partido de Unidad Proletaria, constituido en noviembre de 1972.

Inicialmente fuerte, entre 3.000 y 4.000 militantes, comenzó a publicar un quincenal llamado *Unità Proletaria*, que contó enseguida con 5.000 subscriptores y 20.000 ejemplares vendidos. Discretamente arraigado entre los trabajadores sindicados, el nuevo partido se había adherido oficialmente a la corriente sindical de la CGIL de Giovannini, Lettieri y Scalvi, junto a dirigentes de prestigio en el ámbito de la historia de la izquierda socialista italiana, como Foa y Miniati; recibió, además, la adhesión de la

izquierda del viejo PSIUP. Por otro lado, la unificación con los ex del MPL les aportó la contribución de la izquierda católica arraigada en la ACLI y en la CISL. En 1974, en el momento de unificarse con El Manifiesto, para formar el PdUP por el comunismo, el partido declaraba tener 17.500 militantes.[105]

Notas:

1. *La aparición de los grupos «no es un equívoco ideológico sino un acontecimiento histórico-social».*
   PREVE, C. (1979) «La storia e la filosofia dei "ganzetti", sulla interpretazione del '68 e l'esperienza di Lotta Continua». *Unità Proletaria*, n.º 2, p. 87.
2. En el texto original *gruppettari*, grupos de izquierda extraparlamentaria, similar al término francés *gauchistes*. (N. de T.).
3. PELLEGRINI, E. (1971) «Lotta Continua». *Quarta Internazionale*, n.º 3.
4. MADERA, R. (1988) «Il seme gruppuscolare e l'humus del movimento. Parabola di una rivoluzione culturale e politica». Suplemento de *il manifesto*, del 26 de octubre de 1988.
5. Estaremos en deuda por todo lo que citaremos a continuación con A. MANGANO (1978) que ha desarrollado tal hipótesis interpretativa en un capítulo específico («La cultura dei gruppi dirigenti della nuova sinistra») en su libro *Autocritica e politica di classe*. Milán: Ottaviano.
6. Ibídem, p. 14.
7. Ingrao, líder de la izquierda del PCI. (N. de T.).
8. MANGANO, *op. cit.*, p. 19.
9. BOLOGNA, S. (1978) *La tribù delle talpe*. Milán: Feltrinelli.
10. FLORES, M., *Fascinazione e bisogno del partito*, *op. cit*.
11. AAVV, *Movimento del settantasette*..., *op. cit.*, p. 85.
12. Los titulares de sus respectivos periódicos son emblemáticos: «El Mayo francés abre una nueva fase de la revolución en Europa», *Bandiera Rossa*, n.º 11, 1 de junio de 1968; «Banderas anarquistas sobre la insurrección en París», *Umanità Nova*, n.º 19, 25 de mayo de 1968; GANESE, G., «Las banderas rojas de la anarquía se oponen al empuje reaccionario de los gaullistas», *L'Internazionale*, n.º 14, 15 de julio de 1968; «Revive en los jóvenes la Comuna de París», *Umanità Nova*, n.º 20, 1 de junio de 1968; «El ímpetu revolucionario se hace anarquista en Europa», *Umanità Nova*, n.º 22, 15 de junio de 1968.
13. Para los anarquistas la «revolución cultural proletaria» era un ejemplo «de gestión desde arriba de un fenómeno social de masas a fin de reforzar el Estado y el Partido Comunista Chino» (*Ai compangni sulla Cina*, Florencia: Crescita Politica Editrice, 1972, p. 26). También los trotskistas, aunque juzgaban las posiciones chinas más izquierdistas que las soviéticas, avanzaban reservas críticas sobre la revolución cultural; Cfr. MAITAN, L. (1969) *Partito, esercito e masse nella rivoluzione cinese*, Roma: Samonà e Savelli.
14. Cfr. respectivamente NEGRO, C., «La rivoluzione studentesca». *Umanità Nova*, n.º 8, 2 de marzo de 1968 y EBOLI, L., «L'anarchia coi giovani», *L'Internazionale*, n.º 10, 15 de mayo de 1968. Con un comunicado la FAI expresaba su solidaridad con el movimiento estudiantil (cfr. *Umanità Nova,* n.º 5, 10 de febrero de 1968).
15. MANTOVANI, M., «L'ondata libertaria nella scuola autoritaria», *Umanità Nova*, n.º 10, 16 de marzo de 1968. En este mismo número del periódico, la FAGI publicó un documento con un título significativo: «La Comune Universitaria».
16. NEGRO, C., «La polizia nelle Università. Vergogna storica e morale», *Umanità Nova*, n.º 5, febrero de 1968.
17. «Strategie e problemi della rivoluzione culturale», *Umanità Nova*, n.º 11, 23 de marzo de 1968. Ver también «Gli studenti, Castro, Mao e co.», *L'Internazionale*, n.º 14, 15 de julio de 1968.

18. DEMMA, D., «Studio su la "Nuova Sinistra" italiana», *Umanità Nova*, n.º 17, 11 de mayo de 1968. La investigación de Demma se publicó por entregas en los números 18, 19, 20, 23 y 24. Casi inmediatamente llegaron las reacciones críticas por parte de NEGRO, C., «Anarchismo, marxismo, nuove sinistre e teorie del dissenso», publicado por entregas a partir del n.º 26, 13 de julio de 1968, *Umanità Nova*.
19. Cfr. SCHIRONE, F., *op. cit*.
20. SCARANZINI, C. (1993) «Il movimemento anarchico e il '68: appunti», *Per il Sessantotto*, n.º 4.
21. AMBROSOLI, R. *et al*. (1973) *Anarchismo '70. Un'analisi nuova per la strategia di sempre*, Cesena: Antistato, p. 6. Ver al respecto *Che cosa sono i GAF*, Turín: Edizioni del CDA, 1976.
22. MAITRON, J. (1971) «La pensée anarchiste traditionnelle et la revolte des jeunes», en *Anarchici e anarchia nel mondo contemporaneo, Atti del Convegno promosso dalla Fondazione Luigi Einaudi (Torino, 5, 6 e 7 dicembre 1969)*. Turín: Fondazione Einaudi, p. 561.
23. MASINI, P., en *Umanità Nova*, n.º 38, 26 de octubre de 1968. El artículo fue retomado por la revista *Critica Sociale*, n.º 17, 20 de septiembre de 1968.
24. Cfr. respectivamente NOVELLI, P., «Il "ragazzo rosso" che fa paura a De Gaulle», *Umanità Nova*, n.º 21, 8 de junio de 1968; y MANTOVANI, M., «Concluso il Congresso Internazionale Anarchico», *Umanità Nova*, n.º 32, 7 de septiembre de 1968.
25. PEROSSINI, M., «Allons, c'est fini!», *Umanità Nova*, n.º 35, 28-9-1968. Ver el resumen de esa jornada del congreso y la intervención de Cohn-Bendit en *Bollettino Interno della FAI*, n.º 9, 25 de noviembre de 1968.
26. Declaración extraída del artículo de BUTITTA, I., «Anarchici a confronto», *Umanità Nova*, n.º 38, 26 de octubre de 1968. El artículo fue retomado por la revista *Il Ponte*, n.º 9, 30 de septiembre de 1968; un compañero francés de Noir et Rouge y del Movimiento 22 de marzo había declarado en el Congreso: «Nosotros preferimos trabajar con centenares de revolucionarios que, sin tener la etiqueta de anarquistas, lo son para nosotros mucho más que ciertos burócratas para los cuales la palabra clave es: "¿Sois anarquistas?"», en *Bollettino Interno della FAI*, n.º 8, 10 de octubre de 1968, p. 32.
27. MANTOVANI, M., *op. cit*.
28. Declaración extraída del artículo de I. BUTITTA, *op. cit*.
29. Cfr. respectivamente CERRITO, G., «Per un movimento studentesco senza "caudillos"», *Umanità Nova*, n.º 12, 29 de marzo de 1969; TESTA, G., «Rivoluzione (1968) carriera (1969)», *Umanità Nova*, n.º 22, 14 de junio de 1969; y G. C., «Dal paradiso bolscevico a quello maoista», *Umanità Nova*, n.º 3, 25 de enero de 1969.
30. «Discorso degli anarchici della Gioventù Libertaria di Milano agli studenti universitari e medi», *L'Internazionale*, n.º 11, 1 de junio de 1968.
31. Cfr. respectivamente Gruppo Giovani Anarchici de Savona, «Nuove forme di lotta operaia», *Umanità Nova*, n.º 15, 26 de abril de 1969; respondió críticamente FERRARESI, L., «Potere Operaio e Comitati di base», *Umanità Nova*, n.º 31, 30 de agosto de 1969. Véase también MARZOCCHI, U., «Nodi al pettine», *Umanità Nova*, n.º 32, 6 de septiembre de 1969. También en las páginas de *L'Internazionale* se manifestaba el interés, aunque también la desconfianza, hacia los comités de base: «dudo que a través de tales comités los trabajadores puedan obtener la autogestión de su propia lucha», escribía M. Damiani en el n.º 11, 1 de junio de 1969.
32. CERRITO, G., «Ai compagni ed ai giovani del movimento studentesco (invito a un libero dibattito)», *Umanità Nova*, n.º 13, 5 de abril de 1969. D. Demma replicó a las tesis de Cerrito con el artículo «Spontaneismo e rivoluzionarismo nel movimento anarchico», *Umanità Nova*, n.º 16, 3 de mayo de 1969; Cerrito respondió en el n.º 20, 31 de mayo de 1969 de *Umanità Nova* con el artículo «Spontaneismo e anarchismo. Rivoluzionari e... rivoluzionari».
33. «Discorso degli anarchici...», *op. cit*.
34. CARDELLA, A., «Un serie impegno associativo», *Umanità Nova*, n.º 38, 25 de octubre de 1969.
35. *Il sessantotto. La stagione...*, *op. cit*., p. 185.
36. Ibídem, p. 187.
37. Entre ellos: Massimo Gorla, Luigi Vinci, Silvana Barbieri, Silverio Corvisieri, Augusto Illuminati, Claudio Di Toro, Aldo Brandirali, Raffaele Chiarelli, Paolo Flores D'Arcais, Emilio Soave, Massimo Negarville, Franco Russo, Giulio Savelli, Giuseppe Paolo Samonà, Edgardo Pellegrini, Pio Marconi, Roberto Massari, Antonio Moscato, Lidia Cirillo, Gaspare Bono, Piero Bolchini, Paolo Cappelli, Andreina De Clementi, Giorgio Graziani, Ezio Ferrero, Maria Novella Pierini, Mario Mineo, Giuseppe Montalbano, Giorgio Meucci, Silvio Paolicchi, Gianni Rigacci, Eugenio Rizzi y Paolo Santi. Se trataba de una nueva generación de jóvenes militantes que apoyaba y sustituía a los «viejos» fundadores de los GCR, entre los que se encontraban Libero Villone, Giorgio Ruffolo, Leone Iraci, Enrico Bellamio, Renzo Gambino, Giuseppe Bortoluzzi, Emanuele Battain, Walter Lunardelli, Leo Oggerino, Domenico Sedran, Francesco Cretara, Alfonso Cascone, Lidia Custodi, Sirio Di Giuliomaria, Nanni Dore, Sergio y Franco Guerrieri, Livio Maitan, Giorgio Modolo, Leonardo Iannacone, Vittorio Menichino, Umberto Randi, Arturo Schwarz, Fausto Monfalcon, Anna Maria Satta, Ruggero Mura, Bruno Orsoni, Carlo Picollo, Pina Verdoja, Cristofano Salvini y Franco Villani.
38. Para estos datos cfr., respectivamente, SAVELLI, G. (1996) *Riforme e libertà*, Milán: Spirali/Vel, p. 199; y SAMONÀ, G. P., «Primo contributo inorganico e lacunoso a una riflessione sulla nostra storia e sulla sua attualità», en *GCR bollettino di dibattito precongressuale*, n.º 20, febrero de 1997, ciclostil, p. IV.
39. SAMONÀ, G. P. (1997) *La formazione politica di un intellettuale rivoluzionario. Note autobiografiche (1950-1968)*. Florencia: Centro Studi Pietro Tresso, p. 22.
40. DANESI, D. (Silverio Corvisieri) «Tendenze d'avanguardia nella classe operaria», *Bandiera Rossa*, n.º 3, 1 de febrero de 1968.
41. BANDELLI, A. (Giuseppe Paolo Samonà) «È necessario accentuare il lavoro indipendente», *Bandiera Rossa*, n.º 5, 1 de marzo de 1968.
42. «La risoluzione Rivera». *Bandiera Rossa*, n.º 7, 1 de abril de 1968.
43. MAITAN, L., *Replica*, en ibídem.
44. «Risoluzione della Conferenza Nazionale dei GCR». *Quarta Internazionale*, n.º 4, febrero de 1972, p. 22.
45. MAITAN, L. en MAITAN, L. y MANDEL, E., *op. cit*., pp. 113-14.
46. VERDOJA, G., «Una trotzkista nel dopoguerra», entrevista a cargo de D. Giachetti, *Quaderni del Centro Studi Pietro Tresso*, n.º 24, septiembre de 1992, p. 16.
47. Para estos datos cfr. RINALDI, D., «Breve anagrafe della stampa maoista in Italia», *Rinascita*, n.º 49, 12 de diciembre de 1969.

48. VETTORI, G. (1975) (coord.) *La sinistra extraparlamentare in Italia*. Roma: Newton Compton.
49. CARRIA, R. Del, *op. cit*., p. 169.
50. TOBAGI, W. (1970) *Storia del Movimento Studentesco e dei marxisti-leninisti in Italia*, Milán: Sugar, p. 80; escribe Tobagi: «…entran en el partido muchos jóvenes que han vivido las primeras ocupaciones universitarias».
51. *Il Sessantotto. La stagione*…, *op. cit*., p. 250.
52. BONRIPOSI, S., «Relazione sull'organizzazione», *Servire il Popolo*, 12 de febrero de 1972. La cifra a algunos les parece excesiva; cfr.: *Il Sessantotto, la stagione*…, *op. cit*., p. 292; y OTTAVIANO, F. (1993) *La rivoluzione nel labirinto*, Messina: Rubbettino, 3 vols., p. 379. Todos, sin embargo, concuerdan con G. Vettori sosteniendo que, seguramente, se trataba «de algunos miles de militantes» (*op. cit*., p. 54); según P. Corrias, por el contrario, la UCI llegará «a tener hasta 11.000 afiliados» («Il militante perfetto, casa e partito», *La Stampa*, 13 de noviembre de 1991).
53. MUGHINI, G., «Destino dei grouposcules. Sicurezza è un partito caldo (M-L)», *L'Asstrolabio*, n.º 9, 1 de marzo de 1970.
54. BACKAUS, G., *op. cit*., p. 118.
55. CIAFALONI, F. y DONOLO, C., *op. cit*., pp. 221-222.
56. OTTAVIANO, F., *op. cit*., p. 376.
57. TOBAGI, W., *op. cit*., p. 126.
58. MASI, E., *op. cit*., p. 60.
59. CORRIAS, P., *op. cit*.
60. «L'unità della famiglia comunista al sevizio della rivoluzione socialista». Opúsculo, Milán, enero 1973.
61. *Relaciones en la escuela de cuadros para estudiantes*. Milán, mayo de 1969, citado por OTTAVIANO, F., *op. cit*., pp. 384-385.
62. OTTAVIANO, F., *op. cit*., p. 396.
63. Cfr. las voces en *Il Sessantotto, la stagione*…, op.cit., pp. 261-262; y el libro de SCALZONE, O. (1988) *Biennio Rosso*, Milán: Sugarco.
64. DEL CARRIA, R., *op. cit*., p. 168.
65. «De la Classe a Potere Operaio». *Potere Operaio*, n.º 1, 18 de septiembre de 1969.
66. «Direzione operaia delle lotte studentesche». *Potere Operaio*, n.º 4, octubre de 1969.
67. Declaración de Franco Piperno en MIELI, P. y SCIALOIA, M., «Atlante della contestazione». *L'Espresso*, 30 de noviembre de 1969.
68. Cfr. *Il Sessantotto, la stagione*…, *op. cit*., p. 259. Respecto a la historia de este grupo cfr. BERTOZZI, M., «Teoria e politica alla prova dei fatti: il "Potere Operaio" pisano (1966-1969)». *Classe*, n.º 17, *op. cit*.
69. Ver al respecto, *La scuola e gli studenti*, Milán: Feltrinelli, 1968; y «Su alcune posizioni del Movimento Studentesco di Torino», *Nuovo Impegno*, n.º 11, abril de 1968.
70. Ambas publicadas en *Giovane Critica*, n.º 19, invierno de 1968-1969, con el título «Il dibattito di Potere Operaio sull'organizzazione». El trabajo de A. Sofri era retomado también por la revista *Monthly Review*, n.º 3-4, marzo-abril de 1969, con el título «Sull'organizzazione».
71. Cfr. LUPERINI, R. en «Il dibattito di Potere Operaio sull'organizzazione», *op. cit*.
72. BOBBIO, L., *Lotta Continua*…, *op. cit*., p. 6.
73. Ibídem, p. 128.

74. «Proposte sull'organizzazione del nostro lavoro politico», documento presentado en el I Convegno Nazionale, julio de 1970.
75. VIALE, G. (1978) *Il Sessantotto. Tra rivoluzione e restaurazione*. Milán: Mazzotta, pp. 213-214.
76. «Una premessa alla discussione su Lotta Continua». *Lotta Continua*, 8 de octubre de 1972.
77. CIAFALONI, F., «Sul manifesto ed altro». *Quaderni Piacentini*, n.º 42, noviembre de 1970.
78. GIAGLIARDI, R., «L'Inizio». *il manifesto*, 7 de febrero de 1997.
79. *Il Sessantotto, la stagione*…, *op. cit*., p. 213.
80. DEL CARRIA, R., *op. cit*., p. 185. Donde se habla de algunos miles es en *Il Sessantotto, la stagione*…, *op. cit*., p. 213.
81. BOBBIO, L., *Lotta Continua*…, *op. cit*., p. XII.
82. RUPERINI, R., «Il "marxismo italiano degli anni sessanta", la funzione degli intellettuali rivoluzionari e il ruolo di "Nuovo Impegno"». *Nuovo Impegno*, n.º 22-23, mayo-octubre de 1971, pp. 5-6.
83. «Partito sì o no». *Nuovo Impegno*, n.º 12-13, mayo-octubre de 1968, p. 7.
84. Para estos juicios cfr. «Documento di unificazione fra la Lega dei Comunisti ed Unità Operaia», *Nuovo Impegno*, n.º 24, mayo de 1972.
85. «Il problema dell'organizzazione nazionale e i compiti dei militanti marxisti-leninisti». *Nuovo Impegno*, n.º 19-20, febrero-julio de 1970, p. 1.
86. CRISTOFOLINI, P. y DELLA MEA, L., «Lettera alla redazione». *Nuovo Impegno*, n.º 19-20, p. 155.
87. «Documento di unificazione…», *op. cit*.
88. Cfr. DALMASSO, S. (1989) *Il caso «Manifesto» e il PCI degli anni '60*. Turín: Cric editore.
89. MAGRI, L., «Ancora un lavoro collettivo». *il manifesto*, n.º 7, diciembre de 1969.
90. Cfr. *Un sistema politico alla prova*, a cargo de CACIAGLI, M. y SPREAFICO, A. (1975). Bolonia: Il Mulino, p. 184. Más precisos son los datos presentados en un trabajo por ROSSANDA, R., según la cual en 1972 los militantes eran 5.960 (*il manifesto*, 3 de agosto de 1972).
91. ROSSANDA, R., ibídem.
92. Para estos datos cfr. la tesis de TRABUCCO, R. (1972-73) *Nascita e organizzazione di un quotidiano. Il Manifesto 1971-1972*. Universidad de Padua, A.A., citada en *Un sistema politico alla prova*, *op. cit*., nota 8, p. 184.
93. VINCI, L., *Connotati politici e culturali di Avanguardia Operaia*, en PROTTI, D., *op. cit*., p. 179.
94. Ibídem, pp. 133-135.
95. COMITATO UNITARIO DI BASE BREDA, I. F., «Chi siamo e cosa vogliamo», en «I CUB: tre anni di lotte ed esperienze». *Quaderni di Avanguardia Operaia*, n.º 4, Milán: Sapere Eizioni, 1972.
96. Cfr. *Per un rilancio di una politica di classe*. Roma: Savelli, 1968.
97. Cfr. «Per lo sviluppo di un'organizzazione nazionale». *Avanguardia Operaia*, n.º 6, junio de 1970.
98. «Un bilancio di AO sui problemi dell'organizzazione». *Avanguardia Operaia*, n.º 7-8, julio-septiembre de 1970.
99. Para estos datos cfr. respectivamente «Bilancio del convegno sulla scuola», *Avanguardia Operaia*. n.º 20, noviembre-diciembre de 1971; «Si è svolto a Milano il primo convegno nazionale dei CUB». *Avanguardia Operaia*, n.º 25, junio de 1972.

100. OTTAVIANO, F., *op. cit*., p. 615.
101. «Un bilancio di AO...»,*op. cit*.
102. «Alcune osservazioni sul MS della Statale di Milano». *Quaderni Piacentini*, n.º 14, julio de 1970. Cfr. *Sul Movimento studentesco della statale*, CORTESE, L. (coord.) (1973). Milán: Bompiani.
103. Cfr. al respecto COVATA, L., «L'itinerario della sinistra cattolica». *Giovane Critica*, n.º 33.
104. Cfr. *Presentazione e proposte del MPL. Per un'alternativa socialista*, MPL (coord.) , Roma, s.f.
105. Cfr. *Il Sessantotto, la stagione...*, *op. cit*., p. 256. Sobre la unificación ver PELLEGRINI, R. y PEPE, G. (1977) *Unire è difficile*. Roma: Savelli; más en general, cfr. PROTTI, D., *op. cit*., y GARZIA, A. (1985) *Da Natta a Natta. Storia del manifesto e del Pdup*. Bari: Dedalo.

El 68, los radicales y la nueva izquierda

La cuestión radical se convirtió en el centro del debate político italiano cuando los resultados electorales de las elecciones políticas anticipadas de junio de 1979 adjudicaron al Partido Radical (PR) 1.259.362 votos para el Parlamento, consiguiendo un 3,4% de apoyo y 18 diputados. El dato, debido al sistema político electoral vigente entonces, era asombroso, ante todo porque el PR triplicaba en solamente tres años sus resultados electorales; de hecho, en las elecciones de 1976 había obtenido apenas el 1,1% de los votos.

El avance electoral de los radicales acontecía justo simultáneamente con la profunda crisis que atravesaban las organizaciones políticas de la nueva izquierda y sus culturas de referencia, y coincidía con la bajada del 4% de apoyo al PCI.

En el debate que se abrió en las páginas de *Il Contemporaneo* se acuñó el término «radicalismo» con el fin de resumir las diferentes motivaciones que podían explicar el avance del PR. Éste se atribuía genéricamente no a la existencia de una precisa, aunque sí minoritaria, cultura política y de una práctica social con características y peculiaridades propias, sino a la aparición caótica, en los años sesenta, de una gama «de antagonismos políticos, de comportamientos subversivos, de aspiraciones transgresivas, de experimentos morales», caracterizados por la «hostilidad» hacia las grandes tradiciones políticas y culturales de nuestro país, que tenían su origen en 1968.[1]

Definir como radicalismo o neorradicalismo el área cultural y política de la nueva izquierda, que se había desarrollado en Italia a partir de la simbólica fecha del 68, era una

operación arbitraria por, al menos, dos razones. La cultura política del 68 italiano y de los grupos de la nueva izquierda pertenecía, en gran parte, al marxismo y sus diferentes corrientes históricas, más o menos, renovadas. Los mismos radicales eran muy explícitos respecto a esta presunta relación:

> *...los radicales se encontraron en una posición extraña respecto al movimiento [...]. No se puede, por tanto, hablar de una presencia radical en el movimiento del 68, ni de contribuciones particulares [...]. El grupo radical percibió el movimiento y se puso, con respecto a ellos, en una relación de valoración y no de participación en la acción.*[2]

La cultura política de referencia para los radicales tenía poco que ver con la Escuela de Frankfurt, con Raniero Panzieri, con *Quaderni Rossi*, *Classe Operaia* y todas aquellas publicaciones que, en los años sesenta, se situaban a la izquierda del PCI y del PSI.

La cultura radical se había formado de la cepa del Partido Liberal; de esta tradición había adquirido y tomado como propios dos grandes temas: la defensa a ultranza de los derechos civiles y el laicismo del Estado. Sobre esta base había tomado vida la experiencia del semanario *Mondo*, en cuyas páginas se comenzó a denunciar la continuidad en la forma Estado de los dos regímenes, el fascista y el de la Democracia Cristiana. Vivaz había sido, más tarde, la presencia dentro de la asociación de los estudiantes universitarios de izquierdas, de la UGI, caracterizada por la idea de unidad laica de las fuerzas políticas.

Si se quiere hablar de maestros inspiradores, entonces es necesario, antes de todo, nombrar a Pannunzio, Gobetti, los hermanos Rosselli, Capitini. Si, por el contrario, se quiere uno remontar a las experiencias políticas de referencia, entonces es necesario nombrar el movimiento de Justicia y Libertad y el Partido de Acción. Se trataba, en fin, de la historia de aquella corriente política y cultural, la llamada laica y tercerforcista, que en nuestro país había sido siempre aplastada por el predominio de dos grandes fuerzas: la católica y la de la izquierda.

Durante el período de 1964-1967

> *...la cultura de los nuevos radicales articulaba elementos extraños a los módulos de cultura política existentes en el país: un subjetivismo de acción política que tenía, a lo sumo, los antecedentes en una cierta tradición democrático-renacentista retomada del antifascismo de Carlo Rosselli y de Justicia y Libertad y del accionismo; un método de intervención sobre la escena política [...] que se correspondía con la tradición anglosajona [...] una atención por un método [...] de inducción política más que de deducción de grandes esquemas y sistemas ideológicos, que tenía relación más con la tradición del radicalismo empírico anglosajón que con [...] las grandes esquematizaciones teóricas predominantes en nuestro socialismo.*[3]

De los grupos de la nueva izquierda italiana el PR se diferenciaba también en cuanto a la cuestión del parlamentarismo y de las instituciones estatales. Los radicales acusaban a los grupos de la izquierda marxista de no entender la importancia de las instituciones democráticas y de no actuar para efectuar transformaciones moviéndose en su propio interior. Éstos no rechazaban, de hecho, el parlamentarismo y reivindicaban la confianza en las instituciones democráticas representativas. Apostaban por la transformación institucional, es decir, por la obtención de reformas específicas.

No habían considerado nunca el Parlamento como un lugar donde medir las relaciones de fuerza entre las clases o como sede instrumental para publicitar una revolución a hacer en otra parte:

...la polémica radical había ido siempre encaminada hacia la revaloración de las instituciones, a fin de que conquistaran del papel de lugar de enfrentamiento político general.[4]

La hipótesis, por tanto, de una estrecha conexión de las temáticas propuestas por el movimiento del 68, de la reanudación de las luchas obreras al año siguiente y de la emergencia de los grupos de la nueva izquierda, con las temáticas típicas de los radicales está todavía por demostrar. Es verdad, sin embargo, que si no en ese momento, a finales de los años setenta, se produjo un encuentro entre la nueva izquierda y los radicales.

Los radicales, con su acción habían planteado una serie de cuestiones que la vieja y la nueva izquierda habían infravalorado: la defensa de las libertades democráticas, la lucha de liberación de las mujeres, de los homosexuales, de las lesbianas; así como las contradicciones que comenzaban a emerger en la sociedad tardocapitalista, como la destrucción del medio ambiente.

Más que un encuentro y una confrontación entre las dos culturas se trató de una transición de una cultura de la nueva izquierda marxista hacia la radical.

Marco Boato que, antes de convertirse en diputado por el PR, había sido un dirigente de Lucha Continua, ya por aquel entonces había reconocido algunas características de este paso:

Lucha Continua se sitúa, todavía, dentro de una caracterización «marxista». Pero por muchos aspectos se trata ya de una elaboración teórica y de una práctica social que podemos definir como «postmarxista» [...].

*[*Se está verificando*] un trenzado entre este área social y la experiencia radical [...] entre las elaboraciones teóricas de matriz «marxista» y los elementos más avanzados del propio pensamiento democrático-burgués.*[5]

Boato captaba bien cuáles eran los síntomas iniciales de una gran transformación social, política, ideológica y humana que se estaba verificando en lo que quedaba de los grupos o del área de la nueva izquierda, y que comenzaba a redefinir el discurso y la pertenencia política de muchos líderes del movimiento estudiantil, primero, y de los grupos, después.

El Partido Radical y los movimientos por los derechos civiles

La historia del PR es la de un pequeño grupo, limitado y aislado, que no había aceptado identificarse ni con la tradición cultural y política del movimiento obrero ni con la católica. Formalmente, el partido nacía en 1955 por las rupturas internas en las formaciones políticas laicas y moderadas (Partido Liberal y Partido Republicano) que apoyaban los gobiernos centristas de la DC.

A principios de los años sesenta, cuando tomó cuerpo la experiencia de los gobiernos de centro-izquierda, el PR se partía en dos: de una parte, aquellos que querían apoyar la apertura hacia la izquierda, juzgando este giro como un hecho importante para la refundación de un partido de «tercera fuerza» que implicase también a los socialistas y supiese imponer su fuerza para condicionar las decisiones del gobierno; por otro lado, estaban todos aquellos que no querían colaborar de ninguna manera con la DC y que proponían una alternativa a ésta, que implicase, juntamente con los radicales, a los partidos de izquierda (PCI, PSI, PSDI) y a aquellos laicos (PLI, PRI).

Buena parte del PR se situaba en la perspectiva de introducirse en el centro-izquierda, sólo una pequeña parte, organizada en la corriente Izquierda Radical, obstaculizaba esta decisión. El segundo congreso de 1961 sancionaba la ruptura y, en otoño de 1962, con el abandono, la retirada y las dimisiones de gran parte de sus afiliados, el PR se reducía a una pura sigla de cuya herencia se hacía cargo la corriente de Izquierda Radical.

Antimilitarismo, pacifismo, derechos civiles, fueron las temáticas alrededor de las cuales se reconstruyó el partido sin conseguir, no obstante, romper el aislamiento; tanto es así que en el tercer congreso, que se desarrolló en Bolonia en mayo de 1967, los militantes eran un centenar.[6] Precisamente en aquellos años, sin embargo, se estaban madurando las condiciones que permitirían al PR romper el aislamiento en que se encontraba.

En apoyo a la propuesta de ley para introducir el divorcio en Italia, avanzada por el diputado Loris Fortuna en octubre de 1965, por iniciativa de algunos radicales (Pannella y Mellini), en 1966 se constituía la Liga para la Institución del Divorcio (LID) que encontraba cierto eco entre la opinión pública democrática, laica y de izquierdas. Desde su constitución en 1969, la LID contaba con cerca de 20.000 adherentes, con una participación en las diferentes manifestaciones e iniciativas en apoyo a la Ley del Divorcio de entre 150.000 y 200.000 personas.[7]

La novedad que representaba esta forma organizativa consistía en el hecho de que reunía a personas de diferentes partidos que se reencontraban en este organismo no para representar a éste o aquel partido, sino como individuos interesados en conducir una batalla específica. Ganada la batalla del divorcio, primero en el Parlamento con la sanción de una ley en 1970, y después en el referéndum de 1974, la experiencia de la LID se cerraba dejando, sin embargo, como herencia una «manera de hacer política» que servía para orientar en aquellos años la acción del PR.

La estrategia del partido en comparación con los movimientos de lucha y de opinión, que, en parte, contribuyó él mismo a formar, se basaba en el reconocimiento de la individual especificidad y autonomía, política y organizativa, de cada movimiento, respecto a los cuales el PR se situaba como interlocutor sin condicionar los objetivos. Esto le daba la imagen de un partido de servicios, de un instrumento ofrecido a los movimientos por los derechos civiles que se estaban organizando en Italia.

En 1970 nacía el Movimiento de Liberación de la Mujer (MLD), en 1971 la Liga Italiana por la Abolición del Concordato (LIAC), en 1973 la Liga de Objectores de Conciencia (LOC), en 1974 el Centro Italiano de Esterilizaciones y Aborto (CISA).

La estructura descentralizada y federativa del PR permitía una relación elástica y directa entre partido, movimientos federativos, movimientos colectivos y la gente en general; todos estos sujetos, es decir, los oprimidos, reprimidos o explotados estaban tomando conciencia de sus condiciones y se estaban organizando autónomamente de los partidos para liberarse.

La organización del PR parecía anómala comparada con la de los otros partidos:

> *...a mitad de camino entre el partido verdadero y propio del que lo separa la ausencia de estructuras de control social y de recomposición unitaria (agregación) de las diferentes demandas políticas, y el movimiento político contestatario con quien tiene en común un lazo no mediado burocráticamente con la sociedad civil.*[8]

Los instrumentos de lucha y de propaganda preferidos por los radicales tomaban de la tradición anglosajona la acción directa y la desobediencia civil, e incluían los ayunos de Marco Pannella o los colectivos, las manifestaciones frente a lugares institucionales, las ocupaciones no violentas, los recursos judiciales.

En 1972, el partido alcanzaba los 1.000 afiliados, en 1973 lanzaba la campaña por ocho referéndums: concordato, normas autoritarias del Código Penal Rocco, códigos y tribunales militares, sobre las leyes represoras de la libertad de prensa, sin conseguir recoger el número de firmas necesarias. Al año siguiente, gracias al apoyo dado por el semanario *L'Espresso*, se recogieron 800.000 firmas para pedir un referéndum de despenalización del aborto.

Notas:

1. BOFFA, M., «Nota intoduttiva». *Il Contemporaneo/Rinascita*, 28 de julio de 1979.
2. TEODORI, M., *Storia del Partito Radicale*, en TEODORI, M., IGNAZIO, P. y PANEBIANCO, A. (1977) *I nuovi radicali*. Milán: Mondadori, p. 102.
3. Ibídem, p. 69.
4. Ibídem, p. 179.
5. BOATO, M., «Un grande terremoto». *Il contemporaneo/Rinascita*, *op. cit*.
6. Cfr. TEODORI, M., *op. cit*., p. 72.
7. Cfr. TEODORI, M. (1976) *Storia delle nuove sinistre in Europa (1956-1976)*. Bolonia: Il Mulino, p. 566.
8. TEODORI, M., *Storia del Partito Radicale*, *op. cit*., p. 304.

Del 68 al 77

«La versione "ufficiale"
definisce il '68 come buono
e il '77 come cattivo;
infatti il '68 è stato recuperato,
mentre il '77 è stato annientato.»
Nanni Balestrini, **Primo Moroni**[1]

Fue suficiente un movimiento incauto del ministro de Instrucción Pública —una circular para la reglamentación del programa de estudios y de exámenes— y una provocación fascista en la Universidad de Roma para desencadenar en toda Italia un movimiento que hacía años que no se veía en la escena política con tal fuerza y tales dimensiones.

Como sucede a menudo en situaciones locales tensas, ionizadas, cualquier pretexto es bueno para poner en marcha un proceso de polarización de los elementos. Así sucedió en 1977. Esto demuestra, todavía hoy, que eran profundas las contradicciones que agitaban las universidades italianas, que la crisis económica y social del momento convertía en explosivas las condiciones juveniles, y que éstas continuaban existiendo y manifestándose en aquella fase prospectiva de profundos trastornos estructurales, políticos y culturales.

En los años anteriores, el movimiento de los estudiantes dentro las universidades italianas había sufrido un progresivo declive. Opiniones de distinto género y seudosociólogos pedantes habían pronosticado el fin definitivo e irreversible del ciclo de protestas abierto con el 68.

Efectivamente, muchas facultades italianas habían acabado por convertirse en «universidades por correspondencia», en el sentido de que la mayor parte de los estudiantes

había dejado de frecuentar asiduamente los cursos, se presentaban en la universidad sólo para los exámenes, para ver las convocatorias o irregularmente para encontrarse con uno u otro profesor o para participar en algún seminario particularmente interesante.

Serán, sobre todo, las facultades de Humanidades las que aparecerán vacías de estudiantes, y los que se encuentran en ellas no es precisamente para asistir a las clases, sino para reunirse con amigos y compañeros, para participar en alguna reunión de algún organismo activo en la universidad organizada por los grupos de la nueva izquierda, o bien para participar en uno u otro congreso en algún aula magna.

Ésta era la situación en la que el ministro de Instrucción Pública, Franco Maria Malfatti, lanzó su circular, datada el 3 de diciembre de 1976, en la que limitaba la repetición de los exámenes. Era la primera entrega de un proyecto de reforma que preveía el aumento de las tasas, sobre todo para los repetidores, tres niveles de graduación (diploma, licenciatura, doctorado de investigación), los *numerus clausus* que abolían el libre acceso, la redefinición del estatuto jurídico de los profesores (catedráticos y adjuntos), un control rígido del plan de estudios, la organización jerárquica de la gestión a través de la institución de los departamentos, el reagrupamiento de los exámenes en dos sesiones (la estival y la otoñal) y la abolición de las convocatorias mensuales.

La protesta partió de Palermo, donde los estudiantes ocuparon la Facultad de Letras el 24 de enero de 1977, y las demás en los días siguientes. En cosa de pocos días la protesta «subía hacia el norte» y casi todas las universidades italianas se encontraban en plena agitación. El 31 de enero, fueron bloqueadas las actividades didácticas en las facultades de Humanidades de Turín, hubo facultades ocupadas también en Cagliari, Sassari, Salerno. En otras ciudades, Bolonia, Milán, Padua, Florencia y Pisa se producían manifestaciones, marchas, asambleas.

La circular de Malfatti servía, de alguna manera, para volver a traer a los estudiantes a las facultades, para que volvieran a discutir y confrontarse. Surgía una nueva figura del estudiante, con otros problemas y necesidades reivindicativas que lo diferenciaban de su predecesor que había vivido el 68. El conflicto que la circular de Malfatti había contribuido a suscitar tenía unos orígenes y razones más profundos. El retiro de la circular no supuso, de hecho, la suspensión de las agitaciones; al contrario, éstas continuaron alimentándose de nuevas temáticas y reivindicaciones. Arremetían contra el marco político, reivindicaban ocupaciones, servicios y becas universitarias.

El 2 de febrero, en Roma, unos setenta jóvenes estudiantes fascistas entraron armados con cadenas y palos en la Facultad de Letras y Derecho entonando canciones y eslóganes. Los estudiantes se organizaron y se enfrentaron a ellos rechazándolos. Éstos dispararon alcanzando a dos compañeros, uno de los cuales, Guido Bellachioma, resultó gravemente herido por dos balas en la cabeza.

Al día siguiente, en muchas ciudades italianas se producían manifestaciones antifascistas. En Roma, una marcha de 3.000 estudiantes se dirigió hacia el centro. Interceptados en las inmediaciones de la Plaza de la Independencia, la policía intervino para dispersarlos y disparó también con pistolas que hirieron a dos estudiantes, Paolo Tommasini y Leonardo Fortuna, los cuales fueron más tarde inculpados por intento de homicidio en el enfrentamiento con el agente Domenico Arboletti, que según algunos testimonios había sido herido en el cruce de disparos que realizaron sus propios compañeros.

Mientras la dramática foto del estudiante Paolo Tommasini, herido y sangrando, socorrido por otro compañero, aparecía en todos los periódicos, la versión oficial, a la cual se sumaba el diario comunista *L'Unità*, achacaba toda la responsabilidad a los estudiantes. Ugo Pecchioli, prestigioso dirigente del PCI, volvía a lanzar la teoría de los extremismos opuestos que atacaban conjuntamente el sistema

democrático y el Estado; hablaba de los «así llamados autónomos», tratándolos como subversivos y pedía el cierre de todas las guaridas terroristas. Se verificaba, de esta manera, una primera ruptura entre el PCI y el naciente movimiento estudiantil.

Mientras que las relaciones entre el movimiento estudiantil, las fuerzas del orden y el PCI se tensaban progresivamente, se sucedieron otros episodios importantes durante los primeros meses de 1977: el 17 de febrero Luciano Lama, entonces secretario de la CGIL, fue expulsado de la Universidad de Roma, donde se había dirigido para dar un mitin, tras leves enfrentamientos entre los servicios de orden del PCI y los estudiantes, y la posterior intervención de la policía para desalojar la universidad; el 4 de marzo, en Turín se producían incidentes entre el servicio de orden del PCI y los estudiantes; el 11 de marzo, en el transcurso de una carga de los carabineros, fue asesinado el estudiante boloñés Francesco Lorusso;[2] la manifestación nacional del movimiento, que se celebró en Roma el sábado siguiente, concluía con graves y repetidos enfrentamientos entre los manifestantes y la policía; el 21 de abril, en Roma fue asesinado el agente Settimio Passamonti durante los incidentes entre estudiantes y las fuerzas del orden; el 12 de mayo, en Roma las unidades especiales y la policía agredían la manifestación organizada por los radicales para celebrar la victoria sobre el divorcio y para la recogida de firmas para otros referéndums, una joven de 19 años, Giorgiana Masi, fue asesinada; en Milán en el curso de una manifestación, promovida para protestar contra el asesinato de la chica, una veintena de personas se separaron del grupo atacando a tiros a la policía, el resultado fue un agente muerto y otros heridos.

Entretanto, el movimiento estudiantil había sufrido una metamorfosis en su composición social; un primer síntoma avisaba de que se trataba de un extraño movimiento de estudiantes,[3] hecho que ya se había percibido en Roma a principios de febrero.

La universidad, liberada y ocupada por el movimiento, se había convertido en un punto de encuentro de los que se harían llamar el «proletariado joven» o los «nuevos sujetos sociales». El domingo 6 de febrero, en el interior de la universidad tenía lugar una fiesta en la que participaban los estudiantes de bachillerato, la gente del barrio de San Lorenzo, jóvenes y mujeres. La fiesta se desarrollaba de forma espontánea, había quien hacía teatro en la calle, quien tocaba instrumentos, quien bailaba y quien jugaba por las avenidas.

Fue éste el primer movimiento de masas después del 20 de junio de 1976. La universidad se convirtió en un punto de referencia para los sectores más dispares: estudiantes trabajadores, matriculados que no asistían a las clases, estudiantes a tiempo completo, trabajadores precarios, *freaks*, indios metropolitanos, jóvenes de los Círculos del Proletariado Juvenil, estudiantes de bachillerato y obreros de fábricas en crisis o en vías de desmantelamiento.

Algo nuevo e inédito aflorando a la superficie que tenía sus raíces en los sucesos de aquellos años (crisis de la militancia política, el nacimiento de los Círculos del Proletariado Juvenil, el feminismo, la crisis económica y social) y debía enfrentarse, a pesar suyo, con un marco político nuevo representado por los gobiernos de solidaridad nacional.

Solidaridad nacional, austeridad y sacrificios

La izquierda histórica de nuestro país y, en particular, el PCI había recogido durante aquellos años, a nivel de resultados electorales, los frutos caídos de los árboles que no había, ciertamente, contribuido a sacudir con decisión. El avance electoral era el resultado del crecimiento y de la radicalización de un movimiento de masas que había afirmado su protagonismo social a partir del bienio 68-69.

Tal movimiento, fruto del refuerzo estructural del proletariado registrado en el decenio precedente y de la escolarización de las masas, no había conocido todavía derrotas

substanciales; más bien había franqueado con facilidad la ofensiva de la derecha capitaneada por el gobierno Andreotti, después de las elecciones de 1972, convirtiéndose en un punto de referencia para los otros estratos sociales pertenecientes a las clases subalternas o a la pequeña o mediana burguesía o al mundo católico, interesados en un proceso de radicalización antagónica contra el sistema político y social vigente.

En la sociedad italiana actuaban numerosos movimientos sociales antagonistas (el sindicato de los consejos, los comités espontáneos de los barrios, el sindicato de los inquilinos, los colectivos feministas y estudiantiles, el movimiento de los parados organizados, el movimiento por los derechos civiles, por la democratización de las fuerzas armadas, de la psiquiatría, de la magistratura, de la medicina), todos portadores de solicitudes de cambios, conscientes, en buena parte, de que su realización exigía una transformación profunda de la estructura social capitalista y del poder en sentido amplio.

En 1974, después de una larga fase expansiva de desarrollo de la economía capitalista, se verificaba un cambio de tendencia y se iniciaba una fase recesiva que tenía unas características estructurales profundas y que implicaba a la economía de varios países, incluido el nuestro. La combinación de la recesión económica con el auge de los movimientos de masa abría en nuestro país una crisis en la dirección política de la burguesía que se manifestaba en las dificultades que los partidos, expresión de la clase dominante, encontraban al gobernar.

El partido del movimiento obrero que, a partir de 1973, explícitamente mejor había teorizado con claridad la necesidad de un compromiso histórico entre las fuerzas de izquierda y el principal partido de la burguesía, la DC, era el PCI, el cual vio crecer decididamente sus resultados electorales.

Entre los partidos de izquierda aparecía como el de mayor credibilidad, ya fuera por la tradición de continuidad histórica que representaba, ya fuera por su minuciosidad organizativa, profundamente enraizada en las clases populares y capaz, por lo tanto, de conseguir el apoyo y el voto.

En comparación, las jóvenes organizaciones de la nueva izquierda no podían competir ni representar una alternativa real organizada. Gracias a su posición de renta, el PCI podía recoger así los votos procedentes de los movimientos sociales y políticos que desde luego no había contribuido a crear.

Conscientes de la carga antagónica y de clase contra el régimen democristiano que reflejaban una parte consistente de los votos de la izquierda, las primeras declaraciones del PCI, después del éxito electoral del 15 de junio de 1975, estuvieron marcadas por la máxima cautela. Se quería asegurar a los vencidos que no tenían intención alguna de aprovechar el cambio en las relaciones de fuerza para penalizar a la DC y a los otros partidos burgueses menores.

El 22 de junio, *L'Unità* se hacía eco de la resolución de la dirección del partido, la cual confirmaba la necesidad de colaborar con todas las fuerzas políticas democráticas para moralizar la vida pública, renovar la manera de gobernar, sofocar la delincuencia fascista, mantener el orden, favorecer una política económica que «asegurase la reanudación productiva», relanzar las inversiones, favorecer la reconversión y estar en condiciones de:

> *...ofrecer a las fuerzas empresariales aquellos puntos de referencia y aquellas garantías que son necesarias para programar las decisiones propias y para desarrollar las iniciativas propias.*

Y de esta manera, por la vía de la garantía de los propios interlocutores, la DC, los empresarios, los aparatos del Estado, se llegaba en la vigilia del 20 de junio de 1976, fecha de las elecciones generales, después de que Berlinguer en una famosa entrevista publicada en el *Corriere della Sera* del 15 de junio, afirmara que los comunistas renunciaban a

la petición de salir de la OTAN, puesto que tal estructura militar garantizaba, de alguna manera, una protección en el caso que se quisiera seguir la vía italiana al socialismo.

Mientras tanto, justo en el año que separa las elecciones municipales de las generales anticipadas del 20 de junio de 1976, se constituían las juntas de izquierda y de mutuo acuerdo. Tales experiencias alcanzaron un carácter particular, a menudo artificioso, como recuerda Gerardo Chiaromonte, en la época uno de los mayores abanderados de la política del mutuo acuerdo y de los gobiernos de solidaridad nacional.

Diez años después, su juicio respecto la política del mutuo acuerdo era preciso y drástico:

> *...estos «acuerdos», en la mayor parte de los casos, parecieron no sólo inútiles con respecto a las relaciones de fuerza (que daban al PCI un protagonismo del todo adicional [...]) sino que, sobre todo, no llevaron a ninguna novedad apreciable en el modo de gobernar [...] que continuó caracterizándose por las viejas prácticas del clientelismo y del transformismo.*[4]

Se quiso evitar a toda costa el enfrentamiento político con la DC y con los grupos sociales que ésta representaba. Se prefirió, a menudo, buscar el compromiso, no exacerbar el enfrentamiento evitando adoptar ésta o aquella medida y limitándose siempre más bien a decisiones consensuadas por todos, que no rompían el tejido social, pero que, justamente por eso, revelaban su pobreza y la incapacidad de golpear los sectores fuertes del tradicional poder económico y social presente en el país.

Se trató con una extrema desconfianza y fastidio a los movimientos sociales de protesta, vividos como «tramas» urdidas quién sabe dónde y por quién para obstaculizar la vía institucional hacia el socialismo.

A menudo se tomó parte, o no se impidieron las decisiones de reparto de cargos y de poder, de acuerdo con la oposición, sobre la base de los porcentajes electorales obtenidos.

La necesidad de verse legitimados como sea para gobernar, reconocimiento que se esperaban no sólo del electorado sino también de los intelectuales y de los partidos burgueses, favorecía un lento proceso de homologación. Los gestores comunistas adquirieron lentamente:

> *...comportamientos cada vez más parecidos a los colegas de los otros partidos, [*empezaron*] a privilegiar las relaciones infrainstitucionales y entre partidos en una lógica de pura cogestión no conflictiva del poder [...]. La participación en la gestión y repartición de los privilegios acentuaron la fidelidad de los militantes hacia el partido; una fidelidad en la que se entrelazaban ya intereses y convicciones, a cambio de la cual se esperaba una promoción social que se veía completada con la deseada legitimación.*[5]

Con respecto a los resultados de un año antes, los de las elecciones del 20 de junio de 1976 presentaban algunas novedades relevantes. La DC recuperaba rápidamente apoyo ganando tres puntos en porcentaje de votos y encabezando las elecciones con el 38,7%. El resultado indicaba la renovada y obligada (a falta de otra cosa) confianza de la burguesía hacia el partido católico.

La recuperación democristiana no suponía una pérdida en el electorado de izquierdas, pero sí en el del centro y en el de la derecha. Era, en algunos aspectos, una pírrica victoria, puesto que las compras las había hecho entre sus tradicionales aliados del gobierno. El PCI incrementaba todavía más sus votos encabezando un histórico 34,4%, más de un 2,4% de aumento respecto a 1975 y más de un 7,3% comparándolos con los de 1972. El incremento de los votos en el PCI, el descenso de los del PSI y la decepcionante acogida de las listas electorales de Democracia Proletaria confirmaban que éste partido era visto por la gran masa, en busca de una alternativa política al régimen democristiano, como un instrumento más adecuado para llevar adelante la confron-

tación social. Hasta la simple y minimalista perspectiva del ingreso del PCI en el gobierno se presentaba a ojos de muchos trabajadores y militantes de base como una vía de escape, como un mal menor, como una conquista arrancada al adversario.

La tarea de involucrar al PCI en todas las responsabilidades gubernamentales sin entrar en el gobierno fue encargada por la DC a una figura experimentada y capaz, Giulio Andreotti. La tímida apertura hacia el PCI fue gestionada con astucia maquiavélica por un hombre de la derecha, con la garantía de que había concedido poquísimo a cambio de mucho.

Desde el primer momento fue el propio PCI quien bajó el listón. La mejor solución para salir de la crisis es la vía de la solidaridad nacional, declaraba Berlinguer en *l'Unità* el 23 de julio de 1976, para seguidamente añadir que, puesto que la DC no quiere ni siquiera oír hablar de esta solución, «nosotros valoraremos las soluciones que nos propongan».

Entre estas propuestas, decía Alessandro Natta, entrevistado en *l'Unità* el 25 de julio, no estaba excluida la posibilidad de un gobierno monocolor democristiano con la abstención comunista. Lo que aconteció puntualmente el día 4 de agosto en el Senado y el 11 en la Cámara.

Mientras tanto, más allá de las alquimias políticas resultantes, los gobiernos de solidaridad nacional producían decretos y leyes que salían adelante con el consenso del PCI. La maniobra económica, decidida en octubre de 1976 por el Gobierno, golpeaba directamente en la base del consenso reformista y moderado expresado en el voto del 20 de junio.

Se abolieron siete festividades de entre semana, se introdujo la fiscalización de los gravámenes sociales para las empresas, aumentó el impuesto de la renta por encima de los cinco millones de liras, la gasolina, el gasóleo de calefacción, el metano, los fertilizantes, el impuesto de circulación, las tarifas postales y ferroviarias; aumentaron las retenciones a título de impuesto sobre los beneficios distri-

buidos de la sociedad, pero también se empezó a poner en cuestión la escala móvil para los trabajadores considerados de renta media-alta, golpeando así no a las rentas más grandes sino, más bien, a los sectores de trabajadores dependientes (técnicos, funcionarios) que durante aquellos años estuvieron al lado de la clase obrera o en posiciones de una neutralidad benévola respecto a sus reivindicaciones.

Modificar la escala móvil para los ingresos comprendidos entre los seis y los ocho millones de liras significaba no sólo mermar el salario de algunos obreros especializados, sino que, debido a los niveles de crecimiento de la inflación, incidiría también sobre sectores de trabajadores que pronto habrían entrado en esta franja.

Se comenzó a contener la dinámica salarial congelando durante dos años los aumentos de la inflación y, sucesivamente, a través de un acuerdo entre sindicatos y la Confindustria, los aumentos debidos a los saltos de la inflación ya no fueron contabilizados en el cálculo de las liquidaciones.

Mientras el PCI pensaba en ascender de peldaño en peldaño la escalera del Gobierno, los trabajadores seguían un proceso inverso que veía disminuir, justo ahora que el PCI estaba a las puertas del poder, su propio poder adquisitivo. Nadie podía permitirse entonces la abolición total de la escala móvil, como más tarde sucedería; solamente se comenzó a decir —también por parte de los sindicatos, con Lama en primera línea— que ciertamente no se pretendía discutirla, pero que se estaba dispuesto a fijar un techo donde poder bloquearla.

Se aumentó, por ejemplo, la periodicidad de los aumentos (cada seis meses en vez de cada tres), se fijó a priori un número máximo de aumentos admitidos para 1977.

Más en general, Berlinguer introdujo, en relación con los trabajos del Comité Central del 19 de octubre de 1976, la idea de que no era suficiente pensar en la eliminación de los grandes privilegios —lo cual, concretamente, no sucedió—, sino que, ante todo, era necesario acabar con la selva de pequeños privilegios; y ponía el ejemplo del que viajaba

gratuitamente o con las tarifas reducidas en ferrocarril, restaurar una ética del trabajo y del estudio contra los fenómenos de laxitud y absentismo.

Moralizar la vida pública, se decía a raíz del escándalo Lockheed, el cual revelaba complicidades económicas y políticas entre la compañía aeroespacial norteamericana y los partidos del Gobierno de nuestro país.

La acción de denuncia y de revelación de los intereses clientelistas de la DC encontraba uno de sus límites justo en aquel partido que habría tenido que desarrollar una tarea de oposición y que, sin embargo, estaba más pendiente de ganar puntos ante los democristianos como partido de gobierno.

Muchas veces se protestó sobre el papel sin ir más allá de meras palabras de indignación. Fue emblemático el caso del ministro democristiano Lattanzio, del cual los comunistas pidieron la dimisión con motivo de la fuga de Italia de Kappler, en septiembre de 1977. Efectivamente, Lattanzio dimitió del Ministerio de Defensa, pero para asumir dos cargos, como ministro de Transporte y como ministro de la Marina Mercante.

Desastrosa fue, en fin, la manera de afrontar del PCI, a estas alturas «partido de lucha y de gobierno», la protesta procedente de la universidad y que implicaba a las nuevas generaciones. Se puso todo en el mismo saco, se les quiso presentar como «movimientos confusos», invadidos de «maximalismo y extremismo», de una intolerancia «estéril y de inconclusa rebeldía», de «sectarismo», movidos por una «oscura trama subversiva», enemigos del sindicato, de la democracia, de los partidos; así los definía Paolo Bufalini durante su intervención en el CC del PCI reunido el 14 de marzo de 1968.

En la discusión por las primeras medidas tomadas por el gobierno de Andreotti, el PCI manifestó dos tipos de críticas; la más conocida concernía a la injusticia de las medidas adoptadas, la segunda expresaba las dudas sobre la validez de toda la maniobra temiendo que no fuera lo bastante

rigurosa: hay el riesgo, se lee en una carta de la Secretaría del partido, de que las medidas adoptadas:

> *...puedan resultar insuficientes [...] por lo que se refiere a la contención y reducción de la tasa de inflación, además de la defensa de la tasa de cambio de la lira, lo que podría provocar [...] la crisis de numerosas empresas.*[6]

En un contexto económico-social considerado al borde de una «decadencia irreversible [...] hacia el subdesarrollo», como se leyó en *l'Unità* el 18 de junio de 1976, la solución propuesta consistía en una política que favoreciera el relanzamiento económico, el desarrollo capitalista, los beneficios y las inversiones con la esperanza de que la puesta en marcha del mecanismo de acumulación provocara un aumento de los puestos de trabajo. La programación democrática de la economía, palabra e intención ya surgidas en los tiempos del nacimiento del centro-izquierda, tenía como tarea, al menos sobre el papel, conciliar el mantenimiento del poder adquisitivo y político logrado por los trabajadores, con los beneficios de los empresarios; algo prácticamente imposible, puesto que una de las dos variables se tenía que ver por fuerza subordinada a la otra.

Y cuál de las dos iba a ser sacrificada, para Giorgio Amendola y los amendolianos no había dudas: era necesario financiar la reconversión de las empresas, relanzar los beneficios, parar las reivindicaciones salariales a fin de no condicionar negativamente la reactivación y aumentar la productividad del trabajo, o sea, la explotación de la mano de obra.

En tal marco se situaba el discurso sobre los sacrificios que debía afrontar con decisión una clase obrera seria y consciente, impregnada de espíritu nacional y no corporativo, que sabía ver y considerar los intereses de todos y no sólo los propios, comenzando a dar ejemplo en primera persona. Sí, por lo tanto, al replanteamiento de la estructura salarial, sí a la reanudación de la discusión sobre la escala

móvil, sí al aumento de la productividad, a la supresión de las festividades, a la lucha contra el absentismo a través de la reconsideración de las garantías mutualistas, sí a la movilidad del trabajo.

El PCI prometía que, gracias a eso y a través de su representación política, la clase obrera se estaba «haciendo Estado», entraba finalmente en las coordenadas del poder. Tantos sacrificios con la esperanza de que la reactivación de las inversiones implicase un aumento de los puestos de trabajo y contrarrestase el aumento de la desocupación.

Así, en un *crescendo* de proclamas y de llamamientos moralistas a la austeridad y a los sacrificios —con tal de que fueran ecuánimemente distribuidos, lo que desde luego no sucedió— a cambio de un futuro poder que, por ahora, estaba todavía a salvo en manos de los burgueses y de sus respectivos partidos, se validaban las medidas económicas y sociales del Gobierno de Andreotti; recurriendo incluso a la aparición pública de Enrico Berlinguer para convencer a los trabajadores, cada vez más escépticos y enmudecidos, con dos discursos, el primero dirigido a los intelectuales, el segundo a los obreros, los días 15 y 30 de enero de 1977, en los cuales reafirmaba la validez de la política de austeridad, la única posibilidad de transformar Italia.

Un año más tarde, también salía a escena Luciano Lama, secretario de la CGIL, afirmando, en una entrevista aparecida en *La Repubblica*, el 24 de enero de 1978, que el sindicato pedía a los trabajadores sacrificios sustanciales: contención de los aumentos salariales, subordinación de éstos a la productividad, al mercado interno y al internacional, a los beneficios de la empresa, revisión del mecanismo de regulación del empleo y derecho a despedir al personal sobrante.

Algunos días después, en el informe introductor al CC del PCI, Berlinguer afirmaba que era necesario el «compromiso de la masa trabajadora para lograr el aumento de la productividad [...] poner en práctica la movilidad [...] contener las reivindicaciones salariales» (*l'Unità*, 28 de enero de 1978). Eran los preliminares que se planteaban a fin de que tal línea

triunfase en la asamblea de cuadros y delegados sindicales que se desarrolló en Roma, el 13-14 de febrero de 1978, en la EUR. En el documento de conclusiones aprobado por mayoría de las 1.500 personas presentes se indicaban algunos criterios a seguir en el futuro en cuanto a política salarial: responsable contención de las reivindicaciones salariales, escalonamiento de los aumentos en el curso del trienio, búsqueda de soluciones contractuales que no incidieran directamente sobre el coste del trabajo.

Burócratas de diferentes niveles, funcionarios sindicales, delegados elegidos entre los más moderados, con criterios de elección de la representación de fábrica poco rigurosos y nada proporcionales, componían la gran mayoría de la asamblea romana.

Allí no tuvieron ninguna dificultad en hacer aprobar su línea; tuvieron en contra sólo 115 delegados, recuerda Luciano Lama. Diferente fue la situación en las fábricas donde «la oposición fue mucho más difusa», porque muchos trabajadores «la consideraban una línea perdedora».[7]

Crisis económica, reestructuración y descentralización productiva

La recesión generalizada que asediaba el sistema económico capitalista en los años 1973-1974 se hacía notar también en Italia, provocando una interrupción del crecimiento, del desarrollo y de la producción que repercutía directamente en los trabajadores, por causa del recurso del mecanismo de regulación de empleo, el cual, a menudo, era el preliminar para el cierre de algunas fábricas que ya no aguantaban la competencia del mercado.

Inducida por esta crisis, se desarrollaba la tendencia a reorganizar las actividades productivas de manera descentralizada. La descentralización era una manera de desmembrar las unidades laborables antes concentradas, o bien se convertía en la estrategia para el desarrollo de una nueva producción en un sector determinado con una disminución

relativa de la dimensión media de la empresa. Los sectores principalmente interesados en la descentralización productiva eran el textil, el de la confección y el metalmecánico.

Para la empresa se convertía en una manera de adaptar el máximo posible la capacidad productiva a un conjunto de factores menos rígidos, flexibles, preparados para seguir las variaciones de la demanda de mercancías dependiente de un mercado cada vez más impredecible, caracterizado por repentinas expansiones y contracciones.

El empuje de la descentralización de las actividades productivas estaba sustancialmente motivado por la necesidad de la empresa de encontrar una flexibilidad productiva que respondiese a las fluctuaciones de la demanda del mercado, descargando los costes y los riesgos en el exterior a través de un uso proporcional de la fuerza laboral respecto a las variaciones de la demanda. Además, la descentralización permitía experimentar innovaciones tecnológicas sin correr demasiados riesgos y sin estar subordinado al control sindical.

En las grandes empresas, de hecho, durante aquellos años había aumentado el coste laboral y resultaba difícil controlar las fuerzas vivas a causa de su combatividad; se había reducido, por tanto, la posibilidad no sólo de aumentar sino de recuperar los márgenes del ensayo para el beneficio.

Desde este punto de vista, la descentralización era una decisión política de la dirección empresarial, que representaba la tentativa de retomar el control del coste laboral, recreando así un sistema de valores que exaltasen la productividad e implicasen a los obreros en un proceso de identificación con la empresa.

La búsqueda de una mayor flexibilidad, la necesidad de preparar un organigrama productivo reversible, tenía como consecuencia la formación de una demanda de trabajo precario y fluctuante que se podía conseguir en algunos sectores de superpoblación relativa que la crisis económica comenzaba a producir.

En general, al lado del mercado de trabajo tradicional, garantizado por las reglas fijadas por el estatuto de los trabajadores y protegido por los sindicatos, se formaba uno paralelo donde a la mano de obra se le exigía ser flexible, saber adaptarse a las dimensiones, a la duración y periodicidad del trabajo. Este tipo de trabajo, definido como marginal, se caracterizaba por ser ocasional, por la precariedad, por ser estacional, a tiempo parcial, a domicilio, e iba asociado a la escasez o ausencia total de garantías de previsión y de seguridad, pesados ritmos de trabajo y de horario, ausencia de la posibilidad de hacer carrera.

Las personas que entraban en este mercado marginal de trabajo eran heterogéneas y con motivaciones diferentes. Investigaciones de la época revelan que muchas eran mujeres, las cuales, teniendo que alternar el trabajo de la casa y la necesidad de completar ingresos, elegían, por tanto, estas formas de trabajo menos estructuradas y bien definidas que las ofrecidas por las grandes fábricas o el empleo estatal.

Hay que tener en cuenta que las primeras en pagar la crisis y la reestructuración, en términos de pérdida del puesto de trabajo, fueron las mujeres.

Esta superpoblación relativa femenina contribuía a engrosar las listas de los trabajadores marginados.

Otro componente estaba representado por aquellos que realizaban un segundo trabajo y que, por lo tanto, se adaptaban, sin crear conflictos, a este tipo de trabajo no garantizado, en negro y precario. Otros eran jóvenes y estudiantes. Muchos jóvenes se veían excluidos del ámbito del empleo público y de la industria y tenían que acudir a esta demanda de trabajo. Éstos, quizás más que el resto de los sujetos, eran los que manifestaban una relación más conflictiva que nacía de la experiencia vivida, de la precariedad del trabajo, de la superexplotación, de la poca retribución y de la falta de garantías. Su situación era diferente de las de los estudiantes, los cuales, aun ejerciendo formas de trabajo precario y en negro, lo tomaban como una fase transitoria en su vida laboral.

Algunos incluso veían en este tipo de trabajo una manera de trabajar menos, puesto que podía ser gestionado por la persona que no quería malvender parte del tiempo de su propia vida en las ocho horas de jornada. Para estos sujetos las prestaciones laborables se convertían en un dato ocasional y no ya en el fundamento de su propia existencia:

> *...en vez de presionar y luchar para asegurarse el puesto fijo en la fábrica o en la oficina, fueron privilegiadas las experimentaciones sobre posibles formas alternativas de generación de ingresos. Para estos sujetos la movilidad de la relación con el trabajo deviene, de manera impuesta, una decisión consciente y privilegiada respecto al trabajo garantizado.*[8]

La crisis económica, el final del ciclo expansivo del capitalismo italiano, el aumento del paro, la aparición de un sector marginal en el mercado laboral ponía algunas premisas para una diferenciación entre las clases subordinadas y acreditaba, aún más, la idea de que existían dos sociedades, la de los que tenían garantías y la de los que no.

La burguesía por aquel entonces no se encontraba en condiciones de ofrecer a las nuevas generaciones perspectivas reales de inserción en el tradicional tejido productivo, garantizándoles la satisfacción de las necesidades esenciales. No estaba ni siquiera en condiciones de establecer un pacto duradero con los trabajadores considerados protegidos, premisa indispensable para formarse en la aristocracia leninista obrera; de hecho, justo en 1977, emergía toda la fragilidad de las garantías que tutelaban a los considerados trabajadores de la primera sociedad. Comenzaba, justo en este año, tanto el proceso del vaciado de los trabajadores sobrantes de las grandes empresas, como el proceso que ponía las premisas para el desmantelamiento gradual de la escala móvil.

Después del 20 de junio de 1976: la crisis de la «tríada»

En la primera mitad de los años sesenta, en la galaxia de las organizaciones de la nueva izquierda emergían tres con una estructura nacional y una cierta presencia social entre los estudiantes y los obreros de las grandes fábricas. Se trataba de Lucha Continua, Vanguardia Obrera y el Partido de Unidad Proletaria para el comunismo.

Otras formaciones entraban en plena crisis, como es el caso de Poder Obrero, o bien no conseguían desarrollarse a escala nacional, aun manteniendo una sólida estructura en algunas ciudades, como es el caso del Movimiento de los Trabajadores para el Socialismo milanés.

Durante este período, el eje maestro del trabajo político de las tres organizaciones principales tenía como primordial meta la formación del partido revolucionario. A pesar de competir entre ellos sabían, sin embargo, desarrollar momentos de unidad de acción, de aquí el término «tríada», que indicaba la presencia de convergencias tácticas y la capacidad de convocar manifestaciones conjuntas.

A pesar de las discusiones internas que a veces desembocaban en verdaderas polémicas que causaban importantes vuelcos tanto en la base, como también en los cuadros intermedios y en algún cuadro de dirección, estas tres formaciones políticas no sólo sobrevivieron, sino que durante todo un período de tiempo crecieron y se extendieron gracias a la sucesión continua de nuevos movimientos de lucha que irrumpían en la escena política italiana.

Este modelo de acumulación de militantes y de presencia política en la vida de los movimientos entró en declive cuando la situación dejó de producir la aparición continua de estratos oprimidos, explotados y marginados en la escena política y social, cuando el movimiento de los estudiantes que representaba el sector de base y de reclutamiento principal entró en crisis y dejaba de producir militancia política, cuando, en fin, surgió un nuevo movimiento que

se negaba a desempeñar el papel de reanimador pasivo de las organizaciones políticas y a ser instrumentalizado, como fue el caso del movimiento de las mujeres.

A estos elementos de crisis, la «tríada» respondía intentando una precaria y confusa recomposición sobre un terreno difícil como es el electoral. Aproximándose la fecha de las elecciones generales anticipadas del 20 de junio de 1976 y empujados por una búsqueda espasmódica de la unidad electoral por parte de sectores de base de las tres organizaciones, afloraban las ilusiones acerca del millón y medio de votos de Democracia Proletaria, el 51% de los votos de la izquierda y el hundimiento electoral de la DC con una relativa superación por parte del PCI.

Después de una complicada y larga negociación, finalmente, Lucha Continua, que el año anterior había criticado la presentación a las elecciones del PdUP y de Vanguardia Obrera bajo las siglas de Democracia Proletaria, era incluida en las listas de DP gracias a la mediación de Vanguardia Obrera y de una parte del PdUP (Foa y Miniati), en contra del parecer de los miembros de ex Manifesto (Magri, Rossanda, Castellina).

Entre los miembros principales de DP (a las listas se habían adherido, también, la Cuarta Internacional, el Movimiento de los Trabajadores por el Socialismo, la Liga de los Comunistas y otras formaciones menores) la unidad era, por tanto, mera apariencia: mientras el PdUP aspiraba a un resultado electoral que permitiera a la extrema izquierda condicionar al PCI, Lucha Continua se proponía la gestión proletaria del 51% de los votos de la izquierda y a Vanguardia Obrera, más que el resultado electoral, parecía importarle el papel de bisagra que podía jugar entre los otros dos, ganando credibilidad para su proyecto de recomposición del área de la izquierda revolucionaria.

Un programa común era imposible, las siglas electorales eran objeto, a menudo, de una clara instrumentalización: campañas electorales separadas, discusiones públicas entre representantes de los diferentes partidos, minúsculas divisiones de los espacios televisivos entre los líderes de los tres componentes. Todos estos elementos contribuyeron a alejar la DP del mítico resultado del millón y medio de votos.

Grande fue la desilusión cuando DP obtuvo sólo 550.000 votos, en torno al 1,5%; de los tres mandatos dados por hecho en Turín, Milán y Nápoles, se conquistaba sólo uno en Milán. De los diez supuestos diputados resultaron electos sólo seis y la certeza de conquistar un senador en la Lombardía se vio frustrada. Se acrecentó la desilusión por otros dos elementos: la izquierda no obtuvo el 51% de apoyo, la DC se recuperaba, ganando tres puntos en porcentaje y encabezando los resultados con el 38,7% de los votos. No se produjo lo que se había esperado.

Paradójicamente, para los militantes de las organizaciones que se creían revolucionarias y que, muy a menudo, habían criticado la relativa importancia del momento electoral en el contexto de la lucha entre las clases sociales, era justamente la desilusión respecto a las elecciones la que contribuía a desencadenar un proceso de crisis interior y de puesta en escena de discusiones acerca de la propia obra y hacer políticos.

Para un amplio sector de compañeros el resultado electoral significó el punto de arranque para descubrir la realidad concreta, para tomar conciencia de una dinámica social y política diferente de la que habían imaginado. En aquellos años, de hecho, al lado de las formaciones políticas de la nueva izquierda, había surgido todo un área social y relacional propia, dentro de la cual era posible vivir de manera alternativa a la sociedad normal pagando, sin embargo, el precio de una distorsión en la comprensión de la dinámica real de la situación italiana.

En Milán, por ejemplo, un joven podía:

a) trabajar en la venta de ropa usada para la organización obteniendo una comisión para su propio sustento; b) informarse a través de su periódico y su radio; c) flirtear con militantes de la organización; d) vivir en

comunas con los compañeros en las casas okupadas; e) divertirse en las fiestas populares durante las campañas políticas o para recaudar fondos; f) tener centros de vida asociativa en locales conseguidos durante las ocupaciones; g) satisfacer la necesidad de asistir a espectáculos teatrales o de conciertos con Dario Fo y con los grupos musicales de izquierda.[9]

El golpe después del 20 de junio no siempre favoreció una reflexión racional sobre el porqué de aquel resultado y sobre cómo prepararse ante la nueva situación que se había creado; prevalecían, a menudo, arrebatos emotivos, necesidad de liquidar completamente las experiencias e historias de militancia que con esfuerzos tan grandes se habían construido en los años precedentes.

Sobre todo en Lucha Continua el debate asumiría pronto los típicos tonos de un proceso de catarsis final. A pesar de algunas tentativas interesantes y racionales de discutir bien y a fondo, prevaleció en el interior la intención y el deseo de aprovechar el momento, de «disparar» contra todo y todos, evitando, cuidadosamente, saldar cuentas con la propia historia, experiencia y realidad circundante.

Concebida y construida como «contenedor» de movimientos, necesidades, aspiraciones e ideologías diferentes entre sí, unidos sólo por la idea de que dentro de poco tiempo se darían profundas transformaciones revolucionarias en nuestro país y que, con tales perspectivas, Lucha Continua sería el instrumento más idóneo para navegar en estas aguas turbulentas, ahora que la perspectiva parecía desvanecerse, aplazarse en el tiempo, se manifestaba una crisis de identificación con la organización.

Esta última era concebida por la mayor parte como un instrumento difícilmente utilizable en el nuevo contexto al que se enfrentaban; si hubiera que volver algún día al movimiento, sería para purificarse en él. Muchos ex militantes de esta organización, que se disolvió, de hecho, sin decirlo

explícitamente en el Congreso de Rimini, en noviembre del 1976, vivieron la aparición del movimiento del 77 como una liberación de las viejas estructuras organizativas y burocráticas dentro de las cuales se sentían encarcelados.

El trayecto emprendido por las otras dos organizaciones que habían dado vida a DP fue, sin embargo, diferente. Menos ligadas a la inmanencia del movimiento del 68 y a la de las luchas obreras del 69, vividas por los otros como la apertura de un proceso revolucionario a corto plazo; más radicales en la historia del movimiento obrero y, por tanto, llevadas a percibir la propia trayectoria dentro de una perspectiva histórica a más largo plazo, a pesar de sufrir la desilusión por los resultados electorales del 20 de junio, también aportaron elementos interesantes y razonables de análisis.

El resultado de DP fue mediocre, pero no para despreciarlo del todo. Era resultante no tanto de análisis políticos equivocados como de la incapacidad de los partidos de la nueva izquierda de traducir estos análisis en prácticas políticas coherentes y comprensibles para los trabajadores. El resultado, sobre todo, sacaba a la luz la inadecuada forma organizativa y la cultura política de la nueva izquierda, su incapacidad de proyección por tanto, era necesario continuar por la vía de la discusión entre las organizaciones para superar las viejas divisiones, consolidando el proyecto unitario de Democracia Proletaria, entendida como el nuevo instrumento organizativo del que la nueva izquierda de los años sesenta pretendía servirse para hacer política ante la nueva situación que se abría después de las elecciones.

En este sentido, estas dos organizaciones se esforzaron por mantener con vida, aún después de las elecciones, los colectivos de Democracia Proletaria, que unían a compañeros de diferente procedencia política y que estaban destinados a conducir la campaña electoral. Se esperaba de esta manera introducir desde abajo un estímulo para la refundación de la nueva izquierda que incidiese directamente sobre los grupos dirigentes.

El proyecto falló al cabo de pocos meses, ya fuera a causa de la crisis que asediaba a Lucha Continua, ya fuera porque el encuentro previsto para la unificación entre Vanguardia Obrera y PdUP se tradujo en un enfrentamiento vivo y polémico, con el nacimiento en el interior de las dos organizaciones de corrientes mayoritarias y minoritarias portadoras de proyectos diversos.

Así, mientras en las universidades italianas daba sus primeros pasos el movimiento del 77, las dos organizaciones estaban enzarzadas en un enfrentamiento político que llenaba páginas y páginas de sus propios periódicos y absorbía las energías de los militantes, muchos de los cuales, perdidos y confusos, se retiraron a su vida privada o se adherieron al movimiento, llevando consigo un cierto regusto de desilusión y tristeza.

El desarrollo del área de la autonomía

Entre l975 y 1976, el área de la autonomía conoció un desarrollo sorprendente, alimentándose de la crisis de los grupos de la nueva izquierda y de los «nuevos sujetos sociales emergentes», término con el cual se designaba a aquel estrato juvenil compuesto por estudiantes, interinos, trabajadores en negro y jóvenes de los barrios periféricos de la ciudad. Frente a la crisis de perspectiva y de proyección política de las principales organizaciones de la nueva izquierda, el área de la autonomía presentaba, por el contrario, una vivacidad en la elaboración y el análisis teórico que la convertían en más fuerte e ideológicamente más preparada para interpretar y para situarse en la nueva fase política que se estaba abriendo.

Desde el punto de vista de la producción ideológica, la identidad de la autonomía obrera:

> *...gira alrededor de la idea-fuerza del «rechazo al trabajo». No es solamente una ideología de la emancipación, sino un modo de lectura de la sociedad capitalista, de sus protagonistas, de la manera en que se distribuye el poder en ella, de la dinámica de su desarrollo y de su fin, que constituye el esquema orientativo y el tejido conectivo.*
>
> *Sobre esta base se puede definir la continuidad que hay entre la conflictividad salvaje del 68 y los comités obreros de base (que son una buena parte del ascendente común de Poder Obrero y Lucha Continua), las luchas sociales y la resistencia a la reestructuración [...] y las temáticas de las nuevas necesidades y del obrero social que explotarán entre el 76 y el 77.* [10]

La crisis que había asediado al ciclo capitalista de producción volvía menos eficaz el arma de la huelga, un instrumento muy útil cuando el patrón necesitaba la máxima producción, pero que perdía validez cuando, al reducirse los mercados, era el mismo propietario quien intentaba reducir la producción. Debido a esta nueva situación, era necesario pasar de una organización modelada en los años anteriores sobre el conflicto en la fábrica, a una nueva de tipo territorial.

Se suponía que era en el territorio donde habían nacido los nuevos conflictos y que era necesario organizar allí al proletariado en torno a objetivos sociales: autorreducción de las tarifas, ocupación de las casas, disminución del coste del alquiler. El adversario ya no era el patrón sólo, sino que lo acababa siendo el propio Estado entendido como máquina represora o como conductor de la organización social.

Paralelamente, la figura del estudiante universitario se había transformado. Se redimensionaba la figura del estudiante a tiempo completo, aquel que había participado en las luchas del 68 y que daba prioridad a los objetivos internos de la universidad: lucha contra la selección, antiautoritarismo. Surgía la figura de un estudiante que frecuentaba poco la universidad; su relación se reducía, a menudo, al pago de las tasas y al momento en el que se presentaba para hacer los exámenes. Este estudiante vivía, por tanto, no las

contradicciones derivadas de la vida universitaria, sino las externas a ella: falta de trabajo, dificultad para encontrar alojamiento, vida desordenada. También, en este caso, tenía que asegurarse un tipo de organización territorial que privilegiase reivindicaciones sociales: comedores, alojamiento en los colegios universitarios accesibles para todos, presalario, disminución de las tasas de inscripción.

No sin razón, hubo quien en aquella época subrayó que los autónomos se presentaban, por muchos aspectos, como los herederos del 68. Su juicio sobre el sindicato, considerado como una institución completamente integrada en el Estado burgués, por cuanto se limitaba a negociar el valor de la fuerza laboral, se hacía eco de discusiones que habían caracterizado las asambleas y los documentos producidos por el movimiento estudiantil.

La misma continuidad se podía encontrar por lo que respecta a la temática del Estado autoritario, donde el dominio de la política y de los partidos políticos, estrechamente unidos a los aparatos económicos y burocráticos, estuvo a punto de liquidar toda esfera de libertad individual y democrática todavía presente en la sociedad civil. En un contexto como el que se dibujaba con el acuerdo de gobierno entre el PCI y la DC, después de los resultados electorales del 20 de junio de 1976, el área de la autonomía comenzó a hablar de germanización, de control total de la sociedad por parte del sistema de partidos, de negación de cualquier espacio de oposición y de crítica.

El PCI fue considerado, a la par que la socialdemocracia alemana, un sujeto político más peligroso todavía que los tradicionales partidos burgueses italianos. Las mismas formaciones de la nueva izquierda eran criticadas porque querían reproducir modelos organizativos y líneas políticas consideradas arcaicas y superadas por los hechos.

No resulta fácil reconstruir la historia de éste área política hecha de rupturas, recomposiciones, nacimientos de colectivos y revistas; si se considera que entre 1976 y 1977 nacieron 69 nuevos periódicos con una tirada total de

300.000 ejemplares, de los cuales 288.000 vendidos, impresos en nueve regiones diferentes de Italia, en las ciudades, pero también, en zonas periféricas y de provincias.[12]

La historia de la autonomía aparece, de hecho, carente de un centro; se presenta, más bien, como un conjunto variado de experiencias de lucha que abarcaban desde las asambleas autónomas que surgían en las principales fábricas italianas a los círculos del proletariado juvenil. Todo ello caracterizado por una red organizativa muy fluida que se entrelazaba y se deshacía continuamente, cruzándose en trayectorias que llevaban al encuentro entre los diversos colectivos sin que nunca se produjeran sedimentaciones estables de agregaciones políticas nacionales.

A principio de los setenta, una serie de descomposiciones y recomposiciones volvían a diseñar un mapa político y cultural de los grupos y de las experiencias de lucha que no se identificaban con ninguna de las organizaciones mayoritarias de la «tríada».

En mayo de 1973, una red de organismos autónomos de base, un poco dispersos por toda Italia, desde Alfa Romeo, a Pirelli, Sit-Siemens, Fiat, Porto Marghera, Enel, el Policlínico de Roma, daba vida a una coordinación de asambleas y de comités autónomos que publicó el correpondiente *Bollettino degli organismi autonomi operari*. Paralelamente, la crisis y la división de Poder Obrero, después del congreso de Rosolina en 1973, la decisión del Grupo Gramsci de Milán de disolverse y la marcha de algunos compañeros milaneses de Lucha Continua, en 1975, redibujaban la trama de lo que sería en años sucesivos el área de la autonomía.

Los ex Lucha Continua de Sesto San Giovanni, junto a aquella parte de Poder Obrero que no había aceptado la salida de la disolución y la confluencia en el área de la autonomía, dieron vida a los Comités Comunistas para el poder obrero, más conocidos por el nombre de su periódico *Senza Tregua*, apoyado por la revista teórica *Linea de condotta* de la que sólo salió un número.

En Milán, en torno a Oreste Scalzone, nacían los Comités Comunistas Revolucionarios; mientras que Antonio Negri junto a los del ex Grupo Gramsci formaron una nueva organización que se identificaba con el proyecto político del periódico *Rosso*. El colectivo romano de Via de los Volsci, después de aproximarse a esta organización, se distanció construyendo su propio camino original dentro del área de la autonomía.

Mientras tanto, los ex militantes boloñeses de Poder Obrero (Franco Berardi *Bifo* y Maurizio Torrealta) daban vida a una nueva agregación en torno a Radio Alice y a la revista *A/Traverso*.

La desintegración de los proyectos también era el resultado de la sedimentación de culturas políticas de los años precedentes. En la Italia septentrional era fuerte la influencia de las teorizaciones *operaístas* y de Poder Obrero. La elaboración teórica se iba reconstruyendo en torno a la categoría del obrero social, intentando combinar la estructura organizativa con la espontaneidad de los movimientos. Los boloñeses, sin embargo, se distinguían por su vivacidad cultural y por la adhesión, casi total, a la temática movimentista, cruzándose con el ala creativa del movimiento del 77. Los romanos de Via de los Volsci, en cambio, se orientaban, por el contrario, hacia una estructura más rígida y militante con una cultura política que retomaba algunos aspectos del filón leninista-maoísta.

Esta heterogeneidad cultural y política se refleja aún hoy en día en las lecturas contrarias de los acontecimientos del 77, que se ven emblemáticamente sintetizadas en dos libros[13] publicados con ocasión del veinte aniversario, y que tienden a rebajar el «peso» y el papel de los autónomos romanos, o el de los ex *potoppistas* del norte reunidos por aquel entonces en torno a las revistas *Rosso* y *Metropoli*.

El movimiento como liberación de la forma partido

Muchos compañeros provenientes de experiencias políticas en los grupos de la nueva izquierda vivieron la participación en el movimiento que se desarrollaba en las universidades, a finales de 1976, como una liberación de una manera de hacer política que sentían cada vez más opresiva. La participación en el movimiento pronto se tradujo en una toma de conciencia sobre la oportunidad de replantearse y de reformular las categorías de compromiso y de militancia política, sobre todo entendidas como la adhesión a un proyecto colectivo construido en forma de partido.

El movimiento fue un punto de referencia para los compañeros que habían salido de las organizaciones revolucionarias manifestando su descontento contra una cierta «concepción de la militancia y de la actividad política», sostenía, por ejemplo, Diego Benacchi, joven estudiante de la Facultad de Derecho de Bolonia que dejaba tras de sí ocho años de militancia en Lucha Continua.[14] Se trataba de volver a la concepción del movimiento como crítica de la separación entre el momento político, económico y personal, sacada a la luz en el 68 y desmantelada por el proceso sucesivo de politización que había llevado a la «separación de la política de la sociedad civil y, por tanto, de nuestra vida, de nuestras necesidades», sostenía Gianni Paonessa, estudiante de Sociología de Nápoles, con experiencia política en el grupo del Manifesto; según él, el esquema leninista del partido había entrado ya definitivamente en crisis, sustituido, por lo menos en Occidente, por el movimiento entendido como una serie de agregaciones espontáneas de sujetos que no tenían «necesidad alguna de una mediación externa», que conseguían «ellos mismos proponer la línea».[15]

Sobre este terreno, sectores de la llamada autonomía operaria habían elaborado, ya antes de la explosión del movimiento, ideas y prácticas políticas que, de alguna

manera, habían heredado de las luchas del 68 y del 69. Aquellas luchas, de hecho, habían criticado la separación, aceptada por los partidos y por los sindicatos del movimiento obrero, entre las luchas económicas y políticas; habían manifestado la necesidad de construir estructuras organizativas nuevas y transversales, que fueran una síntesis y una superación de las formas tradicionales de partidos y sindicatos. Habían surgido, en este sentido, los CUB, las asambleas de fábrica, los comités de lucha que combinaban en su interior la batalla sindical con la política, sin aceptar o pensar en instrumentos externos de mediación.

Fue, sobre todo, el área que en los años siguientes tomó como referencia a la autonomía obrera la que mantuvo viva esta perspectiva, planteando el problema de la organización como instrumento que nacía de las necesidades emergentes, de los movimientos de base: comités populares, comités políticos, comités de barrio. En el periódico de la autonomía *operaia* romana, *Rivolta di classe*, de octubre de 1976, los comités que se construían en el impulso de luchas específicas eran interpretados como las instancias a través de las cuales «vive la democracia directa y se extiende el llamado poder de abajo»; en *Rosso,* en abril de 1976, se escribía que la nueva forma organizativa debía ser horizontal, «de tipo asamblearia y difusa». La crisis de los partidos de la «tríada» y de su modelo organizativo era, según los autónomos, la enésima confirmación de la necesidad de buscar formas nuevas de estructuración de las exigencias y de las necesidades de los estratos oprimidos. Una nueva demanda de reformulación política y estratégica de la organización se estaba madurando en Italia; era necesario tener el coraje de liquidar de «una vez para siempre, todas aquellas direcciones asociadas a condiciones de poder jerárquico» y afirmar con decisión que

> *…la única organización capaz de atacar lo existente hay que buscarla en la transformación de las relaciones y de los roles interpersonales, en la lectura de la revolución permanente que afronta el día a día, que penetra en lo vivido.*[16]

Se deducía de esto la necesidad de replantear un proyecto político coherente y en continuidad con el filón cultural del denominado *operaismo*. A las maniobras capitalistas para salir de la fase recesiva que también afectaba a Italia (inflación, recortes salariales, paro…), la autonomía contraponía el salario garantizado mediante la reapropiación del valor de uso de las mercancías, lo que en la práctica significaba la ocupación de casas, compras políticas, autorreducciones de los precios y de los recibos. Desde esta perspectiva, los barrios populares eran vistos —en el modelo de «tomemos la ciudad» de Lucha Continua— como bases rojas en las que los proletarios se organizaban en estructuras de base con el fin de coordinar y gestionar la ocupación de las casas, las autorreducciones, los centros del proletariado juvenil, las rondas proletarias que debían limpiar los barrios de traficantes, atacar los lugares de trabajo en negro, defenderlos de la represión, hasta la hipótesis de asumir la tarea de cobrar impuestos a las personas más acomodadas destinando lo recaudado a gastos sociales para los habitantes de la zona.

Se querían crear situaciones de auténtico contrapoder dentro de la sociedad capitalista; zonas, barrios, ciudades liberadas de las relaciones de producción dominantes y mercantiles, destinadas a enfrentarse durante todo un período histórico con el sistema burgués; una situación «en la que el capital continuará existiendo, y el comunismo de los obreros rebeldes se organizará como liberación del tiempo libre».[17]

Reapropiación, por tanto, de los tiempos de vida, liberación del trabajo y no desde el trabajo, autodeterminación del sujeto desde fuera «de su relación con el sistema de la economía y de la política», porque, finalmente, resultaba posible redefinir la clase no ya como una figura socio-productiva, sino como proyecto

…de recomposición de un sistema de unidad deseado, pequeños grupos en multiplicación, movimientos de liberación, unidos en la liberación del tiempo de trabajo.[18]

La política entendida como lugar para la mediación dejó de formar parte del movimiento, y lo mismo sucedió con el concepto de organización entendida como reproducción especular de la máquina estatal. La búsqueda de la liberación de los individuos y del comunismo debía atravesar caminos diferentes a los seguidos hasta el momento.

La clase obrera —escribían en el periódico de la autonomía boloñesa *A/Traverso,* en marzo del 1976— había conducido sobre el terreno político grandes batallas (Comuna de París, Revolución de Octubre, Mayo francés), pero el resultado había sido siempre la reconstrucción del dominio burgués.

Los Círculos del Proletariado Juvenil y el cuerpo como sujeto político

Los Círculos del Proletariado Juvenil nacían de la tentativa de conciliar la «alegría de vivir y la milicia revolucionaria», según la hermosa expresión de Silverio Corvisieri, en la época dirigente de Vanguardia Obrera y director del *Quotidiano dei lavoratori*, periódico en el que apareció un artículo suyo en el que señalaba el surgimiento, entre los militantes de la nueva izquierda, de una contradicción cada vez más irreconciliable entre

…la exigencia de amar y de gozar la vida […] y el impulso de luchar, aceptando disciplina y sacrificios para modificar las relaciones entre los hombres.[19]

Surgidos espontáneamente a finales de 1975 en Milán, en poco tiempo se convirtieron en una cincuentena, implicando en su actividad a cerca de 7.000 jóvenes. Organizaban

conciertos, proyecciones cinematográficas, laboratorios de fotografía y de música, momentos de discusión, centros de documentación, lecciones de yoga, consultorios sobre drogodependencias. La experiencia se extendió rápidamente por el resto de las principales ciudades de la Italia septentrional, implicando sobre todo a jóvenes y jovencísimos estudiantes o trabajadores precarios y desocupados.

Muchos provenían de experiencias de militancia en las organizaciones de la nueva izquierda, y su vinculación al Círculo era el síntoma más evidente de la llamada crisis de militancia; otros, por el contrario, eran jóvenes no organizados y, a menudo, escasamente politizados, atraídos por la necesidad de estar juntos, de divertirse, de huir de la anomia de la vida de barrio, típica de las grandes ciudades.

Buscaban situaciones comunitarias en las que vivir sus propias experiencias, constituían pequeños grupos de trabajo y de búsqueda, se encontraban para «hacer alguna cosa juntos» y de manera alternativa. De esta manera elemental de organización se pasaba a la ocupación de las casas y a la creación de los Círculos.

Muy interesados en la reflexión sobre la experiencia vivida, en la comprensión de la propia condición personal, manifestaban un progresivo desinterés por las organizaciones políticas de la nueva izquierda; éstas últimas, que en los años precedentes habían reclutado militantes, justamente, entre las generaciones jóvenes, ahora se encontraban con una pérdida de interés.

Quien intentó comprometerse en la militancia política en los grupos de la nueva izquierda no siempre consiguió integrarse en su interior. Aun cuando se entraba a formar parte de la organización, no siempre se encontraba con una situación existencial que respondiera a sus intereses y a sus expectativas. Uno vivía, pues, su participación en la vida política del partido como algo cada vez más extraño; se sentía huésped en casa de otros, como si viviese una situación que no había creado él, pero sí los otros para él, o bien el partido.

Desilusionados por el viejo modo de hacer política de los partidos, donde se reafirmaba la figura del político profesional y la organización aparecía como una máquina burocrática; convencidos de que los mejores aspectos del 68 —como la crítica de las instituciones y la búsqueda de relaciones personales diferentes y de una mejor calidad de vida— fueron abandonados en pro de los tradicionales objetivos políticos; comprendían que no era posible conciliar la militancia con la exigencia de cambiar, quizás sólo en parte, pero enseguida, la vida diaria y las relaciones interpersonales, dándole un sentido diferente, alternativo, sin remitir todo a la mesiánica realización del comunismo.

La consecuencia era una crítica a la manera de hacer política y una reafirmación de lo personal, de lo vivido como un aspecto de la «politicidad», como el momento imprescindible del que partir para volver a «hacer política de forma nueva». Era la expresión de un malestar y de exigencias ya señaladas por el movimiento feminista, y que ahora encontraban nuevos interlocutores:

> *...eran los compañeros hombres quienes estallaban en contradicciones que sólo las mujeres, hasta aquel momento, habían convertido en explosivas.* [20]

El llamamiento del movimiento de las mujeres para discutir sobre ellas mismas, para analizarse, para interesarse por sus problemas personales como los de la familia, el sexo, la autonomía individual, la relación con su propio cuerpo y con los otros, la política entendida no como contenidos, sino como un problema personal de compromiso, las drogas[21], no podía encontrar oídos más receptivos.

Se produjeron nuevos procesos de agregación y de socialización que acontecían fuera de los lugares de producción, de los partidos, de los sindicatos, de las parroquias, que abarcaban a lo que en la época se definió, con el término sociológicamente discutible de «proletariado juvenil», entendido por algunos como

> *...la síntesis del nuevo modo de manifestarse del proletariado [*que*] recorre los lugares desmitificados por el feminismo: autoconciencia, sexualidad, nuevas modalidades de* agregament *[sic]; retoma, en la disgregación social, la hipótesis de una organización de clase diferente [...], crítica, y rechazo de la militancia y del partido entendido como negación de la división idealista-voluntarista entre el momento de la transformación material/cultural y la actividad del sujeto.* [22]

También la misma temática del rechazo del trabajo, una vieja consigna de la corriente *operaista* de nuestro país, se retomó con un significado cada vez menos cargado de motivaciones ideológicas —el socialismo, la revolución— y más lleno de un significado existencial, pues sentía que había un cuerpo «que ya no podía ser constreñido a un tiempo impuesto desde el exterior».[23]

Momentos de agregación nacional de este proletariado juvenil fueron los diferentes festivales musicales organizados en varias localidades, como Licola, cerca de Nápoles, en septiembre de 1975, y los más famosos del Parco Lambro de Milán que tuvieron lugar entre 1974 y 1976.

Este fenómeno representaba, en cierto sentido, recuperar aquella dimensión de revuelta existencial que había sido un componente destacado del 68 americano. En los Estados Unidos una separación neta entre el movimiento de los hippies y la revuelta estudiantil parecería totalmente arbitraria. En Italia, por el contrario, la ruptura con el componente existencial y alternativo que se manifestaba en los años sesenta con la moda de los hippies, el triunfo de la música *beat*, la creación de momentos de vida comunitaria, se produjo por causa de la fuerte politización que asumieron inmediatamente las luchas estudiantiles y de la entrada en escena de la clase obrera en 1969. En aquella fase, el peso de la cultura política italiana no dejaba

...espacio a otras formas de revuelta existencial que acabarían expresámdose por otros senderos [...] en los años sucesivos a través de la práctica de las mujeres, en el área de la crítica radical y en el de la autonomía difusa y del movimiento del 77.[24]

La cultura política que se había desarrollado en los años inmediatamente posteriores al 68 había conseguido explicar la historia pasada, los desarrollos de la economía y de la sociedad hacia un capitalismo avanzado, las relaciones de producción y su interconexión con el Estado y con las relaciones entre Estados; sin embargo, había descuidado la reflexión sobre las relaciones interpersonales, sobre la miseria de la vida diaria, a la cual el capitalismo condenaba a las personas, los jóvenes, las mujeres, los marginados, negándoles cualquier perspectiva de salida de una condición social que escondía hipocresía y desesperación.

Los jóvenes como categoría social de la acción colectiva

En los años setenta, los jóvenes aparecen como sujeto político autónomo en un país donde, a diferencia de otras sociedades capitalistas avanzadas, nunca había llegado a cuajar una cultura juvenil. Dos fueron las condiciones estructurales que determinaron el surgimiento del estrato juvenil como portador de una cultura política y de una identidad cultural y de costumbres: la extinción de las funciones productivas de la familia y la escuela de masas.[25] En un principio, aparte de los pocos hijos de las clases acomodadas que frecuentaban las escuelas superiores y después la universidad, o se era niño o se era adulto; no existía aquella franja intermedia y en suspenso consistente en ser jóvenes entre los jóvenes, fuera de la familia, porque se trabaja en la fábrica o porque se frecuenta la escuela hasta la edad de 18-20 años.

En los años cincuenta, en Italia la familia era expropiada de sus roles fundamentales, el de ser, también, una unidad

productiva. En la familia campesina, por ejemplo, mujeres, hombres, ancianos y niños, jóvenes y adultos se definían en base al rol productivo que desarrollaban; para todos había un puesto y un lugar en la unidad familiar. La expansión del mercado, el nacimiento y el desarrollo de la industria como lugar privilegiado de la producción y los recursos, determinaban un cambio en la función de la familia: el lugar de trabajo y la familia se separaban. La posibilidad de encontrar fácilmente un trabajo fuera del núcleo familiar permitía a los jóvenes italianos construirse una nueva identidad que nacía del enfrentamiento con sus iguales; la familia no era ya el único punto de referencia. En Italia el proceso de expansión del mercado de trabajo creaba las premisas estructurales para que surgiera la cuestión juvenil; pero al coincidir esta expansión con la inmigración del sur hacia el norte, el sujeto colectivo juvenil se fragmentaba en los años cincuenta y sesenta en una serie de subculturas étnicas, más que por la edad. Sólo el movimiento colectivo que se desarrolló a finales de los años sesenta ofreció los elementos para una agregación en torno a características culturales y de identidad comunes.

Otro factor estructural importante de homogeneización de la cuestión juvenil fue la irrupción de una gran masa de estudiantes en las estructuras escolares y la prolongación de la edad escolar. En la escuela secundaria italiana en diez años, de 1959 a 1969, los estudiantes pasaron de 692.350 a 1.570.833, y en la universidad de 176.193 a 474.724.

A diferencia de otros países capitalistas, el paso a la escolarización en masa en el ámbito de la instrucción superior y universitaria se realizó en condiciones particulares que hacían difícil el control del fenómeno por parte de las instituciones y favorecían la aparición de una cultura y de una identidad colectiva con características propias. La rapidez con la que se manifestó este proceso, la modalidad del desarrollo del mercado laboral durante aquellos años, las particulares condiciones organizativas y de conciencia política, determinadas por las luchas estudiantiles, con-

vertieron el fenómeno en algo potencialmente peligroso para el sistema.

Superado el mecanismo que habría podido unir funcionalmente a la escuela con el sistema productivo, se abría un proceso de escolarización de masas que no correspondía a la capacidad del sistema de dar trabajo a la mano de obra cualificada que finalizaba los diferentes niveles de formación escolar. La escolarización de masas, unida a la caída de la demanda de trabajo cualificado, alimentaba un mecanismo de escolarización forzada. Esta prolongación de la adolescencia «hasta convertirla en una fase relevante de la vida, también para las clases bajas», contribuía a formar una identidad juvenil.[26]

A la dificultad de encontrar un trabajo al final de un determinado ciclo de estudios se respondía con la continuación y la prolongación de la edad escolar, aplazando el problema de la colocación en el mercado del trabajo. La flexión de la demanda de trabajo que se verificaba en aquellos años incidía en los sectores juveniles. Entre los jóvenes, sobre todo, aumentó el trabajo precario —resultado también de la reestructuración y de la consiguiente descentralización productiva—, que no se configuraba ya como la preparación hacia un trabajo o una actividad bien definida, estable y reglamentada por ley.

La dificultad de encontrar un trabajo estable, para garantizar al joven la supervivencia fuera de la familia, generaba nuevas contradicciones, por cuanto ésta era percibida como un elemento hostil, puesto que no existía ya ningún motivo de identificación. Así se expresa al respecto el protagonista de una novela de Nanni Balestrini:

> *...estábamos hasta los cojones de estar en familia [*todo se reducía*] al momento de comer y de dormir [...] no había nada de qué hablar en torno a la mesa [...] el resto del tiempo lo pasábamos dando vueltas como perros abandonados en la sede dentro de los lugares del movimiento con los compañeros y allí sí que había un interés por la participación y la comunicación había experiencia experimentación búsqueda.*[27]

Si en el 68 y el 69 la protesta había producido nuevas proyecciones políticas y organizativas, en la segunda mitad de los años setenta la protesta juvenil, buscando todavía expresarse políticamente, lo hacía de manera fragmentaria, indecisa y contradictoria. No expresaba ya nuevas certezas políticas y organizativas, más bien introducía elementos de crítica a la manera de hacer política que abrían una auténtica crisis de participación, casi un rechazo, una toma de distancia respecto al sistema, un sentirse parte separada de la sociedad. En este contexto la escuela, sobre todo, se convertió en una de los principales lugares donde se desarrolló la búsqueda de nuevas formas de agregación: soluciones prácticas de vida que consistiesen en no dejarse atrapar por una sociedad que los jóvenes veían como una jaula.

Sobre el movimiento del 77

Debido a los procesos de desestructuración y recomposición del tejido social, económico, político y cultural, en curso entonces en nuestro país y en las organizaciones a la izquierda del PCI, el movimiento del 77 sólo podía estar compuesto por elementos y reagrupamientos heterogéneos, para nada unidos. Más allá de las intenciones de los protagonistas y de quien teorizara acerca de la fragmentación del hacer del movimiento, la incapacidad de dar vida a una forma organizativa estable tenía su origen en la propia heterogeneidad interna.

Hubiese sido necesario un largo y sereno período de debate y de confrontación para construir una identidad colectiva común, un saber, una comprensión y un querer político comunes. Esto no fue posible, las situaciones en las que se tuvo que operar impusieron al movimiento los tiempos y los ritmos de la acción y de la discusión:

...este movimiento ha tenido que afrontar una agresión tal por parte del sistema en todas sus articulaciones sociales —comprendidos el PCI y los sindicatos— que lo ha llevado a grandes niveles de aislamiento. Un aislamiento político, de periódicos que escribían en contra, de partidos que nos atacaban, de la televisión que nos difamaba como bandas de gamberros y de provocadores.[28]

Además, el movimiento tuvo que enfrentar un aparato estatal que había atesorado la experiencia adquirida en el 68, más que nunca decidido, por tanto, a contrarrestarlo con técnicas represivas y, sobre todo, a no dar tiempo a que éste creciera y se extendiera.

El mayor florecimiento del movimiento se produjo en los primeros cinco meses de 1977 e implicó a una base social y de masas más numerosa que la que salió a escena durante el bienio 67-68. Estaba compuesta por estudiantes trabajadores, en una mínima parte a tiempo completo; estudiantes de bachillerato, en su mayoría de institutos técnicos y profesionales; jóvenes que se mantenían al margen del sistema; trabajadores precarios o en negro; grupos juveniles de barrio que se adherían a los Círculos del Proletariado Juvenil.

Diferente era también la composición geográfica del movimiento; en las universidades de Roma y de Bolonia se manifestaba un conflicto que tenía sus orígenes en la disgregación y en la ineficiencia de las estructuras didácticas, en la crisis existencial de muchos jóvenes, arrastrados y desconcertados por lo que se llamaba «retroceso», crisis de la militancia, y la falta de perspectivas seguras para el futuro. En Milán y Turín, sin embargo, al lado de estos elementos prevalecían formas de conflicto que nacían de las contradicciones vividas por clases sociales muy diferentes entre ellas.

Elevada era, sobre todo en las facultades de Humanidades, la presencia de los estudiantes trabajadores, que vivían la universidad como una ocasión para mejorar una situación laboral que juzgaban insatisfactoria. Según los datos de una encuesta realizada en aquel momento, éstos demostraban un interés por la comprensión y la reflexión sobre su propia condición laboral y personal de vida, no se identificaban con las organizaciones políticas de izquierda; pero estaban muy politizados.[29] Junto a ellos había estudiantes más jóvenes, de bachillerato, universitarios y en una mínima parte trabajadores que ya se habían integrado con anterioridad en los barrios, en las escuelas medias superiores y en los círculos juveniles.

Políticamente confluían en el recién nacido movimiento al menos seis tipologías diferentes:

1. Los militantes de las organizaciones juveniles del PCI y, en una mínima parte, del PSI. Los primeros se encontraban siempre con dificultades, identificados como estaban en las asambleas más como contraparte que como componentes de una minoría del movimiento. Desde el principio, las relaciones fueron tensas. El PCI quería introducir cuotas programadas para las inscripciones en la universidad; la mayoría del movimiento no quería ni siquiera entrar a valorar tal propuesta y rebatía con la siguiente observación de tono brechtiano: «¿si programamos la universidad en función del desarrollo económico, quién programa el desarrollo económico?»

2. Los militantes de los tres grupos mayoritarios de la nueva izquierda (Lucha Continua, PdUP, Vanguardia Obrera) que, inicialmente, intervenían en el movimiento teniendo como punto de referencia la propia organización y las luchas estudiantiles y obreras de los años precedentes. Se trataba de estudiantes que, durante años, habían dedicado parte de su tiempo a las tareas y a la actividad política, y que manifestaban un comportamiento escéptico y de desconfianza hacia el movimiento. Superada esta desconfianza inicial, a medida que se sentían en crisis respecto a sus adhesiones políticas, dejaron de hacer de «mirones» y se metieron a fondo en el movimiento, aunque durante toda la primera fase permanecieran ajenos a la dirección política.[30]

3. La llamada ala creativa, ruidosa, alegre, irónica y juerguista, amante del gesto y de la provocación, que se nutría de los jóvenes no comprometidos con la política directamente, pero que se consideraban, de manera genérica, simpatizantes de la nueva izquierda. Se trataba de los indios metropolitanos que no constituían el sector mayoritario, pero sí el más unido a las temáticas de las fiestas del proletariado juvenil, a la contracultura, a la búsqueda de espacios y de dimensiones alternativas de vida:

> *...que nuestros tamtan suenen más fuertes que nunca —escribían en su manifiesto— [...] que nuestro canto alcance a todas las tribus de los marginados, pasotas, aprendices, drogados, estudiantes, homosexuales, feministas, poetas locos y locos poetas, niños, animales, plantas, para reunirse en un gran happening de guerra y fiesta, para imponer a los rostros pálidos su rendición sin condiciones.*[31]

Esta área era la expresión de la «revolución deseada», la «última hoguera» de una vanguardia:

> *...el futurismo quería a los «artistas al poder», el surrealismo señalaría más tarde el camino de la imaginación al poder y el situacionismo traduciría esta reivindicación en la lógica de los movimientos desempeñando un papel significativo en el 68 e influenciando, a través de la mediación de la cultura underground y del «negacionismo», el movimiento del 77; movimiento que era heredero directo de los provos italianos y holandeses de los años sesenta.*[32]

4. Los autónomos. Se trataba de militantes pertenecientes a varios colectivos locales que habían conducido experiencias de lucha en el territorio: autorreducciones, ocupación de casas, intervenciones en las fábricas. Introducían en el movimiento las temáticas desarrolladas desde la

corriente *operaista* italiana y aplazadas en los primeros años setenta, e intentaban organizarlo para librar una batalla contra el Estado, los sindicatos y el PCI.

5. Estudiantes politizados que habían vivido al margen de las organizaciones políticas de la nueva izquierda y que en el movimiento desarrollaban, por primera vez, un papel activo y de participación. Se trataba de un conjunto de estudiantes que fueron demasiado jóvenes cuando explotó el 68 o que, habiendo vivido en la periferia o en las provincias, al matricularse en la universidad habían encontrado una situación favorable a la participación política. Numéricamente eran la parte mayoritaria en el movimiento, privada de identidad política y cultural común, sin ninguna atadura de solidaridad, oscilaban dividiéndose en el curso de los debates asamblearios, convergiendo, según los casos, en las propuestas de los otros componentes.

6. Las feministas que, aun estando en el interior del movimiento, decidían participar organizándose de manera autónoma y por separado, con el fin de proponer y difundir mejor sus propios puntos de vista y su propia experiencia.[33]

En un contexto de este tipo, la universidad se convertía en una especie de teatro donde cada uno intentaba explicar su propia historia, sus propias vivencias. Era el espacio físico en el que

> *...por una parte se producen [*vanas*] representaciones que [*tenían*] su origen en otro lugar y, por otra parte, el lugar de agregación al que [*hacían*] referencia todo los que [*habían*] perdido su centro político de agregación, los desertores más dispares de las organizaciones políticas de la nueva izquierda.*[34]

La estructura del movimiento era asamblearia, muy crítica con la delegación y la cristalización de formas organizativas estables. Normalmente, la asamblea asignaba el trabajo a un comité de lucha o de agitación, con una base muy restringida, en el cual participaban las personas más interesadas y

motivadas, constituyendo en los hechos una especie de dirección local del movimiento. Este organismo totalmente informal discutía, proyectaba y proponía a la asamblea iniciativas, análisis políticos y toma de decisiones.

El movimiento vivió demasiado poco para que pudiesen surgir figuras carismáticas de líderes, como, por el contrario, había sucedido en el 68; sin embargo, era indudable que, también en este caso, en el de la informalidad organizativa, acababa prevaleciendo quien gozaba de un cierto crédito, quien sabía articular mejor las intervenciones, quien tenía tiempo y pasión para dedicarse diariamente a la actividad del movimiento.

Los contrastes de naturaleza política y de perspectiva dentro del movimiento eran de gran vitalidad, desembocaban en fuertes polémicas verbales que, a veces, degeneraban en verdaderos actos de violencia contra la presidencia o en contra de quien intervenía en la asamblea. El movimiento demostró a menudo no estar capacitado para garantizar la democracia interna, el respeto a la pluralidad de las posiciones y la unidad de acción en las manifestaciones públicas.

Las divergencias de análisis y de propósitos resultaron, a menudo, inconciliables, provocando tensiones internas que acabaron por desmoralizar a la parte menos politizada de los adheridos. Dos convenciones nacionales evidenciaron las diferencias internas y la incapacidad de convivir pacíficamente con ellas.

El 26 y 27 de febrero de 1977, tuvo lugar en Roma la reunión de la Coordinación Nacional de los estudiantes universitarios. Los asistentes fueron numerosos, el aula de 2.000 plazas estaba abarrotada y otros, desde fuera, empujaban para entrar. La asamblea parecía a ratos una babel infernal, centenares de personas se habían apuntado para hablar, las intervenciones se sucedían entre gritos, jaleo, cánticos de estadio, mientras que quien estaba al micrófono se desgañitaba por despuntar sobre los silbidos, los eslóganes y los aplausos. No estaba clara la diferencia entre quién era delegado y, por tanto, representaba oficialmente las diversas realidades locales del movimiento, y quién participaba a título personal pero con igual derecho de voto.

En este contexto que por momentos rozaba lo irrisorio, las feministas y los indios metropolitanos abandonaron la asamblea rechazando «el alucinante clima de violencia y prevaricación creados», que no permitía «expresar los contenidos del propio movimiento».[35]

Al final fue aprobada una moción propuesta por los que se quedaron en la asamblea oficial, cerca de quinientos, y a la que no todas las delegaciones reconocían como representativos del movimiento. En la moción se afirmaba[36] el carácter «proletario del movimiento», se reivindicaba «el antifascismo militante», se denunciaba los comicios de Lama en la Universidad de Roma como una tentativa para dividir el movimiento, actuando combinadamente con las fuerzas de la «policía y las leyes especiales de Cossiga», entonces ministro del Interior; se sostenía que era necesario relanzar la movilización por la lucha del salario, por la reducción del horario de trabajo, contra las reestructuraciones y la desocupación, y contra la política de sacrificios; se invitaba, finalmente, a los obreros y a los estudiantes a organizarse y a discutir en las asambleas de fábricas, de los barrios y de las escuelas, puesto que ya no era tiempo de «mediaciones entre delegaciones», sólo las asambleas representaban las instancias centrales de organización del movimiento.

En un ambiente más sereno, a causa de la represión en curso, se desenvolvía en Bolonia el 29 y 30 de abril y el 1.º de mayo la segunda Coordinación Nacional. Al final de un largo y tortuoso debate se votaron dos mociones contrapuestas.[37]

La primera, la de la mayoría (60% de los votos), afirmaba, desde el inicio, que era necesario evitar dos alternativas, ambas fallidas, propuestas dentro del movimiento: la de quien proponía una radicalización vertical del enfrentamiento con el aparato militar del Estado y la de quien quería conquistar un espacio político dentro de las instituciones del movimiento obrero. El movimiento, poniendo en crisis

los proyectos de normalización política y social, transformando las prácticas de vida, podía producir «comportamientos individuales y colectivos subversivos [y ser] un componente de la oposición de clase» al compromiso histórico.

Defenderse de la represión mediante «la autodefensa de las masas» no era un hecho marginal, ni una cosa a pedir a los especialistas de los diferentes servicios de orden más o menos en desuso. Conscientes de que habría otros momentos de enfrentamiento con el aparato militar estatal en el documento se afirmaba que el problema

> *...no estaba en quién disparaba más o mejor a la policía, sino en que ni siquiera se puede hacer ver que el problema no existe, detrás de los llamamientos genéricos y oportunistas. [...] Tenemos que poder decidir los tiempos de ataque en territorio enemigo [...]. El movimiento no excomulga ni acepta la criminalización de ninguno de sus miembros [...] pero nadie puede permitirse ir contra las decisiones y la voluntad colectiva de las asambleas.*

La reivindicación de la reducción del horario de trabajo era la consigna que podía unificar la lucha de los ocupados con la de los desocupados y los marginados. En esta perspectiva se situaba la relación con la clase obrera, una relación entre un movimiento autónomo e independiente, fuertemente radicalizado en las universidades, «con quien se oponía en el interior del sindicato a la línea de la dirección».

La segunda moción, la de la minoría con un 40% de los votos, señalaba la potencialidad del movimiento, pero también su debilidad programática y organizativa:

> *Hoy, la DC lleva a fondo el ataque reaccionario contra el movimiento y toda la izquierda abstencionista, justo cuando el PCI está dispuesto a sacrificar incluso algunas libertades fundamentales democráticas y, también, a eliminar los movimientos de oposición [...]. Por otra parte, el movimiento, mientras reivindica el derecho a manifestarse [...] y ratifica la legitimidad de la autodefensa de las masas, afirma que no acepta, de ningún modo, la lógica de las acciones armadas minoritarias que, además de prevaricar la democracia y la autonomía del movimiento, lo debilitan, facilitando las maniobras de la DC, avaladas por el PCI, de liquidarlo con la represión más violenta.*

La lucha por la democracia y contra la represión, la lucha contra la reforma Malfatti y la lucha por la ocupación tenían que constituir los ejes de sustentación alrededor de los cuales reforzarse hasta establecer relaciones sólidas y duraderas con los trabajadores y, en particular, con aquellos que se oponían a las decisiones de sus direcciones sindicales.

Éste era, a grandes rasgos, el estado de discusión y de enfrentamiento en el interior del movimiento. Después del verano, la situación comenzó a precipitarse: el congreso settembrino y boloñés sobre la represión representaba el último canto del cisne de una tumultuosa primavera. El rapto de Aldo Moro, obra de las Brigadas Rojas, acontecido en Roma el 16 de marzo de 1978, marcaba el final de un período y el inicio de otro:

> *...el movimiento era como un gran fantasma ausente replegado sobre sí mismo, escondido en sus guetos, la escena, ahora, era ocupada por el estallido de acciones armadas clandestinas que se hacían la competencia. La vida del movimiento estaba acabada pero para los compañeros no se había acabado, no es que pudiesen situarse aparte y decir esperemos, veamos qué pasa porque para la represión todos estaban implicados, no se hacían demasiadas distinciones.*[38]

Ya en la conclusión del primer ciclo de luchas, en mayo de 1977, el movimiento había conseguido concretar muy

pocos de sus objetivos, como la retirada de la circular sobre los exámenes. Por lo demás, había prevalecido una especie de cultura del rechazo (a la reforma, a la desocupación juvenil, al Gobierno, etc.) que no había conseguido sustanciar en objetivos políticos y reivindicativos capaces de indicar una perspectiva de crecimiento de las luchas y del propio movimiento.

Además, como sucedió a menudo en otras situaciones, la extrema politización de algunas vanguardias del movimiento, acelerada por la crisis económica y social y por la coyuntura política de aquel período, ponía, de forma evidente y dramática, las bases para la separación entre la acción de las vanguardias y la de la masa estudiantil, cayendo, de esta manera, justamente en aquel círculo vicioso que el movimiento intentaba superar para siempre.

Una confrontación entre dos movimientos

La aparición de movimientos políticos y sociales de masas no era una novedad atribuible al 68 y a los años sucesivos. La historia del movimiento obrero de los siglos XVIII y XIX ha estado, a menudo, caracterizada por la presencia de movimientos de masas, si se piensa en la Comuna de París, en los soviets rusos, en los consejos obreros de Italia, en las primeras luchas de masas por los aumentos salariales, la reducción del horario de trabajo y la mejora de las condiciones de vida, en las luchas feministas de comienzos de siglo, en la ocupación de tierras y fábricas de Italia.

Hecha esta consideración, es también oportuno señalar la especificidad representada por los movimientos que se asoman a la escena de la historia en la segunda mitad del siglo XX. Buena parte de los movimientos precedentes nacían de eventos excepcionales, guerras, crisis económicas, cambios estructurales profundos; eran, sobre todo, una respuesta a una crisis, mientras que los más recientes han sido más bien «la expresión de un conflicto»:

> *La crisis se refiere a procesos de disgregación de un sistema [...]. Un conflicto manifiesta, por el contrario, una oposición que concierne al control y al destino de ciertos recursos [...] es decir, demandas colectivas que afectan a la legitimidad del poder y el uso de los recursos sociales.*[39]

Anteriormente, eran las organizaciones partidistas y sindicales quienes integraban la acción y la lucha de los movimientos en una perspectiva política global, mientras que en el nuevo contexto los movimientos —a pesar de nacer por problemas específicos— superaban, pronto, tal especificidad, abriendo un proceso de politización general que tocaba todos los aspectos del sistema. Eran antiinconstitucionales, daban prioridad absoluta a su desarrollo, se proponían objetivos globales de transformación entrando en contraposición directa con el Estado y las instituciones.

En los años ochenta, la perspectiva cambiaba, los movimientos colectivos que se desarrollaron a partir del ecologista y pacifista basaban su acción en el alcance de objetivos específicos, sin pensar más en el problema de una transformación total de la estructura social. Mientras el 68 y el 77 eran todavía movimientos revolucionarios, en el sentido de que su acción asumía la transformación revolucionaria de la sociedad; los que vinieron después eran reformistas, perseguían alcanzar objetivos específicos sin poner en discusión el orden social total. El movimiento de los estudiantes del 85 fue un ejemplo modélico de especificidad de la acción colectiva y de reformismo. Un estudiante de bachillerato, con ocasión del éxito de la manifestación del 9 de noviembre que había congregado a 200.000 estudiantes, declaraba estar convencidísimo de una cosa:

> *...hoy somos muchos los que nos hemos echado a la calle porque sólo planteamos problemas que pueden ser resueltos. Este movimiento [...] avanzará siempre*

con pequeños pasos, un objetivo a la vez y no mil juntos, como hacían los del 68.[40]

En esta continuidad temporal, el movimiento del 77 fue considerado un elemento de transición y de paso entre la fase que se había abierto con las luchas del bienio 68-69 y la siguiente, la que se perfila a finales de los años setenta e inicio de los ochenta. Por este motivo, resulta más oportuno que nunca comparar los dos movimiento con el fin de detenerse sobre lo que diferencia el 77 del 68.

1. *El 68 ha sido un fenómeno internacional,*[41] *el 77 nacional.* El 68 se había nutrido de los ideales y de las luchas que, casi al mismo tiempo, se dieron en diversas partes del mundo, desde los Estados Unidos a América Latina, desde la masacre de Tlatelolco en Ciudad de México a Vietnam, desde la Revolución Cultural china a la muerte del Che en Bolivia, desde Italia al Mayo francés, desde la revuelta estudiantil en Alemania Occidental a la Primavera de Praga.

El 77 era, en cambio, un hecho aislado en el contexto internacional, una especificidad típica de nuestro país, incapaz e imposibilitado para nutrirse de las ideas procedentes del exterior. El mito chino se estaba derrumbando, Mao Tse Tung había muerto en octubre de 1976, Vietnam y Camboya habían ganado la guerra contra el imperialismo americano, pero los jemeres rojos y Pol Pot, en el poder en Camboya, no eran un ejemplo, un modelo a seguir. No existía en ningún otro país europeo un movimiento similar al que se estaba desarrollando en Italia.

El 68, fuera de Italia, había acabado hacía tiempo. Nosotros, sin embargo, nosa vimos arrastrados por la reanudación de las luchas obreras de 1969, suscitando movimientos de protesta y de contestación en las instituciones y contribuyendo al nacimiento de un área de militantes y simpatizantes alrededor de las organizaciones de la nueva izquierda; la explosión de las luchas estudiantiles había puesto en marcha una especie de mayo reptante, continuo

y prolongado en el tiempo. El movimiento del 77 era la derivación, la consecuencia de la onda larga del 68 italiano.

2. *En el 68 la universidad representó el contexto dentro del cual se desarrolló el movimiento. En el 77 la universidad fue el pretexto a partir del cual tomó vida el movimiento.* En el 68 el movimiento se había desarrollado dentro y contra las estructuras autoritarias y burocráticas de las universidades italianas y sólo con posterioridad se planteó el problema de salir fuera de ella, arremetiendo críticamente contra todo el sistema social y buscando aliados en otros sectores sociales explotados y oprimidos para conducir juntos la lucha contra la sociedad capitalista.

En el 77 las universidades se convirtieron en lugar de agregación de sujetos, cuyo malestar no nació de la tradicional condición estudiantil, como podía vivirla quien hacía de la condición de estudiante una profesión. Era el resultado de problemas y situaciones difíciles que existían fuera de los centros de estudio y que afectaban al mundo juvenil.

3. *En el 68 y en años sucesivos la dimensión política acabó prevaleciendo sobre la personal. El 77 replanteó esta contradicción dejando mucho espacio a la cuestión de lo personal.* El 77 tenía un carácter diferente al del 68 ya que asumía todos los problemas de la vida diaria y no sólo los vinculados a la esfera de la política.

El movimiento resultó ser una especie de contenedor dentro del cual se albergaban las diferentes caras de la contracultura juvenil, formada durante los años sesenta y a principios de los setenta. El alma política, a veces también agresiva, violenta y guerrillera, se mezclaba, entre un millar de dificultades e incomprensiones, con el ala creativa de derivación hippy y «renudista» y con la político-intimista de los grupos de autoconciencia feminista.

El emerger y el triunfo de las temáticas de lo personal-político, el redescubrimiento de la música, de los concier-

tos de masas, del estar juntos haciendo algo divertido, creativo (justo lo contrario de la militancia política), la difusión del orientalismo, de la cultura y del sueño del viaje verdadero (hacia la India u otros lugares exóticos y místicos) o mental, por medio del consumo de las drogas, provocaban

> *...un lento vuelco de las fuerzas en escena que llevará, por ejemplo, en el movimiento del 77, al predominio de la dimensión apolítica sobre la política.*[42]

4. *El 68 produjo una expectativa revolucionaria que miraba el socialismo y el comunismo como soluciones a los problemas de la sociedad capitalista. El 77 propuso una revolución sin adjetivos.* El 68 fue un movimiento portador de esperanzas, confiado en que era posible transformar profundamente las estructuras sociales, liberar a la sociedad y a la vida del dominio del capital y de las mercancías.

Se percibió a sí mismo como un elemento nuevo y renovado, confiaba en haber encontrado una nueva forma de organización y de lucha que iba a evitar caer en las trabas burocráticas y en la deriva política y reformista de las viejas organizaciones del movimiento obrero. El socialismo y el comunismo, releídos y replanteados, para la mayor parte de los participantes en las luchas del 68 y de los años siguientes todavía representaban en su pureza originaria una perspectiva, un objetivo a alcanzar.

Con el movimiento del 77 la confianza en el devenir progresivo de la historia y de la sociedad comienza a agrietarse. Pesa el hecho de vivir en una sociedad que se resiente por la crisis y por la recesión económica que señalan el final de los años del *boom*, del crecimiento económico y de la seguridad social que éste implicaba. La ciencia y la técnica comienzan a evidenciar sus contradicciones; lejos de liberar al hombre del cansancio del trabajo, en la sociedad capitalista lo convierten en desocupado, subocupado, marginal respecto al proceso productivo. Los elementos que habían mejorado, de alguna manera, las condiciones de vida del hombre,

se convierten ahora en factores hostiles y peligrosos para la vida misma, generando contaminación, destrucción del hábitat natural, desastres ecológicos. Nadie estaba en condiciones de asegurar que el futuro iba a ser mejor que el presente y que el pasado:

> *El 77 representa una crítica a cualquier inversión psicológica en el futuro, es la reivindicación de una inmanencia sin residuos, de un vivir en el presente que no deja espacio a las ideologías ni a las esperanzas. En la cultura del 77 la insurrección es un acto totalmente presente, un acto que quiere su inmediatez y no un futuro a instaurar. Sobre este rechazo de la inversión en el futuro se funda también la crítica que la cultura del 77 dirigió a la militancia política tradicional. Es necesario vivir enseguida la felicidad y no posponerla para un futuro.*[43]

5. *En el 68 la crítica de la política había abierto la búsqueda de una nueva manera de hacer política. En el 77 la crítica de la política se traduce en el final de la política.* El 68 había producido un fenómeno de politización en masa de estratos y de grupos sociales, precedentemente excluidos o recelosos respecto al compromiso y la militancia política. Había, de alguna manera, reconstruido la acción política, señalando en la participación de base y en el movimiento los elementos nuevos para evitar ser expropiados en las decisiones por los partidos, los sindicatos y las instituciones representativas.

El 77 fue más radical en la crítica de la política. Criticó y se opuso sistemáticamente a cualquier tentativa de reformular prácticas y teorías relativas a la organización partidista. La participación en el movimiento fue vivida, a menudo, no como un compromiso político a secas, sino como un lugar en el cual poder manifestar las emociones, los sentimientos, las necesidades, una manera de organizarse que no era «ya política, sino directa y autónoma», que

...parte de tus necesidades; donde no se te exige representarlas [...] sino solamente expresarlas con toda la fuerza, creatividad y violencia que puedas.[44]

6. *La cultura del 68 se había propuesto renovar el paradigma marxista, la del 77 desborda los límites de este sistema teórico, se coloca fuera y más allá del marxismo,*

...elaborando contenidos y modos de expresión que nada tienen que ver ni con la tradición mayoritaria del movimiento comunista [...] ni tampoco con la tradición de sus componentes «heréticos».[45]

Sobre todo en Italia, el movimiento del 68 y la cultura política de la nueva izquierda se situó, en su mayoría, en el ámbito de una reactivación de las temáticas marxistas. Se trataba de renovar y de revisar críticamente el modelo marxista, de desnudarlo de sus incrustaciones socialdemócratas reformistas y/o estalinistas, de volver a Marx, el «joven» del *Capital*. Poco a poco, se fueron reproponiendo las lecturas y los itinerarios de los marxismos considerados heréticos; hasta el guevarismo, castrismo y maoísmo fueron acogidos y utilizados como levas contra la estatalización del movimiento obrero provocadas por el sistema soviético y por el *togliattismo*. Se recuperaron las corrientes de crítica a la burocracia y de la forma partido burocrático y centralista; el redescubrimiento del leninismo se vio acompañado por una puesta en discusión del modelo tipo Tercera Internacional y estalinista de partido.

Con el movimiento del 77 las perspectivas cambiaron decididamente. Una buena parte buscaba, a estas alturas, respuestas culturales y políticas en lugares fuera del área marxista, en el psicoanálisis, en el estructuralismo existencialista, en las modernas teorías de la comunicación, en el subjetivismo sociológico y antropológico, en las filosofías irracionalistas y místicas, antisistémicas, espontaneístas, vitalistas y creativas. El movimiento feminista, por ejemplo, ya en los años precedentes al 77 se colocaba, en su mayoría,

en este nuevo ámbito de búsqueda cultural. Por lo que se refiere al problema de la organización, el 77 también significaba la ruptura no sólo con un presunto modelo Tercera Internacional, sino con cualquiera forma de estructura organizativa fuese la que fuese .

El movimiento del 77 rompía con el neomarxismo italiano que había caracterizado la vida de tantas formaciones políticas de la nueva izquierda, obligando a las que de alguna manera subsistieron a introducir elementos de una innovación profunda en su matriz originaria (piénsese, por ejemplo, en Democracia Proletaria de los años ochenta) o bien a volver a colocarse, decididamente, en el seno de la tradicional área de la izquierda italiana, como hizo el PdUP hasta la disolución de la organización y la adhesión al PCI en 1984. Quien estaba mejor preparado para afrontar el surgimiento de este nuevo movimiento, intentando comprenderlo dentro de un esquema que todavía tenía por referente a un paradigma marxista (ciertamente muy renovado), era el área de la autonomía; aunque no faltaron dentro de ésta rupturas clamorosas y nuevas separaciones de lo «viejo», como la representada por el área de los trasversalistas boloñeses.

7. *El uso de la violencia fue en el 68 una respuesta a la represión estatal.* «Ya no hemos escapado», recitaba un verso de la canción dedicada a los enfrentamientos del Valle Giulia en Roma, en marzo del 68. *En el 77 hubo, sin embargo, por parte de algunos sectores del movimiento la búsqueda deliberada del enfrentamiento violento*. Simplificando, se podría casi decir que el movimiento del 68 fue originariamente «bueno», no tanto en sus intenciones y propósitos como en los instrumentos que utilizaba para perseguirlos: ocupaciones, protestas pacíficas, no violencia, resistencia pasiva a los desalojos. Fue el contexto con el cual se encontró (represión policial, campañas difamatorias de los periódicos, desastre de Milán el 12 de diciembre de 1969) que lo convirtió en «malo», obligándole a buscar una respuesta que fuese adecuada a aquella puesta en esce-

na de los aparatos represivos legales o no, como en el caso de la amenaza de las agresiones fascistas.

Se trataba, más bien, de encontrar instrumentos y formas que garantizaran, de alguna manera, la defensa y el mantenimiento de cuanto se había logrado, conquistado y construido en términos de estructuras organizativas (sedes, periódicos, integridad de los compañeros), todo esto acompañado por la conciencia de que, una vez superado el entusiasmo por el estallido espontáneo de la revuelta estudiantil y obrera, en el camino de la lucha contra el Estado y el capitalismo se producirían, inevitablemente, también momentos de sangrientos enfrentamientos.

El clima en el que nació y se desarrolló el movimiento del 77 fue totalmente diferente, estaba ya envenenado desde un principio. Cualquier apariencia de presunta imparcialidad por parte de las instituciones estatales en la lucha de clases había quedado barrida por causa de las intrigas y del encubrimiento de los servicios secretos corruptos. La represión oculta, subrepticia y desintegradora, llevada a cabo por los servicios secretos, se acompañaba de la introducción de nuevas y más severas leyes policiales, dirigidas principalmente a golpear las manifestaciones callejeras y las protestas. La aprobación de la famosa «ley Real», sobre orden público, con la abstención del PCI fue un ejemplo claro. La crisis económica, el aumento de los desocupados, la pérdida de las perspectivas de integración en el sistema no hicieron más que aumentar la polarización del conflicto.

La inmediata incomprensión y rechazo que el movimiento del 77 provocó en el PCI, que acababa de entrar en la mayoría de solidaridad nacional, la condena —sin términos medios y con duras palabras— de todo el movimiento por parte del que hasta hace pocos meses antes había sido el mayor partido de la oposición, determinaron una situación de incomprensión y de una profunda incomunicación entre los jóvenes de los años setenta y los partidos e instituciones. Sintiéndose marginados, lanzaron el reto a quien los quería marginar. Muchos de estos sujetos desarrollaron un comportamiento

muy agresivo en sus expresiones políticas. El mismo movimiento tuvo a veces que asumir en su interior el peso de esta agresividad verbal y, desafortunadamente, no sólo verbal, lo que impedía, por ejemplo, la libre y correcta articulación del debate interno interrumpiendo las intervenciones, amenazando a quien hablaba, atacando a la presidencia.

El uso sistemático de la violencia fue teorizado por los componentes destacados del movimiento. El enfrentamiento con la policía se convirtió, por parte de algunos miembros, en un modo de actuar en las manifestaciones. No se trataba ya de defenderse de las cargas y de las agresiones, sino de atacar a las fuerzas del orden. Una experiencia similar acabó por girar sobre sí misma en un torbellino de acciones que reducían, a menudo, el debate a la valoración de si había sido más o menos oportuno lanzar cócteles molotov, asaltar esta o aquella sede fascista, si había comenzado primero la policía o los grupos de autónomos escapados al control del servicio de orden del movimiento.

Acababan, a menudo, por prevalecer las posiciones que se cerraban en las afirmaciones de principio entre los que apoyaban la violencia y los que decían que siempre debía rechazarse como método de lucha política. Nunca se consiguió afrontar el problema de la violencia en términos de una valoración histórico-política que tomase en consideración categorías tales como su inutilidad, nocividad o necesidad según los contextos y las circunstancias.

8. *El 68 produjo una larga onda y, quizás, demasiados herederos e intérpretes. El 77 fue vencido, produjo una onda corta, enseguida abortada, no tiene o tiene muy pocos herederos e intérpretes.*

Atrapado entre las acciones terroristas y las acciones represivas de los aparatos estatales e institucionales, con una extrema dificultad para encontrar aliados en las clases subalternas, cuando el sentido de la derrota y de la inutilidad de los esfuerzos realizados para cambiar el mundo y la vida cotidiana se abrieron camino, en el movimiento se ini-

ció un rápido proceso de disgregación. El fin del movimiento coincidía con la aparición de la heroína en el mercado de la droga (de diez mil drogadictos en 1976 se pasaba a los 60-70.000 en 1978[46]) y con el paso de algunos ex militantes del 77 a las formaciones armadas clandestinas, que conocieron entonces una fase de relativa expansión. Decisiones opuestas pero dictadas por la propia desesperación. Después de haber vivido un período de exaltación, después de haber intentado cambiar el mundo y la vida, era difícil aceptar volver a vivir en una sociedad que se había rechazado por mediocre, hipócrita, falsa y violenta.

La disgregación del movimiento creaba las premisas para una acción pasota y corporativa. Obligados a recolocarse en una sociedad que introducía elementos de desregulacion y de competencia, cada vez con menos reglas, entre ocupados y desocupados, resurgían los valores del individualismo y de la competencia, abriendo la crisis de las formas de solidaridad que se habían desarrollado en los años precedentes.

Paradójicamente, la disgregación del movimiento ofrecía un cierto espacio y una cierta agilidad política a una fuerza como Comunión y Liberación, que demostraba ser capaz de acoger parte de aquellos temas comunitarios y personales propios de los *freaks* y de los sectores del movimiento, que entre trayectorias personales de varios tipos acabaron principalmente por engrosar las filas de los movimientos religiosos de carácter místico.

El 68 había sedimentado formas de organización desde abajo y de base en la fábrica, en los barrios y en las instituciones; también, de alguna manera, directa o indirectamente, había contribuido a construir las experiencias organizativas de los grupos de la nueva izquierda.

El 77 desapareció sin dejar grandes huellas, sin proveer instrumentos útiles para emprender otras acciones colectivas, a menos que se quiera considerar los COBAS de la escuela de los años ochenta y parte de la historia de Democracia Proletaria como los herederos de aquella experiencia.[47]

Dejaba en herencia una cierta revolución en las formas de comunicación, artística y lingüística, unida a la experiencia de las radios del movimiento; había puesto el acento en la importancia atribuida al control de los medios de comunicación, había conducido una batalla para afirmar el derecho a apropiarse de los instrumentos de la moderna comunicación de masas (radio y televisión) sometidos al monopolio estatal.

Había sido una lucha justa, pero el mayor beneficiario de esta reivindicación resultó ser Silvio Berlusconi, el cual, en nombre de la liberalización del éter, ha introducido las «formas más escandalosas de expropiación del conocimiento»,[48] en nombre del liberalismo más desenfrenado, una especie de reapropiación privada de la libertad de transmisión que ha sido, y es, algo bien diferente del control social y público de la información.

Los éxitos, en términos medios, de la lucha emprendida por el movimiento fueron, según un lapidario juicio de un protagonista del movimiento,

> *...sobre todo la creación de las premisas para el cambio neoliberal: la autonomía social conlleva el neoempresariado, la comunicación difusa de las radios libres abre el camino del oligopolio de las televisiones comerciales, la ruptura del compromiso histórico abre el camino a la modernización craxiana, la crítica radical del trabajo asalariado desemboca en la ofensiva patronal contra la ocupación y en la reestructuración que reduce, drásticamente, el tiempo de vida prestado a la condición obrera, sin conllevar una reducción del horario de trabajo, sino una simple expulsión de una porción de los trabajadores de la industria. Y, para acabar, la crítica del dogmatismo ideológico e historicista abre el camino al chispeante culto de lo superficial, al bla bla de lo efímero y al predominio del mercado de la cultura.*[49]

Un juicio, según mi opinión, drástico, en parte merecido y que, de todas maneras, prescinde del hecho de que los «dolorosos» años ochenta se construyeron primero sobre la derrota de este movimiento, seguida después por la derrota sufrida por el movimiento obrero en el curso de la lucha de los treinta y cinco días en la FIAT, en otoño de 1980. Sin estas derrotas, el adversario no habría podido vagar entre los «residuos» del enfrentamiento para recuperar aquello que le era útil y cómodo, naturalmente después de haberlo reciclado, es decir, descontextualizado.

Notas:

1. *«La versión "oficial" define el 68 como bueno y el 77 como malo;de hecho, el 68 fue recuperado,mientras que el 77 fue aniquilado.»* BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 307.
2. Véase el testimonio de RAMINA, B., «Quel giorno in via Mascarella. Una testimonianza sul '77 a Bologna e sull'uccisione di Francesco Lorusso». *Per il Sessantotto*, n.º 11-12, 1972.
3. Véase MANCONI, L., SINIBALDI, M., «Uno strano movimento di strani studenti», *Ombre Rosse*, n.º 20, abril de 1977. El texto se publicó junto a otros en el libro de LERNER, G., MANCONI, L., SINIBALDI, M. (1978) *Uno strano movimento di strani studenti*, Milán: Feltrinelli.
4. CHIAROMONTE, G. (1986) *Le scelte della solidarietà democratica*. Roma: Editori Riuniti, pp. 14-15.
5. FLORES, M., GALLERANO, N., *Sul PCI*. Bolonia: Il Mulino, pp. 252-256.
6. La carta está reproducida en CHIAROMONTE, G., *op. cit*., p. 207.
7. LAMA, L. (1987) *Intervista sul mio partito*. Bari: Laterza, p. 77.
8. BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 311.
9. CORVISIERI, S. (1979) *Il mio viaggio nella sinistra*. Milán: Libri dell'Espresso, pp. 121-122.
10. CASTELLANO, L. (1980), introducción del libro *Autonomia Operaia*. Savelli: Roma, p. 8. Sobre la relación entre el movimiento del 77 y las luchas obreras autonómas véase SCAVINO, M., «Operai nel labirinto. Le avanguardie di fabbrica e il movimento del '77». *Per il Sessantotto*, n.º 11-12, 1997.
11. MISTRETTA, F., «Gli autonomi alla prova del fuoco». *Praxis*, n.º 13, marzo de 1997.
12. Para estos datos véase BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 345. Sobre el área de autonomia obrera, véase, sobre toto, los dos volúmenes antológicos, a cargo de MARTIGNONI, G., MORANDINI, S. (1977) *Il diritto all'odio*. Verona: Bertani. Y también, *Autonomia Operaia*, *op. cit*. Para una reconstrucción de los principales hechos que interesaron a esta área política, compárese el capítulo «Sulle ceneri dei gruppi: l'autonomia», en OTTAVIANO, F., *op. cit*.; las opiniones recogidas en el libro *Il Sessantotto, la stagione...*, *op. cit*., y en BORGOGNO, R., «Dai gruppi all'autonomia», *Per il Sessantotto*, n.º 11-12, 1997.
13. El primero, a cargo de la redacción de la revista *Derive e Approdi*, «Settantasette. La rivoluzione che viene», Roma: Castelvecchi, 1997, es una recopilación de las reflexiones sobre el 77 combinada con materiales antológicos de la época. El segundo, *Una sparatoria tranquilla. Per una storia orale del* '77, Roma: Odradek, 1997, es, principalmente, una recopilación de memorias de los militantes de la autonomía romana.
14. AA.VV. (1977) *I non garantiti. Il movimento del* '77 *nelle università*. Roma: Savelli, p. 117.
15. Ibidem, pp. 120, 124.
16. MARTIGNONI, G., MORANDINI, S., *op. cit*., p. 24.
17. «Fine della politica». *A/traverso*, marzo de 1976.
18. Ibídem.
19. CORVISIERI, S., «Gioia di vivere e lotta di classe». *Quotidiano dei lavoratori*, 27 de septiembre de 1975.
20. AA.VV., *I non garantiti...*, *op. cit*., p. 64.
21. Véase, al respecto, las intervenciones en el Convegno dei Circoli del Proletariato Giovanile (Milán, diciembre de 1976), publicadas en el apéndice de MARTIGNONI, G., MORANDINI, S. ,*op. cit*.

22. Ibídem, p. 73.
23. AA.VV. (1980) *L'altro mondo. I giovani e le utopie dopo el '68*. Milán: Ed. l'Apocalisse, p. 57.
24. BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 60.
25. Véase BECCALLI, B., «Protesta giovanile e opposizione politica». *Quaderni Piacentini*, n.º 64, julio de 1977.
26. Ibídem, p. 57.
27. BALESTRINI, N. (1987) *Gli invisibili*. Milán: Bompiani, pp. 124-25. En la reproducción de la cita se ha respetado la ausencia de puntuación del original.
28. AA.VV., *I non garantiti*, *op. cit*., p. 107.
29. Comparar, al respecto, la encuesta desarrollada por algunos docentes, entre ellos ALQUATI, R., NEGRI, N., SORMANO, A., entre los estudiantes turineses de Ciencias Políticas y publicada en *Aut-Aut*, n.º 144, julio-agosto de 1976.
30. Véase CASTIGLIONE, D., «Dieci, cento, mille piccoli indiani». *Praxis*, n.º 13, *op. cit*.
31. «Dichiarazione di guerra degli indiani metropolitani», en *I non garantiti*, *op. cit*., p. 190.
32. Ver, respectivamente, SALARIS, C. (1997) *Il movimento del '77. Linguaggi e scritture dell'ala creativa*, Bertiolo: AAA Edizioni, p. 14; GUARNACCIA, M., *op. cit*., p. 151; GRUBBER, K. (1977) *L'avanguardia inaudita*, Milán: Costa e Nolan. Sobre el situacionismo, véase MARELLI, G. (1996) *L'amara vittoria del situazionismo*, Pisa: BFS. Véase, también, el capítulo «L'innovazione culturale» en GRISPIGNI, M. (1997) *Il settantasette*. Milán: Il Saggiatore.
33. Véase SARDELLA, P., «Verso el '77. Il ruolo del movimento femminista nelle vicende politiche degli anni '70». *Per il Sessantotto*, n.º 11-12, 1997.
34. BECCALLI, B., *op. cit*., p. 61.
35. Véase, respectivamente, «Dichiarazione di guerra degli indiani metropolitani» y «Le femministe si dissociano dall'assemblea nazionale», ambos en *I non garantiti*, *op. cit*., p. 189, 194.
36. Véase «Mozione "di maggioranza"», en *I non garantiti*, *op. cit*. pp. 195-196.
37. Nos referimos a los textos íntegros publicados en el *Quiotidiano dei Lavoratori*, 3 de mayo de 1977. Una síntesis de ambos está reproducida en el apéndice del libro *I non garantiti*, *op. cit*. Lionello ha advertido recientemente que las mociones expuestas a voto fueron tres; la tercera, que no fue publicada en los órganos de prensa de la época, fue promovida por los comunistas libertarios y por organismos de base (LIONELLO, R., «'77 no problem». *Per Il Sessantotto*, n.º 13, 1997, p. 58.
38. BALESTRINI, N., *op. cit*., p. 26-27.
39. MELUCCI, A. «Dieci ipotesi per l'analisi dei nuovi movimenti». *Quaderni Piacentini*, n.º 65-66, febrero de 1978.
40. Citado por DONADIO, F., GIANNOTTI, M. (1996) *Teddy-boys rockettari e cyberpunk*. Roma: Editori Riuniti, p. 195.
41. Comparar, al respecto, REVELLI, M., *Movimenti sociali e spazio politico*, *op. cit*. Diferente es el parecer de Franco Berardi (*Bifo*), según el cual existe una unión entre las luchas estudiantiles italianas, el surgimiento del conjunto de los Sex Pistols en Inglaterra, los chicos «psicodélicos» de Silicon Valley y el final de la «delirante y lúcida, luminosa y oscura historia de la revolución cultural» china (BERARDI, F. (1997) *Dell'innocenza. 1977: l'anno della premonizione*. Verona: Ombre Corte, p. 10).

42. GRISPIGNI, M., «Gli archivi dei movimenti e la cultura giovanile». *Per il Sessantotto*, n.º 10, 1996, p. 43.
43. BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 370.
44. AA.VV, *I non garantiti*, *op. cit*., p. 68.
45. GRISPIGNI, M., *Il settantasette*, *op. cit*., p. 99. Cfr. tambien PREVE, C., «La filosofia del '77. Il marxismo della differenza», en *Per il Sessantotto*, n.º 11-12, 1997.
46. Cfr. BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 385.
47. Es ésta la tesis mantenida por P. Bernocchi en la larga entrevista que hace de introducción en su texto *Dal '77 in poi*. Roma: Erre Emme, 1997.
48. NEGRI, T., «La sconfitta del '77», en BALESTRINI, N., MORONI, P., *op. cit*., p. 375.
49. BERARDI, F. (*Bifo*) (1989) *Dell'innocenza. Interpretazioni del settantasette*. Bolonia: Agalev, p. 9.

Cronología 1960-1980

1960	
Febrero: crisis de gobierno. Se confía el encargo de formar uno nuevo al democristiano Tambroni. Incluso los neofascistas del Movimiento Social Italiano votan a favor del gobierno. 30 de junio: gran manifestación en Génova contra el congreso que el Movimiento Social Italiano quiere realizar en la ciudad. Enfrentamientos muy violentos entre jóvenes manifestantes y policía en la Plaza de Ferrari. Dos días después, el delegado del Gobierno decide prohibir el congreso neofascista. 5 de julio: manifestación en Licata, Sicilia: la policía dispara sobre la manifestación y un joven recibe un disparo mortal. 6 de julio: policía y carabineros arremeten contra una manifestación en Roma. 7 de julio: en Reggio Emilia la policía dispara contra los jóvenes que se desplazaban para escuchar un mitin; cinco manifestantes son asesinados. 19 de julio: Tambroni dimite. Se forma un nuevo gobierno con el apoyo de los partidos de centro y la abstención de los diputados del Partido Socialista Italiano.	En el curso de los años cincuenta, en Italia ya se había formado un sector político y cultural crítico con el estalinismo y los partidos de la izquierda tradicional: PCI y PSI. Se podía encontrar desde los trotskistas de la Cuarta Internacional, que a partir de 1950 publicaban el periódico *Bandiera Rossa*, hasta varios grupos de inspiración bordhiguista (Batalla Comunista, Programa Comunista), pasando por los anarquistas de Humanidad Nueva y de El Impulso, o los grupos surgidos dentro del mismo PCI (Acción Comunista) y en el área socialista (Resurgimiento Socialista, Unidad Popular), o revistas como *Problemi del socialismo, Il Politecnico, Movimento Operaio, Discussioni, Rivista storica del socialismo, Ragionamenti, Passato e Presente, Tempi moderni, Opinione.*

1961	
Noviembre: en Roma se realiza el segundo congreso internacional sobre «La amenaza comunista en el mundo». La amenaza comunista se ve en la expansión de la influencia del marxismo en la cultura y en las sociedades. Es necesario reaccionar con la creación de partidos y sindicatos anticomunistas (como ya había hecho la CIA en la posguerra financiando sindicatos, grupos neofascistas y conservadores e incluso fuerzas socialistas en clave anticomunista) y con un trabajo de propaganda ideológica, creando periódicos, radios y editoriales. En otoño el acceso a las facultades científicas se abre también a los estudiantes de los institutos técnicos; crece así la población universitaria.	Sale la revista *Quaderni Rossi* (n.º 1, septiembre de 1961; n.º 6, mayo-diciembre de 1965). Dinamizada por Raniero Panzieri, trata temas que en los años posteriores serán retomados por diversos grupos de la nueva izquierda, como la investigación obrera, el obrero masa, el despotismo de fábrica, la relación fábrica-sociedad, la autonomía y la autoorganización obrera.
1962	
Marzo: se constituye el primer gobierno de centro-izquierda con la abstención del Partido Socialista Italiano. Junio: los obreros de la Fiat de Turín retoman la práctica de la huelga con ocasión de la renovación del contrato de los metalmecánicos. 7-9 de julio: en Turín, durante una manifestación por la renovación del contrato de los metalmecánicos, se producen graves enfrentamientos entre policía y manifestantes en la Plaza del Estatuto que duran tres días. Los	En marzo de 1962 sale la revista *Quaderni Piacentini* (1962-1980; n.e. 1981-1985). La revista es el testimonio de un fermento cultural y político que se insinúa entre los jóvenes críticos con las organizaciones tradicionales de izquierda. Llegará a ser una de las revistas más leídas por los cuadros del movimiento estudiantil del que publicará muchos documentos producidos durante las ocupaciones universitarias. *Viva il leninismo* (1962-1963), periódico fundado por

protagonistas son, sobre todo, jóvenes obreros de la última generación de inmigrantes; las fuerzas de izquierda y los sindicatos los califican de «delincuentes». 27 de octubre: la policía arremete contra una manifestación a favor de Fidel Castro y de Cuba. Un joven comunista, Giovanni Ardizzone, es atropellado por un *jeep* de la policía, resultando muerto.	militantes del PCI de Padua expulsados a causa de sus posiciones filochinas y críticas con la URSS y el PCI.
1963	
Diciembre: se forma el primer gobierno de centro izquierda con la participación del Partido Socialista. El 31 de diciembre el gobierno aprueba la reforma de la enseñanza secundaria que pasa a ser única y obligatoria para todos.	En Milán nacen las Ediciones Oriente que publicarán la revista *Vento dell'Est*, y *Quaderni delle Edizioni Oriente*, y las obras de Mao, incluido *El libro rojo*.
1964	
Enero: los socialistas que no compartían la decisión de entrar en la mayoría gubernamental fundan un nuevo partido, el PSIUP (Partido Socialista de Unidad Proletaria). 21 de agosto: muere el secretario general del PCI Palmiro Togliatti.	Sale el primer número de la revista *Classe Operaia* (1964-1967), nacida de una escisión del grupo que produce *Quaderni Rossi*. *Giovane Critica* (1964-1973), revista de reflexión sobre el papel de los intelectuales y de la cultura en las sociedades neocapitalistas. *Nuova Unità*, por la victoria del marxismo-leninismo (1964, sigue saliendo en la actualidad). El periódico pasa a ser el punto de referencia del área marxista-leninista. Inicialmente se propone desarrollar un trabajo de incidencia en

	el PCI, pero dos años después se orienta hacia la construcción del partido: el PCd'I (Partido Comunista de Italia marxista-leninista).
1965	
Diciembre: concluye en Roma el Concilio Vaticano II, momento fundamental de la renovación de la Iglesia Católica y de la redefinición de su relación con la sociedad moderna. Empieza la polémica interna en el mundo católico.	*Classe e Stato* (1965-1968), revista teórica sobre las sociedades modernas neocapitalistas. *Vento dell'Est* (1965-1979). *Nuovo Impegno* (1965-1977), nacida como revista literaria, empieza a tratar la relación entre política, literatura, estética y revolución.
1966	
Primeros brotes en las escuelas italianas contra el autoritarismo. Se hizo famoso el caso del periódico escolar *El mosquito* de Milán, cuyos redactores fueron denunciados y procesados por haber realizado una investigación sobre la condición femenina. 27 de abril: en Roma jóvenes fascistas asaltan la universidad y matan al estudiante Paolo Rossi, afiliado al Partido Socialista Italiano. Para protestar los estudiantes ocupan la universidad. Junio: en Milán un grupo de feministas funda el DEMAU (grupo Desmitificación Autoritarismo). Octubre: se funda el Partido Comunista de Italia (marxista-leninista). 4 de noviembre: «*Provos*,	*La Sinistra* (1966-1968), publicación surgida de los trotskistas que trabajan políticamente dentro del PCI, recoge fuerzas de izquierda socialista y comunista que miran con interés la revolución cubana, el castrismo y el guevarismo. *Rivoluzione proletaria* (1966-1969), órgano de la Federación marxista-leninista de Italia. *Falcemartello*, periódico político cultural (1966-1968) originariamente de inspiración trotskista, difundido en Milán, que llegará a ser el principal promotor del grupo maoísta Servir al Pueblo. *L'Internazionale* (1966-1994), quincenal anarquista, nacido de una escisión de la Federación Anarquista Italiana.

beats y melenudos» italianos protagonizan manifestaciones contra la guerra y contra el militarismo.	*Mondo Beat* (1966-1967), revista de los beat milaneses.
1967	
Empiezan las ocupaciones universitarias en Pisa, Trento, Turín, Milán y Roma. 23 de abril: manifestación nacional en Florencia a favor de Vietnam y contra los Estados Unidos, en la que muchos jóvenes gritan eslóganes «extremistas» y no obedecen las consignas de los partidos de izquierda. Gran éxito del libro de Marcuse *El hombre unidimensional*, publicado por la editorial Einaudi. Muere Don Lorenzo Milano, poco después de la publicación del libro, coordinado por él, *Lettera a una professoressa*, en el que se denuncia la discriminación de clase en las escuelas italianas. Se forma y crece el área de influencia política de la nueva izquierda de inspiración obrerista, espontaneísta y filochina. Tras la muerte de Che Guevara, el 9 de octubre en Bolivia, manifestaciones en muchas ciudades italianas, promovidas por el movimiento estudiantil.	*Che fare* (1967-1975), boletín de crítica y de acción de vanguardia. Revista teórica del área maoísta. *Ideologie* (1967-1971), revista teórico-política. *Lavoro Politico* (1967-1969), publicación mensual política de inspiración marxista-leninista. *Ombre Rosse* (1967-1981), empezó como revista de crítica cinematográfica, luego pasó a publicación de carácter cultural y político del área de la nueva izquierda. *Il Potere Operaio* (1967-1968), periódico distribuido sobre todo en la Toscana y en el centro de Italia, de orientación obrerista. *Quarta Internazionale* (1967-198?), revista teórica de la sección italiana de la Cuarta Internacional, los GCR (Grupos Comunistas Revolucionarios).
1968	
Durante el mes de enero se ocupan todas las universidades italianas para protestar	*Contropiano* (1968-1971), materiales marxistas . En diciembre de 1968 sale el

contra la propuesta de reforma del gobierno y contra el autoritarismo académico. Nacen formas de democracia asamblearia que sustituyen a las basadas en la delegación y la representación política propias de los partidos. De una ciudad a otra, se suceden ocupaciones, desalojos, detenciones, denuncias y nuevas ocupaciones.

1 de marzo: en Roma los estudiantes se enfrentan a la policía y reconquistan la facultad de arquitectura. La protesta se extiende a las escuelas, pasando por los institutos y los centros de formación profesional.

El secretario del PCI, Luigi Longo, decide abrir el diálogo con el movimiento estudiantil venciendo las resistencias dentro del partido.

Algunos jóvenes líderes del naciente movimiento estudiantil participan en las jornadas del Mayo parisino.

En verano empiezan las luchas autónomas de los obreros de Porto Marghera. Nacen las Asambleas Autónomas y los Comités Unitarios de Base (CUB).

Se funda en Roma la Unión de los Comunistas Italianos (marxista-leninista), conocida también como *Servire il Popolo*, nombre de su periódico.

2 de diciembre: en Avola la policía dispara contra una manifestación de jornaleros matando a dos.

primer número de *Avanguardia Operaia* (1968-1974), vinculada a la Cuarta Internacional, del que tomará el nombre el grupo homónimo.

Monthly review, edición italiana (1968-1986).

Servire il Popolo (1968-1975), órgano de la Unión de los Comunistas Italianos (marxista-leninista).

1969

Enero: el ministro de Educación reconoce el derecho de asamblea a los estudiantes de las escuelas superiores y, el mes siguiente, aprueba la reforma de los exámenes de selectividad y abre la inscripción en las facultades universitarias a todos los diplomados de las escuelas de bachillerato superior.

9 de abril: en Battipaglia, durante una huelga, la policía dispara contra los manifestantes, matando a dos.

Mayo-junio: durante dos meses, lucha autónoma en la Fiat de Turín reclamando aumentos salariales iguales para todos y reducción del horario laboral.

3 de julio: manifestación de obreros y estudiantes en Turín que termina en enfrentamientos con la policía y los carabineros en la avenida Corso Traiano.

25-26 de julio: en Turín se realiza el primer congreso nacional de las vanguardias obreras y estudiantiles. Algunos meses después nacen Poder Obrero (octubre) y Lucha Continua (noviembre).

Septiembre: empiezan las huelgas de los metalmecánicos por la renovación del contrato de trabajo.

19 de noviembre: en Milán, durante una carga de la policía contra manifestantes, muere el agente Antonio Annaruma.

26 de noviembre: el Comité Central del PCI da de baja del partido a los miembros de la

La classe (mayo 1969-agosto 1969), periódico de las luchas obreras y estudiantiles, perteneciente al área obrerista que había animado *Classe operaia*.

Classe (1969-1986), cuadernos sobre la condición y la lucha obrera.

Lotta continua, publicación semanal primero, luego quincenal (1969-1972). Periódico del grupo político homónimo.

Il Manifesto (1969-1971), mensual. Periódico del grupo político homónimo que se forma tras la expulsión del PCI.

Potere Operaio (1969-1973), periódico del grupo político homónimo perteneciente al área obrerista.

Il Partito (1969-1973), órgano del comité central del Partido Comunista de Italia (marxista-leninista), nacido a partir de una escisión dentro del partido y del periódico *Nuova Unità* entre «línea roja» y «línea negra».

Unità Operaia (1969-1976), mensual marxista-leninista.

revista *Il Manifesto*, acusándolos de crear divisiones. 12 de diciembre: en Milán explota una bomba en Plaza Fontana, en el Banco Nacional de Agricultura, provocando 16 muertos. El atentado es atribuido a los anarquistas y detienen a Pietro Valpreda bajo la acusación de ser el autor de la matanza (terminará siendo absuelto). También detienen al anarquista Giuseppe Pinelli que muere «suicidado», «tirándose» de una ventana de la Jefatura de Policía de Milán. 22 de diciembre: se firma el contrato de los metalmecánicos que establece aumentos iguales para todos, reducción del horario a 40 horas, tutela de los derechos sindicales y del derecho de asamblea en la fábrica. Por todas partes nacen los consejos de fábrica elegidos por los obreros.	
1970	
Se crean las regiones y se aprueba el Estatuto de los Trabajadores. Continúan las protestas en las universidades. Se consolidan los principales grupos de la nueva izquierda, se publica el libro *La strage di Stato* (El crimen de Estado), contrainvestigación de la nueva izquierda sobre la masacre de Plaza Fontana del año precedente. 14 de julio: empieza la revuelta de Reggio Calabria contra la decisión del Gobierno de asignar a Catanzaro la	*Re Nudo* (1970-1980), periódico contracultural juvenil.

capital de la región. La revuelta está protagonizada por el MSI y otros grupos de derecha. Se dan una serie de atentados con dinamita atribuidos a la derecha. Incipientes atentados firmados por las Brigadas Rojas. Diciembre: se aprueba la ley que regula el divorcio. El ex fascista Valerio Borghese intenta un golpe de Estado que fracasa. 12 de diciembre: en Milán, durante una manifestación por el primer aniversario de la masacre de Plaza Fontana, los gases lacrimógenos matan al estudiante Saverio Saltarelli.	
1971	
Enero: nace el grupo Lucha Feminista. Abril: nace el Frente Unitario de Homosexuales Revolucionarios Italiano (FUORI). Detienen a los fascistas Freda y Ventura por el atentado de Plaza Fontana. Diciembre: nace en las cárceles el movimiento de protesta de los presos.	*A: rivista anarchica* (1971; sigue saliendo en la actualidad). *Inchiesta*, trimestral de investigación y práctica social (1971; sigue saliendo en la actualidad). *Il Manifesto*, periódico (sigue saliendo en la actualidad). *L'Erba Voglio*, servidumbre y liberación de masas (1971-1977).
1972	
Marzo: el XIII Congreso del PCI nombra a Enrico Berlinguer secretario del partido. Bajo una torre de alta tensión, cerca de Milán, se encuentra el cuerpo, despedazado por una	*Lotta Continua* (1972-1982), periódico. *Rassegna Comunista* (1972-1973), revista teórica del Grupo Gramsci. *Unità Proletaria*, quincenal

explosión, del editor Giangiacomo Feltrinelli. Mayo: elecciones generales, avanza el PCI, fracasan las listas de la nueva izquierda (Manifiesto y Servir al Pueblo) que no obtienen representación parlamentaria. 17 de mayo: es asesinado en Milán el comisario de policía Luigi Calabresi. Julio: se disuelve el PSIUP. La mayoría decide integrarse en el PCI o en el PSI. Una minoría funda el PDUP (Partido de Unidad Proletaria).	del Partido de Unidad Proletaria.
1973	
Marzo: en Turín jóvenes obreros de las instalaciones de la Fiat ocupan la fábrica durante la lucha por la mejora de los contratos. Se dice que en esa ocasión nacen los «Indios Metropolitanos» porque los obreros se ponen una cinta roja sobre la frente, hacen sonar bocinas y tambores y emiten gritos de guerra. En Bolonia se realiza el primer congreso de los «organismos obreros autónomos» que da vida a Autonomía Obrera, cuyo periódico de referencia es *Rosso*, expresión sobre todo de los grupos milaneses (ex Lucha Continua y Grupo Gramsci) y paduanos (Negri y ex Poder Obrero). Junto a este sector hay la corriente creativa de Bolonia (Francesco Berardi, *Bifo*, Maurizio Torrealta) y la romana (el grupo de la calle Volsci, Scalzone y Piperno). Octubre: en una serie de	*Movimento studentesco* (1973-1974), periódico realizado por el Movimiento Estudiantil de la Universidad Estatal de Milán. *Politica comunista* (1973-1976), revista teórica de la organización Vanguardia Obrera. *Rosso* (1973-1978), revista del Grupo Gramsci que llegará a ser (1975-1981) referencia fundamental para el área de la autonomía obrera. *Primo maggio* (1973-198?). *Effe* (1973-1982), mensual feminista.

artículos en la revista *Rinascita*, el secretario del PCI Luigi Berlinguer propone la política del «compromiso histórico», es decir, la alianza política con la Democracia Cristiana para gobernar la crisis italiana.	
1974	
18 de abril: las Brigadas Rojas raptan al juez Sossi y lo liberan el 23 de mayo. 12 de mayo: referéndum y victoria para quienes querían mantener la Ley del Divorcio. 28 de mayo: en Brescia, explota una bomba entre la gente que participa en una manifestación: ocho muertos y noventa heridos. 3 de agosto: explota una bomba en un tren y provoca 12 muertos. Se trata de atentados neofascistas.	*Fronte Popolare* (1974-1979), revista de lucha política, ideológica y cultural por la democracia y el socialismo, vinculada al Movimiento Estudiantil de la Universidad Estatal de Milán y luego al Movimiento de Trabajadores por el Socialismo. *Quotidiano dei Lavoratori* (1974-1979), periódico de la organización Vanguardia Obrera. *Stampa Alternativa* (1974-1977).
1975	
Enero: acuerdo entre sindicatos y patronal sobre el único punto a tratar en común, es decir, aumentos salariales iguales para todos en proporción al aumento del coste de la vida. Abril: cuatro jóvenes mueren en momentos distintos, pero todos ellos a causa de agresiones fascistas o a manos de la policía durante manifestaciones de protesta. 15 de junio: en las elecciones regionales avanza el PCI y pierde votos Democracia Cristiana.	*A/traverso* (1975-1981), periódico de la autonomía boloñesa.

1976	
Junio: las Brigadas Rojas matan en una emboscada al juez Francesco Coco. 20 de junio: en las elecciones generales anticipadas, el PCI alcanza su máximo histórico (34%), se mantiene la DC, pierden los socialistas y no obtienen el éxito esperado los partidos de la nueva izquierda, que bajo la lista Democracia Proletaria obtienen sólo el 1,5% de los votos. 10 de julio: la organización neofascista Orden Nuevo mata al fiscal sustituto Vittorio Occorsio. 29 de julio: nace el gobierno Andreotti gracias a la abstención del PCI. Crisis de Lucha Continua que, de hecho, se disuelve en otoño, mientras Vanguardia Obrera, PDUP, Manifiesto y otras agrupaciones menores intentan unificarse, sin lograrlo.	*Praxis* (1976-1984), una revista política por una nueva izquierda impulsada por un grupo de compañeros que habían dejado o habían sido expulsados del Partido de Unidad Proletaria por el Comunismo. *Senza tregua* (1975-1978), periódico del área autónoma.
1977	
Se desarrolla el movimiento de protesta en las universidades y entre los jóvenes parados o con trabajos discontinuos y en negro. Este movimiento se contrapone al PCI, ahora partido de Gobierno, y a los sindicatos. El secretario de la CGIL, Luciano Lama, es expulsado de la universidad de Roma en febrero. 11 de marzo: en Bolonia, un agente de policía mata a Francesco Lorusso. Tras el asesinato se realizan protestas violentas por toda la ciudad. Mayo: en Florencia se constituye el «Comando nacional» del grupo armado Primera Línea. El 12 de mayo, en Roma, la policía dispara contra los manifestantes y resulta muerta Giorgiana Masi, de 19 años. Dos días después, en Milán, sectores autónomos, durante una manifestación, disparan y matan a un agente. 23 de septiembre: se abre en Bolonia el congreso-encuentro del movimiento sobre los temas referentes a la represión. Se suceden atentados contra personas y cosas protagonizados por las Brigadas Rojas y por otros grupos armados que acaban de surgir. El 26 de septiembre, en Roma, un joven de Lucha Continua es asesinado a golpes de pistola por los fascistas.	*Il cerchio di gesso* (1977-1979), revista de cultura y de política. *Collegamenti per l'organizzazione diretta di classe* (1977-1982); hoy *Collegamenti Wobbly*. Revista de investigación sobre los trabajadores de fábrica y sobre el conflicto de clase en las sociedades capitalistas avanzadas.
1978	
Febrero: los sindicatos deciden cambiar de estrategia frenando la conflictualidad en las fábricas y haciendo propia la política de los «sacrificios», es decir, moderando las exigencias salariales. 16 de marzo: las Brigadas Rojas raptan al presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro, y matan a los cinco hombres de su escolta. El PCI entra en el Gobierno de mayorías apoyando el segundo gobierno de Andreotti.	*Preprint* (1978-1980), revista del área de la autonomía.

18 de marzo: en Milán son asesinados dos jóvenes militantes del centro social Leoncavallo. 13-16 de abril: asamblea congresual de fundación de Democracia Proletaria que reagrupa la mayor parte de Vanguardia Obrera, la minoría del PDUP, la Liga de los Comunistas y otras formaciones locales de la nueva izquierda. 9 de mayo: en Roma, las Brigadas Rojas abandonan, de manera que sea encontrado, el cadáver de Aldo Moro. El mismo día un joven de DP de Cinisi (1975-1981), en la provincia de Palermo, es asesinado por la mafia.	
1979	
Enero: el PCI se retira de la mayoría gubernamental. 7 de abril: detención de militantes destacados de la autonomía obrera bajo la acusación de insurrección armada y de implicación en el caso Moro. El teorema acusatorio se basa en la presunta relación entre la autonomía obrera y las Brigadas Rojas. Las acusaciones resultarán infundadas. 3-4 de junio: elecciones generales anticipadas, el PCI pierde el 4% de los votos. Fracasa la presentación unitaria de la nueva izquierda bajo la sigla Nueva Izquierda Unida, que no obtiene ni un sólo diputado. Octubre: la Fiat despide a 61 obreros bajo la acusación de terrorismo y violencia. De	*Lotta Continua per il comunismo* (1979-1982), realizada por aquellos que no se resignaban a la disolución de Lucha Continua tras el congreso de Rimini de 1976. *Ottobre* (21 de enero 1979-25 de febrero 1979), periódico comunista. Intento de construir un periódico de inspiración marxista-leninista. *La Sinistra* (9 de febrero 1979- 8 de junio 1979), periódico de oposición realizado por el Movimiento Trabajadores por el Socialismo. *Metropoli* (1979-1981), revista del área de la autonomía.

éstos, sólo cinco terminarán condenados por pertenencia a banda armada. Es el inicio del proceso de normalización querido por la dirección de la empresa tras casi diez años de luchas obreras internas. Diciembre: el Gobierno aprueba el decreto antiterrorista que prevé: retención policial durante 48 horas, endurecimiento de las penas, beneficios para los terroristas arrepentidos.	
1980	
Febrero: detenido el brigadista Patrizio Peci, que colabora con los carabineros. Es uno de los primeros arrepentidos y sus declaraciones resultan determinantes para infligir un duro golpe a la organización terrorista. Gracias a los arrepentidos, en poco tiempo, se desmantelará también Primera Línea. 2 de agosto: en la estación de Bolonia explota una bomba provocando 85 muertos y 200 heridos. Después de un largo proceso serán condenados por el atentado «terroristas negros», hombres de los servicios secretos y miembros de la logia masónica P2. Septiembre: la Fiat anuncia que quiere despedir a 14.469 obreros. Empieza la «cuestión Fiat». Algunas semanas después transforma los despidos en la petición de paro remunerado para 23.000 empleados. La mayoría de los delegados y de los trabajadores están	

en contra de esta petición que, sin embargo, se aprueba con el consenso de los dirigentes sindicales y el aval del PCI. Se cierra un ciclo de luchas que se había abierto en los años sesenta y que había tenido como protagonista al «obrero masa».	